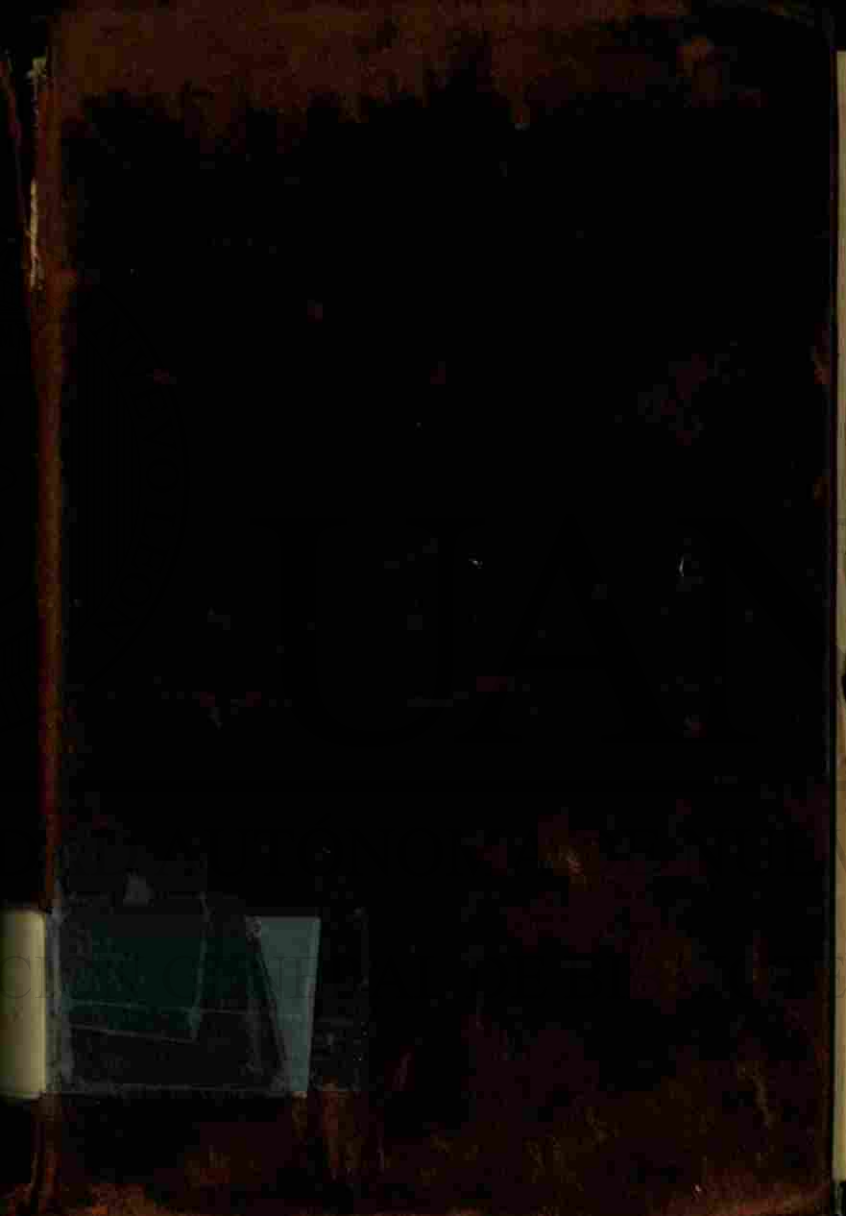
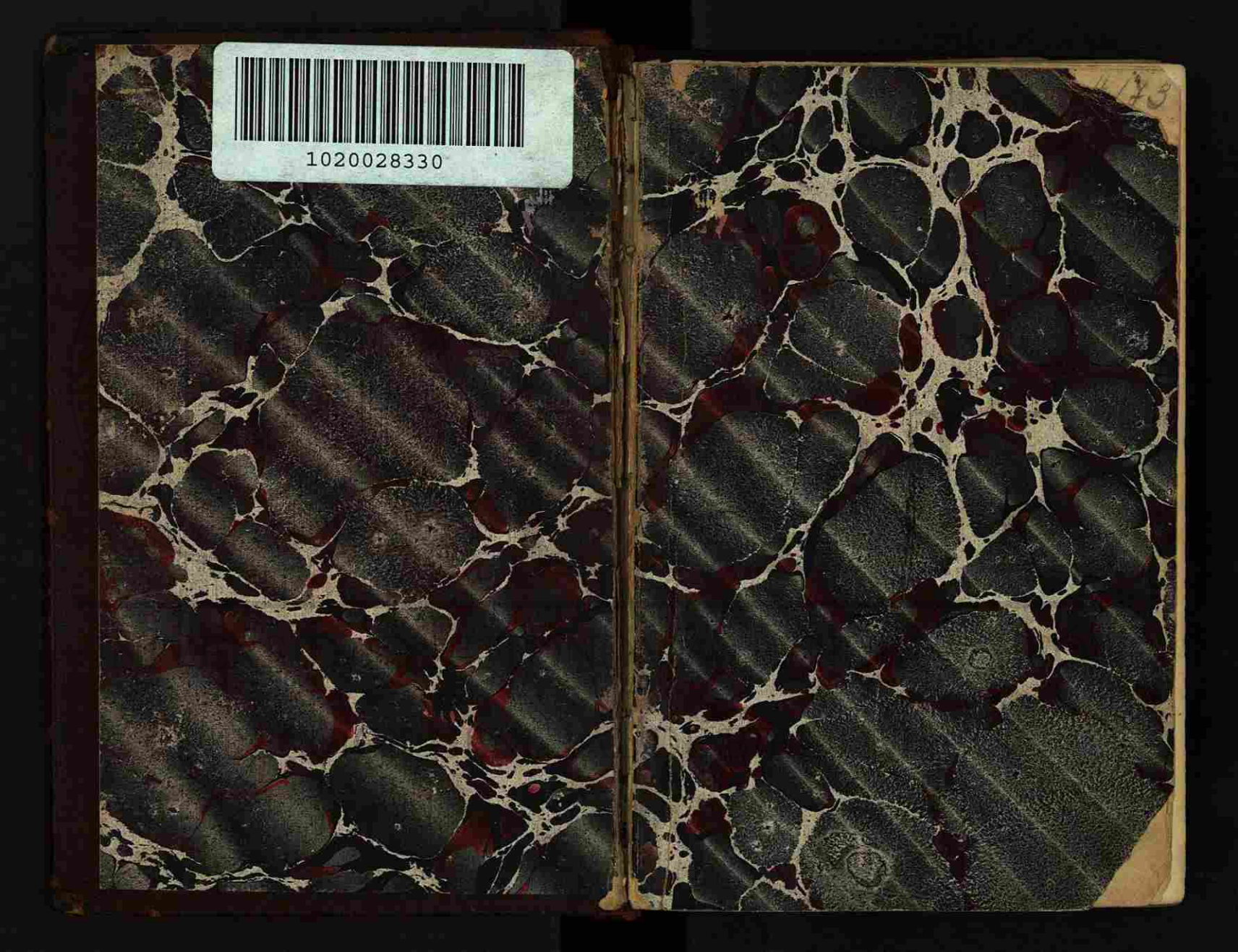


LA BOLA

LA

KAN CIENCIA

PQ7297
.R2
B6


1020028330

Núm. C. S. N
Núm. Autor R112b
Núm. Adq. 33062
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

F776 H173

LOPEZ Y COMP., EDITORES.

LA BOLA

NOVELA ORIGINAL

86-3
15

SANCHO POLO.

Rabasa Emilio

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE ALFONSO E. LOPEZ Y COMPAÑIA,
ESCALERILLAS NUMERO 12.

1887

85813
33062

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

malditamente aporreada por el tambor Atanasio en la única calle de San Martín; las muchachas saltaban de gusto, y á toda prisa se echaban encima las enaguas y demás lienzos, ávidas de entreabrir la ventana, para oir mejor la música, que recorría *las calles* (palabras del bando), si bien ahora que la recuerdo, me parece que imitaba maravillosamente el grito en coro que dan los pavos cuando un chico los excita. Si á esto se agrega que el sacristán y algunos auxiliares oficiosos, echaban á vuelo las tres campanas de la iglesia, de las cuales dos estaban rajadas, se comprenderá que aquello, más que regocijo público, parecía el comienzo frenético de una asonada tremenda.

Yo tenía veinte años, novia que me requemaba la sangre, y un trajecillo flamante, hecho de encargo para aquel día con impaciencia esperado; y con decir esto, dicho se queda que salté de la cama con precipitación, me puse el vestido (que era color de azafrán), me calcé unos zapatos, también nuevos, que apretaban como borceguíes del Santo Oficio, y completando el aderezo con sombrero de fieltro negro, me eché á la calle radiante de alegría.

Tomé calle abajo, con el doble objeto de incorporarme á la banda de música y de pasar por las ventanas de Remedios, fiado en que su alborozo la habría levantado ya; pero defraudó mis esperanzas, sin duda por el temor que la infundía el celoso argos que la guardaba, bajo el nombre y robusto físico de su tío el Sr. Comandante D. Mateo Cabezudo. Y si he de decir verdad, no acierto á decidir si mi afán era ver á Remedios ó que ella me viera con aquel traje tan mono.

Un buen grupo de hombres del pueblo, entre los que ya se veían algunos galancetes con puntas y ribetes de educación, semejantes á mí, rodeaban á los músicos, mientras éstos inflaban los carrillos, soplando sus respectivos instrumentos y causando la admiración de los chicos parados frente á ellos. Los músicos de pueblo se han envanecido siempre con esa admiración infantil, que no comprende cómo se pueden mover con tanta habilidad los dedos; pero creo que ningunos como los de la banda de mi tierra. Concluida la pieza que se ejecutaba, los tocadores hablaban entre sí con cierta gravedad cómica, mirando alto y sacudiendo el instrumento con la boquilla hácia abajo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

acto al cual dan una importancia verdaderamente seria.

Hoy me río de esa simple vanidad; pero en aquella época me cargaba, porque me parecía que aquellos tontos me suponían también su admirador; mas todo lo perdonaba yo con tal de que me hicieran el gusto de pasar por las ventanas del Comandante, tocando una danza que se llamaba *No te olvido*; porque caminando yo cerca del clarinete, y dirigiendo una mirada á Remedios de cierto modo, de fijo comprendería que yo habia hecho tocar la danza para dedicarla á ella el título.

Perdónenseme estas pequeñas digresiones referentes á mi persona; mas por una parte, están justificadas con el hecho de tener yo tan principal parte en los acontecimientos que voy á referir, y por otra, justo es que al recordar mis años juveniles, la memoria se derrame sobre el campo de mis más íntimos sentimientos, y la pluma escriba lo que con tanta viveza se presenta á mi imaginación. Forzando, sin embargo, esta mi inclinación natural y justa, diré, para beneficio del lector, lo menos que pueda de mi persona, y pasando rápidamente los insignificantes pormenores de aquella madrugada, referiré solamente que al regresar con la música ví á Remedios, que la saludé de un modo imperceptible, que noté su admiración por mi azafranada envoltura, y que llegando á la plaza, la música se instaló en rueda cerca de la iglesia y tocó hasta las siete de la mañana.

Ya el lector, (apasionado de las novelas como debe de ser para tener en sus manos la presente), adivinó sin duda que aquel día era el 16 de Setiembre; y digo que lo adivinó, y cierto estoy de ello, porque chico en lo chico y grande en lo grande, así se celebra la aurora de ese sol en toda nuestra nación, por un acuerdo tácito de once millones de pareceres, que han convenido en que nada hay mejor que el repique de campanas, redoble de tambores, estruendo de cohetes y bufidos de latones.

Sea de esto lo que sea, el caso es que mi pueblo y yo estábamos contentos como nunca, y hasta admirados de la gracia y maña que la comisión del Ayuntamiento se había dado para arreglar los festejos con acierto y aun con cierta novedad. El *templete*, colocado en el portal de los Gonzagas, (único en su género)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no tenía por fondo dos sobrecamas como en el año anterior, sino las cortinas del altar de las Animas, que el señor Cura prestó á la comisión bondadosamente; en el centro se veía el retrato del Padre Hidalgo, asentado sobre seis bayonetas artísticamente cruzadas en forma de abanico, y rodeado de banderitas tricolores de papel; á los lados del cuadro y á una vara de distancia, colgaban dos anchas fajas con los colores nacionales, y coronando el retrato del libertador desplegaba atrevidamente las alas una águila de papel recortado, pintada por el maestro de escuela, que para esto de mojar los pinceles era un primor y se perdía de vista; y por último, á ambos lados del águila y en papeles de colores fuertes, se leían dispersos los nombres de Morelos, Allende, Abasolo, Mina, Rayon, Galeana y cuantos más análogos hubo el ilustrado dómine al alcance de su feliz memoria.

Tal como lo rezaba el bando, á las nueve de la mañana me presenté en la casa municipal y sala de cabildos, para acompañar á las autoridades al *paseo cívico de costumbre*. El maestro de escuela estaba ya en su puesto, conteniendo y atajando con fruncimientos de

ceño y aun con ciertas airadas voces, la natural tendencia de los chicos al desorden, los cuales formaban en tiradores, apoyado un extremo de la línea en la puerta de la sala del Ayuntamiento. La murmuración hizo cundir en aquella indisciplinada tropa el descontento, pues alguno de ellos expresó la idea de que si Pepe García llevaba la bandera, lo debía á que era sobrino del Jefe político. De allí el culebreo de la línea, que apenas podía moderar la constante trompeta del irritado pedagogo.

Poco tardó en llegar el Jefe político D. Jacinto Coderas, vestido de negro con una levita que no cesaba yo de mirar, como se ve al único competidor posible; en seguida, se presentó, dándome bondadosamente la mano, mi vecino D. Justo Llamas, cubierta la ancha calva con antiquísimo sombrero de seda y copa, prenda que sólo tomaba sol en días de grande regocijo; asomó después su hermano Don Agustín, y casi juntos penetraron en la sala el Recaudador de Contribuciones, el Administrador del Correo, los dos Gonzagas del portal, el Presidente del Ayuntamiento y cinco concejales, incluso el síndico D. Alonso Cañas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pasó un buen rato, durante el cual el síndico hablaba en tono resbaloso como piel de gato, con el Jefe político, en esa entonación que parece que trata de rozar blanda y flexiblemente la nuca del que escucha. Esto me parecía desde entonces adulación indirecta y disimulada. Los demás asistentes fueron poco á poco formando un círculo en derredor del representante del poder ejecutivo, y aun me parece que yo sonreía discretamente, haciendo coro á los circunstantes, cuando el Sr. Coderas decía algún donaire ó algo que tal nos quería parecer.

—Y este maldito Severo que no parece, cuando debiera ser el primero en llegar. Se impacienta uno con justicia, puesto que sin él no hay nada. Sería bueno mandar un recado; y si por accidente está enfermo, que nos remita el discurso. Eso es, aquí Juanito subirá á la tribuna y lo leerá, que al fin tiene buena voz y es muy expedito para eso y mucho más.

Yo me puse verde al oir tal propósito y protesté en términos respetuosos. ¡Cómo había de leer una obra ajena! Además, la leería muy mal, porque Severo tenía malísima letra.

—Pues no, señor, no hay remedio; Juanillo nos hará el favor.....

Pero gracias á Dios, Severo llegó á este tiempo con el cabello muy asentado, la ropa aderezada convenientemente y el aire grave de su eterna y fastidiosa pedantería, y todos callaron para saludarle.

Otros vecinos distinguidos del pueblo habíanse agrupado á la puerta, y numerosos ciudadanos de arado y yunta esperaban en la plaza. Eran las diez en punto cuando el Sr. Comandante D. Mateo Cabezudo se presentó en la sala, vestido de paisano, y llevando en la raída solapa una medalla plateada y una cinta, claros blasones de su valor y sus servicios. Saludó cortesmente al Jefe político y demás personas, y preguntó:

—Ya estamos listos?

—Parece que sí, contestó Coderas.

—Pues vamos.

Y el Comandante se dirigió á tomar la bandera que estaba sobre la mesa.....

Y aquí fué Troya.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

El pueblo y sus gentes.

Si el lector quiere conocer el teatro de estos notables sucesos, no tiene sino llegarse al Río de los Venados, cruzarlo en el paso del Aguilar, dos leguas abajo del rancho de la Guayaba, subir un poco por la margen derecha, y al encontrar el arroyo del Pedregal que confunde sus aguas con las del río, subir y subir hasta una media legua por entre los frescos bosques, que llegan hasta el pequeño y pintoresco vallecito en que San Martín se asienta.

Ignoro porqué esta cabecera de distrito no figura en las cartas geográficas del Sr. García Cubas, ni en los numerosos tratados de Geografía mexicana que se han publicado hasta hoy, pues tanto su condición administrativa de cabecera, como la importancia que se ha grangeado en la política, hacen de aquella omisión un error garrafal, si es error, y una injusticia palmaria si es desprecio. Pero el pueblo existe, como existo yo, que en su parroquia tengo mi fé de bautismo; y me creeré el más afortunado y útil de sus hijos, si este libro puede vindicar sus fueros, y sacarle de la oscuridad en que con mengua de la verdad geográfica é histórica yace hundido.

Al salir del bosque que sombrea al arroyo del Pedregal, hay dos eminencias á ambos lados del camino, que de pronto no dejan ver el pueblo; pero andando tres minutos más, se pasa entre ellas, y hétenos de manos á boca con San Martín de la Piedra. A la entrada, casucas de paja que forman una calle irregular; después casas de mejor apariencia, algunas blanqueadas y todas cubiertas con tejas rojizas, y en seguida calle empedrada, estre-

cha, y formada por dos hileras de habitaciones más confortables y cucas que las otras, aunque siempre en mayoría el rojizo tejado. Se entra en la plaza, y desde luego se ve una fuentecilla en el centro, circundada de mujeres del pueblo que van por agua y se pierden las horas en charlas animadas por más ó por ménos. Al Norte se levanta el primer edificio de la cabecera, la Iglesia, con su pequeño atrio sobre la plaza; al Occidente la tienda y portal de los Gonzagas, comerciantes fuertes en concepto del pueblo; al Sur la Jefatura y la tienda de Arenzana, español enemistado con aquellos; y al Oriente el caserón destartalado, que dividido en dos salas, ocupan por una parte el Ayuntamiento y por la otra el maestro de escuela con su alborotadora gentecilla. De la plaza, rumbo á Oriente, la misma gradación, en sentido inverso, comenzando con casas de adobe y teja, y concluyendo con las humildísimas de paja.

El arroyo pasa al Sur del pueblo y tuerce luego á la izquierda, pero tan cerca, que casas hay que se ven en peligro cuando las lluvias de la lejana sierra aumentan el caudal de la cristalina corriente. Y entonces es de

verse el afán del Ayuntamiento para salvar vidas y haciendas del siniestro, y de aquel accidente sale materia para conversaciones y comentarios que duran todo el tiempo de aguas, en la tertulia de Don Justo Llamas ó en la que los domingos por la mañana se reúne en el portal después de la misa.

Hacia el lado del arroyo se carga más, sin embargo, la población; de suerte que á aquella parte viven unos mil y pico de *pedreños*, y sólo unos seiscientos en el Barrio de las Lomas; pero en cambio, los de las Lomas se creen más civilizados que los del Barrio del Arroyo, aunque son más débiles, y de estas diferencias y vanidades, nace una desavenencia entre los buenos moradores de S. Martín, que ha estado varias veces á punto de producir una diablura cualquiera.

Pero en aquel tiempo había un hombre que tenía el privilegio de calmar los ánimos, y de unirlos en su imperiosa y dura voluntad, y este tal era el Sr. Comandante Cabezudo.

Era Don Mateo hombre de sólida arquitectura, ancho de hombros, moreno y quemado de piel, frente estrecha y como mol-

deada en un sombrero jarano, ojos taimados, y duro de semblante por las anchas cejas y recio bigote entrecano que lo caracterizaban, como para no consentir en que aquel hombre fuese nunca confundido con ningún otro de los seres vivientes. Nacido de una mujer del pueblo, que solía desempeñar en mi casa los oficios de lavandera, (y esto no es rebajarle), tomóle mi padre alguna afición, y le enseñó á leer y escribir cuando ya pasaba de los veinticinco años, tratando de colocarle después en la tienda de Gonzaga, padre de mis conocidos; pero un día cayó de leva Mateo, y se vió en el caso de tomar las armas, no sé, (ni él tampoco), si en favor ó en contra de Su Alteza Serenísima. Pasados algunos años, volvió á San Martín con presillas de cabo, después de haber conocido todo el mundo, según me contaba más tarde, cuando yo andaba en los siete abriles, y me daba el tratamiento de *niño* por vía del respeto que siempre tuvo á mi padre, muerto ya en ese tiempo. Se dedicó á los oficios del campo, sin maldita la gana de volver á la interrumpida carrera de las armas; pero su conocimiento del mundo y las penalidades que le afligen,

su renombre de valiente, que nadie negaba porque él lo decía, y su calidad de militar, en lo cual era único en San Martin, comenzaron á darle cierta superioridad sobre los rudos habitantes del barrio del Arroyo, cuyos fueros defendía con ferocidad en el Ayuntamiento, pues á concejal le elevaron aquéllos en una de tantas elecciones.

Un nuevo movimiento revolucionario llegó á sus noticias, y sintiéndose inspirado por el dios del éxito, armó de machetes y garrochas á una docena de *pedreños*, tomó de propia autoridad el grado de teniente, salió de S. Martín, y se incorporó á la primera fuerza organizada que encontró á su paso, sin averiguar si era de tirios ó troyanos. Creo que nunca llegó á saberlo; sólo supo que triunfó su partido, que hizo maravillas de valor y estrategia, y que volvió á San Martín un año después, con el despacho de Comandante de escuadrón, de autenticidad no comprobada, y con el nombramiento de recaudador de contribuciones que atrapó sabe Dios cómo.

Ya se comprenderá cuánto creció su importancia en el barrio del Arroyo; pero su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

influencia llegó á ser decisiva, cuando por no sé qué hablilla abofeteó en la plaza al jefe político, el cual á poco fué sustituido con otro que trató de ganarse la voluntad de aquel hombre temible. Entonces ya era yo un muchacho aprovechado en primeras letras, y recuerdo bien que los Gonzagas, los Llamas, el español y demás gentes *visibles* del barrio de las Lomas, comenzaron á hablar muy bien del Comandante y á llamarle á sus tertulias, difundiéndose así la influencia de D. Mateo por todo San Martín. Posteriormente, los jefes políticos que se sucedieron fueron amigos forzados del militar, y establecieron la costumbre de cederle el honor de llevar la bandera en las fiestas nacionales, atenta su calidad de soldado y la circunstancia de ser él una gloria *pedreña*, de que el pueblo y aun el distrito estaban verdaderamente envanecidos. Razones eran estas de mucha cuenta y peso; pero había además, la de que D. Mateo, aporreando á dos ó tres personas, después de aquel jefe político, cobró renombre de valientísimo; y la de que en cierto reparto de tierras y algunos asuntos de desamortización logró tan buena y principal parte, que los

mismos Gonzagas se consideraban pobres á su lado.

El Comandante no era un hombre malo de entrañas ni mucho menos; protegía á la gente buena de San Martín y también á la mala, por natural generosidad y sin reparar en quiénes la merecían y quiénes nó. Su discernimiento moral era ó romo ó apático, y tenía por iguales á todos sus conterraneos, favoreciéndolos ó golpeándolos sin distinción de ningún género. En el fondo, su preponderancia brutal sobre San Martín le parecía lo más natural y puesto en razón que pudiera darse, y tenía la convicción más profunda de que debía ser él Jefe político del distrito, á lo cual aspiraba eternamente, y de que el Gobierno del Estado no le nombraba (aunque gozaba de consideraciones), por el temor natural de la influencia que en San Martín ejercía.

En los días á que mi narración se refiere parece que el Gobierno, mas hostil que nunca al Comandante, aunque dándole ostensibles muestras de confianza, se había propuesto hacer sentir su acción en aquel lejano distrito; y con esta mira envióle como jefe político á Don Jacinto Coderas, también coman-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dante de la Guardia Nacional, hombre duro si los hay y de pocas ó ningunas pulgas, mala fama y peor catadura, que según las misteriosas y reservadas hablillas, tenía instrucciones del Gobierno para someter de grado ó por fuerza al cacique. No se veían bien los dos comandantes, y ambos parecían dispuestos á reventar el mejor día, aunque D. Mateo en más de una ocasión dió muestras de prudencia, con mengua de su fama y satisfacción cuidadosamente ocultada del barrio de las Lomas.

Tres meses iban corridos de tal situación, y ya D. Mateo hablaba sin embozo de las arbitrariedades de Coderas, tanto como Coderas de las que D. Mateo cometía, abusando de la sumisa condición de los *pedreños*. Nunca San Martín las habia visto tan gordas. Los de los Lomas se frotaban las manos muy en reserva; los del Arroyo estaban rabiosos y provocativos.

Algo grave tenia que suceder.

III

Suceso grave.

POR aquellos dias andaba la política descompuesta y la situación delicada, en virtud de que el descontento cundía en las poblaciones más importantes del Estado; la tempestad se anunciaba con un murmullo sordo, y el mar revuelto de la opinión pública iba alzando olas que alteraban, aunque debilmente, el tranquilo estero de San Martín. Más de una vez oí en la tienda de los Gonzagas la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dante de la Guardia Nacional, hombre duro si los hay y de pocas ó ningunas pulgas, mala fama y peor catadura, que según las misteriosas y reservadas hablillas, tenía instrucciones del Gobierno para someter de grado ó por fuerza al cacique. No se veían bien los dos comandantes, y ambos parecían dispuestos á reventar el mejor día, aunque D. Mateo en más de una ocasión dió muestras de prudencia, con mengua de su fama y satisfacción cuidadosamente ocultada del barrio de las Lomas.

Tres meses iban corridos de tal situación, y ya D. Mateo hablaba sin embozo de las arbitrariedades de Coderas, tanto como Coderas de las que D. Mateo cometía, abusando de la sumisa condición de los *pedreños*. Nunca San Martín las habia visto tan gordas. Los de los Lomas se frotaban las manos muy en reserva; los del Arroyo estaban rabiosos y provocativos.

Algo grave tenia que suceder.

III

Suceso grave.

POR aquellos dias andaba la política descompuesta y la situación delicada, en virtud de que el descontento cundía en las poblaciones más importantes del Estado; la tempestad se anunciaba con un murmullo sordo, y el mar revuelto de la opinión pública iba alzando olas que alteraban, aunque debilmente, el tranquilo estero de San Martín. Más de una vez oí en la tienda de los Gonzagas la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

voz profética de Severo, que con humos de sabio previsor, creía y afirmaba que antes de mucho se armaría la bola; que el distrito X. no soportaba á su jefe político; que el distrito Z. se moría de hambre por la escasez de maíz, y sin embargo, no se disminuía el impuesto sobre el arroz que era su único ramo de explotación; que en el Congreso el licenciado Pérez Gavilán iba minando y minando, al grado de que contaba ya con una mayoría dispuesta á encausar al Gobernador cuando las cosas estuvieran en sazón; que dos jefes políticos acababan de ser removidos por sospechosos y sustituidos con personas que no servían para maldita la cosa; en una palabra, que la bola se armaría antes de mucho.

Debo decir con franqueza que Severo me era profundamente antipático, de una manera invencible, para lo cual tenía yo motivos que voy á confesar, aunque algunos me causen rubor. Gozaba yo en el pueblo de tal cual reputación de muchacho ilustrado, al extremo de haber sido alguna vez secretario interino del Ayuntamiento, con aplauso de este respetable cuerpo, quien, sin embargo, hubo de nombrar propietario á un primo de

la esposa del jefe político, porque éste así lo dispuso. Tenía yo una hermosa letra inglesa, de la que había en aquel tiempo poquísimos ejemplares, y solía yo poner las primeras palabras de las actas con letra gótica que no dejaba que pedir. Además, me sabía como el Padre nuestro la gramática de Quiroz, la aritmética comercial que era texto en San Martín, y había leído diez ó quince veces el *Instructor* y otras tantas el *Periquillo;* con todo lo cual tenía formado un caudal de instrucción, que abrazaba retazos de ciencias naturales, tajadas de Historia, girones de Geografía, y aun ciertos mendrugos de Náutica y Derecho natural.

Ahora bien; á pesar de todo esto, Severo me miraba siempre desde arriba, como si estuviera encaramado en la torre de la Iglesia y yo metido en el fondo de un pozo; y lo que más me irritaba era la buena fé visible con que se suponía superior á mí. Y lo cierto es que cuando estábamos en el mismo corro, hablaba él sin reparo, con la voz reposada y calmosa de siempre, y con su eterna persuasión de decir grandes cosas, mientras yo me sentía encogido y guardaba vergonzoso silencio; y por mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que yo me esforzaba en declarar interiormente que aquel fatuo era un ignorante, le admiraba en realidad y le envidiaba, sobre todo sus conocimientos literarios, que á pesar de mi resistencia me cautivaban, y avivaban en mi alma el corrosivo veneno de la envidia. En verdad nada sabía, pero tenía ese desplante para decir desatinos, que aun en nuestra culta capital se sobrepone con frecuencia á la verdadera instrucción y al positivo talento.

No me le hacía menos antipático su físico. Era hombre como de treinta y cinco años, bajo de cuerpo, de menguada frente, mirar soñoliento, labios delgados rodeados de escasos y gruesos pelos semirubios y piernas más que medianamente encorvadas, que movía en paso largo, lento y acompasado, como correspondía á un hombre de sus talentos y fama. Aunque todo el pueblo tenía por él sentimientos á los míos semejantes, era bien aceptado en todas partes: paradoja que se comprende fácilmente, con sólo saber que era el tinterillo de San Martín. Nada menos que seguía un pleito contra el tendero español y como apoderado de los Gonzagas, por no sé qué negocio que ambas

casas comerciales hicieron en participación.

Tal era el hombre que anunciaba la proximidad de la bola, y que en el día de la patria tenía el alto encargo de hablar al pueblo.

Realmente, las noticias de la capital eran alarmantes, y se sabía que las remociones de empleados se hacían frecuentes, como sucede siempre que llega á las alturas del poder el rumor de próximas borrascas. En San Martín, mientras tanto, se procuraba no tener opinión por lo expuesto que es formularla antes de que se sepa el resultado probable del negocio; pero yo que oía las conversaciones y atisbaba las palabras y los gestos, y aun alguna descuidada franqueza, me persuadí desde entonces de que en este país la *opinión* está siempre en favor del desorden, dé donde diere, y sin necesidad de averiguación á verdad supuesta y buena fe guardada.

Oyendo aquí y platicando allá, un día en el portal, otro en el atrio de la iglesia, una noche en la tertulia de los Llamas, fuí formando un conjunto de noticias, suposiciones y comentarios que me dieron la suficiente instrucción en esta especial chismografía que se contagia, que embriaga y que envicia. Poco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tiempo bastó para que yo la tomara afición decidida, y solía ya con frecuencia meter mi cucharada en glosas y profecías.

Era un hecho: el licenciado Pérez Gavilán era un grande hombre; por supuesto; como que *la iba á armar* contra los abusos y desmanes del poder. Era sin duda un grande hombre, digno de regir los intereses del Estado. El Gobierno deseaba arrojarle del Congreso; pero no había manera de conseguirlo, y además se temía que tal proceder hiciera estallar la mina. Estaba de acuerdo con tres militares de importancia; ¡no cabía duda! El jefe político del distrito H. era su compadre, luego el distrito era suyo en cuerpo y alma. No había que calentarse la cabeza, la revolución comenzaría antes de un mes.

Y en cuanto á la parte de San Martín, clarito se veía que el Gobierno, conociendo que no contaría con el Comandante Cabezudo, había enviado á Coderas para tenerle á raya. Pues ahí está el motivo de sus sordas hostilidades. Don Mateo, podía apostarse á que estaba ya de acuerdo con el gran Pérez Gavilán y con el General Baraja, á quien

el otro confiaba la parte militar del asunto.

Por supuesto que de todas estas indudables hipótesis tomaba yo nota en un corro para soltarlas en otro; mas debo declarar que no hablaba yo de la misma manera entre los de las Lomas que en ruedas del barrio del Arroyo. Ambos, sin desmentir su raza, deseaban que *hubiera lumbre*, pero los de las Lomas hacían votos interiormente porque á D. Mateo se lo llevaran los demonios; mientras los del Arroyo estaban impacientes porque su jefe diera la voz de alarma para ponerse á su lado y entrar en la zambra. Yo no tenía color determinado, y era por lo mismo igualmente aceptado por unos y otros; pero comenzó á divulgarse mi inclinación á Remedios, y esto sobró para que en mi presencia se hablase con cuidado de no lastimar ni remotamente á Don Mateo. Lo comprendí y no quise hacer tan mal papel entre los de las Lomas; dejé de frecuentar el portal; pero procuré que tampoco me tomasen por enemigo. Tal era la delicadísima situación de S. Martín cuando llegó el 16 de Setiembre, que como antes he dicho, se celebraba aquella vez con nuevo y no conocido lujo. Y sabido todo

esto por el lector, calcule la trascendencia del desgraciado suceso de aquel día, que pasmó, confundió y alarmó al ya asustadizo vecindario.

Fué el caso, que habiendo tomado la bandera Don Mateo para presidir el *paseo cívico de costumbre*, Coderas se interpuso en su camino, se la quitó de las manos, y con voz desde luego irritada dijo:

—Esto me toca á mí.

El héroe de San Martín se quedó de pronto estupefacto, más que de corrido de admirado al encontrar hombre capaz de cometerle desacato tan inverosímil. Pero en seguida la sangre acudió agolpada á su cabeza, manchósele el semblante de un color rojo amoratado que le dió un aspecto de ferocidad espantosa, y cerrando los puños gritó!

—A vd!.....Cómo á vd!

Coderas estaba ya en la plaza.

—Sí, señor, replicó; yo soy la primera autoridad política del distrito.

—Y yo!.....

—Ud. aquí no es nada!

Y el jefe político, haciendo un gesto de grosero desdén, inició la marcha grave y pau-

sadamente al son del tambor, y suavemente acariciado por el lienzo tricolor que el viento echaba sobre su cabeza. Cuando D. Mateo quiso lanzarse sobre él, según su costumbre, dos ó otres amigos suyos y yo le detuvimos, procurando calmarle.

Los asistentes se habian quedado de una pieza, deseando en su mayoría convertirse en ratones y escapar por cualquier agujero, para no verse en el fatal compromiso de quedarse con el comandante ó seguir á Coderas; pero su vacilación no podia ser larga, porque el Jefe político se iba alejando, y los más tomaron el partido de ir con él. Los Llamas creyeron encontrar el medio justo: saliendo de la sala, se escurrieron pegados á la pared hasta la esquina, y tomaron á buen paso el rumbo de su habitación; resultando de aquí que D. Mateo creyese que habian ido con Coderas, y éste que se habian quedado con aquél.

Yo no me moví.....por no moverme.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

Los festejos.

AQUELLA situación embarazosa duró poco, pues D. Mateo empujado por su fiera cólera salió de la sala municipal vociferando, y agotando en sus palabras cuanto la germanía de cuartel tiene de más enérgico y vigoroso; de tal suerte, que de los diversos grupos de gente que había en la plaza, buen número de personas se aglomeró tras él, para informarse de lo que le ocurría y acompañarle á su casa.

Yo, no sabiendo que hacer, no hice nada, y me quedé en la sala estupefacto y atado por tan imprevisto y grave acontecimiento, hasta que vino á despabilarme una voz conmovida que dijo á mi espalda:

—Qué feo ha estado esto!.....

Volví la cara y me encontré frente á Bermejo, el Recaudador, hombre ligado con cierta intimidad á D. Mateo; pero que cuidaba como cosa propia el empleíllo y trataba siempre de nadar entre dos aguas. Entramos en serias consideraciones sobre el caso, y Bermejo llegó á decirme que aquello había sido una imprudencia del Jefe político, y que el Comandante no se quedaría con el desaire que públicamente sufriera. De fijo que más tarde asentó en algún corro lo contrario; pero á mí, no tuvo reparo en manifestarme con su *franqueza de costumbre*, que concedía en todo la razón al tío de Remedios.

Llevábamos larga la hebra cuando apareció por la esquina el irritable Coderas con su comitiva, precedida por la extensa columna de chiquillos de la escuela. El paseo concluía y tuvimos que apresurarnos para llegar al portal ántes de que Severo comenzara su

discurso cívico; pero toda nuestra prisa no nos sirvió más que para tomar lugar entre el pueblo que se apiñaba en derredor, pero á buena distancia de la tribuna.

El Jefe político había colocado la bandera en el *templete*, á un lado del retrato del Libertador, sentándose después, con la gravedad del caso, en el descuadernado sillón presidencial. Las demás autoridades ocupaban las pocas sillas que rodeaban el *altar de la patria*, y la gentecilla menuda de la escuela se había de propia autoridad posesionado de unas cuatro bancas que la previsión municipal agregara para los *particulares*.

Un campanillazo seco anunció que el orador oficial se encaramaba en la tribuna; y en efecto, el busto de Severo, tranquilo, serio y dormilón, apareció destacándose sobre el fondo oscuro de las cortinas de las Animas.

Si yo hubiese tomado de memoria el discurso íntegro del fatuo tinterillo, quizá no pudiera resistir á la tentación de estamparlo aquí; pero tranquilícese el bondadoso lector: no conservo sino frases sueltas que llegaban á mi oido, cuando el orador, en sus lentas y majestuosas oscilaciones volvía el rostro ha-

cia el lugar en que yo me encontraba. Mi sitio estaba distante de la tribuna, y el orador se volvía hacia él pocas veces.

Tosió, puso el manuscrito sobre la barandilla, derramó una mirada sobre su atento auditorio y lanzó el grito sacramental:

—"¡Conciudadanos!"

Y los conciudadanos se volvieron todo oídos y le miraron de hito en hito.

No pude oír sino palabras sueltas del exordio; pero comprendí que trataba largamente de su insuficiencia y del alto honor que se le *había hecho*, nombrándole para recordar en aquel día los nombres y hazañas de sus héroes al olvidadizo pueblo de la Cabecera. Con frecuencia miraba, sin ver, un punto vago del espacio ó la barandilla de la tribuna, atisbando el primer renglón del parrafo que debía lanzar: se detenía un momento; pero una vez atrapado el susodicho renglón, salía el párrafo entero, con toda la gallardía que es compatible con el trabajo de hablar de memoria.

Yo aguzaba el oído, pero el ruido de la plaza, en que aquel día había vendimias ex-

traordinarias, y el de los muchachos, que haciendo poco caso de la oración cívica, jugaban á poca distancia al *toro* y á las *cuatro esquinas*, no me permitía oír cuanto quisiera. Por fin alcancé esta frase:

—"Tres centurias sufrió Anáhuac el yugo ominoso de la tiranía."

El orador volvió la cara y no pude oír más. A poco se dignó permitirme que aprovechara esta otra:

—"Y aquel humilde anciano arrojó el guante á los tiranos, dando el grito de libertad el 15 de Setiembre de 1810."

Mas tarde fuí más feliz, pues atrapé todo ésto:

—"Morelos....Allende....Aldama....Abasolo....Guerrero....Mina.... Rayón.....Bravo.... y tantos y tantos otros, que regaron con su sangre el árbol sagrado de la libertad!

Esta metáfora me produjo un salto de corazón y cierto encrespamiento de nervios, mezcla confusa de arrebato entusiasta y de invencible envidia. Yo no la habría imaginado. Después la he oído en boca de todos los oradores de portal y alameda, pero de fijo la han tomado del discurso de Severo.

Noté después que la voz del tinterillo decaía, haciéndose como pastosa y pesada; pasaba de media hora el tiempo consagrado á aquel punto del programa, y la oración tocaba á su fin: Severo estaba en el momento crítico en que la elocuencia decae, por ser el que corresponde á las deducciones lógicas de las premisas asentadas. Sin embargo, me parece que Severo ni había asentado premisas ni deducía cosa alguna; aunque puede darlo á entender este otro periodo que cogí al aire:

"Imitemos á los héroes que á costa de su sangre nos *dieran* patria.

"Reunamos nuestros esfuerzos y levantemos del abatimiento á esta patria bendita *tan digna de mejor suerte!*"

Aquí abrí los ojos, sorprendido por la novedad de la idea; y aún no acababa de saborear la bonita frasecilla, cuando hirió mis oidos la voz del orador, que á pulmón lleno gritaba:

—"¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia! ¡Viva la patria!"

Y bajó de la tribuna.

El Jefe político se levantó del sillón presidencial, llegóse al orador, y le dió uno de

esos abrazos serios, correctos y fríos que se usan en el teatro y demás sitios de comedia; el Juez de 1ª Instancia hizo lo mismo, y tras él los otros circunstantes por orden de gerarquías.

Retiréme yo á mi casa, en donde mi madre me esperaba con impaciencia y aflicción, pues tuvo noticia de que ambos comandantes se habían roto sendos huesos en trabada riña, estando yo de por medio; y aun se le aseguró que el pueblo irritado estaría en armas de un momento á otro. Así corren las noticias en los tiempos nublados. Tranquilicéla yo, refiriéndole lo ocurrido, y no obstante esto, casi me prohibió salir ó la calle.

Hasta las cinco de la tarde obedecí este decreto, y permanecí en casa pensando ya en las consecuencias del hecho que presencié, ya en lo que sería de Remedios si venía la bola, ya en que la patria, según Severo, era digna de mejor suerte. Esto último me preocupaba más, tanto por la envidia que despertaba en mi alma tan peregrina frase, como por que jamás me había ocurrido que aquella tierra y aquellas gentes mereciesen mejor suerte que la que sufrían. Después, tanto lo he

oído repetir en discursos, y tantas veces lo he leído en artículos *de fondo* de los diarios, que me he convencido de que es cierto. ¡Vaya vd. á oponerse á la corriente de la opinión general!

No se me tilde y note de prosaico (que al fin no invento sino refiero), si digo que por la tarde la diversión patriótica consistía en un alto morillo enclavado en tierra y cubierto con una capa de jabón de pulgada y media de espesor, por el cual habría de subir el desgraciado que quisiera apoderarse de dos pañuelos y un zarapejo que flameaban allá como á ocho metros de altura.

Todos los que asistieron á esta singular diversión lograron lo que yo: un buen rato de aburrimiento y un dolor tenaz en el cerviguillo.

Por la noche volví á la plaza, en donde bajo el nombre de serenata se daba una cencerrada, que á mí no me lo parecía. Algún grupo en el portal, tres ó cuatro en la puerta de Arenzana, y varias familias en el atrio de la iglesia, componían la concurrencia de gente *visible*; la invisible llenaba las cercanías de la fuente, y en derredor de ésta, los músicos se

envanecían justamente de llevar aquellos pulmones que soplaban sin tasa desde hacía veinticuatro horas.

Sentéme yo en el umbral de la sala de cabildos, y me entregué á mis pensamientos. D. Mateo, Remedios y la patria se empujaban en mi imaginación tratando de prevalecer en mis reflexiones. Yo los contenté á todos, ligándolos en mis desvaríos.

—Este disgusto entre el Jefe y el Comandante podría dar lugar y motivo para que *la cosa* se armara por aquí, puesto que D. Mateo no se quedaría burlado. De seguro que D. Mateo se pronunciaría y el barrio del Arroyo iría tras él; pero tendrían que salir del pueblo, porque Coderas no se dejaría sorprender..... ¿ Y qué sucedería con Remedios? Este hombre no había de ser tan bárbaro que la dejara expuesta al furor de sus enemigos. Y que éstos eran!..... También yo podría cuidarla, y ántes me matarían que tocarla un cabello, ¡Oh! en cuanto á eso sí que no cabía duda; yo sería un tigre!..... Bien visto el caso, la revolución era justa y legítima; se trataba de derrocar la tiranía y la tiranía es abominable. Yo no sabía cuáles eran

los abusos del poder; pero que el Gobierno abusaba, era cosa fuera de toda duda y discusión. ¡Hombre! y es bonito el papel del que acaba con los tiranos; algo hay de eso en el *Instructor* que he leído con particular atención.

—Supongo que me pronuncio; que me persigue Coderas y no me atrapa; me voy á la montaña y allí se me reunen hasta cien pedreños, armados de cualquier modo. Vengo sobre S. Martín; Coderas ha recibido auxilios del Gobierno y me espera sobre las lomas; pero yo le ataco con un brío extraordinario y le arrojo de sus posiciones, le quito las armas, se me pasan sus soldados, y tres días después marcho sobre el distrito inmediato y.....

Un estruendo repentino rompió el hilo de aquellos pensamientos que me estaban poniendo nervioso y agitado. Dí un salto, creyendo que Coderas reorganizaba sus dispersas tropas y volvía sobre mí; pero no había tal; eran las nueve de la noche, y comenzaban á quemarse los *fuegos pirotécnicos* anunciados en el programa del Ayuntamiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

Remedios.

VOLVIO cada cosa á su lugar; es decir, el Padre Hidalgo á la Jefatura, la tribuna al salón de la escuela, el águila y los papelones de colores á la gaveta del dómine, á la tienda de los Gonzagas los cajones vacíos que sirvieran de armazon al *templete*, y las cortinas pasaron del altar de la patria al de las Animas.

Púsose también cada persona en su anterior y propio sitio, del cual muchas no quisieran haber salido durante aquel día de tan trascendentales sucesos; y mientras Coderas volvía á la polvorienta oficina, y el pedagogo al ruinoso salón, teatro y santuario de sus afanes y sacrificios, los Llamas se dedicaban de nuevo al cuidado del rancho de la Guayaba, por las mañanas, y á las lecturas por la tarde de las feroces novelas que formaban su encanto. El Síndico atendió otra vez á la matanza de reses que constituía su ejercicio; el Recaudador continuó en su recaudación, y aun el mismo Severo, no obstante el deslumbramiento que le produjera la conquistada gloria, volvió al Juzgado á roer expedientes, acusar rebeldías y promover recursos maliciosos y tontos.

Hubo, sin embargo, cosa que quedara fuera de sus naturales y acostumbradas vías, y esta cosa fué la poca sensatez que entre todos los pedreños se pudiera reunir. La tal sensatez, de escaso cuerpo y solidez menguada, no volvió en mucho tiempo á encauzarse, y usurpó su lugar el frenesí de la curiosidad medio alegre y medio temerosa que se apodera de nuestros villorrios y aun de nuestras ciudades, cuando los hombres de cuenta, mal

33062

avenidos con el estado de la cosa pública, se proponen armar la gorda para defender los ultrajados derechos del pueblo.

Nadie ponía ya en duda que Don Mateo estaba en inteligencias con el licenciado Pérez Gavilán, con aquel genio inquieto, turbulento y levantisco que era el alma de la bola próxima y que se atrevería con cuanto á su paso se opusiera. El chasco de la bandera era un filón explotable, más bien dicho, era una causa determinante sobrada para empujar al rabioso comandante, sin necesidad de los amaños del revoltoso diputado; pero vino un hecho á concluir la obra, comprobación de que Pérez Gavilán era hombre que sabía sacudir el árbol cuando la fruta estaba madura, primera y principal dote que los agitadores populares han menester. Recibían los Llamas, Don Mateo y Severo, sin haberle pedido ni pagar un centavo de suscrición, el semanario titulado *La Conciencia Pública*, periódico nuevecito que llevaba dos meses de nacido, y que, dirigido por el jefe de la revuelta, era el órgano autorizado de los descontentos. ¡Qué artículos *de fondo* censurando las contribuciones y olvidando los gastos

de la Administración! ¡Qué sonetos pintando los horrores de la tiranía y lamentando la humillación del pueblo! ¡Qué párrafos de gacetilla, echando en cara al Ayuntamiento de la capital del Estado los malos pisos de las calles, y tal y cual abuso de un agente de policía!

Pues bien, este periódico en su número diez, correspondiente al trece de Setiembre, y que llegó á San Martín el diez y siete, publicó en primer lugar de su gacetilla el siguiente parrafillo, que tomo de la colección que conservo:

"*Lamentable.*—El Sr. Comandante D. Mateo Cabezudo, que tan justamente apreciado es en el distrito de San Martín, se encuentra postrado en el lecho del dolor, á consecuencia de un reumatismo, según se nos asegura. Por el bien de aquella importantísima fracción del Estado, que en el Sr. Cabezudo tiene cifrados su más legítimo orgullo y su más halagadora esperanza, deseamos que el digno y pundonoroso militar recobre cuanto antes la salud."

Don Mateo no había estado en tal lecho del dolor, ni con tales reumas, y habría po-

dido regalar un poco de salud al Sr. Gavilán sin menoscabo de la suya; pero esto importaba un comino á las intenciones aviesas de *La Conciencia Pública*. Y es un hecho que yo verifiqué después, que el percance de la bandera y este maldito párrafo, fueron causa de que Don Mateo llegara á comprender de un modo claro que el pueblo estaba oprimido y que él debía ayudarle á sacudir el ominoso yugo de la tiranía, como se dijo en la proclama que días después escribió esta mano pecadora.

Algunos pedreños, en desproporcionada minoría, lamentaban y temían los desórdenes con que se veían amagados; y ésos eran, en primer lugar, los que tenían que pagar los gastos de la revolucion, y en segundo los que tenían que seguirla, improvisando instintos belicosos. Después de todos estaba yo, que aunque sentía cierto antojo de desorden y de emociones, veía nuevas dificultades para Remedios, y trastorno seguro de mis cálculos y esperanzas respecto á la dueña de mis pensamientos.

Si digo que Remedios era una muchacha tímida, dulce y delicada, no por ello tema el

lector de juicio, que vaya á tomarme el trabajo de inventar, adornar y pintar una heroína con tubérculos, ni que quiera seguir hilo por hilo y lamento por lamento la historia triste de un amor escrofuloso. No; Remedios valía más que esas desgraciadas heroínas de la tos; lucía sobre la blanca tez de sus mejillas los colores de las rosas que regaba en sus tiestos por la mañana; la roja y ardiente sangre se trasparentaba en sus labios con vivo color; y la redondez escultórica de brazos, hombros y cuello, todo suave, sedoso y nacarado, revelaba la fresca salud que el ejercicio doméstico engendra y la pureza de las costumbres hermosea. Alta y esbelta, airosa con natural y no aprendida elegancia, habría sido una lugareña en el aspecto, si la fortuna no hubiera puesto en sus negros y grandes ojos, antes rayos de luna que haces de luz solar. Su mirada, en efecto, era dulce y triste y parecía derramar sus resplandores sobre la tersa y pensadora frente: esto es lo que á mí me hizo rendir el alma, y lo que no olvido ni olvidaré jamás. ¿Qué me importaba que se la tachara de no tener la boca más pequeña? He leido después en algún libro de Zola que

las bocas como aquella son sensuales; pero la verdad es que Remedios era más dulce y afectuosa que ardiente y apasionada.

Cumpliría en Diciembre los diez y siete años, pero había sido víctima de dolores que la hirieron desde su infancia, abatiendo en cierto modo su espíritu infantil y dándola precozmente reflexión, prudencia y madurez. No haya temor de que, ignorados sus padres, resulte luego hija del Sultán de Marruecos en la penúltima página de este libro; nada ménos que tal cosa: sus padres eran, y bien lo sabía San Martín, Doña Andrea Cabezudo, hermana ya difunta de Don Mateo, y Don Camilo Soria, jefe político que fué del distrito, años atrás, y que encontró modo y coyuntura de dar al traste con el brillo no empañado del claro linage de los Cabezudos.

Cuando la niña vino al mundo, Don Mateo era Mateo á secas, y por tanto no tenía el deber de indignarse, ni quizá el derecho.

Soria dejó la Jefatura cuando el Gobierno lo tuvo á bien, y se ausentó de San Martín sin volver á acordarse de Doña Andrea ni de su hija; pero durante su *administración* hizo tales y tan rigurosas economías, que al salir del empleo tenía comprada una regular finca de campo á diez leguas de la cabecera, y á ella se retiró para gozar tranquilamente del fruto de sus afanes y privaciones. Andando y rodando el tiempo, Soria contrajo matrimonio con una mujer que á poco resultó una harpía celosa y endemoniada, la cual logró dominar con absoluto imperio á su marido, que en verdad y en justicia era otra fiera. Murió Doña Andrea, dejando á Remedios de cinco años, y la harpía, en odio á Don Mateo, y por una aberración de los celos, cuyo estudio remito á los psicólogos novelistas, obligó, apremió y forzó á Soria á que recogiera á la chiquilla, quizá para vengar en ella el desliz de su marido.

Cinco años sufrió Remedios los más atroces tratamientos de la peor de las madrastras, sometida á duros y bajos oficios, soportando constantes y envilecedores ultrajes, á ciencia, paciencia y aun gusto del monstruo que tuvo por padre; y á tal grado bajó la condición moral de la desventurada niña, que llegó á ver como cosa común y corriente aquella vida miserable, y aun á creer de buena fé que

no era acreedora á otra mejor, ni debía aspirar á conseguirla.

Pero he aquí que Mateo se torna Don Mateo, y adquiere por ende la obligación de tener vergüenza y el derecho de lucirla; ya monta buenos caballos, abofetea á Jefes políticos, posee terrenos y tiene medallas; ya lée periódicos, y platica de tú á tú con los más empingorotados personajes del pueblo: no puede ménos que indignarse al recordar el ultraje de su nombre clarísimo, y despertando en él con mayor viveza el fondo de bondad de su brusco carácter, siente amor á la pobre niña que conoce apenas, y cuyas desventuras oye contar alguna vez.

Pensarlo y hacerlo fué todo uno; que en hombres tales no cabe poner distancia entre el propósito y la ejecución. Cala el jarano de más galones, apercibe las armas, y montando en el retinto quemado, se dirige al pueblo de San Gerónimo Rioseco, en donde se celebra la fiesta del Santo Patrón, á la cual Soria y familia deben de haber asistido. Y como allí están, en efecto, requiere á Soria en plena plaza para que le entregue á la niña; entran en dimes y diretes, salen de tono

á las primeras de cambio, y á poco D. Mateo aporrea á su sabor al ex-jefe, da con él en tierra, le enloda, le abruma á coces, y tomando á la niña, se la lleva enmedio del estupor general y de las maldiciones infernales de la harpía. Hé aquí un juicio sobre patria potestad ventilado en pocos minutos, y llevado á término sin complicadas tramitaciones.

Naturalmente, Soria y esposa alimentaron desde entonces un odio horrible contra Cabezudo, y juraron que la niña había de volver á la hacienda del Roblar, aunque fuera para ello preciso acabar con todo San Martín. ¡Y qué bien la pasaría entonces la mocosa embustera! Por lo mismo que la aborrecían era necesario recobrarla.

Pero ¿no había autoridades en San Martín? Sí tal, y se dió poder especialísimo á Severo para acusar á D. Mateo de todos los delitos imaginables y exigirle la devolución de la niña; pero cuando Severo registraba el Alvarez y el Litigante instruido con más empeño, buscando en ellos la acción procedente, y preparando impertinentes recursos

para la sazón y tiempo oportunos, el Comandante le envió un recadillo duro, que le hizo renunciar el poder. Era aquel un artículo de previo pronunciamiento no previsto por los autores.

No pudo el tiempo gastar los filos del odio implacable de Soria y esposa hácia el Comandante, y mes por mes y día por día, juraban á voz en grito que le habían de quitar á la mocosa desvergonzada, y tomarían de él la venganza correspondiente al agravio. Y como Soria era un mal hombre, con cierta gente de su parte y bastante fama de temible, la pobre niña vivía siempre con sobresalto, y yo no las tenía todas conmigo.

La revolución era peligrosa en aquellas circunstancias; y tanto pensé sobre esto, que un día acabé por imaginar el más singular desatino: casarme con Remedios en una semana. Burlóse mi madre de tal pensamiento de pronto, pero llegó á enojarse cuando le tomó por lo sério, al comprender la formalidad de mi consulta. Estaba ella más que yo enamorada de Remedios; pero nos tenía por un par de muñecos, incapaces de juicio y sensatez. Díme yo á pensar sobre la oposicion

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de mi madre; declaré y resolví que aquello no era sino el amor maternal rebelado contra otro amor que le inspiraba celo: y como supiera que D. Mateo miraba con buenos ojos mi inclinación por su sobrina, un día me entré en su casa algo pálido y temblo roso, y por estudiar mucho la manera de declararme, hube de espetarle de golpe y porrazo la declaración más breve, franca y brusca de mi amor á Remedios.

A fuer de buen militar, el Comandante sufrió el asalto sin inmutarse y entró en materia.

No le parecía mal, si ambos nos queríamos, y si *la señora* (mi madre) estaba conforme. Antes que nada era necesario el acuerdo de la señora. ¿Contaba yo con él? Corriente; pues no habría dificultad. Pero en esos dias *las cosas* andaban mal; esperaríamos un poco. *¡Canasto!* al fin eramos ambos muy jovenes y podríamos esperar años enteros. *Las cosas* se arreglarían pronto y bien, y entonces serían de otro modo; porque así *debían ser*. Por otra parte, yo no era nada hasta entonces, y un hombre debe hacerse algo antes de casarse; por ejemplo, recauda-

dor de contribuciones. Y lo alcanzaría yo, ¡canastol ó el Comandante se quitaría el nombre. Pero bien visto no era necesario aquello, pues al fin era yo hijo de la señora, y eso bastaba, puesto que la señora era para él lo primero, y la memoria del señor (mi padre) tenía un lugar en su corazón... Sin embargo, era mejor esperar un poco, que *las cosas* andaban mal.

Me dí al demonio con esta conversación, de la cual nada saqué en limpio, sino que D. Mateo estaba en un período de vacilaciones que revelaba la agitación interna que le dominaba.

VI

La Conciencia Publica.

EDITORIAL.—"El pueblo, en ejercicio de sus inalienables derechos, por tanto tiempo conculcados, ha resuelto al fin romper las cadenas de la odiosa tiranía de los magnates que han creído ser dueños del país y que han querido tratar á los ciudadanos como á un rebaño de ovejas. Este resultado venía preparándose desde hace tiempo, y parecía que los mismos interesados en contenerlo se empeñaban en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dor de contribuciones. Y lo alcanzaría yo, ¡canastol ó el Comandante se quitaría el nombre. Pero bien visto no era necesario aquello, pues al fin era yo hijo de la señora, y eso bastaba, puesto que la señora era para él lo primero, y la memoria del señor (mi padre) tenía un lugar en su corazón... Sin embargo, era mejor esperar un poco, que *las cosas* andaban mal.

Me dí al demonio con esta conversación, de la cual nada saqué en limpio, sino que D. Mateo estaba en un período de vacilaciones que revelaba la agitación interna que le dominaba.

VI

La Conciencia Publica.

EDITORIAL.—"El pueblo, en ejercicio de sus inalienables derechos, por tanto tiempo conculcados, ha resuelto al fin romper las cadenas de la odiosa tiranía de los magnates que han creído ser dueños del país y que han querido tratar á los ciudadanos como á un rebaño de ovejas. Este resultado venía preparándose desde hace tiempo, y parecía que los mismos interesados en contenerlo se empeñaban en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

precipitar los acontecimientos que vemos hoy realizados. El pueblo reivindica sus derechos usurpados, y sigue á los pundonorosos caudillos que le enseñan el glorioso camino de la libertad. Cada uno de esos heróicos hijos de las montañas, que secundando el Plan de Venta-quemada, abandonan el hogar para acudir en favor de la dignidad nacional vejada, colocarán sobre su frente los inmarcesibles laureles que se ciñen los héroes, ó la corona de siempreviva de los mártires."

Así comenzaba, continuaba y terminaba el editorial, el artículo *de fondo*, que *La Conciencia Pública* llevó á San Martín en su número 14, correspondiente al 10 de Octubre de aquel año, y que puso en todos los ánimos suspensión y espanto. Los tres ejemplares que se recibían en la cabecera, iban de una á otra casa para ser leídos en voz alta, enmedio siempre de un considerable grupo de personas. Muchas de ellas seguían al ejemplar en su peregrinación, para oir tres y cuatro veces aquellas estupendas noticias y la altisonante jerga en que estaban escritas.

Y había otro documento que comenzaba así:

"*Plan libertador*.—Hé aquí las bases y programa de la revolución iniciada por el ilustre General en la ranchería de Venta-quemada.

"Los suscritos ciudadanos, reunidos para deliberar sobre la situación que guarda el Estado, dada la apatía de los hombres que le gobiernan, y el ultraje constante que sufren los inalienables derechos del pueblo;

Considerando: que el Gobierno del Estado, ha conculcado esos derechos, sin respetar los que garantizan nuestras leyes constitutivas, despreciando toda ley y todo.....etc., etc."

Seguían diez *considerandos*, que terminaban con cinco ó seis declaraciones relativas á la supremacía de las leyes constitutivas, por centésima vez declarada y proclamada; y á la organización de la zambra, de la que era Jefe el general aquel de que hablaba *La Conciencia*. Los derechos del pueblo quedaban en el *Plan* bien aseguraditos contra toda conculcación, y diez veces reconocida su calidad importantísima de inalienables. La soberanía quedaba devuelta al mismo caballo blanco, el sufragio "venerado en el santuario de las urnas de la libertad," y las contribuciones mal-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

decidas para lo porvenir; pero sustituidas en tanto por los préstamos forzosos, en virtud de las imperiosas necesidades de la revolución. Muy bien hecho: al que quiera azul celeste, que le cueste.

Pero quizá más que lo que copiado fielmente llevo, asombraban, movían y agitaban á los ciudadanos de San Martín algunos parrafitos de gacetilla, que quiero trasladar aquí para mejor ilustración del que lea.

"*Inicua arbitrariedad.*—Se ha librado órden de aprehensión contra el ilustre diputado Lic. José I. Pérez Gavilán y sus tres valientes compañeros, sólo por el *grave delito* de haber sostenido incólumes en el Congreso del Estado, su dignidad y los fueros de la ley. La indignación pública ha llegado á su colmo. Los diputados perseguidos se han ocultado por temor de ser víctimas de un atropello."

"*Adelante.*—El General Baraja al frente de seiscientos hombres se mueve ya sobre la cabecera del distrito de X. El Jefe político ha abandonado la población, según se dice. El cabecilla indígena Juan Pablo ha secundado el plan con cien hombres de la Ciénega."

Con fecha posterior y con caracteres borrosos é ininteligibles, acompañaba al periódico el necesario alcance.

"*Atentado inaudito!!—¡¡La Prensa amordazada!!—¡¡Un redactor vejado!! ...etc., etc.*

Así comenzaba aquella hoja que me rehuso á copiar por su extensión excesiva. Baste saber que refería menudamente cómo el día mismo en que saliera á la luz pública el último número de *La Conciencia*, la policía invadió la imprenta y redacción, atrapó al gacetillero, que no pudo como sus compañeros ponerse á tiempo en cobro, y le condujo á *chirona* como responsable de artículos subversivos. Refería también, que la imprenta había sido embargada por supuestos acreedores, y mandamiento de un juez dócil y acomodaticio; terminando por manifestar que, resueltos á proseguir en la defensa del pueblo, no callarían á pesar de los atentados de que eran víctimas, y que *La Conciencia* continuaría apareciendo, aunque menguada y con borrones, en la pequeña y deficiente imprenta que habían habido á mano.

Si el lector ha vivido en algún San Martín de la Piedra, tendrá acaso por excusada

demasía la pintura de lo que en aquella ocasión pasaba en mi pueblo. ¿Quién no ha visto en casos tales al Jefe político, ponerse serio y engestado, como si cada vecino fuera un revolucionario peligroso; escribir muchas comunicaciones; despachar correos extraordinarios á altas horas de la noche; llamar á las autoridades y á sus parciales, y mostrarse más arbitrario que nunca? ¿Quién no ha visto á los Cabezudos hacerse misteriosos y dar á entender que todo se lo saben y de todo están al cabo; convocar sigilosamente á sus compadres, ahijados, sobrinos y demás deudos para exponerles la situación, y asumir una actitud que los haga más y más importantes y temibles? ¿Quién no ha visto á los tibios encerrarse, á los tímidos hacerse los enfermos, á los indígenas huir de la leva y á los acomodados del préstamo? ¿Quién, por último, no ha visto cómo la gente escasea en las calles; que éstas entonces se ven frecuentadas por los perros que abundan; que las mugeres van aprisa y que los chicos bullen con mayor contento, como previendo próxima vacacion? Pues digan y afirmen todos que vieron á San Martín, á Coderas, á D. Mateo y á todos

los pedreños, en aquellos días de apretado y temeroso trance.

Como el distrito que tuvo la gloria de ser cuna de la revolución, y de abrazar y comprender en sus términos la ya famosa ranchería de Venta-quemada, era rayano del nuestro, aquella misma noche se aseguraba con pavor que los *pronunciados* estaban á las goteras de San Martín, sin que faltara al mismo Coderas la simplicidad bastante para ser de los que tal temieron. En tal virtud, desde luego aumentó la guarnición de la plaza con veinticinco hombres tomados de donde á bien tuvo, dispuso retenes, dobló las centinelas, anduvo á caballo, instruyó policía secreta y durmió en la Jefatura, que también hacía de cuartel.

Mi madre me tomó á cargo y no cesaba de sermonearme; me encerró á las seis de la tarde de mal de mi grado, y llena de afliccion me decia:

—Hijo, que no salgas; por el amor de Dios que te estés quieto, si no quieres matarme de congoja. Mira que ya anda la leva y que el Sr. Coderas no ha de quererte mucho, por lo mismo que todos te tienen por partidario de

D. Mateo. Si te llevan al cuartel me vuelvo loca. ¡Que no salgas!

Yo prometía y juraba no salir de mi casa en ocho días, para calmar la agitación de mi buena madre: pero tenía en realidad el propósito de escaparme á lo mejor, porque resueltamente era preciso que yo hablara con Remedios para saber qué pensaba el Comandante y resolver, sabido, lo que conviniera á la seguridad de aquella niña.

Durante dos días no pude burlar la vigilancia de mi celoso guardián, quien tenía el más escrupuloso cuidado de encerrarme á las seis de la tarde y de esclavizarme y someterme con sus cariñosas súplicas. Pero la tercera noche, establecida la confianza que garantizaba mi sumisión, mi madre entró en su cuarto para rezar tranquilamente sus largas oraciones, y yo me encerré en el mío so pretexto de arreglar las ya atrasadas cuentas del rancho que constituía nuestro patrimonio.

Serían las nueve cuando logré separar un barrote de mi ventana, después de cortado por el extremo inferior, de tal suerte que podía volverse á colocar en su sitio sin que

fuese facilmente notado mi delito. Salí, cuidando de no hacer ruido y dejando encendida la vela; cerré por fuera, atravesé la plaza, tomando rumbo á la casa de Remedios; pero para no pasar frente á la Jefatura, y evitar un retén, crucé diagonalmente, pasando por un ángulo de la iglesia. Mas antes de concluir la vuelta que era necesaria para salir á la calle principal, frente á la casa del síndico Cañas me detuvo un obstáculo que me enfrió súbitamente la sangre, pues las circunstancias, la oscuridad de la noche y la soledad de la calle no eran para menos. El tal obstáculo consistía en un caballo que, estorbando con su cuerpo más de la mitad del estrecho espacio transitable, me revelaba la proximidad de un hombre con quien yo no quería encontrarme, y me exponía al peligro de recibir un par de coces si me atrevía á pasar por detrás de la bestia. Mas advirtiendo que la puerta del Síndico estaba casi enteramente cerrada, atrevíme á pasar por debajo del pescuezo del animal sigilosamente. Puesta por obra la determinación, creí que me caían tres retenes encima, al oir, aunque baja y cautelosa, la voz de Soria que hablaba con Cañas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El caballo se echó espantado hácia atrás, cerrando de golpe la puerta á que estaba atado, y yo con no menor susto llegué en tres saltos á la calle principal y doblé la esquina. Mucho me empujaba la curiosidad y aun el legítimo interés á volver á la casa del síndico para procurar enterarme de alguna parte de su conversación, pero un prudente recelo me apartó y distrajo de semejante idea.

Preocupado y temeroso por la presencia del ex-jefe en San Martín á tal hora y en tal compañía, seguí mi camino y llegué sin más tropiezos á la casa del Comandante. Llamé suavemente á la ventana de Remedios, y poco después la voz de la niña preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, contesté en voz baja.

Abrióse la ventana un dedito no más, por donde pude ver apenas uno de los hermosos ojos de la encantadora morena.

—Juan, por amor de Dios, ¿qué haces aquí? me dijo angustiada. ¿No ves que te expones á mil cosas?

—Lo veo; pero tus peligros me importan más.

—Yo no corro ninguno, Juan: vete, hazme ese favor por lo que más estimes.

—Sí lo corres, repliqué, hablando con precipitación para ahorrar tiempo; lo corres sin duda, si tu tío tiene determinado meterse en la bola. ¿Qué sabes de esto? sólo para preguntártelo he venido.

—Yo no sé nada. Pero, Juanito, te suplico que te vayas! Yo estoy bien; te aseguro que estoy bien.

—Mira, dije para interesarla; acabo de ver á tu padre.

—¡A mi padre! exclamó espantada,

—Si; en la casa de Cañas, que es un bribón de marca. Allí se trama algo contra tu tío, y por lo mismo contra tí, es decir, contra mí. Pero dime qué sabes de lo que piense D. Mateo, dímelo pronto, pronto, porque no tenemos mucho tiempo.

—Nada sé, Juanito, nada. Verás: esta mañana salió un rato y me dijo: "Si viene mi compadre Pedro Martín, dile que me espere." Pedro vino y le esperó. Hablaron un buen espacio y al despedirse mi tío dijo: "Hablé con los muchachos, y en cuanto regrese el correo le mandaré avisos para que me vea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Lo que yo temía, dije con desaliento; eso quiere decir que ya trata de levantar su gente entre los del Arroyo, para entrar en la revolución.

—¡Jesús, María!

—Eso no tiene remedio, hija mía; pero es necesario pensar en lo que será de tí. Si D. Mateo se mete es fácil que tenga que abandonar el pueblo tarde ó temprano, y en tal caso, tú quedas expuesta á que ese Sr. Soria cumpla su capricho de llevarte á su casa.

—No lo permita Dios, Juan! No me asustes.

—No temas nada. Yo te juro que nada te pasará; porque aquí estoy yo para cuidarte! Si tu tío se va, yo me quedo; y antes que consentir en que se te toque un cabello consentiré en que me ahorquen.

Oimos pisadas de caballo á distancia; empujé la ventana para abrirla algo más, estreché la mano temblorosa de Remedios y dije precipitadamente:

—Procura averiguar y tenerme al tanto de lo que piense tu tío, porque importa. Adiós.

Escurrí el bulto rozando la pared, porque la oscuridad de la noche no era tal que el

ginete, ya cercano, pudiera pasar sin verme; doblé la primera esquina y haciendo un largo rodeo pude sin novedad llegar á mi casa y entrar por donde había salido.

Nada había sentido mi madre, y queriendo yo justificar mi encierro, traté de hacer algo en mi libro de cuentas. La partida simple se tornó aquella noche partida triple por lo menos, pues en cada asiento asentaba yo tres disparates, confundiendo á este deudor con Soria, al otro con el Comandante, la cosecha con la revolución, y la ordeña con los préstamos forzosos.

Me acosté al fin, después de emborronar el libro lamentablemente. Soria, su mujer, Remedios y su tío, bailaban caprichosas danzas en mi imaginación; y no sé si en la pesadilla del sueño ó en el delirio de la calentura adiviné dos tipos que después conocí: el Maestro de Escuela y la Lechuza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

¡Tambien yo!

AMANECIO el día siguiente, y con él mis inquietudes y zozobras, á tan alto grado puestas, que no parecía sino que me estaba encomendada la parte política y mañosa de la revolución. Y cuál no sería mi sobresalto, cuando mi madre, más blanca que esta hoja de papel, me anunció que el señor Jefe político me llamaba á su oficina, con la advertencia de que pasara por allá sin pérdida de tiempo.

Mi madre me dió las noticias que circulaban como nuevas en San Martín, en tanto que yo me vestía á toda prisa. Madrugaban, por cierto, las novedades, pues apenas serían las siete de la mañana; y eran aquellas, que Coderas no había pegado los ojos en toda la noche, pues un correo del Gobierno le trajo papeles importantísimos y muy numerosos; sobre todo muy numerosos, pues los políticos de San Martín no comprendían una alarma sin su resma de papel florete. Decían también las lenguas mejor movidas y más resbalosas, que entre aquellos pliegos los había que comunicaban reservadamente una derrota sufrida por el Gobierno, y la orden para imponer una contribución extraordinaria en aquel distrito tan digno de mejor suerte, como decía Severo.

Sin desayunarme acudí al llamado del Jefe político, si no es que puedan entrar en la categoría de desayuno las mil prevenciones, consejos y órdenes con que mi madre me conminó á que tomara un hilo de conducta tal, que había de conducirme al ovillo de la buena armonía con todo el mundo.

Entré en la Jefatura, la cual para oficina

tenía todos los legajos y polvo suficientes, y un secretario que por su aspecto y condiciones fuera bastante para caracterizarla, aun cuando el escudo de madera colocado sobre la puerta principal, no lo denotase con su inscripción y su águila y su nopal. Frente á una mesa de antiguo cuño y que parecía desertada de refectorio de domínicos, parada sobre el menor número de piés en que el equilibrio estable era medianamente posible, se encontraba sentado con malísimo semblante el temible Coderas; el secretario, colocado en el extremo útil de la mesa, dejaba volar su ejercitada pluma, escribiendo la centésima circular que se dirigía á los presidentes municipales del distrito; y el Síndico Cañas, viejo chiquitín, escuálido, con ancha calva, de conducta y carácter escurridizos, á la diestra de la autoridad administrativa, recogía los párpados para leer desde su asiento lo que el secretario escribía y él dictaba.

El Jefe político me saludó con la mano desde lejos, con una familiaridad afectuosa á la cual no estaba yo acostumbrado; Cañas se puso de pié, y sonriendo hasta plegar toda la cara, me recibió dando dos pasos al frente.

—Siéntese vd., Sr. Quiñones, dijo Coderas.

Y yo obedecí, cada vez más perplejo.

Coderas poco listo para todo aquello en que el ingenio fuera cosa esencial, abordó el asunto.

—Le he llamado á vd. para un negocio importante. Como las cosas se han puesto feas, ¿hé? y yo tengo que cumplir con mi deber, porque el deber es lo primero, he dispuesto que el Sr. Carrasco, mi secretario, se haga cargo de una compañía de voluntarios; y como yo necesito un secretario porqué es necesario y además muy útil en la Jefatura, pues he dispuesto nombrarle á vd. para que venga en lugar del Sr. Carrasco.

No se requería una letra más para hacerme sudar frío.

—Yo creo que vd. no se negará, continuó el Jefe político, porque se trata de servir al Gobierno, y además de que este es nuestro deber, ¿hé? además de que este es nuestro deber, pues también el Gobierno sabe recompensar á los buenos servidores que le...., que le.... es decir, á los buenos servidores que sirven y que *se rifan* en estos casos y que no tienen miedo.

Yo, que maldito si quería *rifarme* y que veía llegar una secretaría, precisamente cuando no la deseaba ni la podía ver sin horror, me quedé de una pieza.

—Ciertamente, Juanillo, dijo melosamente el Síndico, con un chacoloteo de paladar que me pareció de víbora de cascabel; en estos casos es cuando se abre para los jóvenes como vd. un buen porvenir. Yo le doy el buen consejo de que ni vacile; tanto porque así mejora la posición de vd., como porque se prepara para la vida pública, que siempre comienza por poco. Sí, señor Comandante, esté vd. seguro de que Juanillo acepta; es hombre que lo heredó de su padre que fué muy amigo mío; yo creo que puede vd. mandar que se le extienda el nombramiento. ¿Verdad, Juan? Sí, señor; que se le extienda.

Por fin pude abrir la boca, aunque no muy dueño de ella. Me excusé tímidamente con las circunstancias de ser único sostén de mi madre: se me contestó que nada quitaba el que yo continuara siéndolo; argüí que mis peligros la hacían sufrir extraordinariamente: se me replicó que no corria yo ningunos; reventé al fin, manifestando que ambos ar-

gumentos míos descansaban en la situación actual, intranquila, incierta y peligrosa, y jamás lo dijera.....! Coderas lanzó un terno, se puso encendido de cólera, cerró los puños, y dejando caer uno de ellos sobre la destartalada mesa, gritó:

—Pues qué ¿cree vd. que á mí me hacen algo estos roñosos? Pues qué ¿cree vd, que yo les tengo miedo ó que no deshago en un momento á esta punta de marranos? Pues que se levanten ¿hé? que se levanten y que me busquen ruido, que es lo que estoy deseando para darles una zurra que se han de acordar de mí. ¡Vaya, hombre! Pues era la última que ahora anduviéramos con esas. Que vengan, que grite uno siquiera y verán todos estos cabezudos ó cabezones cómo no dejo cabezón parado, porque no sirven ni para limpiar mi caballo ¿hé? Sí, señor, ni para limpiar mi caballo; y si á vd. no le gusta que yo lo diga, pues que no le guste, pero yo me he de pasear sobre todos, y á todos se los ha de llevar el diablo; porque no les tengo miedo ni á ellos ni á la.....

Basta para muestra del estilo oficial de S. Martín; y ahorrándome yo trabajo, dejo al

lector el de subrayar cuanto guste en el párrafo anterior.

En vano Cañas el político, el fino, el mañoso, el sutil, quiso contener el desbordado torrente de aquella brutal cólera, comprendiendo el mal efecto que debía producirme y el resultado que de mi conferencia con ellos había de esperarse después de tal descarga. Hubo al fin de inclinar la cabeza hasta que Coderas calló, que fué cuando le dió la gana

Coderas se paseaba en la sala á lo largo, lanzando de vez en cuando esos sordos carraspeos, que son como las últimas amenazas del perro que ladró con furia. Detúvose repentinamente, miróme con ojos de tígre herido y dijo:

—Por fin, ¿acepta vd. ó nó?

Yo miré á Cañas como quien dice una plegaria. ¡Así el que lucha con las aguas de un río que le ahoga, se agarra de una ortiga si no hay otra cosa! Y la ortiga me abrasó la mano y se escurrió entre mis dedos.

—¡Eres un niño! vociferó en airado tono. El señor Comandante tiene razón de enojarse. ¿Pues qué has creído tú de esos revoltosos que andan escandalizando el país? Pero

mereces perdón, porque eres deveras una criatura. Vamos; déjate de tonteras y acepta el favor que el señor Jefe quiere hacerte. Yo bien sé que eres amigo del Gobierno, pues así era tu padre; pero si vienes con las necedades de esta gente, tendré que reprenderte como debo.

Lejos de ser este el lenguaje que Cañas usaba habitualmente conmigo, era enteramente opuesto; aquel veleta, que por adular á alguien era capaz de adularse á sí mismo, siempre meloso y blando, tenía costumbre de halagarme con elogios y esperanzas para lo porvenir.

Sentía yo las mejillas abrasadas y las orejas como ascuas, pues he tenido siempre la dicha de sentir muy vivamente la indignación; pero confieso que siendo aquélla la vez primera que me veía humillado por una voluntad imperiosa y amenazado con violencia, no tuve el valor necesario para rechazar con energía el empleo que de tal modo se me ofreciera.

Coderas no se movía de la posición que había tomado, y clavando siempre los irritados ojos en los míos, insistió con grosería.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Por fin acepta?

—Señor, contesté; no tiene vd. motivo para incomodarse, pues nada he dicho que lo merezca; yo no soy partidario de la revolución.....

—Eso es, intercaló Cañas.

—Ni de ninguno, continué; pero en todo caso, si vd. cree necesarios mis servicios.....

—Eso es, eso es, repitió el Síndico.

—Yo no tengo inconveniente. Sólo deseo que me permita vd. hablar sobre esto á mi madre; porque sometido siempre á ella y respetando sus consejos y disposiciones, no quisiera dar este paso sin consultárselo.

—Eso es, dijo Cañas de nuevo. Sí, señor; bien puede vd. permitírselo, seguro de que la Sra. Doña Francisca, no dejará de consentir en ello.

—*Bueno*, contestó el Comandante, está *bueno*; pero ya sabe vd. que de todos modos ha de ser vd. el secretario, porque lo primero es el deber y á mí no me espanta nadie ¿hé? Le doy dos horas para que vaya y vuelva, y si á las dos horas no ha regresado, le mando traer de una oreja y le pongo de sol-

dado raso. ¿Me entiende? *Bueno*; pues ya se puede ir y mucho cuidado.

Cuando salí de la Jefatura las lágrimas de la debilidad ultrajada indignamente brotaban de mis ojos. Tomé el camino de mi casa; pero ciego y sin tino, doblé la primera esquina que alcancé y haciendo un rodeo me dirigí á casa de D. Mateo Cabezudo.

Entré. D. Mateo hablaba en la sala con el indio Pedro Martín en voz baja, y al verme se sintió contrariado. Se levantó del viejo sillón de vaqueta en que estaba sentado y salió con forzada y escasa cortesía á mi encuentro; pero debió de notar algo extraño en mi semblante, pues me preguntó con cierta inquietud:

—¿Qué tiene vd? ¿La señora está mala?

—No, señor; respondí casi con las lágrimas en los ojos, y sintiendo aún que me zumbaban los oídos. Quiero hablar con vd. en este momento, y como creo que Pedro es también de los pronunciados, no hay inconveniente en que me oiga. Yo también entro en la bola.

El Comandante se quedó estupefacto y miró á Pedro con aire de consulta.

—Pero, Juanito, me dijo: eso de la bola no es cosa hecha... yo no me he metido...

—No me diga vd. eso, porque yo lo sé todo; todo lo sé y quiero tomar las armas y acabar con estos bandidos.

—Pero la señora.....

—Yo soy ya hombre y no debo consultarla. Señor Comandante, hágame vd. favor de admitirme entre sus soldados y de pronunciarse hoy mismo.....

No hubo medio de calmarme. Me hizo tomar asiento á su lado, referí lo ocurrido entre las exclamaciones de ira de uno y otro revolucionarios, y admitido resueltamente como partidario útil y provechoso, se determinó que mientras se concluía la organización de *los muchachos*, me ocultara yo en el rancho de la Guayaba, en donde estaría bien, dada la discreción y miedo de los Llamas. Desde luego D. Mateo me diputó por el más adecuado para servir su secretaría de campaña, y me encargó que en mi escondite fraguara, concertara y puliera aquella famosa proclama que tantos elogios mereció de los pedreños, y que atribuyeron de pronto á la castiza y atrevida pluma del tinterillo orador.

¡Cuán otro me sentí después de todos estos arreglos! ¡Yo secretario! ¡yo tramando revueltas! ¡yo perseguido! ¡yo haciendo proclamas! Luego era hombre hecho y derecho.

Los escrúpulos del Comandante respecto á la señora, y aun los míos, desaparecieron por esta sola consideración: de no meterme en la bola, tenía que aceptar la secretaría de la Jefatura, lo cual era meterme contra la bola; pues si todo daba lo mismo para perder la tranquilidad, más valía estar en la revolución, supuesto que ella debía de vencer, dados sus poderosísimos elementos. D. Mateo fué encargado de persuadir á mi madre de que había yo hecho muy bien.

Quedaba, pues, resuelto que yo me ocultaría en el rancho de los Llamas; pero mientras tanto, las dos horas que Coderas me señaló estaban próximas á espirar, y de un momento á otro me mandaría traer de una oreja para hacerme soldado raso. Pues nada; me escondería allí mismo, en lo más oculto de la casa hasta la noche, entrada la cual, montaría en un caballo de segunda orden de los del Comandante y me escaparía cautelo-

samente, llevando una carta para los dueños del rancho.

D. Mateo salió, advertido de que á mi madre debía decirla que yo había partido ya, á fin de evitar una imprudencia; y sea porque no tenía medio de evitarlo ó porque las cosas del día le preocupaban, no tomó ninguna celosa providencia para evitarme ver y hablar á Remedios; pues debo manifestar para que cada cual quede encerrado en el alcázar de su propia conducta, que si bien D. Mateo consentía en mi matrimonio con su sobrina, no podía soportar siquiera que pasara por su casa con alguna frecuencia.

Cuando quedé solo y descargada en parte la nube de sangre que me cegara en la Jefatura; cuando sentí que la idea de la bola me causaba un escalofrío desagradable, dos seres se presentaron á mi imaginación como reprochando mi conducta: mi madre y Remedios. La primera que no tenía en el mundo ni más consuelo ni más sostén que yo, llena siempre de abnegación para mí y cuyo mayor cuidado consistía en la menor sombra de pesar sobre mi frente.

La segunda, niña que al abrir el alma á la

vida acogió en ella con amor purísimo la ternura que la ofrecía, no tenía en la tierra más que dos seres en quienes derramar el riquísimo tesoro de su cariño: y ambos egoístas, vanidosos, é ingratos, iban á abandonarla sin piedad en la soledad del alma y enmedio de sus enemigos jurados. ¿Qué sería de ellas? La pobre anciana iba á correr loca por el pueblo buscando á su hijo para sustraerle del peligro en que sin duda su lucida imaginación de madre le veía ya rendido y espirante: ¡ah! y quizá las gentes sin piedad se burlarían de su dolor. La niña derramaría desolada y afligida, abundantes lágrimas, y si la suerte nos era adversa y la revolución se veía derrotada ó batida de pronto, caería sin duda en poder de los fieras que, por un odio salvaje, no perderían la ocasión de saciar en ella sus horribles rencores.

Volaba así mi imaginación calenturienta, arrastrándome á contemplar los más dolorosos cuadros; dejéme caer con desaliento y frío en el sillón de vaqueta, y desde el fondo de mi alma atribulada y arrepentida, maldije la bola una y mil veces.

De pronto se operó en mi espíritu una

reacción vigorosa. ¿Qué me importaban á mí aquellas cosas? ¿Por qué había de herir tan profundamente á los dos seres, para quienes quería vivir, y únicos por quienes debiera jugar mi existencia? Podía ocultarme sin ausentarme, y sobre todo, sin meterme con unos ni con otros, sustrayéndome simplemente á la persecución de Coderas. Permanecería en lugar conocido por mi madre y Remedios, y aun vendría á San Martín ocultamente algunas noches para informarme de su situación y cuidarlas.

Poco caso hacía yo en aquel momento del compromiso contraído con D. Mateo y Pedro Martín. Qué obligaciones podría yo tener con aquel par de locos? Olvidé enmedio de mis amargas imaginaciones aun el lugar en que me hallaba, desaprovechando la ocasión de ver á Remedios, decirla una palabra cariñosa y estrechar dulcemente su mano delicada.

Don Mateo al salir me había recomendado que estuviese cuidadoso y desconfiado, y que en caso de necesidad corriese al sotabanco del último cuarto de la casa, depósito del aguardiente que producía su alambique, en

donde no sería fácil encontrarme; pero su previsión revolucionaria se extendió también á mandar ensillar el caballo que me destinara, para que mi fuga en último extremo no tuviera tropiezo alguno.

Cuando yo, más hundido en mis pensamientos y dolorosas consideraciones, me proponía romper mis recientes ligas con los revolucionarios, ausentarme de S. Martín, pero permanecer á poca distancia y comunicarme desde allí con mi madre y Remedios, entró ésta brusca y precipitadamente en la sala, viniendo del patio, y dirigiéndose á su cuarto. Estaba lívida y con los ojos extraviados de espanto, y al verme, olvidada su timidez y vencido su recato, se refugió en mis brazos como cordero que persigue el lobo.

El corazón me dijo lo que pasaba, y lo confirmó el gruñido de fiera que al mismo tiempo oí en el patio. Empujé á Remedios violentamente hacia el rincón de la sala que tenía yo detrás, y ciego, agitado, fuera de mí, me lancé hacia la puerta, llevando en las manos no sé qué: creo que era una silla tosca, sólida manufactura pedreña. Al salir de

la sala encontré á alguien á quien no ví; choqué con él porque ambos corríamos; vacilamos los dos á punto de caer; otro hombre surgió delante de mí, dió un grito horrible y cayó al suelo, en tanto que yo levantaba en alto un pedazo de la silla rota en mis manos. En aquel mismo instante sentí que una mano de acero me apretó rudamente la garganta; perdí el equilibrio, iba á caer; pero la mano aflojó sus tenazas y otra más brusca me dió un fuerte empujón hacia adelante, á tiempo que oí la voz de Pedro Martín:

—¡Monte y váyase!

Sonaron dos detonaciones á mi espalda y llegaron á mi oido dos ó tres palabras pronunciadas por el Comandante Cabezudo, que no son para escritas, pero que pueden adivinarse sin dificultad.

VIII

Los Llamas.

El rancho de la Guayaba parecía creado para el idilio por un poeta de buen gusto, y de ingenio superior á los más de los que hoy se usan y estilan. La naturaleza, revelándose contra los sueños clásicos, que clásicos y todo, son más desatinados que las fiebres románticas de mayor intensidad; la naturaleza, digo, enseñaba allí á los excelentes Llamas cómo se forja el idilio americano, y cómo le habría soñado y revestido el poeta de las bucólicas, si hubiera nacido en nuestro si-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la sala encontré á alguien á quien no ví; choqué con él porque ambos corríamos; vacilamos los dos á punto de caer; otro hombre surgió delante de mí, dió un grito horrible y cayó al suelo, en tanto que yo levantaba en alto un pedazo de la silla rota en mis manos. En aquel mismo instante sentí que una mano de acero me apretó rudamente la garganta; perdí el equilibrio, iba á caer; pero la mano aflojó sus tenazas y otra más brusca me dió un fuerte empujón hacia adelante, á tiempo que oí la voz de Pedro Martín:

—¡Monte y váyase!

Sonaron dos detonaciones á mi espalda y llegaron á mi oido dos ó tres palabras pronunciadas por el Comandante Cabezudo, que no son para escritas, pero que pueden adivinarse sin dificultad.

VIII

Los Llamas.

El rancho de la Guayaba parecía creado para el idilio por un poeta de buen gusto, y de ingenio superior á los más de los que hoy se usan y estilan. La naturaleza, revelándose contra los sueños clásicos, que clásicos y todo, son más desatinados que las fiebres románticas de mayor intensidad; la naturaleza, digo, enseñaba allí á los excelentes Llamas cómo se forja el idilio americano, y cómo le habría soñado y revestido el poeta de las bucólicas, si hubiera nacido en nuestro si-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

glo y en nuestros climas. Allí no había pastoras ni ovejas; las Galateas eran desconocidas, tanto como los Batilos y Filenos, los rabeles y las zampoñas; pero maldita la falta que hacían.

El río de los Venados golpeaba sus abundantes aguas contra las enormes piedras que interrumpían el ancho cauce, y mientras una ligera capa de niebla, como agua pulverizada, se mecía sobre la superficie espumosa del río, el ronco estrépito de la corriente contrastada y revuelta llenaba el espacio con rumor sonoro y majestuoso, Ancho y verde bosque ceñía y encauzaba la impetuosa corriente, y el viento del otoño parecía gozarse en las altas copas de los árboles, que se mecían á su impulso, lanzando como un suspiro prolongado y dulce. En seguida y sobre la margen izquierda comenzaba una ancha pradera no enteramente desprovista de árboles, y frecuentemente interrumpida por grupos de árbustos que formaban pequeños oasis. Y allí donde el bosque parecía, con árboles gigantescos avanzados, querer invadir los dominios de la llanura, y ésta pugnaba por llevar sus zacatales al interior del bosque, se mostraba

humilde y sencilla la desgarbada casuca de los Llamas, á la cual rendían culto y veneración hasta media docena de *jacales* apoyados en los gruesos troncos de los árboles, ó guarecidos bajo su fresca sombra. A cincuenta varas de la casa, un corral con unos cuarenta becerros; cuatro ó cinco vacas al derredor, consolando á los tiernos prisioneros y lamiéndolos por entre las estacas de la cerca, entre uno y otro mugido cariñoso; cantos de pajarillos en el bosque que regresan ya al nido; dos ó tres mozas que tararean sones extraños á orillas del río mientras llenan los cántaros; trabajadores que vuelven de los sembrados con la azada al hombro y el cigarro en la boca; y todo esto alumbrado por un sol poniente que dora las lomas, fingiendo con ayuda del viento en los zacatales olas inquietas sobre un mar de oro líquido, en tanto se alza como única digna de cantar tanta belleza la ronca voz uniforme y soberbia del desatado río. Y si esto no es idilio ó no es verdad, que baje Dios y lo diga.

El pastorcillo de grande ingenio y sonoro rabel, y la zagaleja de rosados talones y manos de algodón, no se crían en el rancho de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la Guayaba: sólo pueden vivir y medrar en el gabinete de estudio del desalmado helenista, que á trueque de parecerse á los antiguos modelos, no rehusaría calarse el yelmo de Mambrino ni aun tomar el bálsamo de Fierabrás. El es el temible desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, amparo de viudas y tutor de pupilos que sobrevivió á Cervantes; pero ahora rompiéndose prodigiosamente las ligas que pusieran entre amo y escudero la locura del uno y la simplicidad del otro, D. Quijote embraza su lanzón contra Sancho, y Sancho ríe á su sabor y menudea las burlas.

Todo esto lo pienso ahora; pues en aquellos días preñados de inquietudes y peligros, lo que menos me ocurrió fué hacer idilios ni deslizar la imaginación por el áspero camino de la crítica literaria.

¿Qué había sucedido? ¿A quién había yo matado? ¿Quiénes dispararon pistolas á mis espaldas? ¿Había muerto Soria ó sacarían D. Mateo y Pedro la peor parte? Yo, una vez sobre el caballo, salí á la calle por la puerta que daba al Norte, y ví salir á Remedios y su vieja criada Pepa, acompañadas por tres hombres del barrio del Arroyo; supe que la

llevaban á una casa del arrabal y la seguí.

Allí me detuve, no obstante las súplicas de Remedios, que, pálida y nerviosa, temía más por mí que por ella. Ví reunidos en un momento más de treinta hombres armados de machetes, garrochas y algunas escopetas, y tomé el rumbo del rancho, haciendo el necesario rodeo, sólo cuando recibí orden formal de hacerlo, que en nombre de D. Mateo se me comunicó, aunque sin decirme su estado y paradero; y cuando me persuadí de que Remedios, bien escoltada y bien montada, tomaba el camino de la hacienda más próxima del Comandante: San Bonifacio.

En el corredor de la casuca que daba frente al río, refrescado por una enramada añadida á la altura de la solera, tenían los Llamas su comedor; y estaban en la mesa tomando los primeros sorbos de un buen caldo, y refiriéndose recíprocamente los dos hermanos y las señoras las hazañas de Artagnan, cuando les caí como llovido del cielo.

—¡Juanillo! ¡Pues es Juanillo! gritó D. Justo, levantándose y saliendo á mi encuentro.

—¿Juan? dijo D. Agustín. ¡Es verdad!

Todos me abrazaron, inclusas las dos solte-

ronas, y todos se atropellaban haciéndome estas preguntas:

—¿Qué milagro?

—¿Cómo tanto bueno por aquí?

—Vamos, dijo D. Justo, que era siempre el que al fin predominaba, como mayor en edad, saber y gobierno; llega vd. á tiempo, pues comenzábamos á comer; y aunque platitos de pobre, vd. sabrá disimularlos y gustará de alguno.....

—Gracias, interrumpí; continúen vdes.; yo no como.

Por de contado que no tuve la energía necesaria para dominarme y ser fino con aquella buena gente.

—Pero, hombre, de seguro que vd. no comió en San Martín.

—No, ciertamente.

Y recordé entonces que no me había desayunado tampoco.

—Pues coma vd., hombre, coma vd., me gritó D. Agustín, que era hombre que gritaba siempre, sobre todo si se trataba de demostrar la superioridad de Athos sobre los demás mosqueteros.

Yo me senté y no dije una palabra. Mi espíritu no estaba aún ejercitado en tan rudas impresiones y combates.

—¿Está vd. malo, Juan? me preguntó Doña Sabina agitada.

—Deveras, Juan, vd. tiene algo; añadió su hermana alargando el pescuezo hacia mí.

Contesté negativamente y procuré que comieran; pero no fué posible, é incapaz ya de resistir á sus reiteradas instancias, entregué á D. Justo la carta del Comandante. Palpó él exteriormente las bolsas de la chaqueta y el pantalón, mirando con inquietud el sobre, y hubo de encontrar los anteojos al cabo de tres minutos. Leyó con cierta dificultad los renglones de palotes escritos por D. Mateo, repasándolos algunas veces, y fuése pintando en su semblante una serie de diversas impresiones interiores, que los hermanos seguían con angustia, mirándole de hito en hito. Dotados de buen olfato, los Llamas se habían trasladado á la Guayaba tan luego como *La Conciencia Pública* les había anunciado próxima tempestad, é ignoraban de todo punto lo ocurrido aquel día.

Mientras la carta pasaba á las manos de D. Agustín, y las solteronas, colocadas á su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

espalda, la leían también por encima de la cabeza de aquél, D. Justo, vacilante, indeciso y tartamudo me dirigía estas palabras:

—¡Es decir, que la revolución es ya un hecho en San Martín! ¡Es decir, que ya los hombres trabajadores y honrados, vamos á comenzar á sufrir de nuevo los estragos de la gente desordenada y sin oficio! Lo mismo fué hace pocos años, y eso que la gente de San Martín no se ha metido en todas las bolas. Mañana echarán un préstamo los de la revolución y pasado mañana los del Gobierno, y esos mejor se debieran llamar dádivas ó robos, puesto que nunca se los pagan á uno.

Al buen viejo casi se le saltaban las lágrimas.

—Sí, señor, continuó; yo he contraído compromisos para mejorar algo este rancho, agregándole un pedazo de tierra que pertenecía á Cerro-verde; y es una verdadera picardía que porque al Sr. Gavilán se le antoja trastornar el país, yo no pueda pagar mis deudas y realizar un beneficio para mi finca, porque unos y otros necesitan de mi dinero, de mis caballos, de mis toros y hasta de mi casa, para matarse y perjudicarse recíprocamente! Pues nó, señor; que fusilen, que ahorquen á ese Sr. Gavilán, y todo quedará en paz. De seguro que el tal Gavilán no tiene ni en qué caerse muerto, ni tampoco ganas de trabajar, y por eso arma estas bolas que en nada pueden perjudicarle.....

—Es claro, gritó D. Agustín, tirando la carta sobre la mesa; es claro que ese licenciado no tiene nada, ni siquiera pleitos. El hombre trabajador se interesa por la paz, y este señor ha sido siempre inquieto y amigo de las revueltas. Pero no; lo que es ahora va á llevar chasco; porque el pueblo está cansado de motines y desórdenes y ya no quiere más.....

—Eso es la verdad, dijo D. Justo.

—¡Ya no quiere, ya no quiere! clamaron á dúo las angustiadas señoras.

—Es claro que no, concluyó el de los gritos.

¡En aquel tiempo se creía de buena fé que nuestro pueblo era capaz de cansarse!

¡Cuántas cosas dijeron! ¡Cuánta doctrina acumularon, sana y sentenciosa, y cuánta censura reunieron, acre y punzante contra revoluciones y jefes de revueltas! ¡Cómo se

marcaban en aquellos cuatro semblantes la ira y el temor, el despecho y la angustia, la desesperación y el abatimiento! ¡Y cómo sus cortas inteligencias confundían la revolución con la bola lamentablemente, al modo que en sus juicios pesaban en la misma balanza á Artagnan y al Cid, á Milady y á María Stuardo!

—En todo, les dije cuando me dejaron hablar, tienen vdes. mucha razón, y veo y comprendo que mi presencia en su casa los pone en peligros que no tienen por qué correr. Estoy avergonzado de mi imprudencia (y era la verdad) y voy á retirarme, rogándoles solamente, que recojan las cartas ó noticias que para mí vengan, mientras doy aviso á mi madre del lugar en que haya de permanecer.

Estupor general. Vacilación brevísima en que los Llamas se desconciertan y vuelven sobre sí. Desorden en seguida, pues todos cuatro se disputan el derecho de darme una satisfacción.

—¡Pero, hombre, qué está vd. creyendo!

—¡No nos ha entendido vd.!

—¡Si yo no he dicho eso!

—¡No faltaba más que le dejáramos ir!

—¡Vaya un Juan!

—¡Ah qué Juanito!

—¡No, hombre de Dios! Entiéndanos vd. Esto que le decimos se refiere..... se refiere así..... á las revoluciones en general; es decir, no quisiéramos que hubiera ninguna; porque sufrimos justos por pecadores; pero en esta vez..... pues en esta vez deseamos que triunfe, por muchos motivos, principalmente por nuestro buen amigo D. Mateo, que merece estar muy alto y que es víctima de muchos abusos. No, señor; no se irá vd. y aquí le ocultaremos. ¿Le vió á vd. entrar algún terrazguero de la finca? Bueno. Pues no hay cuidado. Los criados son seguros; su caballo de vd. permanecerá siempre ensillado en el patio de adentro. Vd. se encierra en el cuartito de Sabina y no sale para nada. Allí hay novelas para que se distraiga.

Resistí, sin embargo, devolviéndoles sus propios argumentos y consideraciones; pero los cuatro hermanos contestes y unísonos me vencieron.

—Se queda vd. y muy que se queda.

—Pues me quedo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El cuartito de Doña Sabina, que como la menos envejecida y más frescachona, era la niña mimada de la familia, tenía relativamente alguna comodidad y mejor aseo. No faltaban siquiera ni el aguamanil de porcelana corriente, ni la mesita de carpeta azul á que daba la señora el ambicioso nombre de escritorio.

Allí me encerré con el alma atribulada y congojosa, acosado de las más terribles imaginaciones que no me era dado vencer ni moderar. Sabía yo de lo que eran capaz los Coderas despechados y furiosos; y si la suerte de Remedios podía inquietarme, mucho más me afligía la que mi madre probaría tal vez, desconsolada y enloquecida con mi ausencia y mis peligros y quizá ultrajada y aun maltratada por aquella bestia feróz.

No sé cuanto tiempo permanecí sentado frente á la mesita con los brazos cruzados sobre ella y la cabeza entre los brazos. Una mano abrió la puerta del cuarto, y luego vino á posarse sobre mi hombro. Alcé la frente y apenas pude reconocer á D. Justo, pues casi había oscurecido por completo; pero bastóme oir su voz recatada, seria y pastosa,

para comprender que estaba vivamente afectado. Llegó en el momento en que siéndome las cavilaciones insoportables, me determinaba como buen *bolista* á desobedecer á mi jefe, largándome para San Martín en busca de mi madre:

—Me voy, le dije anticipándome.

—¡Qué ha de irse vd.! contestó el propietario, dominado por el mal humor. Tenga vd. esto, y espere aquí al correo que quiere hablarle.

Tomé la carta que se me daba y rompí el nema con precipitación. Doña Sabina me llevó una vela y leí los garabatos del Comandante, que se reducían á decirme que escribiera inmediamente la proclama en un tono como el de *La Conciencia* si era posible tanto, y se la mandara desde luego con el mismo correo, para repartirla manuscrita, mientras se imprimía. Después de la firma decía:

"*Aumento.*—No se mueva de allí.

Vale."

La orden no podía ser, ni más terminante ni más lacónica. En la carta que escribió á D. Justo le decía: "No me deje salir á Juan."

Y nada de explicar aquella orden tiránica.

Llamé al correo, y ví ser Antonino, mozo del barrio del Arroyo, á quien conocía yo bastante, como á todos los de San Martín. Aún le agradezco hoy las noticias que me dió y los recados que de mi madre por su boca recibí. Estaba sumamente afligida, pero confiaba en Dios y en mi juicio. Sabía cuanto había pasado en la Jefatura y en casa del Comandante y lo que más atribulada la tenía, era que, al decir del curandero del pueblo, el mozo de Soria á quien había roto la cabeza con la silla, estaba muy grave. Mi casa había sido cateada y sometida mi madre á rendir largas declaraciones en la Jefatura sobre mi desaparición; pero ningun atropello se le había cometido.

Me parecía verla, al oir sus recados en la tosca lengua del pedreño; y sin poderlo remediar, dejé durante un rato correr mis lágrimas. Después entramos en materia y el mozo me refirió los hechos brevemente. D. Mateo y Pedro Martín fueron á mi casa mientras yo estaba en la casa del Comandante, y allí se encontraban cuando tres soldados se presentaron para llevarme á la Jefatura por orden de Coderas. Ambos corrieron á buscarme en seguida, temiendo que se me sorprendiera en mi escondite, y tratando de prevenirme; y cuando al entrar me vieron esgrimiendo la silla y á Soria acogotándome, lanzáronse sobre él y otros dos que le acompañaban D. Mateo y el indio Pedro. A un bofetón respondió Soria con una bala que el Comandante le devolvió en seguida. Nadie se hizo daño, y Soria y sus acompañanantes abandonaron el campo, huyendo por la sala á la calle y dejando maltrecho y sin conocimiento al que recibió el silletazo. Cuando Remedios salió, ya la acompañaban algunos partidarios del Comandante, que le siguieron cuando iba de mi casa á la suya al verle tan apresurado. Salieron luego él y Pedro, con la oportunidad necesaria para que al llegar los sicarios de Coderas no encontraran en la casa ni siquiera un caballo. San Martín quedaba hecho *una lumbre*, y D. Mateo y Pedro con cosa de doscientos hombres en las rancherías más próximas al pueblo; pero malísimamente armados, esperaban para atacar á Coderas á superar con el número la ventaja de las ar-

mas que aquél tenía. El Jefe político probablemente había reunido ya unos ochenta hombres, aunque la mayor parte le aborrecían y eran cojidos de leva. Por último, D. Mateo pensaba venir á la Guayaba al día siguiente, y quizá por eso me obligaba á permanecer en el rancho.

Aquella noche no dormí hasta las cuatro de la mañana. Pero á esa misma hora, Antonino llevaba al Comandante la proclama más enérgica que ha parido cerebro revolucionario.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX.

Contribuciones.

Algún día llegará, si el lector y yo seguimos nuestras respectivas tareas adelante, en que pueda y deba contarle, cómo Sabás Carrasco llegó á estar sometido á mi férula y esperanzado en mi *buena disposición* hacia él, como hoy se dice. Sepa, mientras tanto, que llegó esa vez, corriendo los años, y que hasta entonces pude averiguar por qué se me ofreció la Secretaría que aquél desempeñaba tan á gusto y sabor del ínclito Coderas. Y como no hay para qué mantener al lector en duda y desasosiego, refiérole en es-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas que aquél tenía. El Jefe político probablemente había reunido ya unos ochenta hombres, aunque la mayor parte le aborrecían y eran cojidos de leva. Por último, D. Mateo pensaba venir á la Guayaba al día siguiente, y quizá por eso me obligaba á permanecer en el rancho.

Aquella noche no dormí hasta las cuatro de la mañana. Pero á esa misma hora, Antonino llevaba al Comandante la proclama más enérgica que ha parido cerebro revolucionario.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX.

Contribuciones.

Algún día llegará, si el lector y yo seguimos nuestras respectivas tareas adelante, en que pueda y deba contarle, cómo Sabás Carrasco llegó á estar sometido á mi férula y esperanzado en mi *buena disposición* hacia él, como hoy se dice. Sepa, mientras tanto, que llegó esa vez, corriendo los años, y que hasta entonces pude averiguar por qué se me ofreció la Secretaría que aquél desempeñaba tan á gusto y sabor del ínclito Coderas. Y como no hay para qué mantener al lector en duda y desasosiego, refiérole en es-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te capítulo nono, lo que el susodicho Carrasco me contó, aunque haciéndole gracia de ociosos pormenores.

La noche aquélla en que tropecé con el caballo de Soria, acababa éste de llegar del Roblar, llamado por el Jefe político, y trataban de lo que debiera hacerse en San Martín los dos ya nombrados y Cañas, contándose además, como necesario asistente, el fidelísimo Carrasco, por si algo se ofreciera digno de estamparse en letra redonda y clara. Allí quien lo valía era el astuto síndico; y con su maligno ingenio, propuso que se obligara a D. Mateo á precipitar las cosas, calculando acertadamente que más valía empujarle inmediatamente á una bola no preparada, que no esperar á que él se levantara en armas cuando estuviese apercibido para ello y en perfecta relación con el general Baraja y el Lic. Pérez Gavilán.

Por de contado que se aceptó la idea de Cañas, y se le exigió desde luego que expusiera los medios de precipitar á D. Mateo. El Síndico no se hizo esperar ni siquiera el tiempo preciso para encender su cigarro, y abordando la explicación con finura para

no lastimar á Soria, le recordó que el Comandante Cabezudo le había arrebatado á su hija, y propuso que al día siguiente, aprovechando el primer momento en que Remedios estuviese sola en la casa, la arrancase de allí por fuerza y la condujese á cualquiera otra del pueblo. De fijo que el terrible D. Mateo iría por ella, pero la Jefatura ampararía la posesión del padre, y como aquél en su cólera irreflexiva y ciega no respetaría su autoridad, habría motivo para aprehenderle. Esto último no se conseguiría, sin duda; pero D. Mateo tendría que huir de San Martín y ponerse en armas.

Habíase convenido en ello por unanimidad de votos, cuando tuve yo la desgraciada ocurrencia de asustar al caballo. Carrasco saltó precipitadamente y no obstante la resistencia que el mismo animal opuso, abrió la puerta y llegó hasta la esquina, desde donde vió el hilo de luz que se pintó en el suelo de la calle y partiendo de la entreabierta ventana de Remedios. Vuelto á la junta, explicó lo ocurrido, y Soria dijo con enojo:

—¡Me carga ese títere!

—Pues puede vd. quitárselo de delante,

indicó Cañas. Y desarrolló su idea manifestando que Coderas podía llamarme á la Secretaría de la Jefatura, empleo que yo no aceptaría, y que obligado á ello ó á sufrir las vejaciones consiguientes, tendría que abrazar la causa revolucionaria, saliendo de San Martín.

—Mientras tanto, concluyó, casa vd. á la niña, para que ni D. Mateo ni Juan tengan esperanzas de recuperarla.

Soberbio pareció á Soria el proyecto, y Coderas le ofreció arreglarlo todo del mejor modo imaginable. ¡Y mucho de lo urdido para el día siguiente se realizó como el bribón Síndico lo calculara!

Pero haga cuenta el que lee de que yo en el rancho de la Guayaba estaba ignorante de aquel inicuo enredo, y de que Coderas, comenzando por farsas, llegó á las veras en esto de verme como enemigo del Gobierno y personal suyo, y de recibir mi negativa como el mayor desacato que hombre en el mundo hubiese cometido á su respetable autoridad.

Tranquilo ya, en cuanto era posible, respecto á la suerte de mi madre y á la de Remedios, pasé un día más en el rancho, aun-

que sin humor bastante para agasajar á Doña Sabina, ni para leer un solo capítulo del Judío Errante, que la señora pusiera bondadosamente á mi disposición por orden de D. Justo. Los gritos de D. Agustín me ensordecían sin distraerme ni encadenar un momento mi atención, y la desmedrada figura de Doña Bernardita no sé por qué dió en causarme aversión y repugnancia.

Al caer la noche, D. Justo, de mal talante otra vez, me entregó una carta de D. Mateo. En cuatro palotes me decía el jefe de la bola que le mandara inmediamente un borrador para poner una circular á los presidentes municipales, pidiéndoles gente, armas, caballos y dinero. En un *aumento* calzado con el *vale* correspondiente, me participaba que su fuerza llegaba ya á trescientos hombres.

—¿Lo ve vd., hombre, lo ve vd? me decía D. Justo á punto de llorar de ira y desesperación, enseñándome muchos borrones que le dirigía el Comandante, ¡Que yo le mande mis armas! ¡Que por ser yo su amigo no me pide dinero! ¡Que el interés de la revolución y los derechos del pueblo! ¿Y qué me im-

porta á mi todo eso? Y qué armas tengo yo?

El viejo se paseó en el cuartucho aquel con descompuesta andadura, miéntras yo, avergonzado del primer avance de la bola, me mordía los labios y bajaba la cabeza.

—Cálmate, Justo; dijo entrando Doña Sabina; cálmate y reflexiona. No te dejes llevar de tu genio arrebatado, que no están los tiempos para eso. Contéstale que no tienes ni un alfiler y santas Pascuas.

—Sí, señor, ni un alfiler hay en casa, chilló Doña Bernardita desde afuera y acercándose á la habitación.

—Exacto, gritó D. Agustín, que llegaba también.

Y parecía que desconfiando de mí, trataban de persuadirme.

—¡Qué alfiler ni qué demonio, dijo el del arrebatado genio; si aquí las nombra D. Mateo una por una con todos sus pelos y señales. Aquí está: "su escopeta de vd., el machete de mi compadre Agustín, y la pistola de dos cañones que me enseñó vd. el año pasado."...

Con esto no hubo de pronto réplica: estaban cogidos. Pero luego se armó el tumulto contra el hermano mayor.

—¡Y para qué la enseñaste!

—¡Qué necesidad había!

—¡No tienes juicio!

—¡Tú tienes la culpa!

—¡Pues no le mando nada! ¿Estamos? Pues nada le mando, repitió D. Justo en el colmo de la ira ¿Había yo de saber? Pero no le daré la pistola ni mi escopeta, y haga lo que se le antoje!

—No, hijo; eso ya es distinto, dijo Doña Sabina; hay que llevar las cosas como se debe.

—Por supuesto.....

—Nadie dice tanto.

Y se calmó la borrasca; y escopeta, machete y pistola, enjutas y bien acondicionadas, fueron remitidas al Comandante, juntamente con el borrador que yo formulé; el cual, como escrito sobre el rescoldo de aquel disgusto de familia, resultó flojo, débil y sin el nervio que caracterizó siempre mi pluma de bolista.

Sobre igual patrón estuvieron calcados los subsiguientes días; y en nada se diferenciaran de aquél, si mi impaciencia y desazón no fueran en notable creciente, hasta el grado y

punto de sacarme de mis casillas por completo. Cada día un correo, cada correo una carta, y con cada carta el encargo de un borrador ó varios de todos aquellos escritos importantes que D. Mateo no quería confiar ni á su escribiente provisional ni aun á su propia pluma.

Extraña conducta la de aquel hombre que, necesitando de mi ayuda, me obligaba, no obstante á permanecer en la Guayaba, defraudando al pueblo oprimido el auxilio de mi fuerte brazo, y á su empresa la cooperación de mi talento. Yo no me explicaba esto, y cada noche trataba de obtener mayores datos, conversando con Antonino, antes de regresar éste al *campamento*; pero todo era inútil, dado que el mozo pedreño ignoraba los motivos de mi arresto en el rancho.

El me enteraba, por orden del Jefe, de las noticias que de la revolución en general se recibían, de los movimientos del mismo Comandante, de los elementos de ambos contendientes, y de todo lo demás que me importaba saber: amén de ciertas preguntillas que yo hacía á Antonino muy en lo particular, recomendándole tomase informes del escribiente, las cuales se referian á Remedios. Supe que continuaba en San Bonifacio, á donde iba otro correo diariamente; vivía allí llena de zozobras y sobresalto, y escribía á su tío cartas muy cariñosas diciéndole que mejor quería estar en el campamento, pues en la hacienda tenía mucho miedo.

El Comandante y sus fuerzas no estaban dos días en el mismo lugar. Comenzaron por fijarse en la ranchería del Oriente, pero al segundo día, en virtud de haberse movido Coderas con cien hombres á orillas de San Martín, el irresoluto y caviloso Jefe de la bola trasladó el campamento al Norte del pueblo y como á dos leguas de distancia. Coderas volvió á meterse al pueblo, juzgando este paso muy estratégico, y entónces D. Mateo, para confundirle y desorientarle, pasó de un brinco al otro ludo del rio de los Venados, colocándose al Sur de San Martín.

Este ultimo movimiento dejaba libre el paso por el Noroeste; es decir, el camino de San Bonifacio; y como para mí la defensa de este lugar era la única estrategia admisible é importante, sentí al saber tal noticia que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el mundo me rodaba por encima de la cabeza, y mandé al diablo las órdenes y los borradores de D. Mateo.

Eran las siete de la noche cuando tal disparate se me refirió; apenas consideré un momento sus consecuencias me eché al patio en busca de mi caballo, siempre ensillado y listo.

D. Justo azorado y descompuesto quiso detenerme.

—No acato ya, le dije rabioso, la orden caprichosa de D. Mateo.

—¡Y á mí qué me importa! me contestó agarrándome por un brazo; miré vd. esto, mire vd! Ahora son los otros; ahora es Coderas que me exije cincuenta y cinco pesos que me corresponden del préstamo, y me pide además dos caballos y mis armas.

D. Agustin y Bernardita llegaron apresurados.

—¡Enciérrese vd. con su correo, que allí está la escolta de Coderas! dijo el primero, haciendo grandes esfuerzos por no gritar.

—¡Escóndase vd!

—¡Tengo que irme! dije sofocado por sus empujones.

—¡Entrese, imprudente!

—¡No nos comprometa!

Empujé á Doña Bernardita, como punto más débil del enemigo, y pasando de un salto casi sobre ella, me escapé ágilmente; monté, arrebatando de paso la carabina de Antonino del arzón de su silla, y partí á galope, sin reparar en que el ruido de la carrera podría comprometer al mozo y á los buenos y excelentes Llamas.

Parecíame oir que otro ginete me seguía, y soltando la rienda al bayo del Comandante, me interné en el bosque por el primer callejón con que topé y atravesé el río por buen vado.

El ginete sin detenerse continuó río abajo ras con ras del bosque, y así pude entender que era Antonino que huía temeroso de ser sorprendido por la escolta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

En San Bonifacio.

Corrí á campo travieso como buen conocedor del terreno, pues en esto podía dar dos cuerpos de ventaja al ranchero más expedito y práctico. Ya cruzaba una llanura; ya me internaba en un bosque cerrado y oscuro, sin perder el angosto callejón que elegía entre varios; ya ladeaba una loma aprovechando algun paso extrecho pero breve; y corría sin cesar, excusando este rancho y apartándome de aquella hacienda en que pudiera haber alguna escolta semejante á la que invadiera el rancho de los Llamas.

La escasa luz de las estrellas no servía sino para fingirme precipicios, hombres y troncos que no existían; y yo inclinado sobre el pescuezo del animal, atento al terreno que recorría, no tenía tiempo de reflexionar sobre el paso que daba. Pero aun cuando fuera de otro modo y sobre calma para meditar tuviera á todos los Llamas por consejeros, así desistiera de mi propósito, como echarme de cabeza en el primer barranco del camino.

Al cabo de una hora, dióme á entender el caballo que no tenía costumbre de galopar tanto á tales horas, por entre breñales y en terreno fragoso, y aunque muy á mi pesar, hube de contentarme con un trote largo y sostenido. Sin embargo, debí de andar bastante á prisa, puesto que no eran todavía las once cuando me acercaba á los jacales de San Bonifacio y veía surgir entre ellos la mole ingente de la casa del *amo*, destacándose irregular y negra sobre el fondo plomizo de las lomas que tenía á la espalda.

Dos ó tres mulos y potros se levantaron azorados al ruido de mi marcha, echándose fuera del camino; ladró un perro, en seguida

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

todos los de la hacienda, que no eran pocos, alzaron en coro un ladrido furioso, agrupándose junto á los jacales y atacando algunos por detrás á mi cabalgadura. Bastó este vigilante retén para dar á los tres pedreños que dormían en el corredor la voz de alarma, y no bien hube llegado á la casa, cuando aquéllos me rodearon, alentados por su numérica superioridad.

—¡Quién vive!

—¿Quién es vd?

—¡Eche pié á tierra!

—Soy yo, tío Lucas, contesté al jefe; no se asuste vd.

—¡Ah, D. Juanito! ¡Si es D. Juanito! Pues qué me había de asustar!

Entramos al corredor, y tranquilo un tanto con la presencia de aquellos hombres y sus escopetas, me senté en un banco.

—No es que me asuste, D. Juanito; insistió el viejo; sino que tenemos que andar con mucho cuidao. Ya sabe vd. que el señor Comandante se pasó al otro lado del rio, por que así conviene pa pegarles á los del gobierno que se metieron en San Martín.

—Sí, ya lo sé.

—Pos ya sabrá entonces que á cualquier hora se nos encaja aquí su papá de la niña pa llevársela.

—Así lo temo.

—Pos ya verá que eso sí no lo hemos de dejar; pero la niña tiene mucho miedo de que se la lleven, y también nos dice que cuidao vamos á matar á su papá, y que mejor que se la lleve y no que lo matemos.

—Tiene razón; dije yo con dolor.

—Pero ahí verá, D. Juanito, que si D. Camilo viene, no ha de entrar pidiéndonos la licencia. Y vd. considere que el Sr. Comandante mi compadre me dijo: "Compadre, cuidao con Remedios; primero que lo maten que soltarla, y si va D. Camilo á la hacienda, *déle agua.*" Pos la verdá, D. Juanito, que si viene le doy agua.

—No, hombre; dije yo apresuradamente; ya veremos lo que se hace, que para eso vengo.

—Entonces mire qué hacemos, porque ora viene D. Camilo.

—¡Cómo ahora!

—Sí, D. Juanito, ora mismo. Se lo digo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque el mozo que mandó mi señor compadre vió en Santa Ana al Manco con otros, y ya sabe vd. que el Manco no se despega de D. Camilo. Esos se esperaron allí á que fuera de noche, y como no hay más que cinco leguas, ya han de estar por aquí cerca esperando que nos coja el sueño.

—¡Y se está vd. quieto, hombre! ¿en dónde duerme la niña?

Corrí á la ventana y llamé suavemente. La nerviosa joven no tardó en contestar, conoció mi voz y un momento después se abría la puerta de la casa, rechinando los enmohecidos goznes.

—Juan, me dijo dejándose estrechar suavemente en mis brazos; ¡bendito sea Dios que te trae!

—¡Bendito sea! contesté con ardor

—¿Qué te hace venir?

—Tú; el corazón que me anuncia tus peligros para que corra á defenderte.

—¿Me amenaza alguno? Tanto he sufrido que me parece que no los temo.

—¿Estás lista?

—¿Para qué?

—Pará salir de aquí inmediatamente.

—¡Salir de aquí!

—Inmediatamente; no hay tiempo que perder.

La niña temblaba, su mano abandonada entre las mías se ponía cada vez más helada. En su mente vagaba una idea que no quería expresar, y yo me anticipé.

—No irás sola conmigo, la dije; nos acompañarán tus tres guardianes; pero es preciso ponernos en marcha pronto.

—¿Sí? dijo á mi espalda el tío Lucas; y cómo se queda la hacienda pa que la hagan trizas esos? Váyase con la niña y déjenos á nosotros aquí.

—Es inútil quedarse, tío Lucas; vendrán muchos y acabarán con ustedes. Nos iremos todos.

—Eso sí; si vienen en montón nos tiramos al monte, y que nos cojan. Ménos, aquí les damos; ya verá.

—Le digo á vd. que nos iremos todos, dije con impaciencia; y así será.

No sé qué iba á contestarme el viejo Lucas, cuando el ladrar de los perros cortó aquella escena, helando la sangre en mi cuerpo.

—¡Quién vive! gritó el viejo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y la respuesta fué una detonación de fusiles. Remedios dió un grito y huyó al fondo del cuarto con su fiel Pepa. Salté yo al corredor y de allí al sitio en que quedara mi caballo atado, á tiempo que los pedreños descargaban las escopetas sobre los asaltantes casi á quema ropa. En tan crítico momento no había medio de cargar de nuevo las armas, y los tres valientes guardianes de Remedios apelaron á los machetes de trabajo, convertidos entonces en armas guerreras.

Montado ya, y carabina en mano oí la voz de Lucas que gritaba:

—¡Al del tordillo!

Comprendí que aquel era Soria, y echándome á la cara la carabina, apunté al ginete; pero la imagen de Remedios se presentó en mi mente y bajé la puntería al hacer fuego. El caballo se encabritó y dió consigo y con el ginete en tierra, lanzando éste grosera interjección. No ví más, sino que los tres pedreños se arrojaron sobre el caído, á quien acudieron los suyos. Entré á caballo en la casa y al mismo tiempo se refugiaron en ella el tío Lucas y uno de sus hombres, cerrando la puerta y cargándose sobre ella. En medio

de la oscuridad, sin hablar una palabra, aquellos leales servidores me comprendían; con ayuda de Pepa puse á Remedios á la grupa y salí, atravesando el patio por la puerta del campo.

—¡Sujétate biéna! dije á Remedios, y la niña, embargada la voz por la sorpresa del susto, me apretaba nerviosamente entre sus brazos.

Los perros de los jacales que por aquel lado había, me ladraron con verdadera rabia; pero como al ruido de los tiros, el alboroto de la hacienda era general, no podían denunciar mi fuga. Mas los asaltantes conocían la casa y debieron de suponer que la presa podía escapar por la parte de las lomas, pues aun no había dejado atrás los últimos jacales, andando al trote por desconfianza del piso, cuando oí el grito de varios hombres que corriendo en mi seguimiento me mandaban hacer alto. Solté la rienda al bruto, le oprimí los ijares con dureza, y al lanzarnos á escape por entre los árboles y malezas del campo, oí la última detonación y el silbar de las balas que pasaron sobre mi cabeza á corta distancia. El único caballo de los asaltantes había

caido al disparo de mi carabina; no había de pronto quien pudiera perseguirme; pero muy luego Soria se enteraría, si estaba vivo, del fracaso de su empresa, y en la hacienda era cosa fácil y de poco tiempo montar cuatro hombres y echar por los campos en mi busca. Así lo pensé, y mis temores me aguijoneaban para alejarme con rapidez de San Bonifacio; el caballo no debilitaba su energía, no obstante la doble carga que oprimía su lomo, y quizá cometiera yo el error de agotar su brío y entereza, no dándole momento de reposo, si no fuera que sentí que los brazos de Remedios comenzando por apretarme con menos fuerza, acabaron por aflojarse completamente, de suerte que la niña habría dado en tierra si no acudiera con mi brazo derecho á sujetarla vigorosamente.

Supuse desde luego que su organismo cedía á la espantosa lucha de la niña contra su propia debilidad y temor. Contuve al sofocado animal, y gracias á mi bien desarrollada fuerza, tomándola por debajo de los brazos, la pasé al arzón delantero, oprimiéndola dulcemente en los míos. Y allí, por primera vez, en medio de la noche más azarosa y terrible

de mi vida, sintiendo el amor más grande y la más tierna compasión por aquella desgraciada niña, puse sobre su frente mis labios y la dí un beso que no oyeron ni los insectos del campo. Ni una sombra de impureza empañó la limpidez de mi alma honrada, y sentí en lo más íntimo el recogimiento misterioso y dulce del creyente que murmura fervorosa oración.

Eché á andar con paso más moderado, fiando en que la frescura de la noche sería bastante á volver á Remedios de su desmayo. De pronto sentí discurrir por todo mi cuerpo un escalofrío horrible, y terror y espanto se apoderaron de mí: el hombro izquierdo de la niña estaba mojado, y mirándome la mano á la escasa luz de las estrellas, me pareció que tenía sangre.

Una descarga á quema ropa no me habría causado más susto. Palpé con agitación todo su cuerpo y me parecía que todo él estaba empapado.

—¡Remedios! grité olvidado del peligro actual. ¡Remedios!

Y mi voz se perdió en la ancha llanura solitaria.

Lancé de nuevo el caballo á galope, saltando las malezas y las zanjas hechas por las corrientes, maldiciendo la pesadez del bruto que me parecía no moverse del mismo lugar. Entré al fin en el bosque, llegué al arroyo que buscaba, y con un vigor que nunca supuse en mis músculos, sostuve á la joven en mi brazo izquierdo, mientras pude echarme á tierra. Tendíla en la arena de la orilla, y con movimiento rápido, rasgué de un tirón la manga izquierda, dejando descubierto el hombro redondo y turgente. La herida estaba allí, y su poca importancia, cuando me persuadí de que era la única, me volvió á la vida. El agua del arroyo fué la medicina, y jamás cirujano en el mundo ha hecho curación más suave y dulce. Mi pañuelo sirvió para vendar la herida.

Remedios, al volver de su desmayo continuaba sobre la arena; puesta una rodilla en tierra, sostenía yo sobre la otra el hombro sano de la joven, mientras su cabeza quedaba blandamente apoyada entre mi pecho y uno de mis brazos. Quizá sin el completo recuerdo de su azarosa situación del momento, hizo un movimiento suave, como el niño que

despertando á medias en el regazo de la madre, busca inconscientemente más calor y más halago.

La hablé con dulzura, calmé su nueva agitación y sobresalto con las palabras más cariñosas que encontré en el lenguaje de mi amor, y la tranquilicé cuando sintiendo el dolor comprendió que estaba herida. Miróse súbito el hombro y encontróle descubierto; no podía tener una palabra de reproche para mí por aquel justificado atrevimiento; pero llevó violentamente la mano como para cubrir la belleza revelada. Adiviné en su semblante el fuego del rubor que no podía ver, y ruborizado á mi vez, como niño sorprendido en la falta, volví el rostro, arranqué de la silla mi manta y sin decir una palabra la echó sobre los hombros de Remedios. ¡Pero la imagen viva de aquél bellísimo que había visto y tocado, aparecía en mi mente resultando iluminada sobre un fondo oscuro, á pesar de que enérgicamente la desechaba como ofensa á la niña, el escrúpulo de mi infantil pureza!

Ni una palabra nos dijimos; púsela sobre la silla, salté á la grupa, y haciéndola apoyar-

se sobre mi pecho, cruzamos el arroyo y tomamos el rumbo de San Martín. El peligro hacía poca mella en mi corazón, y mucha el contacto de aquella joven, á cuyo influjo había despertado mi alma del sueño del niño. Creo que soñaba yo en aquel momento, y me parecía que Remedios dormía dulcemente en mis brazos, en el fondo tibio de la alcoba nupcial.....

Al salir de una llanura elevada, noté que sobre el campo se extendía un extraño reflejo de luz rojiza; volví atrás la cabeza y allá á lo lejos ví una pequeña llama agitada por el viento. ¡Todo lo comprendí! La casa de San Bonifacio ardía hasta los cimientos, en desquite de añejos agravios y de la evasión de Remedios.

La indignación, el horror y la vergüenza se apoderaron de mí, no sé quién con mayor imperio, y una voz sombría, dura y severa que algunas veces he oido en mi vida, y que creo es la de mi conciencia, parecía gritarme al oído:

—¡Es la bola! ¡Es la bola!

XI

El Campamento.

Dos leguas antes de San Martín, comprendiendo que el peligro crecía con cada uno de los pasos ya cansados de la cabalgadura, traté de describir al rededor del pueblo un círculo con aquel radio. Excuso pormenores fatigosos para el lector, y aun para mí, que siento al referirlos como que se reproducen, torturando mi corazón y agotando otra vez su entereza. Sustos que me hacen temblar en cada bosque; ansiedad desesperada por llegar á un rancho conocido y de confianza; abatimiento al hallarle abando-

se sobre mi pecho, cruzamos el arroyo y tomamos el rumbo de San Martín. El peligro hacía poca mella en mi corazón, y mucha el contacto de aquella joven, á cuyo influjo había despertado mi alma del sueño del niño. Creo que soñaba yo en aquel momento, y me parecía que Remedios dormía dulcemente en mis brazos, en el fondo tibio de la alcoba nupcial.....

Al salir de una llanura elevada, noté que sobre el campo se extendía un extraño reflejo de luz rojiza; volví atrás la cabeza y allá á lo lejos ví una pequeña llama agitada por el viento. ¡Todo lo comprendí! La casa de San Bonifacio ardía hasta los cimientos, en desquite de añejos agravios y de la evasión de Remedios.

La indignación, el horror y la vergüenza se apoderaron de mí, no sé quién con mayor imperio, y una voz sombría, dura y severa que algunas veces he oido en mi vida, y que creo es la de mi conciencia, parecía gritarme al oído:

—¡Es la bola! ¡Es la bola!

XI

El Campamento.

Dos leguas antes de San Martín, comprendiendo que el peligro crecía con cada uno de los pasos ya cansados de la cabalgadura, traté de describir al rededor del pueblo un círculo con aquel radio. Excuso pormenores fatigosos para el lector, y aun para mí, que siento al referirlos como que se reproducen, torturando mi corazón y agotando otra vez su entereza. Sustos que me hacen temblar en cada bosque; ansiedad desesperada por llegar á un rancho conocido y de confianza; abatimiento al hallarle abando-

nado de los tímidos labriegos que han huido ó de los partidarios que han abrazado una ú otra causa sin saber ni averiguar por qué. A esto se redujo para mí aquella noche, por donde colegí lo que sería para mi pobre niña, trémula y llena de horror por las escenas pasadas.

Levantóse el sol, dorando los hermosos campos de aquellas fecundas tierras, y me pareció pálido y triste. Remedios, cerrados los ojos, seguía muda y como refugiada en la resignación sombría que había aprendido durante su niñez.

Al fin hube de encontrar en rancho conocido á una mujer. Su marido y su hijo estaban en el campamento de D. Mateo; su hija en el campo, haciendo en lo posible el trabajo de los ausentes. Tomó Remedios algún tosco alimento á instancias mías, y reparé yo un tanto las fuerzas abatidas. Quisiera la temerosa joven continuar en seguida la marcha, pero yo no lo consentí, y obligándola á descansar algunas horas en que un sueño agitado y nervioso se apoderó de ella, ocupéme yo de dar pienso al pobre animal, que me parecía estar de acuerdo conmigo en salvar á todo trance á la pobre niña.

El rodeo era prolongado para evitar acercarme á S. Martín, y juzgué á propósito llegar de noche al campamento para no exponer á Remedios á las miradas y habilillas de la gente del Comandante. Con este fin, volví á detenerme más tarde en otra casa conocida y apartada de los caminos vecinales, en donde esperé las sombras de la tarde para concluir mi penosa peregrinación. La gente del rancho era conocida mía y adicta á D. Mateo, y poco trabajo me costó que una pobre mujer nos acompañase para evitar todo comentario.

Obra de las ocho de la noche, y previos los reconocimientos militares del caso, entregaba yo á Remedios en manos de su tío, quien la recibía con la ternura que siempre se desbordaba de su rudo corazón, cuando de la joven se trataba; y después, cuando oyó de mi boca el relato de la terrible aventura, con sus azarosos pormenores, cuando supo el incendio de su casa, y cuando vió en fin para colmo de su ira, la ligera herida de Remedios, su rabia no reconoció freno, ni su lengua respetos.

—¡Bandidos! ¡ladrones! gritaba abrazando á

Remedios como tigre que defiende sus cachorros, ¿quieren quemar? pues quemen, que yo haré lo mismo en el Roblar, y en otras muchas partes. ¡Canasto! ya verán quién soy yo. Que me cuelguen si pueden; pero que no me toquen á ésta, porque entonces acabo yo con la raza de todos ellos.

La miraba y remiraba como si aún no se persuadiera de que estaba en salvo, y luego acariciándole mimosamente las mejillas añadía:

—¿Te duele el hombro? ¡Pobrecita! ¡Tú herida cuando eres una paloma que á nadie hace daño!... ¡Canasto! ¡que yo los coja!.....¿Te duele el hombro, mi vida?..... ¡Bandidos, cobardes!... Luego que cenes te acostaras á dormir; te daré mi catre que está muy fresco...

Y aquella fiera era una madre, ya que no puedo decir más.

Luego, aparte, me dijo en voz baja, temiendo agitar á Remedios.

—¿Y mi compadre Lucas y sus compañeros? ¿Y Pepa?

—Nada sé, respondí.

—Quién sabe como les haya ido, murmuró preocupado.

Se prodigaron cuidados á la joven y el curandero del ejército de San Martín declaró que aquella herida de refilón no valía la pena de alarmar al Sr. Teniente Coronel.

—¡Teniente Coronel! dije yo imprudentemente.

—Sí, me contestó D. Mateo con sequedad.

Y en efecto, antes de salir de la casuca que ocupaba el Jefe, ví sobre un cajón vacío, que hacía de mesa, un ejemplar, impreso ya, de la proclama aquella, que comenzaba así:

"El C. Teniente Coronel Mateo Cabezudo, Comandante militar del Distrito, etc., etc."

Yo no había escrito semejante título; pero D. Martín había tenido á bien ascender, y era bastante.

Noté que el Jefe no me daba las gracias por mi hazaña, y bien que yo no lo necesitaba, esta omisión me significaba que no veía con buenos ojos que hubiera llevado á Remedios en mis brazos tan largas horas. Aun creí notar en él cierto disgusto que no podía estallar, pero que era excusado combatir. Efecto natural de sus celos singulares.

A pesar de todo, me indicó que al día si-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

guiente enviaría á su sobrina á lugar seguro, cuidada por buena y bien armada escolta.

Bajo la ancha enramada que se apoyaba en el jacal aquel, se tendían los jefes subordinados á D. Mateo, mientras los soldados y sus oficiales ocupaban los lugares guarecidos por los árboles, la orilla del corral del ganado, ú otros sitios semejantes.

Yo era acreedor á ciertas distinciones, por parte de los jefes, y alguno me cedió su lugar en la enramada bajo la cual me rendí al sueño de que tanto había menester. Ni cuidados ni recuerdos pudieron mantenerme en vela, no obstante que unos y otros acudieron en tropel á mi mente. Dormí con profundo sueño, sin pesadillas, sin sobresaltos, como se duerme en el hogar para despertar al alba y entregarse al trabajo honrado que alimenta á la familia.

Probé así unas cinco horas de descanso, pues aun no había amanecido cuando desperté al ruido de la alarma que cundía en el campamento.

—El enemigo se mueve sobre nosotros, me dijo un jefe. El Teniente Coronel ha recibido noticias de San Martín, y el mismo correo

ha visto los preparativos; dentro de un rato le tenemos al frente.

Un ligero escalofrío recorrió mis miembros, y sentí que sin poderlo remediar palidecía.

—¡Remedios! pensé acongojado.

Busqué al cabecilla y me encaré con él. Brillaban con fulgor siniestro sus taimados ojos, y el fruncido ceño daba cuenta de su agitación interior.

—Ahora sí, me dijo; ahora sí les presentaremos acción. Tengo cerca de quinientos hombres, y más de doscientos con armas de fuego. Ellos cuando más llegan á trescientos, gracias á que han ido á sacarse toda la gente de los pueblos vecinos y á que han armado á sus mozos y terrazgueros por fuerza. ¡Canasto! si estos me pegaran á mí me dejaría yo cortar la lengua. Ya verán, ya verán ¡Canasto! Tengo ganas de verlos asomar en el llano.

—Sí, señor, le dije, tiene vd. razón; pero es preciso sacar á la niña de aquí.

—Yu lo sé, me contestó de mal talante; no es necesario que me lo diga.

Me mordí los labios; porque confieso que aunque no sentía un miedo formal de verme en el caso de batirme, abrigaba la esperanza de ser yo el encargado de custodiar á Remedios, y de permanecer á su lado. Me retiré de la presencia del cabecilla, y caviloso é inquieto fuí á confundirme con jefes, oficiales y soldados, que en aquel momento formaban una verdadera bola sin orden ni indicios de alcanzarlo jamás.

—Vd. se irá con la niña; me dijo Pedro Martín.

—No, respondí; me quedo con vds.

—¡Pues quién ha de ir con ella! repuso. Ninguno la ha de cuidar como vd. que es gente de educación.

—El Sr. Teniente Coronel no quiere que yo vaya, repliqué sin contenerme.

—¡Bonito! Pues yo le diré que lo mande á vd. ¡También mi compadre tiene unas cosas!

—No; no le diga vd. nada.

—Eso será otra cosa. También tiene vd. razón si quiere ir á San Martín con nosotros y pegarles á estos bandidos por lo que le han hecho á su mamá.

—¡A mi madre! exclamé sobresaltado.

—¿Pues todavía no lo sabe? ¡Qué demontre! Pues al fin lo ha de saber..... Mi compadre no quería que viniera vd. de la Guayaba para que no se lo dijeran.

—¡Qué le han hecho! pregunté impaciente y con agitación. ¡Hable vd. pronto!

—Pues como vd. se salió del pueblo, el Jefe político se desquitó y la metió en la cárcel.

¡Todavía lo siento en mi alma de viejo como lo sentí aquel día! No; ni mi tosca pluma ni la más bien cortada pueden pintarlo; que hay sentimientos en el alma que no han encontrado aún palabras para explicarse en idioma humano alguno. Algo que todavía expresan con frialdad los vocablos ira, dolor, y encono, se confundieron en mi corazón sacudiéndole en convulsiones terribles; todo lo malo que existe latente en el hombre honrado se levantó en mi alma, sofocando á todo lo bueno, y unióse sólo á mi amor de hijo, como para convertirme por este último atributo en la bestia más feroz de todas las bestias.

No sé lo que dije ni recuerdo lo que hice, ni quiero tampoco recordarlo; sólo sé que momentos después, cuando Don Mateo, persuadido de que no tenía otro á quien confiarle el

sagrado depósito, me llamó para que encabezara la escolta de Remedios, me negué á acompañarla, renunciando lo que antes era mi mayor deseo. Insistió el Teniente Coronel con cierta aspereza y á pesar de su celosa manía, tomando quizá el tono de jefe militar, y hube de prorrumpir al cabo en la declaración de mis propósitos.

¿Marchar con Remedios? ¿Abandonar el campamento, en la proximidad de un encuentro con el enemigo? No, señor; yo queria batirme, matar mucha gente, ahorcar á Coderas, fusilar á Cañas, y entrar en S. Martin á fuego y sangre.

Pasmado se quedó el ancho y anguloso cabecilla cuando tales tempestades oyó en mi boca; pero comprendió lo que las producía, y con su tono airado de costumbre lanzó cuatro ó seis voquibles, de esos que no son para verse en tipos de imprenta y de que es tan espléndidamente rico nuestro infame *caló*.

—¡Canasto! dijo al terminar; he mandado que nadie diga eso, y algún bruto de estos me desobedece; pues sepan y entiendan que yo no soy un mico, y que á otra que me hagan cuelgo á cualquiera.

Y paseaba su terrible mirada sobre el campamento estremecido.

A pesar de todo no pudo convencerme; ardía mi sangre y no estaba mi cerebro capaz de ningún razonable discurso. Y cuando en estos dimes y diretes nos hallábamos más metidos y empeñados, cayó como bomba en el campo esta frase temerosa de bola, que produce en todos los cuerpos escalofrío y malestar:

—¡Ahí están!

La avanzada hizo una descarga en aquel mismo instante, y la tropa que comenzaba á ordenarse se volvió toda bola y remolino.

Don Mateo, que tenía ciertos méritos y condiciones de cabecilla, ordenó con una palabra la salida de Remedios, encomendando su custodia á dos mujeres, un ahijado suyo y cinco hombres; y mientras tal orden se ponía por obra, montado en el retinto cabos negros el jefe corria por uno y otro lado, organizando aquella desordenada gente, la cual más que á la voz del Teniente solía obedecer á los cintarazos de su reluciente espada.

Yo no pensé en Remedios, y á fuer de bolista me coloqué en el sitio en que me dió la gana

XII

La Accion.

TENIAMOS ya á Coderas encima con menor número de fuerza, mejor armada, pero en verdad no con mucha más disciplina. Apareció al extremo de la llanura, resuelto, empujando á su tropa á paso regular, y manifestando en la distribución de aquélla, que si le era desconocida la estrategia, no estaba reñido con la prudencia ni con el buen sentido.

D. Mateo, por su parte hizo avanzar un remolino de hombres hasta colocarle detrás del corral; mandó á Pedro Martín por la izquierda con otro grupo, y cargó él en persona con el resto por el lado derecho. Era hombre que no conocía el miedo, y era esta su única cualidad; la cual han dado en decir los grandes estratégicos que es la menos necesaria para vencer.

Yo fuí de los suyos. Alguien me había armado de un machete, pues por mi parte no había cuidado de buscar armas, teniendo las de mi ira, que me parecían sobradas.

Rompiéronse los fuegos por una y otra parte, siempre con más orden por la de Coderas, quien á cierta distancia detuvo su tropa y prefirió ser acometido. No se hizo esperar D. Mateo, y haciendo uso de la táctica que después le dió notoriedad y fama, cerró los ojos, nos dirigió algunos gritos propios del caso y de su lengua, y avanzó, empujándonos como empuja un torrente despeñado los troncos que la creciente arrebata de la orilla.

No necesitaba yo que me animara el jefe, y puedo decir que en aquel momento no tenía él más valor que yo. Sólo una vez me detuve, cuando deseando matar, y encontrándome sin arma de fuego, ví caer á mi lado á un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombre cuya escopeta y municiones recogí. Después de esto, nadie pudo vanagloriarse de haberme aventajado un palmo de terreno.

Hubo un momento en que el fuego sobre nosotros fué vivo y sostenido y á quema ropa. Creo haber oido el choque de los machetes sobre los fusiles enemigos, maldiciones y gritos de dolor, voces de mando y exclamaciones de ira. Después me sentí arrastrado en otra dirección, á la vez que mil gritos groseros y silbidos agudos atronaban el espacio.

Habíamos sido rechazados hasta el corral, y el enemigo festejaba este primer triunfo. Cuando pude darme cuenta de aquel percance, ví á D. Mateo de un color amoratado, imposible para el acreditado pincel del dómine de San Martín; echaba chispas por los ojos y ternos dobles por la boca contra su cobarde gente que había retrocedido á lo mejor. No montaba ya el retinto, pues cayó el hermoso animal junto á las filas enemigas: sino un alazán que no iba en zaga al difunto, ni en el paseo ni en el brío..... ¡Pero había de estar montado!

Cinco minutos le bastaron para dar cinco centenares de órdenes.

—¡Corre y dile á mi compadre Pedro, que se les meta recio por la barranquita!

—¡Que entre tío Perfecto derecho y que no afloje, para llamarle la atención al enemigo!

—¡A mi compadre, que los coja por el espinal! ¡Recanasto! ¡corre pronto!

Y llegó el segundo encuentro, y no fuimos en él más felices, por más que tío Perfecto sacó su gente del parapeto del corral y *entró derecho*, según la orden recibida. El tío Perfecto retrocedió á la primera descarga, y mientras Pedro Martín rodeaba la barranca para apoderarse del espinal, la fuerza enemiga, cargó toda sobre nosotros con una furia tremenda, obligándonos en tres minutos á retroceder á nuestra primera posición.

Tomóla en tanto el indio Pedro por la retaguardia, organizó en lo posible D. Mateo su tropa, alentado por el cambio repentino de posiciones, y al lanzarse de nuevo sobre Coderas, me gritó señalando el revuelto pelotón del tío Perfecto:

—¡Coja esa fuerza y métase de frente!

Loco de coraje y despecho, corrí á cumplir aquel mandato que tanto cuadraba á mi de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seo; más cuando me acerqué y dicté mis órdenes, el viejo tío me llamó mocoso y gallina, y mandó al diablo al señor Teniente Coronel con sus disposiciones.

Me arrojé sobre él presa de los instintos feroces que me dominaban; descarguéle un golpe con el cañón del fusil, con ánimo de matarle, y cuando el viejo caía por tierra bañado en sangre, tomé su machete y empujé á la espantada tropa sobre el enemigo, vociferando palabras dignas de la boca de D. Mateo, que jamás había yo pronunciado.

Pero en aquel momento oí á mis espaldas ruido de voces afligidas que me hicieron volver la cabeza, y en un instante, como por inexplicable encanto, mis ideas extraviadas y mis desordenados sentimientos entraron de nuevo en el antiguo cauce. Remedios y su escolta corrían hacia donde yo estaba, y á cierta distancia, sin hacer fuego, los perseguían próximos á darles alcance hasta unos cincuenta hombres. Era Soria que, en virtud de plan estratégico con anticipación calculado llegaba por opuesto camino, y como Blücher, tarde, pero á tiempo para decidir la victoria. Cortó la retirada á su hija, la reconoció y quiso apoderarse de ella, pero Remedios arrastrada por su escolta corrió al lugar de la acción buscando amparo.

No hubo más remedio que abandonar á D. Mateo y volvernos sobre Soria. El choque fué rudo y espantoso; puesto que Soria era valiente y estaba rabioso, y yo no tenía conciencia de mi vida ni de la de nadie, si no era Remedios. Las armas de fuego callaron, cediendo el lugar á los machetes y las garrochas, ó hablaban en lenguaje que no les era propio, convertidas en mazas. El ahijado de D. Mateo retiraba á Remedios de los lugares peligrosos, y yo en medio de la carnicería aquella, sólo pensaba en que combatiendo la defendía.

De súbito se acrecentaron el ruido, el desorden y la matanza, porque rechazado tercera vez D. Mateo, sus hombres desbandados y desoyendo la voz del jefe, en parte huyeron por el bosque y en parte se confundieron con mi gente.

Coderas cayó sobre nosotros para rematar la obra, y nuestra derrota fué completa. El mismo Cabezudo comenzó á retirarse, reuniendo los dispersos grupos que aun queda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ban en pié; y yo con algunos hombres, luchaba aún defendiendo la casa en donde Remedios rezaba con el llanto en los ojos y el horror de aquellas escenas en el alma.

Soria se echó sobre la casa, siguiendo siempre en su feroz capricho, y mi gente incapaz ya de resistir, hizo una descarga inofensiva y huyó. Entré en la casa, empujé á Remedios hacia un rincón y la cubrí con mi cuerpo, blandiendo el machete con desesperación.

Soria y tres hombres más me siguieron; no podían hacerme fuego porque se exponían á herir á la hija de aquél; pero de súbito me acometieron á la vez, descargué machetazos ciegos, resistí un instante, y..... no sé más.

XIII

En San Martin.

No comprendía yo cómo estando ceñido de cuerdas todo el cuerpo y encerrado en tan oscuro cuarto, podía no obstante ver marchar á los soldados del Gobierno, que uno á uno pasaban delante de mí; pero el caso es que yo los veía, y oía sobre todo el golpe de sus gruesos zapatos sobre las piedras de la calle. Pasaba uno marchando á compás con precisión admirable, de máquina; se alejaba y cuando el ruido de sus tacones se debilitaba, otro le sucedía, siguiendo el mismo compás seguro y monótono. ¡Singular manera de entrar un ejército en plaza vencida!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ban en pié; y yo con algunos hombres, luchaba aún defendiendo la casa en donde Remedios rezaba con el llanto en los ojos y el horror de aquellas escenas en el alma.

Soria se echó sobre la casa, siguiendo siempre en su feroz capricho, y mi gente incapaz ya de resistir, hizo una descarga inofensiva y huyó. Entré en la casa, empujé á Remedios hacia un rincón y la cubrí con mi cuerpo, blandiendo el machete con desesperación.

Soria y tres hombres más me siguieron; no podían hacerme fuego porque se exponían á herir á la hija de aquél; pero de súbito me acometieron á la vez, descargué machetazos ciegos, resistí un instante, y..... no sé más.

XIII

En San Martin.

No comprendía yo cómo estando ceñido de cuerdas todo el cuerpo y encerrado en tan oscuro cuarto, podía no obstante ver marchar á los soldados del Gobierno, que uno á uno pasaban delante de mí; pero el caso es que yo los veía, y oía sobre todo el golpe de sus gruesos zapatos sobre las piedras de la calle. Pasaba uno marchando á compás con precisión admirable, de máquina; se alejaba y cuando el ruido de sus tacones se debilitaba, otro le sucedía, siguiendo el mismo compás seguro y monótono. ¡Singular manera de entrar un ejército en plaza vencida!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los soldados se sucedían sin interrupción, y aquello no tenía término posible; pero la calle estaba solitaria, y la gente curiosa no asomaba por puertas ni ventanas. En esto sonó una campana pausadamente: "Llaman á misa" me dije; pero no era así: después de tres golpes, la campana calló. Mucho espacio seguí viendo soldados y oyendo su fastidioso compás de marcha; al fin me dormí y no recuerdo más.

Desperté otra ocasión y quedé sorprendido de que me hubiesen aprisionado la cabeza en un tornillo, oprimiéndola sin lástima, de tal suerte que no la podía mover. Bien asegurada por tan rudo medio, un artista armado de cincel y martillo se empeñaba afanoso en perfeccionarme el parietal izquierdo, sacándome astillas de craneo. El dolor que yo sentía era insufrible, y los golpes del martillo sobre el cincel tenían de particular que eran tan exactamente acompasados como la marcha de los soldados de marras. Caí en nueva confusión y no pude hablar para quejarme de crueldad semejante. Luego la misma campana sonó diez veces; pero no era ninguna de las de mi pueblo, cuyas voces me

eran tan conocidas como las de las personas de mi casa. ¿Qué era aquello? Mi entorpecido cerebro no podía pensar, y sentía yo para sufrir la tortura á que estaba sujeto, cierta resignación ó mejor indiferencia, más propia de bestias que de hombres.

—Parece que despierta, dijo una voz femenil que me sonó muy agradablemente.

Y no sé lo que siguió después, porque en mi cabeza se formó un enredo que me es imposible recordar, y recordado no podría describir.

Creo que dormí otra vez. Al despertar por la tercera, abrí los ojos; y aunque no enteramente libre de las sombras que envolvían mis ideas me dí cuenta más cabal de mi situación. Un tic tac con aquel maldito compás de marcha me llamó la atención; busqué con los ojos, y ví sobre apolillada rinconera un alto, serio y grave relox de péndulo que producía su aburridor golpecillo, y daba las horas con esa formalidad y exactitud de los empleados viejos en oficina laboriosa.

Poco á poco fuí despejándome y llamando mis recuerdos, hasta que logré, para mi mal, traer á la enterpecida memoria los sucesos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del campamento, acaecidos yo no sabía cuándo. Pensé en Remedios, en la derrota, en Don Mateo, en todo!.....

Probé á moverme, pues aun no sabía si me faltaba una pierna ó las dos; mas un golpe de martillo en el parietal izquierdo, me hizo comprender que por allí estaba el duño. Tenía yo realmente la cabeza en un tornillo; pero no de fierro, sino bajo la forma de una venda blanca. Al llevarme á ella la mano, otra blanda y tibia la detuvo.

—No te toques allí, me dijo una voz cariñosa.

Y en viendo la rosada carita de Felicia, me expliqué todo lo que era posible explicarme.

Estaba yo en la casa del Cura de San Martín, junto á la Iglesia, y aquella ventana tenía probablemente vista á la plaza. Pensé en mi madre, y cerré un momento los ojos para verla mejor en mi alma.

¿Y el Señor Cura? Estaba durmiendo la siesta, pues eran las dos de la tarde; pero no tardaría en levantarse, y había de ponerse muy contento cuando me encontrara tan despejado y fresco. ¡Oh! se había hecho todo lo posible para volverme á mis cinco sentidos;

mas inútilmente. Bien dijo la curandera Doña Eufrasia que eso vendría poco á poco. Me habían lavado la cabeza con aguardiente y aplicado muchos lienzos de agua fría. El Sr. Cura tenía mucho empeño en que me sangraran; pero no había quien lo hiciera, puesto que el barbero era del Jefe político y no se podía hacer confianza de él.

Interrumpí á la verbosa niña para preguntarla quién me había llevado á su casa.

—Las mujeres, me dijo; no ves que cuando persiguieron á los pronunciados, las mujeres se pusieron á recoger á los muertos? Pues Bartolita la revendedora te encontró; te puso en su carreta y te cubrió la cara para que no te conocieran los demás. Veniste con muchos muertos y al pasar por aquí te entregó á mi tío. ¿No ves que Bartolita es comadre de tu mamá? ¡Hu! si hay más muertos y heridos en el pueblo!.....

¡Bendiga Dios á Bartolita que me salvó de aquellos chacales hambrientos!

Por allí íbamos en larga conversación entretenidos, bien que en ella diera yo á la niña la mayor parte por mi excesiva debilidad,

cuando apareció el venerable cura Don Benjamín Marojo.

Celebró el buen anciano mi mejoría y regañó á la sobrina, que en vez de charla debiera haberme dado alimento luego que abrí los ojos. Corrió la alegre niña á la cocina, y el cura, sentándose á mi cabecera, me reprendió dulcemente por haberme metido en camisa de once varas. Y á fé que bastante hubo de dominar su carácter para no ser duro; gracia que por aquel solo día me concedió, en atención á mi debilidad y á las punzadas de mi herida.

Aun suspiran en mi tierra viejas y viejos por el Padre Marojo, que quedó allá como inimitable tipo de sacerdotes buenos; y cuentan las madres á sus hijos la biografía humilde del cura, con más colorido que Castelar la vida de Byron. Comienzan por decir que era alto y flaco, encorvado y reumático; continúan que llevaba algo exagerada la nariz, la boca grande y al andar pesado, y concluyen con el resumen inesperado de que no era feo. Y en efecto, si es lo feo lo que desagrada, aquel viejo era un buen mozo.

En su ministerio, D. Benjamín cumplía

con sus deberes estrictamente, extendiéndose más allá por la caridad y buenas obras; si bien no formó jamás hermandades, cofradías ni otras instituciones semejantes de notoria piedad y beneficio; pero no tuvo la culpa, pues aun no estaban en privanza estas asociaciones, que después han venido á llenar un vacío notable y lastimoso.

No era gran predicador; pero tenía el talento necesario para enseñar con el ejemplo, sistema *objetivo* que no es fácil aplicar con frecuencia, especialmente en los pueblos cortos. Y con decir que no era gran predicador, sobra para manifestar que habría sido incapaz de arreglar y llevar á término el concordato de que ahora se habla ó de llegar á cardenal, no obstante que bien pudiera llegar á santo.

Hablaba con voz ronca y muy de prisa, comiéndose una ó dos sílabas de cada palabra, pero así y todo, sus consejos llegaban al fondo del alma y sus duros regaños, de los que nadie escapaba, imponían y dominaban. ¡Y decía una misa....! ¡Qué misa! Veinte minutos y ¡fuera! Las viejecitas se le querían comer de gusto; porque las mujeres, por más que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sean amantes de la oración, no encuentran en la misa condición más apreciable que la brevedad.

Tal era el hombre que me recogió con cariño, y que durante mi curación me prodigó los cuidados de verdadero padre. Su sobrina, chica de catorce años, inquieta, vivaracha y charladora, llenaba mis ratos amargos con su dulce garrulería alegre y pintoresca. Quería mucho á Remedios y me hablaba á menudo de ella, con palabras tan ingenuas y tan cariñosas que me parecía que la besaban.

La curandera me visitaba todos los días y me hacía alguna curación enteramente inútil, puesto que mi herida no tenía importancia real y la cicatrización estaba encomendada á la naturaleza. La conmoción cerebral producida por el golpe había sido lo principal. Sin embargo, el buen Padre Marojo, se calaba las gafas y observaba atentamente la herida, siguiendo las explicaciones que Doña Eufrasia le hacía con mil extravagantes pormenores.

Una mañana me asomé á la ventana que daba á la plaza, acompañado de Felicia.

—Mira, la dije; ahora están barriendo la

plaza. Esto es cosa nueva, pues nunca se ha hecho.

—Porque no había quien barriera, me contestó, riendo con malicia. ¡No ves quiénes trabajan?

—¡Es verdad! exclamé asombrado: aquél es Arenzana.... ¿no? aquel otro es Bermejo.... Pero Bermejo es empleado del Gobierno!

—Ya no; le quitaron el empleo, según oí decir á mi tio, y puso D. Jacinto á Pepe Gonzaga en su lugar; ya sabes, el más chico.

—¡Qué barbaridad! Estos pobres nada han hecho, ni se meten con nadie. Aqnellos otros de la izquierda son tres regidores. ¡Este Coderas es un sultán aquí!

—¡Ha! Si ha hecho mil cosas; dicen que el Presidente está en la cárcel, y al juez ya le iban á meter también, porque no quería sentenciar en favor de los Gonzaga un pleito que tienen con el español; pero siempre dicen que dió la sentencia y quedó de amigo de D. Jacinto. Al pobrecito español le embargaron la tienda.

—¡Es posible! exclamé irritado.

—¡Entrate, Juan; me dijo repentinamente la muchacha.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Por qué?

—¡Entrate, éntrate! y tirándome violentamente del brazo, me hizo abandonar la ventana.

—Ya te vió, continuó agitada; y viene para acá.

—¿Quién?

—D. Abundio.

—¡Cañas!

—¡A ver si te cojen, hijito, y te meten en la cárcel!

Y un momento después el Síndico se presentaba en el cuarto, dejándome de una pieza.

—No te asustes, Juanito, me dijo melosamente; soy tu amigo y no corres peligro ninguno. Nada menos aquel día en la Jefatura, si yo no me interpongo con los modos que viste, no encuentras tú manera de fugarte. ¡Y vaya si lo necesitabas! Coderas habría sido capaz de fusilarte; pero en estando yo, no podía pasarte nada. No, hijo; fuí muy amigo de tu padre y tuve mucho que agradecerle; pues te sirvo á tí ya que á él no le pude corresponder sus servicios.

Y continuó por este camino sin parar, hasta declararme que mi madre estaba en la

cárcel con las mayores comodidades posibles, que él había proporcionado, ya que no pudo evitar todo el daño que se la hacía.

Sin yo pedirlo, me dió informes de la revuelta y sus hombres. D. Mateo se situó en San Bonifacio con la gente que de los dispersos pudo reunir, y en doce días que desde su derrota habían corrido, se aseguraba que no sólo había reorganizado su tropa, sino que la tenía aumentada. Coderas, satisfecho de su triunfo, temía aventurar su gloria, yendo á buscar al tigre en su madriguera. Por otra parte, se aseguraba que el General Baraja había obtenido una victoria completa sobre las fuerzas del Gobierno, y que ya el Nacional tomaba cartas en el asunto, transando con los revolucionarios para poner paz en *aquella importante fracción de la República*.

—Es un hecho, concluía Cañas; y yo se lo he dicho á Coderas mil veces: la revolución es justa y triunfará. Yo he continuado apareciendo como amigo de este hombre, para poder contenerle un poco. Y si por mí no fuera, ya habría hecho mil atrocidades.

Me quedé pasmado; pero encontraba yo satisfactoria la explicación de aquel hom-

bre, que hasta se me fué haciendo simpático.

—¡Juzga uno tan ligeramente! me decía yo en mi interior.

No paró allí la bondad del Síndico; Felicia se había retirado, y Cañas, acercándose á mí hasta arrojarme á la oreja el aliento, me dijo con misterio:

—Hay algo que te interesa más. Ya *esta gente* sabe todo lo que te acabo de decir, y Soria está desesperado porque teme á D. Mateo; y para evitar de una vez que vuelva á apoderarse de Remedios, se propone casarla en estos días. Resérvate esto y ten cuidado. La quiere casar con Pepe Gonzaga, quien está muy anuente, tanto porque la muchacha lo vale, como porque Soria es rico y Pepe muy ambicioso.

¡Calcule el lector el efecto que me produciría esta confidencia!

XIV

La Fuga.

ERES un muchacho loco, me dijo el Sr. Cura con semblante irritado; treinta y dos años llevo de ser cura de San Martín, y conozco á esta gente como las palmas de mis manos. A todos estos los he visto nacer, y sé cómo son y cómo fueron sus padres y sus abuelos. ¡Bah! de estas bolas he visto muchas, y todo lo que está pasando ya me lo sabía sin que me lo dijeran. A Coderas porque triunfó en la acción le mandó el Gobierno el grado de Teniente Coronel; y á Mateo, porque perdió, le manda Baraja el de Coronel. A Camilo Soria no le importan los derechos del pueblo; y como ya está rico, no se habría metido en la bola si no fuera por que quiere ver colgado á Mateo, y quedarse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

bre, que hasta se me fué haciendo simpático.

—¡Juzga uno tan ligeramente! me decía yo en mi interior.

No paró allí la bondad del Síndico; Felicia se había retirado, y Cañas, acercándose á mí hasta arrojarme á la oreja el aliento, me dijo con misterio:

—Hay algo que te interesa más. Ya *esta gente* sabe todo lo que te acabo de decir, y Soria está desesperado porque teme á D. Mateo; y para evitar de una vez que vuelva á apoderarse de Remedios, se propone casarla en estos días. Resérvate esto y ten cuidado. La quiere casar con Pepe Gonzaga, quien está muy anuente, tanto porque la muchacha lo vale, como porque Soria es rico y Pepe muy ambicioso.

¡Calcule el lector el efecto que me produciría esta confidencia!

XIV

La Fuga.

ERES un muchacho loco, me dijo el Sr. Cura con semblante irritado; treinta y dos años llevo de ser cura de San Martín, y conozco á esta gente como las palmas de mis manos. A todos estos los he visto nacer, y sé cómo son y cómo fueron sus padres y sus abuelos. ¡Bah! de estas bolas he visto muchas, y todo lo que está pasando ya me lo sabía sin que me lo dijeran. A Coderas porque triunfó en la acción le mandó el Gobierno el grado de Teniente Coronel; y á Mateo, porque perdió, le manda Baraja el de Coronel. A Camilo Soria no le importan los derechos del pueblo; y como ya está rico, no se habría metido en la bola si no fuera por que quiere ver colgado á Mateo, y quedarse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

con Remedios para seguirla azotando como antes. Sí la casaría si pudiera; pero el mismo miedo que á él le inclina á dar ese paso, impedirá á Pepe Gonzaga aceptarle.

Mucho me tranquilizaban estas justas observaciones; pero no podía yo esperar con calma los acontecimientos.

—Pues que al fin me voy á enojar! exclamó D. Benjamín, amenanzándome con el dedo; si intentas salir de aquí, te hago aprehender, aunque te lleven á la cárcel, pues al fin mejor estarás allí que en campaña. Vamos, hombre, vamos; Remedios está con su padre, y aunque éste sea un bruto la guarda mejor que tú. Está encerrada en casa de Cañas. Antes de cinco días Mateo viene sobre San Martín, ya verás; y como es seguro que toma la plaza, Soria huye y Mateo recobra á su sobrina. Mira cuánto enredo y cuánta cosa por un mal paso, por la picardía de Camilo de no casarse con la madre de Remedios!

Muy bien calculado..... pero si no es así? ¿Y si Soria se lleva á Remedios á otra parte y la casa con cualquiera? ¿Y si se la entrega á su endemoniada mujer y ésta la ahorca? ¿Y si cometen un atropello con mi madre? No;

lo que es al señor Cura no le replico; pero resueltamente me escapo.

Después me decía la encantadora Felicia, seduciéndome con sus ingenuas y graciosas palabras:

—Ni remedio, hijito; aquí te quedas aunque revientes, porque mi tío dice que no te has de ir. Yo tengo encargo de cuidarte, desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche; después corres de su cuenta. El mozo y el sacristán ya saben que no han de dejarte salir..... ¡Huy, hijito! si vieras qué regaño me dió el tío porque te dejé asomar á la ventana y te vió D. Abundio! Dice que D. Abundio no te ha delatado porque sabe que la revolución está ganando; pero que si cambian las cosas, es preciso que te escondas en otra parte, porque te denuncia tu amigo. ¡Ah! Ya le mandé decir á Remedios que aquí estás; yo no la he visto porque no la dejan salir. Le mandé decir que aquí está *azafranillo*, y se puso muy contenta y te manda memorias y dice que te cuides mucho. No te enojes por lo de *azafranillo:* así te llamábamos el diez y seis de Setiembre, por el vestido que tenías. Y te veías muy guapo, no creas! Pe-

ro esta Remedios es muy tonta; y con sólo verte se pone colorada y se le encienden las orejas. Un día le dije, al pasar tú, "mamacita, ¡qué tal cuando te cases!" y me pegó en la boca y le dió mucha risa.

La deliciosa charla de Felicia me hacía pasar de uno á otro sentimiento bruscamente; pero siempre la encontraba yo dulce é interesante.

Aquella vez concluyó por decirme clavando en los míos sus ojos pardos:

—Bueno, Juan, ¿y cuándo te casas?

Imposible contener el inquieto espíritu del hombre que tiene las alas poderosas de la juventud, y que se siente aguijoneado por los más vivos sentimientos. Todos lo sabemos cuando jóvenes, y todos lo olvidamos al llegar á la ancianidad juiciosa y paciente. Ahora, cuando los años han agotado mis bríos, pienso á veces que el Padre Marojo tenía razón, y más de una vez he dado también consejos que no habían de ser oidos.

¡Nada! ¡nada! Era vergonzoso permanecer escondido como un cobarde, cuando mi madre estaba encerrada en una prisión, y Remedios corría peligros y vivía en poder de un

hombre que sólo reclamaba sus derechos de padre para tener el gusto de atormentar á su hija. Bien podía predicar el Padre la paz y el trabajo á sus feligreses tímidos ó dichosos; pero que me dejara en libertad á mí, que sentía el coraje del león herido, y que no conocía desde días atrás una sola satisfacción, ni el vislumbre de un instante de alegría ¡A la calle! ¡al campo! ¡á buscar en la lucha la salvación de mis dos ángeles, ó la muerte, si aquello era imposible!

Remedios y yo nos comunicábamos por medio de una mujer que iba á la casa de Cañas en nombre de Felicia aunque con poca frecuencia para no hacerse sospechosa. Me mandó decir que antes la matarían que consentir en casarse con nadie; que estuviese sin cuidado á este respecto; pero que me avisaba que quería su padre mandarla no sabía dónde, aunque sí que era muy lejos, muy lejos.

Esto acabó de determinarme á llevar á cabo mi escapatoria de la casa del Padre Marojo. Y una noche en que caía esa llovizna de Noviembre fina y constante, desprendida de un cielo encapotado y plomizo; cuando el relox hubo dado sus doce campanadas sordas y

continuaba su tic tac fastidioso, busqué á tientas en el cuarto un garrote de que con anticipación premeditada me había provistopara tener arma, y abriendo silenciosamente la puerta, me puse en el patio.

El mozo dormía en el corredor, y fué menester el mayor cuidado para no dar lugar que despertara. Vencida esta dificultad, la evasión era sin duda más fácil que la de un *voluntario* desertor del ejército, con lo cual todo queda dicho. La fuga quedaba reducida á apoyar un madero en la muy baja pared del traspatio, romper media docena de tejas al ponerme sobre ella á horcajadas, y dar un salto á la calle opuesta á la plaza.

Todo estó se realizó sin más percance que cierta alarma en el gallinero, de donde partieron mil cacareos malhumorados, por la interrupción del sueño tranquilo que sus alados habitantes disfrutaban.

Una vez en la calle, miré al cielo, bendije aquella honrada casa que abandonaba como criminal, me persigné devotamente y...

Me quedé perplejo al llegar á este punto; pues hasta entonces me ocurrió preguntarme:

—¿A donde voy?

XV

Un encuentro.

No vacilé mucho tiempo, pues muy á poco me contesté:

—A cualquiera casa del barrio del Arroyo.

Y eché por la calle adelante, procurando ver en la oscuridad de la noche, para evitar una sorpresa.

Por fortuna, no tuve la locura de ir en busca de Remedios, seguro de que Soria y Cañas tendrían la casa escoltada y las entradas de la calle bajo la más cuidadosa vigilancia.

Anduve con lentitud calculada para evitar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

continuaba su tic tac fastidioso, busqué á tientas en el cuarto un garrote de que con anticipación premeditada me había provistopara tener arma, y abriendo silenciosamente la puerta, me puse en el patio.

El mozo dormía en el corredor, y fué menester el mayor cuidado para no dar lugar que despertara. Vencida esta dificultad, la evasión era sin duda más fácil que la de un *voluntario* desertor del ejército, con lo cual todo queda dicho. La fuga quedaba reducida á apoyar un madero en la muy baja pared del traspatio, romper media docena de tejas al ponerme sobre ella á horcajadas, y dar un salto á la calle opuesta á la plaza.

Todo estó se realizó sin más percance que cierta alarma en el gallinero, de donde partieron mil cacareos malhumorados, por la interrupción del sueño tranquilo que sus alados habitantes disfrutaban.

Una vez en la calle, miré al cielo, bendije aquella honrada casa que abandonaba como criminal, me persigné devotamente y...

Me quedé perplejo al llegar á este punto; pues hasta entonces me ocurrió preguntarme:

—¿A donde voy?

XV

Un encuentro.

No vacilé mucho tiempo, pues muy á poco me contesté:

—A cualquiera casa del barrio del Arroyo.

Y eché por la calle adelante, procurando ver en la oscuridad de la noche, para evitar una sorpresa.

Por fortuna, no tuve la locura de ir en busca de Remedios, seguro de que Soria y Cañas tendrían la casa escoltada y las entradas de la calle bajo la más cuidadosa vigilancia.

Anduve con lentitud calculada para evitar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el ruido de un tropezón en piso tan irregular y tan ocasionado á golpes, no obstante que me sentía presa de la impaciencia del temor. Gracias á que Coderas no contaba con gran número de tropa, no podía poner muchos retienes en el interior del pueblo, pues habría tenido necesidad de dispersar en ello su fuerza, inutilizándola para un caso de asalto. La precaución consistía por esto en piquetes avanzados sobre los caminos, aunque la circulación interior quedaba bastante libre. Algunos oficiales recorrían á caballo el pueblo, dormitando al paso lento de las cabalgaduras.

Apoyado en mi bastón, con un frío que me calaba los huesos, y pudiendo apenas soportar en la cabeza el sombrero que aun conservaba las negruzcas manchas de mi sangre, caminaba yo excusando obstáculos, deteniéndome para dejar paso al oficial de á caballo oido de léjos, separándome con cautela del lugar en que los perros me gruñían y que con sus ladridos podían venderme.

Al fin me ví en pleno barrio del Arroyo y me atreví á caminar con menos temores. Me detuve un momento para elegir la casa á cuya puerta llamaría, y después de corta vacilación, opté por la de Pedro Martín. Continué mi camino, doblé á la izquierda, y cuando me faltaban obra de cincuenta varas para llegar, me asaltó un justo temor: puesto que según sabía yo, la casa de D. Mateo estaba convertida en cuartel y la mía en hospital, ¿que habría hecho Coderas de la del indio que movía á todo el barrio, y que tanto era notado de valiente y astuto? Pensé entonces que la casa de Pedro no podía por sus pobres condiciones emplearse como las otras, y me dije: "ó la han incendiado ó la mujer de Pedro ha sido respetada para no irritar á los pocos del Arroyo que quedan en S. Martín."

Me acerqué: la casa estaba como siempre; avancé hasta la puerta, y casi la tocaba, cuando un bulto, surgiendo delante de mí, se me arrojó encima. Más que ví, presentí el ataque; desvié ágilmente el cuerpo y asesté un garrotazo que produjo un sonido seco y arrancó un quejido ahogado á la víctima; pero el palo saltó de mi mano y se perdió en el negro suelo de la calle. El ofendido oyó caer el palo, y mientras enderezaba el dolorido cuerpo me dijo á media voz llena de ira:

—¡Cuidao, amigo; ora voy yo!

Desarmado, y dándome por muerto, oí aquella voz como bajada del cielo.

—¡Tío Lucas! me apresuré á gritar.

—¡Aguárdese!

—¡Soy yo, soy Don Juanito!

—¿Don Juanito? preguntó el viejo, acercándose machete en mano y con desconfianza. ¡Qué palo me ha dao tan bueno!

—Vd. tuvo la culpa, hombre.

—¡Huy! murmuró el viejo apretándose las costillas.

—No hay que perder tiempo, le dije; vamos al caso, ¿qué hace vd. aquí? ¿Dónde está D. Mateo? ¿Y Pepa?

—Entremos aquí y yo le contaré; porque hace un ratito por poco me agarra un piquete que salió al camino.

Tocó el tio Lucas la puerta con los nudillos, y una voz chillona y que parecía acostumbrada á la altivez nos gritó.

—¡Quién!

—Yo, Minga; ábreme, que aquí está D. Juanito, contestó el tío.

Y á poco se abrió la puerta, y entramos en una pieza caliente en que dormían cuatro muchachos de menos de diez años y una mujer de edad avanzada, madre de Minga, amén de ésta que nos hacía los honores de la casa.

—Hija, dijo el compadre de D. Mateo; dame un trago de aguardiente, porque he andao mucho, y aquí D. Juanito me reventó el lomo de un palo. También él tiene frio y necesita algo caliente.

Y entre trago y trago de una botella que Minga colocó sobre la poco limpia mesa, charló el viejo una media hora, á la luz de un candil de manteca de menguada y movible llama.

En San Bonifacio quedó muerto uno de los acompañantes del tío Lucas, y cuando yo huí con Remedios, sostuvieron ellos la puerta algunos momentos, mientras yo me alejaba. No pudiendo resistir más, abandonaron la defensa, y atravesando á todo correr el patio, salieron por la puerta del campo; oyeron la descarga que hirió á Remedios y echaron por los jacales del rumbo opuesto, ganando el bosque. Pepa allá se quedó, y como fué la única persona que encontraron, sufrió, por todas las demás, veinticinco azotes y veinticinco mil atropellos. Vieron después el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

incendio de la casa, y cuando se persuadieron de que los asaltantes se habían retirado, que fué á la mañana siguiente, volvieron á la hacienda en busca de la pobre Pepa á quien recogieron y cuidaron.

Luego el viejo, con una satisfacción brutal, me refirió los pormenores de la revancha decretada por D. Mateo en su campamento de San Bonifacio. El mismo tío Lucas con diez hombres á sus órdenes, fué al Roblar y quemó la casa, el trapiche y el cañaveral, aplicando cincuenta azotes á dos criadas que encontró, pues la mujer de Soria se puso oportunamente en cobro, con cuanto pudo salvar del saqueo.

Con pena declaro que esta conducta salvaje, y estos actos de ferocidad infame, me iban pareciendo menos horribles cada día. La bola me estaba haciendo el peor mal de que es capaz: disminuir la integridad y energía de mi juicio moral.

Concluyó el viejo explicándome la situación. ¡Ah! Ese maldito de Perfecto tenía la culpa de la derrota. El tío Lucas se lamentaba de no haber estado en la acción y de que yo no hubiera matado á Perfecto, quien

estaba todavía algo tonto á consecuencia del golpe que yo le descargara. ¡Cuánto celebré la noticia de que estaba vivo!

D. Mateo tenía seiscientos hombres en San Bonifacio, y el General Baraja le había mandado cincuenta fusiles, que aunque algo inútiles, al fin eran fusiles y tenían bayonetas

—Mañana tomamos el pueblo, agregó el viejo, como si se tratara de tomar un real de aguardiente.

—¡Mañana! exclamé yo con verdadera animación.

—No le quepa duda. Yo vengo á dos cosas: una, ver cómo están las trincheras que han puesto aquí, y mandárselo decir á mi señor compadre; otra, reunir veinte ó treinta hombres, pa armarlos aquí adentro, pa cuando mi señor compadre se meta en el pueblo. Este es el plan de mi señor compadre, que ya sabe, D. Juanito, que es un soldao muy prático y muy inteligente.

—Sí, sí; dije con creciente interés. Yo también me quedo. ¿A qué hora entrarán?

—Pos á la hora que puedan. Tal vez ora en la noche avancen algo, porque San Bonifacio está lejos. Luego saldremos pa bus

car á los *muchachos*; mientras, que nos diga Minga dónde están las trincheras.

¡Qué trincheras ni qué niño muerto! En San Martín no se pensaba en tal cosa. El Jefe político, envalentonado con su victoria no trataba de encerrarse, sino de salir al encuentro de D. Mateo, á quien por mofa llamaba *el Señor Coronel*, y darle una zurra buena, porque no servía ni para limpiar su caballo, según su expresión favorita.

Salimos de la casa de Pedro el tío Lucas y yo, y escurriéndonos aquí y agazapándonos allá, recorrimos todo el barrio del Arroyo, buscando á los *muchachos*, de los cuales comprometimos hasta una veintena, bajo el concepto de que al oirse al siguiente día los primeros tiros, se reunirían á nosotros, con sus armas, en la casa del famoso Pedro Martín.

El blanco fulgor de la aurora comenzaba á esparcirse por el horizonte cuando volvimos á la casa de Minga. El viejo se tendió en el suelo, después de agotar el contenido de la botella; y un minuto después, roncaba ruidosamente. Yo, rehusé la cama que Minga me ofreció, bajando al suelo á sus hijos, y me asomé al patio interior, que circuía un corral de árboles verdes y frondosos.

La lluvia había cesado cuando la aurora inundó con su alegre luz los campos de San Martín, y de las ramas de los árboles escurría gota á gota el agua recogida en las hojas. Mil gorjeos salían de los nidos colgados en la cerca; las gallinas vagaban por el patio con sus grupos de redondos polluelos, escarbando la tierra para darles alimento, y á lo lejos se oía el mugido de los bueyes que salían al trabajo. Mi imaginación vagó un momento por mundos ideales compuestos de gentes que no peleaban nunca, y no sé hasta donde llegara, si Minga, que salió á echar maiz á las gallinas, no me hubiera dicho:

—No se asome mucho: porque lo pueden ver.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVI

Rumores y noticias.

Cuando el sol coronó la sierra de Oriente, el viejo Lucas despertó, buscando aguardiente y algún bocado para entonar el cuerpo. Permanecíamos encerrados en la única pieza de la casa, y yo me paseaba inquieto, nervioso y agitado, con la desazón de quien presiente, no de quien teme, sucesos próximos y graves. No había medio de darme punto de reposo, y sólo á reiteradas instancias del viejo y Minga tomé algún alimento desabrido, de los que acostumbra y prefiere la gente de nuestros campos.

En medio de mis revueltas ideas, relativas en su mayor parte á los acontecimientos que esperaba, algún pensamiento me vino en que figuraron las imágenes del buen cura y su sobrina. ¡El pobre anciano iba á afligirse al notar mi separación, y su irritable carácter descargaría sus fuegos sobre la encantadora Felicia! Ignorando mi paradero, en tan difíciles circunstancias, no sabría la niña qué decir á Remedios, si ésta me enviaba algún recado. ¡Oh, no! era preciso hacerles saber que sano y salvo, me encontraba fuera del pueblo, pues si decía mi escondite, el Padre Marojo era muy capaz de mandarme aprehender, previo el compromiso de que no se me hiciera más daño que el de meterme en la cárcel.

¡Sobre la marcha! Vaya la madre de Minga á la Iglesia; escúrrase por la sacristía, puesto que es sospechosa por su yerno, y hable con el Padre Marojo, diciéndole que pasé por la casa de Pedro Martín á media noche, y salí sin novedad del pueblo: pero si puede atrapar á Felicia un momento á solas, dígala la verdad, pregúntela por Remedios, á quien mando mil recados y que diga sobre todo si insiste D. Camilo en llevársela muy lejos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No podía hacerse esto en menos de dos horas, y durante ellas había un motivo más de inquietud y agitación para mí.

Minga que salió una media hora, volvió á la casa llena de noticias de la plaza, las cuales ularmarían á cualquiera que no fuera la altiva mujer de Pedro Martín, que tenía la profunda convicción de que donde estaba su marido estaba el mundo entero, y de que no había nacido todavía el hombre capaz de tocarle un cabello

—Estos brutos, entró diciendo, creen que les van á tener miedo con sus trincheritas. Pos allí estan poniendo en las calles montones de tierra y de piedras y de todo.

—Déjalos, hija, contestó el tío Lucas con flema; en algo se han de entretener. Después tendrán que poner esas cosas en su lugar, y yo les he de echar mucho palo para que se apuren.

La india, con la sonrisa desdeñosa en sus gruesos labios, me impuso de todo. La plaza estaba muy animada; todos los soldados y los presos estaban trabajando en la improvisación de las trincheras, y allá habían ido á dar en media hora todos los descontentos y

aun los simplemente tibios. Coderas en persona dirigía las obras, y los oficiales, espada al cinto, vigilaban á los desgraciados trabajadores, excitándolos de vez en cuando á la actividad por medio de tal cual palabrota ó cintarazo.

—Estan amaríos de puro miedo, decía la india riendo.

Se trataba, según sus explicaciones, de cerrar varias bocacalles, formando un cuadro que abarcara la plaza y las manzanas ó casas adyacentes. ¡Buen trabajo tendrían para realizarlo!

¿Y qué se decía en la plaza? Pues se decía que D. Mateo tenía mucha gente y muy bien armada; que había recibido fusiles de nueva invención que disparaban una infinidad de balas en un momento, y que tenía también cinco cañones grandes, muy grandes, que de un golpe se llevaban una compañía y tres casas. Desatinos todos que indicaban la disposición de los ánimos en favor de la bola.

No vió Minga á mi madre, según me dijo, cuando después de vacilar mucho me atreví á preguntarla por ella. ¡Tenía yo miedo de que fuera á decirme que también trabajaba en las trincheras!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A medida que el tiempo corría, aumentaban mi ansiedad y mi inquietud. La llegada probable de las fuerzas revolucionarias, la suerte de Remedios, las aflicciones de mi pobre madre, el éxito del asalto, todo se agolpaba en mi agitada mente, haciéndome olvidar mis propios peligros. Más de una vez, Minga ó el tío Lucas tuvieron que separarme de la estrecha ventanilla que daba á la calle, haciéndome recordar mi calidad de enemigo de las autoridades, y notar la imprudencia que cometía, exponiéndome á ser visto por los transeuntes.

Pasaban para mí los minutos con lentitud de horas; me cansaba la charla del viejo, y me cargaba el desdeñoso tono con que Minga hablaba sin parar de los tiñosos gallinas que tan fuera de tiempo y tan *amarios* de miedo, se apuraban en hacer *sus montoncitos de tierra*.

Tocaron la puerta, y yo corrí á abrirla, seguro de que era la madre de Minga quien llegaba. Abrí, y dí espantado dos pasos atrás, en tanto que el viejo Lucas se ponía de un salto en el patio interior.....

—Vaya, hijo; exclamó Cañas, entrando con

cierto azoramiento; ¡bendito sea Dios que al fin te hallo! Hace media hora que corro de una á otra casa, buscándote por todo el barrio; pero yo bien decía: por aquí ha de estar, porque el barrio es amigo. Llegó á casa la criada de Felicia y oí que le daba un recado de tu parte, manifestándole que estabas dentro del pueblo, después de fugarte de la casa del Sr. Cura; y como siempre quiero servirte, y ayudar á la buena causa del Sr. D. Mateo, me vine inmediatamente para acá á fin de hablar contigo.

—¡Juzgamos tan ligeramente! pensé otra vez, reponiéndome del susto.

Pero en seguida recordé las palabras del Padre Marojo, que me repitió Felicia, y quedé suspenso.

—¿Será tan bribón este hombre? me pregunté. ¡El Señor cura lleva treinta y dos años de vivir en San Martín!

Empezaba yo entonces mi carrera pública, y era preciso intentar un ensayo de hipocresía.

—No esperaba yo ménos de su buena amistad, murmuré avergonzado por la mentira; ¡como fué vd. tan buen amigo de mi padre!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Cabal; eso es. Pues bien, se sabe en la plaza que Don Mateo avanzó anoche hasta Santa Ana, de manera que no estará muy lejos de aquí en este momento. Trae seiscientos hombres y muchos de ellos con los fusiles con bayonetas que últimamente le mandó Baraja, y es seguro que Coderas no le podrá resistir. ¡Qué ha de resistir! Pero es preciso que Don Mateo sepa cómo anda esto, y supuesto que yo soy amigo de la causa, debo mandárselo decir ¿me entiendes? Cerraremos con tranca la puerta para no ser sorprendidos. Pues bien, mira: en la esquina de los zapotes está una trinchera; otra en la de Camero, adelante de la barranquita; otra en la esquina del atrio; otra en la que está antes de tu casa, y otra aquí derecho, frente á la casa de Marcial. Por el lado de la cárcel no han de poner trinchera; porque como apenas tienen tiempo de medio arreglar las que más necesitan, dejan ese lado con sus naturales defensas, que consisten en la subida de la barranca grande, y el corral del Ayuntamiento que queda enfrente.

Aquel hombre vendía, pues, á sus amigos porque los veía perdidos. Comencé entónces á comprender que hay en el mundo gente

digna de la horca, y que en muchos casos la hipocresía es una arma legítima.

El tío Lucas, que había ido acercándose, oyó casi toda la explicación de Cañas, y metiendo su cucharada dijo:

—Pues me voy á avisarle.

—¡Eso es! ¡eso es! afirmó el veleidoso Síndico. Corra, tío Lucas; y dígale al Sr. D. Mateo que digo yo ¿hé? que digo yo, que en el llano de la Cruz le van á esperar con doscientos hombres, y que si los derrota se encerrarán en la plaza; que no entre derecho, porque estas trincheras son las mejores; que entre por el lado de la iglesia y por la cárcel. Ya vd. oyó lo que dije. ¡Corra pronto, porque ya han de estar cerca! ¡Mire! ¡Cuidado le cogen los del Jefe político que andan por el camino!

—¡Qué me han de coger! dijo el viejo con garbo, ¡pos pa qué está el monte!

Y saliendo por el patio, saltó la cerca por donde pudo y se perdió entre las casas vecinas.

—Ahora, Juanito; continuó el vejete; te diré que yo también me voy. Antes de salir de casa, mandé á mi mozo que me trajera mi caballo al Arroyo, y ya debe de estar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esperándome. Me voy á la Guayaba mientras esto pasa, porque no puedo soportar la vista de las arbitrariedades que Coderas está cometiendo. Luego que D. Mateo tome la plaza, (porque de seguro la toma), hazme favor de mandarme avisar para que venga yo á prestar mis servicios en la organización de todo esto. Conque hasta luego, y cuídate. Mejor no te metas.

Tocaron á este punto á la puerta, y cuando Cañas azorado buscaba en donde ocultarse, Minga, sonriendo con su eterno desdén, fué á abrir.

—Es mi madre, dijo al Síndico.

Y al pasar junto á mí, añadió, indicándome con los ojos á Cañas.

—¡Cuidao!

Entró la anciana, y mirando con desconfianza al vejete, me llevó aparte con precipitación y me dijo al oído:

—Que ya están ensillando los caballos y que se llevan á la niña *al interior* pa que ni vd., ni D. Mateo, ni nadie se vuelva á juntar con ella. Que está llorando mucho y que ya no lo vuelve á ver nunca. Y dice que Don Abundio es el que se lo aconsejó á Don

Camilo y hasta le dió cartas pa el camino.

Me volví hacia Cañas, que ya tranquilo parecía esperarme, impaciente por despedirse de mí y tomar el camino de la Guayaba. Vió algo terrible en mi semblante irritado é inquieto; porque se puso pálido y dirigió una mirada de angustia á la puerta.

Yo me acerqué á él indeciso, vacilando entre ahorcarle ó darle un trancazo en la cabeza. Retrocedió con terror hasta encontrar la pared, y allí le agarré el pescuezo con ira, estrujándolo sin lástima. Lanzó un gemido de ahogo, y le solté no sé por qué sentimiento que no me dejó matarle.

—No saldrá vd. de San Martín, le dije fuera de mí; porque necesito tenerle cerca, para ahorcarle tan luego como Remedios haya sido arrastrada contra su voluntad fuera del pueblo.

—¡Juan! ¡Juanillo! ¡Mira, hijo, por Dios! gritaba el vejete juntando las manos. Te juro que.....

—¡No jure vd.!

—¡Pero, hijo, escúchame! ¡Escúchame! cla-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

maba Cañas metido en un rincón y temblando como azogado.

—Mire vd., le dije con tono sombrío y fuera de mí; vuelva vd. en este momento á su casa: invente uno de esos ardides que sabe inventar, y haga que Remedios no salga de San Martín. De lo contrario, por mi madre le juro, que tan luego como la plaza se tome, pegaré fuego á su casa, y le ahorcaré á vd., á su mujer y á toda su raza maldita!

—¡Juanito!

—¡Lo juro por mi madre! repetí.

Y tomando al Síndico de la nuca, le arrojé á la calle gritándole:

—¡Vaya vd!

UNIVERSIDAD DE NUEVO L
BIBLIOTECA UNIVERSITA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVII

El asalto.

PROCURABA yo en vano aliviar y contener la inquietud y desazón de que estaba poseído, y á las cuales acudían con no poca frecuencia Minga y su madre, ya separándome de la ventanilla, ya impidiendo que quitara la tranca que sujetaba la puerta, y que inconvenientemente quería yo á cada momento apartar, ya haciéndome regresar del patio por donde pudiera escaparme, á no estar constantemente vigilado.

—¡Qué tal el D. Abundio! decía Minga

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

maba Cañas metido en un rincón y temblando como azogado.

—Mire vd., le dije con tono sombrío y fuera de mí; vuelva vd. en este momento á su casa: invente uno de esos ardides que sabe inventar, y haga que Remedios no salga de San Martín. De lo contrario, por mi madre le juro, que tan luego como la plaza se tome, pegaré fuego á su casa, y le ahorcaré á vd., á su mujer y á toda su raza maldita!

—¡Juanito!

—¡Lo juro por mi madre! repetí.

Y tomando al Síndico de la nuca, le arrojé á la calle gritándole:

—¡Vaya vd!

UNIVERSIDAD DE NUEVO L
BIBLIOTECA UNIVERSITA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVII

El asalto.

PROCURABA yo en vano aliviar y contener la inquietud y desazón de que estaba poseído, y á las cuales acudían con no poca frecuencia Minga y su madre, ya separándome de la ventanilla, ya impidiendo que quitara la tranca que sujetaba la puerta, y que inconvenientemente quería yo á cada momento apartar, ya haciéndome regresar del patio por donde pudiera escaparme, á no estar constantemente vigilado.

—¡Qué tal el D. Abundio! decía Minga

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con mofa; ¡fíese de él! Pero no tenga cuidao, que ora ya no deja ir á la niña.

Sin embargo, hice que la anciana volviera á buscar á Felicia, para rogarla que si los preparativos de viaje no se suspendían me mandara á su criada para avisármelo. Y la buena vieja, que como madre de Minga era valiente y desenfadada, salió de nuevo, recomendando á su hija que no me dejara hacer una barbaridad.

¡Qué día aquél para mí! El sol ascendía con una lentitud desesperante y llegó al fin á ponerse sobre nuestras cabezas. La anciana no volvía aún, ni D. Mateo asaltaba, ni tenía yo nueva noticia de nadie. ¡Cómo pude permanecer encerrado tantas horas, sin saltar al fin la cerca y hacerme matar, no lo sé!

Cuando así me hallaba y acudía con mayor frecuencia á la ventanilla para ver si descubría de lejos á la anciana, una voz sofocada y jadeante me gritó á la espalda:

—¡Ya vienen!

Era el tío Lucas, que parecía agotar en aquel solo día todas las fuerzas que le quedaban para la vida. Sentóse el viejo en la cama de Minga, con la boca abierta y movi-

mientos de fuelle de herrería en la caja del cuerpo, llevando con la cabeza el compás violento de la respiración.

A pesar de su sofocación le hice hablar, aunque con palabras cortadas por el aliento con fuerza despedido. Don Mateo con su gente quedaban á media legua organizándose; el tío Lucas había enterado al Coronel de todo lo dicho por el Síndico, y volvía á San Martín con orden de reunir el mayor número de peones para desordenar en lo posible las fuerzas de Coderas, cuando regresaran al pueblo, puesto que probablemente no querrían mas que probar fortuna á campo raso. Al llegar el tío Lucas al arroyo, vió que bajaban del llano alto unos cinco hombres á galope, que eran de una avanzada de Coderas.

En efecto, cuando me refería esto, oimos en la calle ruido de caballos que pasaban corriendo y de espadas azotadas en el estribo. Casi al mismo tiempo se abrió la puerta, y la madre de Minga, algo pálida y echando chispas por los ojos entró en la estancia.

—¡Por poco me arrollan estos perros! dijo con ira, y lanzó una andanada de verbos y adjetivos que no puedo repetir.

—¿Qué hay? la pregunté agitado.

—¿Qué hay? Que si no ha sido por mi sobrino Matías que está en la trinchera de la Iglesia, no puedo regresar. ¡Malditos hambrientos! Que venga Pedro y le contaré quiénes no me dejaron salir y las groserías que me dijeron. Ya digo; si no es Matías, me quedo en la plaza.

—¿Y Felicia que dice? la interrumpí lleno de impaciencia.

—Que los caballos están listos; pero que Don Abundio le mandó decir que le mande decir á vd. que no tenga cuidao, porque no se ha de ir la niña Remedios. Pero tenga cuenta, D. Juanito, que ese hombre es muy sinvergüenza.

Procurando que fuera al grano, la hice entonces referirme cuanto pudiera importarnos. Coderas y Soria habían acordado el plan de defensa, seguros de que D. Mateo no podría en varios dias tomar la plaza; y en tanto llegarían los auxilios del distrito inmediato, cuyo jefe político estaba en comunicación con el de San Martín. A última hora, se había determinado que Coderas saliera con doscientos hombres para probar una lucha á orillas

del pueblo, apoyado en los cien que con Soria quedaban en la plaza; si la fortuna les era adversa (que no lo creía el arrojado jefe) haría una retirada sobre las trincheras mejor preparadas, para determinar á D. Mateo á atacar por allí.

— Ahora lo prencipal, me dijo la vieja. Le manda decir la niña Remedios, que quieren sacar á todos los presos y ponerlos en esas trincheras, pa que se asusten los otros y no puedan tirar sin matar á sus gentes.

El cabello se me puso de punta, sentí un desvanecimiento que estuvo á pique de dar conmigo en tierra, y con el semblante descompuesto y el aliento cortado, apenas pude volverme al tío Lucas. Paróse este asustado y acudió á detenerme; pero ya volvía pronto sobre mí y tomaba yo el imperioso tono que en tales casos me constituía jefe de los que me rodeaban.

—Corra vd., le dije rápidamente; reuna en seguida á los que anoche se comprometieron á seguirnos, y que estén aquí en el acto.

Mi voz cobraba tal autoridad é imperio; que rara vez oía yo una ligera réplica. El viejo sin hacerlo se dirigió á la puer-

ta; pero al abrirla retrocedió violentamente.

—¡Ahí vienen! dijo á media voz.

Minga me separó de la ventana, empujándome con fuerza, y Coderas con su tropa siguió el rumbo del Arroyo con paso precipitado.

Algunas gentes del pueblo seguían á la fuerza por curiosidad, otras se asomaban á las puertas, y las ménos se encerraban precavidamente, atrancando sus puertas.

Agotada á este punto mi cordura y paciencia, y sacándome la agitación de todo término juicioso, echéme fuera con el tío Lucas, citándole para aquel mismo lugar y dentro del mismo término.

Sin ocultarme, sin miramientos ni temores, corrí á la casa de Bermejo, á las de los regidores presos que tenían más imediatas sus habitaciones, á las de todos los que sufrían en la cárcel, dando la voz de alarma con la terrible noticia que yo había recibido. En esta obtenía un hombre; en aquella una arma; de aquí sacaba un hijo espantado; de acullá un padre medio loco, y en todas sembraba el terror y despertaba las más violentas manifestaciones del odio y la angustia.

Media hora después, en el patio de Pedro Martín tenía reunidos hasta unos treinta hombres que, dignos soldados de un jefe como yo, pelearían como tigres y no se saciarían con trescientas víctimas. Quién hablaba de ahorcar á la esposa é hijos de Coderas; quién de arrastrar á Soria por las calles hasta dejarle muerto en el muladar; quién de saquear la casa de los Gonzagas; quién de pasar á cuchillo á todo el barrio de las Lomas, con excepciones muy contadas. Y á mí me parecía bien todo aquello, y aprobaba enérgicamente tan salvajes propósitos, mientras daba armas á los que no las tenían, y comunicaba mis órdenes al tío Lucas.

Oyóse en aquel momento la primera descarga de la pelea, y yo sentí que recorría mi cuerpo un escalofrío mezcla de terror y de impaciencia por combatir. Me sentí empujado hacia á la plaza, y los labios rebosando palabras de un lenguaje soez, que yo mismo me admiraba de saber. Lo malo predominaba en mí, y sucedía que al encontrarme en el encendido elemento de las pasiones de la bola, inconscientemente me trasformaba, nivelán-

dose mi temperatura con la del aire que respiraba.

En tales momentos no tuve la idea de formar un plan de campaña. Yo sabía que iba en defensa de mi madre, cuya vida estaba gravemente expuesta, y que debía acudir violentamente á mi objeto. Cómo lo procuraría, ni lo pensé ni me ocurrió pensarlo El tío Lucas se atrevió á recordarme que el objeto del Coronel era que desconcertáramos al enemigo en su retirada.

—¡Síganme todos! grité con imperio.

Y todos me siguieron con bríos iguales á los que me animaban.

Nos dirigimos por detrás de la casa de Minga hasta las últimas del pueblo, y enderezando allí el rumbo á la derecha, caminamos á paso veloz paralelamente á la calle que conducía á la plaza. Detuvímonos al llegar frente á ésta, no sin asombro de los vecinos, y una vez allí, nos acercamos cautelosamente hasta tener la cárcel á la vista.

Ajenos de tener enemigos tan cerca, los de la plaza estaban atentos al ruido de la fusilería que se descargaba casi á orillas del arroyo. Delante de nosotros estaba la subida

de la barranca para llegar á la plaza y á la puerta de la prisión; y en ésta que apenas podía verse, porque se interponía el corral del Ayuntamiento, se divisaba un centinela.

—No han sacado á los presos todavía, dije á mis compañeros. Esperemos aquí hasta ver algún movimiento que indique que se trata de sacarlos.

Una sola escopeta había entre nuestras armas; las demás ó eran machetes ó garrochas ó cuchillos amarrados al extremo de una asta. Yo, sin embargo, me creía invencible.

El estruendo lejano de los fusiles, que á decir verdad no era mucho ni espantable, dado el corto número de los combatientes y el más corto aún de las armas de fuego, se hizo menor al cabo de algunos minutos, y los tiros aislados que se oían me parecieron disparados dentro ya de San Martín. Hice á mi gente que se acercara hasta el pié de la subida, quedando yo en el sitio para no perder de vista la cárcel; y corrí á alcanzarla, cuando las descargas de las trincheras me hicieron comprender que Soria había entrado en la plaza y que D. Mateo estaba frente á ella.

Subimos hasta el corral antes de que el

centinela pudiera dar la voz de alarma, y cuando Coderas y Soria rechazaban á Don Mateo en su primer empuje. Cogido de improviso, el centinela huyó hacia la plaza; y nosotros, sin calcular la imprudencia de nuestra impaciente acción, nos echamos sobre la puerta de la cárcel, y á pocos esfuerzos la hicimos saltar hecha pedazos.

XVIII

Ultima lucha.

EL Coronel Cabezudo no había echado en saco roto las noticias que el tío Lucas le llevara de parte de D. Abundio Cañas, y dejando á Pedro Martín encargado de las fuerzas que inútilmente atacaban la trinchera más fuerte, hizo un movimiento rápido para embestir por el lado de la cárcel. Mas no lo fué tanto que Coderas no tuviese tiempo de mandar á la defensa de aquel punto á Soria con buen número de soldados. De aquí que al romper nosotros la puerta de la cárcel, recibiéramos á la vez, aunque á distan-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

centinela pudiera dar la voz de alarma, y cuando Coderas y Soria rechazaban á Don Mateo en su primer empuje. Cogido de improviso, el centinela huyó hacia la plaza; y nosotros, sin calcular la imprudencia de nuestra impaciente acción, nos echamos sobre la puerta de la cárcel, y á pocos esfuerzos la hicimos saltar hecha pedazos.

XVIII

Ultima lucha.

EL Coronel Cabezudo no había echado en saco roto las noticias que el tío Lucas le llevara de parte de D. Abundio Cañas, y dejando á Pedro Martín encargado de las fuerzas que inútilmente atacaban la trinchera más fuerte, hizo un movimiento rápido para embestir por el lado de la cárcel. Mas no lo fué tanto que Coderas no tuviese tiempo de mandar á la defensa de aquel punto á Soria con buen número de soldados. De aquí que al romper nosotros la puerta de la cárcel, recibiéramos á la vez, aunque á distan-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, las descargas de la plaza y de los asaltantes, pues unos y otros nos tuvieron por enemigos.

Dos de mis hombres cayeron heridos, y el resto, asustados por la sorpresa, se entraron en la prisión, poniendo en el último punto del terror á los infelices presos, que se refugiaron en el patio y piezas interiores.

Entré yo el último y los animé con mis voces obligándoles á salir para auxiliar la entrada de D. Mateo; pero apenas asomados á la puerta, recibimos otra descarga y retrocedimos.

Los asaltantes llegaron hasta el corral, de suerte que cuando el estruendo de los fusiles lo permitía, oía yo las voces de D. Mateo. Soria, detenido por el fuego enemigo, quedó á pié firme junto á la Jefatura, sin avanzar ni retroceder. Ambos temían al enemigo que suponían dentro de la cárcel. Al fin avanzaron unos y otros, y en medio del humo de la pólvora y del polvo del suelo que formaban como oscura niebla, tuvieron un encuentro rudo junto á la cárcel, cuerpo á cuerpo. Después de algunos minutos, Soria retrocedió algunos pasos hasta estre-

charse á la pared de la la prisión; su gente parecía hallarse en el supremo instante de vacilación que precede á la derrota, y comprendiéndolo D. Mateo, animó á su fuerza, la empujó y oí que dió esta orden:

—¡Entra á la cárcel, Perfecto, y acaba con ellos!

¡Y sí acabaría, en la ceguedad del combate, sin reconocer á sus amigos!

—¡No! ¡No entrará mientras yo viva! ¡Echémonos fuera!

Y de un salto me puse en el lugar de la lucha, seguido de mis compañeros.

Treinta hombres más, poseidos de desesperación, eran un fuerte auxilio para la defensa, y á nuestro primer empuje, Perfecto retrocedió sorprendido, á pesar de la superioridad de sus fuerzas.

—¡El Jefe está herido! oí decir á mi lado.

—¡Sosténganse! grité al tío Lucas, que atacaba sin conciencia á su compadre. Y busqué al jefe herido que podia significar la derrota y la invasión ciega de la cárcel.

Soria, en efecto, bañado en sangre, se apoyaba en la pared, próximo á caer.

¡Quién me inspiró tal acción! Tomé del

suelo la espada de aquella fiera, y esgrimiéndola de plano con brazo rápido y fuerte sobre los soldados de Coderas, les grité:

—¡Yo soy el Jefe! ¡Adelante! ¡Al que retroceda le mato!

Y en este segundo encuentro, más duro y sangriento que el anterior, el Coronel y su tropa retrocedieron hasta el corral, á pesar de los ternos, blasfemias y cintarazos del terrible y colérico cabecilla.

En vano traté allí de hacerme oir de D. Mateo ó de alguno de sus hombres; en vano agité un pañuelo blanco que sabía yo que suele significar la suspensión momentánea de la lucha: ni era yo visto ni oido. Y como mi fuerza, no hostigada por golpes ni voces en aquel instante, detuvo su avance, supúsola el Coronel debilitada é hizo un último empuje.

—¡No hay remedio! pensé.

Y dando las voces necesarias, y animando con el ejemplo de mi arrojo, me eché sobre la mal parada gente de D. Mateo.

Toda la dificultad consistió en hacerlos llegar al descenso de la barranca, en donde la gravedad, que en nada como en los combates demuestra mejor su imperio, obró el efecto de arrastrar á los asaltantes en revuelto remolino y desorden, hasta lo más hondo del terreno y lo más completo de la derrota.

Ordené violentamente al tío Lucas que se colocara solo en la puerta de la cárcel, calculando que al volver D. Mateo, (como volvería,) sobre aquel punto, viéndole abandonado le observaría con tranquilidad y reconocería al viejo, que por precaución quedaba también provisto de un pañuelo blanco atado á una asta. Y tomada esta medida, me dirigí á la plaza á paso de carga, poniendo á la vanguardia á mis primeros acompañantes, armados ya de fusiles recogidos en el campo.

Los soldados de Coderas, con que acababa de rechazar á D. Mateo, me servían ahora para atacar á su jefe. Para ellos daba lo mismo, si mi espada les sacudía las espaldas y mi voz, la voz del vencedor, los alentaba en la pelea. Ni comprendían ni trataban quizá de comprender tal embolismo.

La fuerza de la trinchera principal, mandada en persona por Coderas, se vió, pues, atacada por la espalda, y después de una corta resistencia abandonó su puesto, replegán-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dose sobre la Iglesia. Pedro Martín, que por su arrojo y su torpeza había perdido mucha gente, entró en seguida á la plaza; y cuando atacada por su fuerza y la mía, la de Coderas se dispersaba, corriendo en todas direcciones, D. Mateo, jadeante y agitado, llegaba por el lado de la cárcel y la Jefatura, para tomar parte en la victoria, ya que tan principal la había alcanzado en la derrota.

Lo que pudiera seguir á este triunfo me importaba á mí poco ó nada. ¡Había yo salvado á mi madre y logrado impedir el rapto de Remedios! Ellas eran mi único galardón; mi único laurel, las bendiciones de la una y de la otra y una mirada agradecida.

Dejé á D. Mateo y á Pedro Martín la triste tarea de perseguir á Coderas y afligir á los míseros vencidos, y corrí á la cárcel en busca de mi pobre madre.

El tío Lucas permanecía á la puerta y entró conmigo en el patio y piezas interiores de la prisión.

—¡Ya están libres! gritó el viejo á los acobardados presos del patio. ¡Hemos ganao!

Todos prorrumpieron en exclamaciones de gozo.

Yo, no encontrando allí á mi madre, entré en un cuarto cuya puerta estaba entornada; y apenas dí un paso en la estrecha estancia, sin distinguir por la escasez de luz los objetos, oí una voz que con supremo gozo exclamó;

—¡Mi hijo!

Corrí á la cama en que mi madre se hallaba, y anudada la garganta, y ahogada la respiración, me puse de rodillas, junté mi frente á la de la noble mujer, y mis lágrimas se confundieron con las suyas y se confundió el calor de nuestros sollozos.

¡Bendito sea Dios! dijo al fin. ¡Cuánto he sufrido por tí!

Cuando levanté la cabeza, ví que mi madre no estaba sola; una mujer del pueblo la acompañaba.

—¡La pobre Remedios, es un ángel! añadió mi madre. Sin sus cuidados me habría muerto aquí. Ella me ha enviado no sé cómo, estos muebles y esta fiel compañera para asistirme en mi enfermedad.

¡Bendita niña! ¡Cuán poco era lo que yo había hecho por corazón tan noble y generoso! ¡A haberla tenido allí cerca la habría ahogado entre mis brazos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquella misma tarde, cuando las campanas eran echadas á vuelo por los vencedores, trasladé á mi madre á la casa del señor Cura, porque la mía estaba convertida en hospital de sangre. Pero al mirarla á la luz más clara, quedé helado de espanto: estaba flaca, envejecida y de un color amarillo terroso que daba miedo.

XIX

El vencedor.

PARA mi alma dolorida y azotada por la inflexible conciencia que me culpaba de la enfermedad de mi madre, no hubo halagos de triunfo ni vanidad de victoria. A pesar del cansancio que me agobiaba y del sueño que hinchaba mis párpados, no podía ni quería dormir aquella noche. Felicia me instaba, aun frunciendo el terso ceño, no hecho á gestos de enojo, y me amenazaba con no mandar recados á Remedios, si no la obedecía.

—¡Tonto! exclamaba la dulce niña, mirán-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquella misma tarde, cuando las campanas eran echadas á vuelo por los vencedores, trasladé á mi madre á la casa del señor Cura, porque la mía estaba convertida en hospital de sangre. Pero al mirarla á la luz más clara, quedé helado de espanto: estaba flaca, envejecida y de un color amarillo terroso que daba miedo.

XIX

El vencedor.

PARA mi alma dolorida y azotada por la inflexible conciencia que me culpaba de la enfermedad de mi madre, no hubo halagos de triunfo ni vanidad de victoria. A pesar del cansancio que me agobiaba y del sueño que hinchaba mis párpados, no podía ni quería dormir aquella noche. Felicia me instaba, aun frunciendo el terso ceño, no hecho á gestos de enojo, y me amenazaba con no mandar recados á Remedios, si no la obedecía.

—¡Tonto! exclamaba la dulce niña, mirán-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dome de mal talante; yo cuido mejor que tú á la señora, y hasta la quiero más. Acuéstate, duérmete. Llegarás tú también á enfermarte, y lucidos quedaremos contigo! Doña Eufrasia dice que esta es una calentura de la hiel, y por eso está amarilla la señora; pero que con el cocimiento que mandó y el sudorífico, quedará buena muy pronto. Anda, hijito ¡si pareces una criatura!

Y como no obedeciera, añadió:

—Remedios te está calentando la cabeza. ¡Hombre, si ya está con su tío! y como á tí te lo debe todo D. Mateo, según dice el pueblo entero, ni modo de decirte él que no, y dentro de un mes te casas con esa monísima de Remedios. ¡Malvado! ¡Si yo fuera hombre, te la quitaba.....! Anda, acuéstate, por el amor de Dios!

A la madrugada tuve que obedecer, y fatigado del cuerpo y del espíritu, me rendí al sueño. ¡Pero no había en él el descanso que yo necesitaba! Escenas de sangre y horror se presentaban en mi imaginación activa, con los relieves de la verdad, y con frecuencia asomaba en ella la imagen de mi madre con su amarillo color, su semblante enflaquecido

y sus ojos abrillantados por la fiebre. Y presa de la pesadilla que inútilmente trataba de sacudir, inundaba el sudor mi frente y un temblor convulsivo se apoderaba de mis cansados miembros.

Desperté al salir el sol, y ví á Felicia sentada á la cabecera de mi madre, que aun dormía con el letargo de la fiebre. Volvió la niña el rostro, iluminado por la luz de una vela espirante, y me pareció que el ángel guardián de mi madre había tomado cuerpo material para servirla.

Cuando la niña me vió despierto, dió á su semblante el aire picaresco que le era característico, y me dijo en voz baja, sonriendo:

—Toda la noche has estado soñando, y yo me he divertido contigo. ¡Dijiste unas palabrotas..... ....! Como si hablaras con Pedro Martín.

Estaba yo vestido y me levanté en seguida. Felicia me dijo que mi madre había sudado bien y que estaba un poco más fresca; pero al tocarla sentí que ardía.

—Mi tío vino al amanecer, añadió la niña, y me dijo que iba á despachar inmediatamente un mozo para llamar al médico de San An-

drés. Mañana estará aquí; no te aflijas, hijito; teniendo médico no hay que temer nada.

En San Martín, se creía formalmente que en habiendo médico nadie podía morirse; y esto aun cuando la experiencia les mostrase frecuentemente lo contrario. Y como yo no tenía por qué escapar de la regla común, me tranquilicé bastante con aquella noticia.

—Mi tío está muy enojado contigo, me dijo Felicia más tarde. Dice que esto no ha terminado todavía, y que el Gobierno ha de mandar tropas que saquen de aquí á D. Mateo; que tú estás ya muy comprometido porque fuiste el que tomaste la plaza. Dice que es preciso que te muevas y que averigües cómo andan las cosas; porque el periódico que vino ayer dice que se rindieron toditos los pronunciados y que ya no hay bola en ninguna otra parte más que aquí.

Esto sí me desconcertó, y tanto por averiguar la verdad de aquellas noticias, como por huir de los regaños del señor Cura, me eché á la calle y tomé el rumbo de la Jefatura, puesto que allá debería estar el Coronel Cabezudo, organizando á su manera el Distrito.

Quería también saber qué suerte habían co-

rrido Soria y Coderas, Cañas y los Gonzagas, á todos los cuales me los imaginaba huyendo por bosques y cerros, si acaso el primero no había sucumbido á consecuencia de las heridas que recibiera.

Entré en la Jefatura y quedé asombrado. D. Abundio Cañas estaba allí, con la misma cara animada y plegada de arrugas que tenía cuando un mes antes acudía yo al llamamiento de Coderas. ¡Topara sólo en su presencia! Estaba dictando comunicaciones y circulares á Carrasco; y cada cosa ocupaba su sitio, como si en plena paz y mediante las fórmulas de ley, se hubiese sustituido á Coderas con Cabezudo, lo cual tampoco importaba una mudanza esencial.

—Vamos, Juanillo; me dijo D. Mateo, arrellanado en el sillón de la Jefatura; ya me tenía con cuidado su ausencia. Me han dicho que la señora está mala. ¿Cómo sigue.....? Me alegro mucho. ¿Llamaron al médico? Muy bien pensado; muy bien pensado. Esos canallas tienen la culpa de todo. ¡Canasto! Ya verán ahora cómo les va.

—Sí, eso es; dijo Cañas sin saber lo que aprobaba, y mirando lo que Carrasco escribía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Yo quisiera, continuó el cabecilla, fusilar á dos ó tres para hacer un ejemplar; pero cuando esas cosas no se hacen luego, da pena después por las pobres familias.

—Eso es, repitió Cañas maquinalmente, sin perder de vista la pluma de Carrasco. Un ejemplar, un ejemplar.

—¿Opina vd.?

—Sí, sí; por supuesto, afirmó el Síndico.

No pude contenerme al oir al vejete desvergonzado y poniéndole la mano en el hombre para sacarle de su distracción, le dije con duro acento:

—¡Cómo puede vd. opinar así, contra los que ayer eran sus compañeros!

—¡Juan! me gritó el Coronel admirado de mi atrevimiento.

—¡Mis compañeros! exclamó el Síndico anonadado y sin mirarme de frente.

Pero pronto se puso sobre los estribos y añadió riendo:

—¡Como se conoce que este Juanito comienza á entrar en la vida pública! ¡Figúrese vd. Señor Coronel, figúrese vd. que me creyó unido á esos bribones! ¡Qué ideas de Juanito! ¿Verdad Carrasco?

Y soltando la risa con holgura, hizo que le secundara D. Mateo; y el mismo Carrasco se tomó la licencia de reirse de mi aserto.

No me quedé corrido, porque no me lo permitió la indignación, y hubiera recordado á D. Abundio que aun llevaba en la garganta las señales de mis dedos, si no me interrumpiera D. Mateo.

—Hay cosas que no puede vd. comprender todavía, me dijo; es muy muchacho para alcanzar todas las mañas que se ponen en juego en la política. Pero ya entrará vd. en la política; ya entrará vd. y verá las cosas claras y aprenderá á arreglarlas como deben ser. D. Abundio es hombre que lo entiende y ha sido nuestra mejor ayuda: no se enrede vd, no se enrede.

Me mordí los labios y callé, dirigiendo una mirada á Cañas con que quise decirle algo inexplicable; pero que él dió muestras de haber entendido. Carrasco le repetía inútilmente la última palabra escrita: pues Cañas, puesto en gran confusión, no podía continuar el período comenzado.

El Coronel, verboso por lo satisfecho y complacido que se encontraba, se levantó, re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corriendo á grandes y pesados pasos el salón de la oficina.

—¡Qué zurra les dimos! exclamó; ¿pero vd. donde se metió, hombre? Le mandé decir con mi compadre Lucas que atajaran al enemigo en la retirada; pero ni vd. ni él. ¡Fiarse de muchachos! No; pues lo que es miedo no tiene vd. Lo ví en la primera acción. A mí me cargaron toda la fuerza por la cárcel; pero por más que hizo Soria no pudo contenerme ¡Canasto! Si cuando yo digo que entro, ya en tré! Ahí está Soria en casa de D. Abundio en calidad de preso. Yo quisiera fusilarlo; pero la verdad que me da lástima por que está herido y tal vez tengan que cortarle el brazo. Al otro sí lo cuelgo, si lo coje Perfecto.

—¿Me permite vd. Señor Coronel? dijo Cañas melosamente, tomando el papel que Carrasco escribía

— Lea vd. contestó Cabezudo; al fin Juan es de confianza.

Tosió el Síndico, puso en el borde de la mesa su apagoso cigarrillo y leyó. Era una comunicación dirigida al Gobierno del Estado, en que D. Mateo, como quien ha obrado de acuerdo con el Superior, manifestaba, que el

Distrito *de su mando* quedaba pacificado, mediante la remoción de Coderas, que derrotado el día anterior por el Coronel, huía por los bosques, perseguido por el pueblo irritado; que el mismo Coronel se había encargado de la Jefatura política, separando al Juez del ejercicio de sus funciones, y haciendo que interinamente se encargara de ellas el Alcalde de la Cabecera. Concluía la comunicación, redactada en hábiles y correctas frases, ofreciendo los servicios y poderosos elementos de D. Mateo, para combatir á los revoltosos, que sin razón ni fundamento continuaban alzados en armas contra el Superior Gobierno del Estado.

Tan cínico documento no habría sido dictado por hombre menos bribón que D. Abundio, ni firmado por Coronel de más alcances que D. Mateo Cabezudo.

¿En qué consistía aquel cambio? En que el Padre Marojo tenía razón; pues ciertamente, el periódico oficial del Estado anunciaba que el general Baraja se había sometido al Gobierno. El Coronel no hizo misterio para mí de las tales nuevas, y me dió el periódico. Caminaba yo aquel día de asombro en asombro, y ante mis ojos se desenvolvía un mun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do desconocido que me inspiraba sonrojos y temores, como acontece al niño que, llegado á la pubertad, vé de súbito corrido ante él el velo que cubría el mundo de la malicia y la vergüenza.

En efecto, ¿qué mayor sorpresa para mi buena fé de bolista subordinado, que el ver en letras de imprenta que el General D. Anacleto Baraja á la vez que se sometía era nombrado Jefe político del Centro? ¿qué mayor sonrojo que leer allí la noticia de haber sido agraciado el Lic. Gavilán con otro nombramiento en la capital de la República, que bastó para hacerle comprender que debía estarse quieto.

Sentí en aquel instante, y al ver en seguida los elogios que el periódico hacía de aquellos dos hombres, una ira que no volví á sentir jamás, quizá porque es regla que suele tener frecuente comprobación una que me daba el Padre Marojo en cierta ocasión; es á saber: que los hombres, con la edad, van perdiendo poco á poco tres cosas: los cabellos, la vista y la vergüenza. Creo que á pesar de mis esfuerzos, no he podido sustraerme enteramente á los rigores de esta terrible ley.

Oí después la lectura de las cartas particulares que D. Mateo dirigía al Gobernador, al Secretario del Despacho y á un amigo íntimo de ambos, explicándoles el por qué del levantamiento de San Martín, y cómo al ser vencido Coderas y despojado de su empleo, cesando para el Coronel todo motivo de encono, ofrecía su espada á la buena causa de los poderes constituidos á cuyo *personal*, había sido siempre adicto.

Al final de cada carta, se hacía muy especial mención de la conducta leal y habilísima del Sr D. Abundio Cañas, merced á cuyo auxilio y eficaz cooperación, se había alcanzado aquel éxito con economía de tiempo, de dinero y de sangre.

A nadie fusiló D. Mateo, quien en verdad tenía poco ó nada de cruel con los vencidos, y llenaba aquel vacío con cien mil *canastos* y un millón de amenazas sin valor.

Sin embargo, sufrió todavía el vecindario (el de las Lomas principalmente), el azote de una nueva contribución, para sostener á la tropa; la cual no podía ser disuelta antes de que el Gobierno contestara á D. Mateo, y de que las cosas quedaran *como debía ser*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aun estaba yo en la Jefatura, cuando sucesivamente fueron llegando los vecinos principales á felicitar al vencedor, y á ganar con sonrisas y lisonjas la fácil voluntad del cabecilla. Los Llamas, desmedrados y amarillos á consecuencia de los frecuentes sustos; Bermejo, que en su calidad de víctima sacrificada en aras de la bola, se atraía las miradas y aun quizá la envidia de los demás; Arenzana, esperanzado de que *el nuevo orden de cosas* traería el desembargo de la tienda; los concejales, que debieron su firmeza antes que á sus principios á la brutalidad de Coderas; y cien otros más, en los que ví revueltos á los fieles y á los enemigos, ahora reunidos todos para sostener, apoyar y levantar al digno puesto que merecía á aquel hombre superior, á aquel soldado invicto.

Todos los humillados por la bola estaban allí con caras de triunfo .El único derrotado era yo: el vencedor de Coderas.

Iba ya á retirarme, cuando D. Agustín Llamas,que era tontito por excelencia corrió á mí y me dió un abrazo apretadísimo y sofocador.

—¡Juanito! me gritó, ¡le debo este abrazo,

hombre! ¡Qué bien lo hizo vd. ayer! Todo el pueblo dice que fué vd. un héroe defendiendo á los pobres presos.

Todos miraron á D. Agustín espantados, y D. Justo le hacía señas de que callara, demudado y congojoso.

—¡Mire vd. que tiene mucho ingenio eso de contener á los amigos para que no perjudiquen, y luego atacar y derrotar al enemigo con sus propios elementos! ¡El señor Coronel debe de estar satisfecho y orgulloso de tener á su lado á un joven como vd!

—¡Eso no es cierto! dijo uno.

—Son cuentos que se inventan, añadió otro.

—¡Tonterías! indicó un tercero.

—Necedades de mi hermano que todo lo cree, concluyó D. Justo.

No quise mirar á D. Mateo, que recibía en aquel momento la primera noticia del suceso, y que veía su gloria por tierra.

—Es enteramente falso....., murmuré.

Y en medio de las frases sueltas que aquí y allí se decían sobre asuntos indiferentes, para restablecer la conversación tan mala-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente interrumpida, salí de la oficina, saludando en general y sudando frío. No sé si alguno de los circunstantes contestó á mi saludo; creo que nadie; y supongo que tan pronto como volví las espaldas se desataron las lenguas contra mí, mientras el zote de D. Agustín se excusaba como podía.

Si alguien me hubiese visto, cuando con paso precipitado y la cabeza baja me dirigía á la casa del señor Cura, habría creído que era yo el partidario de Coderas más perseguido.

¡El verdadero vencedor estaba completamente derrotado!

XX

La enferma.

APESAR de todas las trazas que el Síndico se daba para prestigiar *el nuevo orden de cosas*, asegurando personalmente y esparciendo por medios mañosos que se tenían noticias muy favorables, no fueron pocos los que al tercer día del triunfo comenzaron á temer que no llevaría D. Mateo la misma suerte que el General Baraja.

—Baraja es Baraja y Mateo es Mateo; me decía el Padre Marojo en el corredor de su casa, tomando el chocolate de la tarde. Baraja tiene importancia actualmente en la capital del Estado; es hombre á quien se puede

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente interrumpida, salí de la oficina, saludando en general y sudando frío. No sé si alguno de los circunstantes contestó á mi saludo; creo que nadie; y supongo que tan pronto como volví las espaldas se desataron las lenguas contra mí, mientras el zote de D. Agustín se excusaba como podía.

Si alguien me hubiese visto, cuando con paso precipitado y la cabeza baja me dirigía á la casa del señor Cura, habría creído que era yo el partidario de Coderas más perseguido.

¡El verdadero vencedor estaba completamente derrotado!

XX

La enferma.

APESAR de todas las trazas que el Síndico se daba para prestigiar *el nuevo orden de cosas*, asegurando personalmente y esparciendo por medios mañosos que se tenían noticias muy favorables, no fueron pocos los que al tercer día del triunfo comenzaron á temer que no llevaría D. Mateo la misma suerte que el General Baraja.

—Baraja es Baraja y Mateo es Mateo; me decía el Padre Marojo en el corredor de su casa, tomando el chocolate de la tarde. Baraja tiene importancia actualmente en la capital del Estado; es hombre á quien se puede

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

temer y de quien se puede esperar algo; pero el pobre de Mateo ¿qué cosa es? ¿Qué le importa al Gobierno que Mateo sea su amigo ó su enemigo? Y si no, ahí tienes la prueba: se pronunció ahora, porque primero lo hizo Baraja, y por las instigaciones del gran Gavilán: á no ser por eso, allí se quedara Mateo en su casa quieto y cuidando de sus intereses que mejor le estuviera en verdad.

Luego añadió, sorbiendo del pozuelo hasta meter en él la prolongada nariz:

—Es preciso estar cuidadoso y prevenido; porque si Coderas vuelve con tropas del Gobierno, es indispensable que te largues de aquí. La pobre de Doña Francisca va á pagar tus politicadas; pues tu ausencia será bien dura para ella, caso de que Dios quiera aliviarla de la enfermedad esta que no cede todavía. Mientras tanto, no hay que dar paso en lo de tu casamiento. Veremos cómo viene esto; si el Gobierno acoje á Mateo, (que no lo puedo creer) el asunto está hecho. ¿Qué más puede desear? ¡Bah! No ha de venir el rey de España á pedir la mano de Remedios. Y al fin la chica te quiere y tú á ella, y no se necesita más.

Al anochecer de este día, tercero de la libertad de San Martín y de la reorganización constitucional del Distrito, llegó, caballero en flaco rocín, el Doctor D. Basilio Villarena, á quien ví, en la aflicción que abatía mis fuerzas; como ángel bajado de las nubes.

Era el tal hombre más sobrio de palabras que de carnes; pero que llevaba más peso en las primeras que en las segundas. Jamás olvidaba que era médico; es decir, que podía ser charlatán impunemente en San Martín y sus contornos, toda vez que podía serlo en la misma capital de un Estado, siempre que atento á ello y llevándose la cuenta de gestos y palabras, supiese conservar cierta categoría y entalle de nigromante y astrólogo. Traía toda la barba rasurada, el pelo crecido como era entonces de sabios, y á haber vivido en los tiempos que alcanzamos, de fijo que habría sido miope por usar lentes y echar el cordón detrás de la oreja.

Don Benjamín y el doctor simpatizaban; y á decir verdad, el médico era un sujeto excelente, á quien había que perdonarle su casi justa pedantería y la escasez de sus conocimientos en la ciencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de reconocer á la enferma y preguntarla, lo mismo que á Felicia, al cura y á mí, cuanto era pertinente é impertinente, sonriendo con desdén cuando se le dijo lo que por orden de la curandera se había hecho, pasó con el Padre Marojo y conmigo al comedor, donde entre sorbo y bocado nos habló de la vesícula biliar, de su secreción, de funciones normales, de hepatitis, tumefacción del hígado, etc., etc.

Y así continuaba explicándose, de suerte que el señor Cura y yo, quedábamos enterados.

Don Benjamín le escuchaba con la delectación de quien oye por vez primera un trozo de música alemana; es decir, persuadido de que aquello era bueno; pero sin saber por qué.

—Bien, muy bien: dijo al cabo; ¿y cómo la encuentra usted?

—Pues la encuentro, dijo el doctor; la encuentro así, así. La enfermedad ha avanzado con alguna rapidez, pero estamos todavía á tiempo para contener sus progresos.

—Hoy, dije yo, arrojó sangre por las narices.

—Sí, sí; ya me lo han dicho, y por cierto que eso no me gusta; no me gusta.

Mandó el doctor algunas medicinas que tomó de su botiquín: un purgante y no sé qué más.

Pasé la noche en vela al lado de la enferma que se revolvía penosamente en el lecho sin poder conciliar el sueño un solo instante. Al amanecer durmió un corto rato, agitada y nerviosa, y cuando el doctor entró para verla, una nueva hemorragia se presentaba.

Puso el galeno cara de disgusto y combatió la hemorragia, que fué esta vez rebelde. Después salió en busca de Don Benjamín, y asomándome yo con inquietud á la puerta, noté que hablaban en voz baja y que el semblante del viejo sacerdote se ponía más serio y adusto que nunca.

Me apoyé en la pared procurando ocultar el rostro con la puerta, y corrieron mis lágrimas, en las que iban confundidos los mil dolores que me herían el alma. ¡Mi madre se moría! Jamás había yo sentido las torturas de pena igual; pues era muy niño aún cuando perdí á mi padre. Ella era la mitad de mi existencia, mi ángel bueno en la vida, mi maestro en la conducta, mi consuelo en las penas, mi aliento, mi fé para el trabajo que ella misma

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

me enseñara á amar. ¡Se moría! ¿Cómo podría yo vivir, si además de perderla me sentía culpable de su muerte?

—Vamos, Juan; me dijo el buen sacerdote poniéndome la mano sobre el hombro, y con una voz que revelaba su emoción; ten confianza en la Providencia y no te dejes dominar por el dolor. Bueno es que la Señora se confiese y cumpla como buena cristiana; pero esto no quiere decir que no tenga remedio. El doctor teme que la calentura la lleve al delirio; y como todo depende de la mano de Dios y no de la del médico, no sabemos si después podría confesarse y recibir al sagrado pan. En fin, hijo mío, muchas veces estas medicinas del alma son las mejores para el cuerpo, y los enfermos se alivian con una buena confesión.

¡Es tan hermoso creer cuando se sufre, y era tan dócil mi espíritu para ello, que me sentí vigorizado con las palabras del anciano sacerdote!

Aquel mismo día mi madre se confesó, y yo, con los ojos llenos de lágrimas, asistí á la ceremonia imponente de la comunión del enfermo que se acerca á los sombríos bordes de

la tumba. Aun creo percibir en la estancia tibia el perfume de las flores y hojas aromáticas regadas en el suelo; aun oigo el sonar de las campanillas, el chisporroteo de la cera que arde, y la voz breve, grave y conmovida del respetable cura, formulando las severas preguntas del credo religioso.

El pueblo, agitado por los recuerdos de la victoria, por los temores de peligros próximos posibles, y ocupado en ensalzar al vencedor y lisonjear su vanidad, no se preocupaba por un enfermo de gravedad. ¡Nadie se acordaba de mi madre!

Sólo otro angel, bueno y puro como ella, lloraba mis dolores y los de la enferma, y con su dulce cariño los mitigaba quizá. Ví sobre el pecho de mi madre dos escapularios y un cordón, y á su cabecera un crucifijo delante del cual ardía una lámpara débil y enfermiza. Felicia me los señaló con el dedo diciéndome:

—Todo eso lo mandó Remedios hace un rato.

Quien haya padecido dolores tan grandes como el mío, comprenderá lo que sentí cuando supe que aquella niña angelical no olvi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

daba á mi madre, en momentos en que nadie pensaba en ella. Quise decir algo que no alcanzó á llegar á mis labios trémulos, incliné la cabeza sobre el hombro de Felicia, que la acogió con dulce confianza, y lloré por vez primera lágrimas que no me quemaron los párpados al brotar.

Llegó otra vez la noche y con sus sombras acrecentó la tristeza dolorosa de mi alma. De nuevo el insomnio se apoderó de la enferma, que tuvo escasos instantes de reposo, merced á las medicinas de Villarena. El color amarillo verdoso de la tez era más notable, la fiebre intensa, y extremada la debilidad y abatimiento de la enferma.

Abrió una vez los ojos y me vió sentado á la cabecera se su cama. Incliné el rostro sobre su cabeza, tomándola cariñosamente una mano entre las mías, y ella me dijo.

—He rogado al Sr. Cura que mañana mismo hable con Mateo respecto á su sobrina. Esa niña te hará feliz, porque es muy buena; y como yo me voy, necesitas una compañera en la vida. No quiero irme sin saber que pronto será tu esposa.

¡Dios mío! ¡Dios mío!.....

XXI

¡Bola!

ERAN las ocho de la mañana apenas, cuando el Padre Marojo regresaba ya de la casa del Coronel Cabezudo; y en tanto que el doctor y Felicia quedaban en el cuarto de la enferma, salí yo al encuentro del anciano y le detuve en el corredor. No me atreví á dirigirle preguntas por temor de que sus respuestas no fuesen hasta donde iban mis vehementes deseos; pero desde luego su turbación me turbó á mi también.

—Este es el país de los hechos consumados, me dijo al fin; el país de las aberraciones.

daba á mi madre, en momentos en que nadie pensaba en ella. Quise decir algo que no alcanzó á llegar á mis labios trémulos, incliné la cabeza sobre el hombro de Felicia, que la acogió con dulce confianza, y lloré por vez primera lágrimas que no me quemaron los párpados al brotar.

Llegó otra vez la noche y con sus sombras acrecentó la tristeza dolorosa de mi alma. De nuevo el insomnio se apoderó de la enferma, que tuvo escasos instantes de reposo, merced á las medicinas de Villarena. El color amarillo verdoso de la tez era más notable, la fiebre intensa, y extremada la debilidad y abatimiento de la enferma.

Abrió una vez los ojos y me vió sentado á la cabecera se su cama. Incliné el rostro sobre su cabeza, tomándola cariñosamente una mano entre las mías, y ella me dijo.

—He rogado al Sr. Cura que mañana mismo hable con Mateo respecto á su sobrina. Esa niña te hará feliz, porque es muy buena; y como yo me voy, necesitas una compañera en la vida. No quiero irme sin saber que pronto será tu esposa.

¡Dios mío! ¡Dios mío!.....

XXI

¡Bola!

ERAN las ocho de la mañana apenas, cuando el Padre Marojo regresaba ya de la casa del Coronel Cabezudo; y en tanto que el doctor y Felicia quedaban en el cuarto de la enferma, salí yo al encuentro del anciano y le detuve en el corredor. No me atreví á dirigirle preguntas por temor de que sus respuestas no fuesen hasta donde iban mis vehementes deseos; pero desde luego su turbación me turbó á mi también.

—Este es el país de los hechos consumados, me dijo al fin; el país de las aberraciones.

Por primera vez oí estas frases que después se han hecho de estampilla.

—Ya regresó el correo, continuó; y es necesario asombrarse, aunque así sea mejor para este desgraciado pueblo: el Gobierno reconoce y confirma el grado de Coronel que la bola dió á Mateo; le nombra Jefe político del distrito, y en carta particular le ofrece apoyar su candidatura de diputado al Congreso de la Unión en las próximas elecciones.

Por menos que me importaran tales noticias dada mi situación, y puesto que esperaba yo otras del párroco, aquellas me sorprendie ron dejándome estupefacto.

—Este país no tiene remedio, siguió diciendo el Cura con notable disgusto; á Cañas, al bribón ese que anduvo con unos y con otros para venderlos en la mejor ocasión, le han mandado el nombramiento de Juez de primera instancia. Bermejo se queda en su recaudación, porque al fin estuvo preso.....; y así está todo lo demás. ¡Hombre! ¡Si hasta las gracias le dan á Mateo por lo que ha hecho! ¡Has visto cosa igual!

Y continuó por este camino el buen cura, adrede á mi ver, sin que yo tuviera valor de

atajarle y reducirle al que á mí más me importaba. Pero al fin era preciso decírmelo todo, y D. Benjamín llegó á ello aunque lleno de circunloquios y con más embarazo que en el púlpito. D. Mateo estaba irritadísimo contra mí, y aseguraba que, á no ser por su vigoroso empuje, habría yo puesto en peligro el buen éxito del ataque á la plaza.

—Dice que le traicionaste, pasándote al enemigo, con armas y tropa que puso en tus manos ¡Bárbaro! ¡Como si todo el pueblo no supiera que iba á acabar con los presos y que tú primero le zurraste á él y luego á Coderas! Te tiene envidia y no te perdona la derrota; eso es todo. Pero á mí lo que más me irrita es que tenga ahora esos humos. En buenos términos, traduciendo al castellano lo que me dijo, manifiesta que él está ya muy encumbrado, y que si quieres casarte con su sobrina es preciso que valgas algo más que ahora.

Estaba yo trémulo, agitado y colérico; y aquel repreche á mi poco valer y á mi inferior posición con respecto á Remedios, fué un bofetón que no olvidé nunca, y algo como un acicate clavado en mis carnes para impulsarme hacia arriba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No te apures, continuó el párroco cariñosamente; tú y Remedios hacen buen par y Dios ha de juntarlos. Ya verás lo que pasa con este hombre que nunca dejará de ser Mateo, el criado de tu padre; pasará que dentro de poco hará tales disparates y atrocidades en la Jefatura, que acabarán por echarle de allí; y quedando reducido á su natural y merecida nulidad, ya no tendrá los humos que ahora, y reconocerá que eres digno y muy digno de Remedios.

Pero era demasiada dulzura del Padre Marojo, y cambiando de tono me enderezó repentinamente una catilinaria.

—¡Lo ves, hombre; lo ves! Todo por tu precipitación. Yo siento estas cosas por tu madre que ninguna culpa tiene; pero por tí no quiero sentirlo nada, absolutamente nada. ¡Locuras, imprudencias sin ton ni son, que están dando ahora sus frutos! Recójelos, recójelos.

Y prosiguió el cura en un regaño largo y duro, hasta que Felicia le llamó en nombre de mi madre.

Entré yo también en el aposento, y me acerqué al lecho de la desfallecida enferma.

Con voz apenas perceptible, se dirigió á D. Benjamín preguntándole el resultado de su comisión.

—¿Qué dice Mateo?

El cura me vió más airado que nunca y vaciló; yo le miré con ansiedad, temeroso de que la verdad escapase de sus labios. Mi madre fijó en él sus ojos avivados por la calentura que la devoraba, y el buen sacerdote mintió por primera vez en su larga y virtuosa carrera.

—Todo queda arreglado, la dijo; consiente y espera el alivio de usted para hablar sobre eso.

—¡Bendito sea Dios! murmuró débilmente mi madre.

Aquellas fueron las últimas palabras que dijo, concertadas por la razón. Cayó á poco en postración completa, presa de la fiebre que alcanzaba muy alto grado de intensidad, y las turbaciones nerviosas trajeron consigo el delirio, alguna convulsión y algo como una vida artificial agitada y angustiosa.

Llegó la noche; al delirio sucedió la quietud completa, semejante á la del sepulcro; los ojos desencajados de la enferma quedaron fijos en un punto del espacio.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El doctor habló al sacerdote, y el anciano conmovido, pero grave y solemne, cumplió sus deberes prodigando á la moribunda los últimos auxilios. Todavía aquel estado se prolongó algún tiempo, durante el cual Felicia y yo como negándonos á dar crédito á la ciencia y aun á nuestros propios ojos, aplicamos al cuerpo casi inerte las últimas medicinas prevenidas por Villarena. Ya no había fiebre; por lo contrario, la temperatura descendía rápidamente.

A la media noche el rumor de los rezos me hizo comprender que el momento supremo llegaba. Dejé las medicinas y caí de rodillas junto al lecho, herida el alma por el dolor más grande que se puede sentir.

¿A qué referir con pormenores lo que siguió después? Quizá no pudiera si lo intentara y si mis fuerzas llegaran á tanto, pues quedaron confusos en mi memoria los recuerdos de aquella noche, en que no creo haber tenido la razón en toda su lucidez.

¿Quién hay que al pensar en la madre ausente con la ausencia eterna, no se sienta niño? Me parece que hoy sería yo capaz de dormirme en su falda, risueño y descuidado,

como cuando contaba cinco años y aprendía de su labio las dulces oraciones de la noche. ¡Qué mucho, pues, que al describir su muerte también como niño llore?

¡Cuántos entonces, como yo, gemían en la horfandad y maldecían la bola! En aquel miserable pueblo, que apenas tenía hombres para surcar la tierra con el arado, y en que la alteza de la ciudadanía era desconocida, más que el triunfo del derecho lauros, tenían sus víctimas llantos y desesperación. Acá se lloraba al padre, amor y sostén de la familia; allá al hijo, esperanza y alimento de padres ancianos; acullá al esposo arrancado del hogar para llevarle á campos de batalla, que no tenían siquiera la grandeza trágica, sino la ridiculez caricaturesca de la comedia burda.

¡Y á todo aquello se llamaba en San Martín una revolución! ¡No! No calumniemos á la lengua castellana ni al progreso humano, y tiempo es ya para ello de que los sabios de la Correspondiente envíen al Diccionario de la Real Academia esta fruta cosechada al calor de los ricos senos de la tierra americana. Nosotros, inventores del género, le hemos

dado el nombre, sin acudir á raíces griegas ni latinas, y le hemos llamado *bola*. Tenemos privilegio exclusivo; porque si la revolución como ley ineludible es conocida en todo el mundo, la bola sólo puede desarrollar, como la fiebre amarilla, bajo ciertas latitudes. La revolución se desenvuelve sobre la idea, conmueve á las naciones, modifica una institución y necesita ciudadanos; la bola no exige principios ni los tiene jamás, nace y muere en corto espacio material y moral, y necesita ignorantes. En una palabra: la revolución es hija del progreso del mundo, y ley ineludible de la humanidad; la bola es hija de la ignorancia y castigo inevitable de los pueblos atrasados.

Nosotros conocemos muy bien las revoluciones, y no son escasos los que las estigmatizan y calumnian. A ellas debemos, sin embargo, la rápida trasformación de la sociedad y las instituciones. Pero serían verdaderos bautismos de regeneración y adelantamiento, si entre ellas no creciera la mala hierba de la miserable bola.

¡Miserable bola, sí! La arrastran tantas pasiones como cabecillas y soldados la constituyen; en el uno es la venganza ruín; en el otro una ambición mezquina; en aquél el ansia de figurar; en éste la de sobreponerse á un enemigo. Y ni un sólo pensamiento común, ni un principio que aliente á las conciencias. Su teatro es el rincón de un distrito lejano; sus héroes hombres que, quizá aceptándola de buena fé, se dejan la que tenían, hecha girones en los zarzales del bosque. El trabajo honrado se suspende; la garrocha se necesita para la pelea y el buey para alimento de aquella bestia feroz: los campos se talan, los bosques se incendian, los hogares se despojan, sin más ley que la voluntad de un cacique brutal; se cosechan al fin lágrimas, desesperación y hambre..... Y sin embargo, el pueblo, cuando reaparece este mónstruo favorito á que dá vida, corre tras él, gritando entusiasmado y loco:

—¡Bola! ¡bola!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXII

Punto final.

TODOS los vecinos de San Martín tomaron parte en las emociones de la bola, ya disfrutando del triunfo ó celebrándole por simpatías, ya llorando á un pariente ó soportando la decepción de la derrota. Sólo un hombre superior que vivía en las encumbradas regiones de su talento, fué indifereute á todo y miraba con igual desprecio á vencedores y vencidos: este hombre era Severo. Ni sufrió ni medró, continuó en sus chismes de mala ley, persuadido de que en el Juzgado no podía tener superior posible, así mandaran de

la capital del Estado al jurisconsulto de más polendas y nombradía.

Don Mateo no fusiló á nadie, y aun recomendó al Doctor Villarena mucho cuidado en la amputación que de un brazo sufrió el desdichado Soria.

Los Llamas continuaron sus regaladas lecturas en el rancho, cuando hubieron salvado á duras penas el compromiso con Cerro-verde, y agotadas las novelas que pudieron conseguir en San Martín, comenzaron en común la tercera lectura de *Los tres mosqueteros*.

En cuanto á Coderas; restablecido enteramente el orden en el Distrito, y cuando pudo estar seguro de que nada se tramaría contra él, se dedicó al trabajo agrícola en una haciendita comprada había tiempo por Soria y bajo su nombre; pero con economías de aquél, que por mera modestia no quiso mientras fué jefe político aparecer como propietario.

Yo me retiré á mis pequeñas tierras triste, abatido y solo. Escribía yo á Remedios á veces y de ella recibía algunos renglones que respiraban siempre ternura y bondad. Ni ella ni yo perdiamos la esperanza de dominar al fin la vanidad del Coronel. Y puesto que era

necesario buscar el nivel entre él y yo, picado en mi amorpropio y ansioso de llegar á decirle: "Valgo tanto ó más que usted," me entró grandísimo afán de hacerme hombre ilustrado, y con este fin compré y me llevé al rancho *El Litigante instruido* y un *Diccionario de la lengua*, y me suscribí á *El Siglo XIX*, periódico del cual había yo visto algún elogio en *La Conciencia Pública*.

Algunos meses después, recibí un papelito escrito con patitas de mosca y ortografía rusa, que decía lo siguiente:

"Juanito: Pasado mañana se lleva D. Mateo á Remedios. Ella llora mucho y te ruega que no la abandones."

"Ven, y no seas bribón."

Felicia.

Yo contesté brevemente:

"Querida hermanita: Asegura á Remedios, que iré á donde ella vaya. Dala un abrazo y no dejes que llore."

.....

Y si esto le parece al lector insuficiente para punto final, ponga punto y coma, espere otro librito, y no reñiremos.

Lopez y Cª, Editores

Esta casa editorial que ha comenzado á llenar sus compromisos con el público con toda exactitud, anuncia para el mes entrante la publicación de

La Segunda Novela

de la serie, cuyos originales ha entregado ya el ilustrado escritor mexicano

Sancho Polo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"LAS NOTICIAS."

DIARIO INDEPENDIENTE

DE POLÍTICA Y VARIEDADES.

CUESTA LA SUSCRICION AL MES:

En la Capital.....$ 0 62
En los Estados.....$ 0 87
En el Extranjero.$ 1 00

Sigue una política enteramente imparcial. Es el periódico más barato y noticioso. Cada número contiene por lo menos OCHENTA noticias del día.

LOS AVISOS SE INSERTAN A PRECIOS CONVENCIONALES.

MEXICO.---Oficinas:
Número 12--ESCALERILLAS--Número 12

DIRECCION POSTAL, Apartado núm. 355

Alfonso E. López,
Editor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOPEZ Y COMP., EDITORES.

LA GRAN CIENCIA.

NOVELA ORIGINAL

DE

SANCHO POLO.

LIBRERIA Y PAPELERIA DE DESIDERIO LAGRANGE. MONTERREY.

MÉXICO.

TIPOGRAFÍA DE ALFONSO E. LÓPEZ Y COMPAÑÍA.
ESCALERILLAS NUMERO 21.

1887.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

"LAS NOTICIAS."

DIARIO INDEPENDIENTE

DE POLÍTICA Y VARIEDADES.

CUESTA LA SUSCRICION AL MES:

En la Capital.....$ 0 62
En los Estados.....$ 0 87
En el Extranjero.$ 1 00

Sigue una política enteramente imparcial. Es el periódico más barato y noticioso. Cada número contiene por lo menos OCHENTA noticias del día.

LOS AVISOS SE INSERTAN A PRECIOS CONVENCIONALES.

MEXICO.---Oficinas:
Número 12--ESCALERILLAS--Número 12

DIRECCION POSTAL, Apartado núm. 355

Alfonso E. López,
Editor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOPEZ Y COMP., EDITORES.

LA GRAN CIENCIA.

NOVELA ORIGINAL

DE

SANCHO POLO.

LIBRERIA Y PAPELERIA DE DESIDERIO LAGRANGE. MONTERREY.

MÉXICO.

TIPOGRAFÍA DE ALFONSO E. LÓPEZ Y COMPAÑÍA.
ESCALERILLAS NUMERO 21.

1887.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

(PROPIEDAD DE LOS EDITORES.)

I

La caligrafía.

BENDIGA Dios á aquel Don Juan Francisco Camacho y Fernández, de quien recibí en mi niñez las durísimas lecciones de instrucción primaria! Cierto es que aplicaba con rigor en cada modorro educando, el sabio principio de que *la letra con sangre entra;* cierto que más de una vez descargó la regla que siempre llevaba en la mano, sobre los nudillos de la mía, por el solo delito de tomar la pluma con los cinco dedos; cierto que la blandura de mis orejas en mu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cha parte es debida al manoseo y estira y afloja de que con ellas usó el malhumorado dómine; pero en cambio, si por él no fuera, ¿qué habría sido de mí en una ciudad que por entonces me parecía una Babel, sin más recomendación que la carta del padre Marojo al capellán del Calvario?

Que Don Juan Francisco era cruel, que los papás consentidores de San Martín de la Piedra tuvieron con el maestro de escuela más de un disgusto, que enseñaba á la antigua, y todos los demás cargos que pudieran hacérsele, quedan por mi cuenta remitidos y aún justificados, puesto que salí de la escuela á los catorce años con aquella letra inglesa que era orgullo de mi madre, pasmo de mis parientes y envidia de los extraños, y que fué en la ocasión que voy á referir, abono de mi persona y auxilio de mi necesidad.

Yó, Juan de Quiñones, nací en San Martín de la Piedra; lugar que queda descrito y por menudo pintado en un librejo que rueda por esos mundos con el título de "*La Bola*," y que aún no está prohibido leer. En él dí cuenta, como de cosa interesante, de los

primeros pasos de mi vida; y si el lector le ha leido (como debe), ya se acuerda de mí y de algunas otras personas que aún continuarán dando quehacer á mi pluma, y algún entretenimiento á los que tengan ratos de sobra en su vida.

Contaba yo á los veintiún años con un pedazo de tierra caliente, en la cual se asentaban cuatro ó cinco jacales y pastaban hasta unas cincuenta vacas; sin perjuicio de algunas brazas de corral, que encerraban en tiempo de aguas hermosas matas de maíz y en tiempo seco los animales destinados á la venta. De tierra caliente he dicho, para no tener que añadir que era hermosa, feraz y rica, por más que no fuera muy próxima á la costa; y baste aquella frase, pues los que conozcan la tierra caliente no necesitan más, y los que no la conozcan no han de entender todo lo que quiero decir, por más que hable como un descosido y describa con más prolijidad que novelista romántico por entregas.

Era aquel rancho sobradísimo para mi subsistencia en San Martín; pero como me vino la necesidad, y sobre la necesidad el antojo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

marchar á la capital de mi Estado, en donde vivía ya cierta dulce niña cuyo recuerdo no me dejaba dormir, pensé dar en arrendamiento mi propiedad; pues calculaba que con trescientos pesos anuales que la renta me valía, no podía morirme de hambre en ninguna parte. Pero un maldito picapleitos de mi pueblo, profundo y listo en la ciencia de Papiniano, que se sabía de memoria los expedientes del Juzgado y era extremado en el arte de enredarlo todo, averiguó que mi rancho llevaba á cuestas un gravamen en favor de la capilla de San Lázaro, y aunque se persuadió de que estaba redimido, me armó camorra, me entretuvo en San Martín cinco meses, que fueron siglos para mí, y al fin, para no acabar mi escaso patrimonio en papel sellado y propinas para el Secretario del Juez, consentí en la infame transacción que el tinterillo Severo me propuso. En virtud de ella, renunció aquel bribón *todos sus derechos*, mediante doscientos pesos, que por mensualidades de á quince habría yo de pagar; y hasta fueron por mi cuenta los gastos de la escritura!

Arrendado el rancho, percibiría yo, pues,

diez pesos mensuales; pero ¡que diantre! el padre Marojo me daria una carta de recomendación para el Capellán del Calvario, y según aquèl decía, éste era amigo íntimo de un caballero cuya señora era prima de la esposa del Secretario de Gobierno; por donde el padre Marojo y yo veníamos á concluir, que el Secretario no podía menos que recibirme con los brazos abiertos. Eso sí, era preciso que yo llevara algo de dinero para hacerme ropa al llegar; pues en las grandes ciudades, como nuestra capital, la apariencia es mucho cuento y más de la mitad del negocio.

Pues nada: el señor Cura me consigue de algun amigo cien duros, y queda encargado de ir pagándolos con lo sobrante de mi renta, deducidos los abonos de la maldecida transacción. Es decir, que me llevo cien duros en el bolsillo para todo gasto, agotados los cuales, me quedo en el aire durante un año poco más ó ménos; pero repito que esto no importaba, siendo como era, que á los cinco días de estar en la capital ya habria obtenido un empleo con dotación de seiscientos pesos anuales por lo ménos, y *para miéntras* nada más, pues era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

claro que yo había de encumbrarme fácilmente.

Emprendí el penoso viaje en mejor cabalgadura y con más adecuados arreos que los que aventureros de mi especie han solido gastar; pero no ciertamente bajo auspicios mejores, dando al cuarto día con mi humanidad en aquello que entónces tuve por populosa y opulenta ciudad, y que hoy considero como un San Martín más grande, ménos muerto y ménos honrado también.

De hoz y de coz me metí con cabalgadura y todo en la casa del capellán del Calvario Don Sebastián Quebradillo, quien sea por la sorpresa ó por educación, no tuvo más sino recibirme con buena cara, catre para mí y pesebre para mi caballo. Y más que por llenar la recomendación del padre Marojo, por desembarazarse de un huésped gravoso, se dirigió muy pronto y con todo encarecimiento á aquel su amigo, suplicándole pusiese en actividad su reconocida influencia para conseguirme una colocación cualquiera en cualquiera oficina. El amigo habló á su mujer, su mujer á la del Secretario del Despacho, y esta al mismo Secretario, el cual no hizo caso de aquella milésima impertinencia de su cara mitad.

Mientras tanto pasó una semana y luego otra, y el amigo del padre Quebradillo aseguraba que sólo se esperaba la *primera oportunidad*, que ya por entónces estaba en uso para partir á los desdichados aspirantes: yo, lleno de cortedad y cobardía, no tenía aún en la ciudad más conocido que el sastre que me hiciera los dos trajes *á la moda*, que turnaba yo cada siete días cuidadosamente.

El más triste desaliento se apoderaba ya de mí, y cierto mal humor del Padre, cuando hubo de llegar la ocasión de cierta función religiosa que se celebraba con gran pompa y artificio en el templo del Calvario, y el Padre como de costumbre, formuló en borrador la consabida cartita suplicatoria, pidiendo la limosna de los devotos para la solemnidad aquella, y me encomendó la tarea de poner treinta ejemplares en limpio; pues otros ayudantes tomaban á su cargo las demás.

¡Santo Dios, y qué copia la primera que hice! La fecha que la encabezaba fué pinta-

da con letra gótica pequeña y adornada de limpios rasgos; en seguida la dirección con una interesante bastarda española, y el cuerpo de la carta con aquella inglesa que admiraba y suspendía por la firmeza de los perfiles y la gallardía de la forma.

Cuando el padre vió aquello, que yo le enseñé bajo el pretexto vanidoso de saber si le parecía bien así, llegóse á una ventana, extendió el brazo á todo extender, para buscar distancia á los cansados ojos, y no dando á estos crédito, acudió á los anteojos cuyas varillas se completaban con mugriento cordón, y al través de los lentes pudo al fin persuadirse de que era la copia superior á todo elogio. Creo que su avaricia cedió á su contento, porque aquel dia me dió una copita del aguardiente que él tomaba antes de la comida.

Yo escribí la carta para el Gobernador, para el Secretario, para el Tesorero, para toda persona de algún valer; y cada copia era nuevo motivo de admiración para el entusiasmado sacerdote, pues en cada una añadía tres rasgos mi pluma, ó modificaba una forma ó hermoseaba una letra.

Tres días después comenzaron á llover propinas que el cura ocultó á mis cálculos, por lo cual perdí un dato importante. Al anochecer el cuarto, el padre Quebradillo, con alegría que revelaba el deseo de salir del huésped, me llamó aparte y me dijo:

—Mire vd. cómo las obras de piedad encuentran recompensa en todas partes. El Secretario particular del Sr. Gobernador me encontró hoy en la calle, y después de elogiar muchísimo la letra de vd., me rogó en nombre de su jefe que le ceda mi escribiente para su oficina. Le he ofrecido que mañana mismo se presentará vd. en palacio á recoger su nombramiento. Tendrá vd. veinticinco pesos mensuales. Mañana temprano vaya vd. á misa en acción de gracias, y después de desayunarse á palacio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

PEPE.

—

Así fué como á mediados de Julio me encontré colocado en la Secretaría particular del señor Gobernador, en calidad de escribiente; prévia cierta información corrida para averiguar mi orígen, educación, y antecedentes, con el fin de calcular el grado de confianza que podía hacerse de mi discreción y sensatez. Toda ella salió á la medida de mi deseo, pues el padre Quebradillo declaró

que tenía yo más prendas que casa de empeños y aun certificara mi entronque con el emperador de las Rusias, si tal requisito se exigiera para sacarme de su casa y alejarme de su mesa.

Sin embargo, aun permanecí en la una y me senté á la otra durante cinco días más, que fueron bastantes para que yo me hiciera de relaciones con algunos oficinistas, los cuales me invitaron á vivir con ellos, entrando á escote en gastos domésticos.

Así se hizo, y con el precio de mi caballo, que vendí al primero que quizo hacer postura, me avié de los indispensables muebles para comodidad mia y adorno del cuartucho que mis compañeros me destinaron en la pequeña, mal untada y peor barrida casa en que vivian.

Eran mis compañeros, un escribiente del Congreso, que aunque procuraba parecer malicioso, no lograba encubrir los ribetes de su sandéz, y otro de la Aduana, que trataba desde hacía un año, con fe y constancia, de completar un soneto amoroso, primero que escribia y que bastó para ablandarle los sesos. Pero

falta lo mejor: el tercer habitante de aquella casa. Era este un hombre indefinible, de quien algunos creían que contaba veinte años, y que yo en más de una ocasión juré que alcanzaba los cuarenta. De escasa estatura, ancho y anguloso, no muy provisto de carnes ni de barbas, abundante en cabellos jamás tocados del peine, serio las más veces y risueño y festivo algunas, acusaban sus ojos malicia, penetración y vivacidad, como sus delgados lábios, burla, sarcasmo y disposición á las malas palabras.

Todo el mundo le llamaba Pepe Rojo. Yo no le conocí oficio ni beneficio; pero ello es que él pagaba su escote con religiosa puntualidad. Cualquier día se nos presentaba con el libro bajo el brazo, anunciándonos que tenía solicitado un exámen de Derecho internacional, administrativo ú otro, y durante quince días creíamos que era estudiante; pero al cabo de un mes nos explicaba, que habiendo tropezado con dificultades que le oponia la parcialidad de alguno de los profesores, reservaba el exámen para más tarde y mejor ocasión, y entónces el Wattel desaparecía de su cuarto, con probabilidades de haber ido á una casa de empeños en espera de la mejor ocasión que su dueño aguardaba.

Leía muchos libros que parecian prestados, segun entraban y salían, quedando tan poco tiempo en casa, que apenas podía yo imponerme de sus títulos y leer algunas páginas. Y en verdad que con tan diversa y variada lectura, hecha á vapor, no sé como aquél hombre no perdió la cabeza. *Los Girondinos*, *El Periquillo*, *La Física de Brisson*, *El Album de las Flores*, *El Tesoro del Parnaso Español*, *El Príncipe de Maquiavelo*, *los Cuentos de Dickens*, *las Leyes de Toro*, el *Alvarez*, y muchos otros libros que jamás pudieran tener concordia ni armonía entre sí, eran devorados por el estudiante con la misma avidez, sin contar los periódicos de todos tamaños, colores y condiciones, que leía desde el título hasta el último anuncio.

En ello gastaba la mayor parte de su tiempo, consumiendo el resto, ya en improvisar versos de cierta chispa con que desesperaba al desdichado Julián, autor del inacabable soneto; ya burlándose del simplísimo Cle

mente, ó haciéndole rabiar con hablarle de sus jefes los señores diputados.

El día que fuí presentado á él, se me quedó mirando fijamente y charló un rato conmigo con cierta gravedad; pero á la postre, frunció ligeramente los labios y me dijo:

—Muy bien, señor Quiñones, muy bien. Esta vd. en buen camino. Yo tengo la creencia de que la patria suele ser una mala madre; pero que es siempre una excelente nodriza.

Y por lo mismo que se quedó tan serio, yo tuve que reirme, aunque aquello me molestara un tantico.

—No se ría vd., añadió; esto va en serio. Celebro que tenga vd. alcances más maliciosos que este par de muchachos, pues habrá en casa con quien hablar; pero no adelante vd. las narices de su perspicacia, porque podrían remacharse contra la esquina de mi formalidad. La patria es, como madre joven, incauta y descuidada, y más repara en satisfacer los caprichos de los niños que en corregir sus yerros y llevarlos por el camino de la buena crianza. Esta es la base de mi teo-

—Ya en otra ocasión indiqué á vd., señor, que el Coronel no me quiere.

—Es verdad. Y por supuesto que Cabezudo, con su carácter feroz, da una vida de perros á esa pobre niña.

—No, señor; respondí ingenuamente. La quiere como á las niñas de sus ojos y la mima como una madre.

—¡Sí! exclamó admirado Vaqueril, y aun quizá picado. Pero me dicen que es muy miserable; de suerte que la sobrina no tendrá nada de lo que desea.

—Lo contrario, señor; dije, ya con malicia é intención; en mi pueblo todo el mundo sabía que Remedios tenía, no sólo lo que deseaba, sino mucho más. Don Mateo es muy franco; pero tratándose de su sobrina es pródigo.

—Sin embargo, replicó el Gobernador, algo amostasado yo campadezco siempre á esa niña tan hermosa y que revela buenas inclinaciones, cuando considero la educación que debe de haber recibido. En manos de Cabezudo, de seguro que aprendió mil defectos y ninguna virtud.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando iba á contrariar por tercera vez el empeño de D. Sixto de encontrar un lado vulnerable á Remedios, Miguel entró en la oficina y detuvo en mis labios la palabra.

Desazonado á mi vez, me retiré á una mesa, mientras en la otra comenzó el acuerdo; pero tal fué éste, que quiero en sustancia referirle, para que quede asentado por escritura y pase á la memoria de la gente.

Comenzó por algunas cartas de poca importancia, que no dieron lugar ni motivo á razones dignas de referirse; pero tocó su vez á alguna de más cuenta, cuyos conceptos no escuché; pero que fué causa de que Miguel dijera:

—Creo que esto no se concederá.

—Sí, hombre; tenemos que concederle á este pobre ese empleo en que al fin y al cabo no nos perjudica.

—Pero, señor; replicó el joven, ¿no es este mismo el Pasquín que estuvo de Juez en Santa Teresa?

—Cabalmente.

—Pues este Pasquín se quedó en aquel

juzgado con tres depósitos, y ponía á los reos en libertad por tanto más cuanto.

—Pero, hombre; vd. siempre con su manía de buscar inmaculados! Convénzase de que eso no es posible; no, señor; ni siquiera conveniente.

—¡Acaso no hay gente honrada en el Estado! exclamó Miguel con enérgica expresión.

—Pues no hay remedio, dijo Vaqueril en tono de punto final.

—Si vd. quisiera.....

—Vamos, hombre; añadió el Gobernador bajando la voz; Pasquín está casado con una sobrina de Pérez Gavilán, y yo no he podido negar á éste el servicio. ¡Ya sabe vd. lo que es Pérez Gavilán!

—¡Siempre ese caballero! murmuró Miguel.

—Deje vd. de odios, Miguelito; no sea vd. niño.

Y pasaron á otra cosa. Quise dedicarme á poner en orden un legajo, y aun andaba en las preliminares de mi tarea, cuando el joven exclamó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡No puede darse mayor descaro! Ese distrito no da un centavo al fisco, y este bribón ni siquiera lo disimula No tolere vd. más semejante conducta, ó el ejemplo cundirá.

—Convenido que es un bribón; pero ya yo lo sabía desde que le nombré Recaudador. Hombre, le digo á vd. más: para eso le nombré.

Y miró con aire de vanidad á Miguel.

—¡Pero es posible, señor!

—Sí, hijo; para que se entretenga y no nos moleste. Es un hombre que mueve el distrito con un dedo, y á no ser por ese empleo se mete con Baraja cuando el plan de Venta-quemada, y la cosa se pone seria.

Armóse una discusión acalorada, enmedio de la cual Miguel tomó la palabra con brío; y con inspiración digna de la tribuna popular, lanzó los más terribles cargos contra aquel sistema escandaloso. Se había puesto en pié, y con el rostro encendido y los ojos chispeantes, hablaba con la elocuencia propia de los oradores de buena fe en causa honrada. Cuando terminó su discurso, Don

ría. Todavía gusta esta buena mamá de bureos y zarandajas, de donde resultan á los niños on pocos chichones en la frente, muchas impertinentes obstinaciones y una educación fatal. Vd. la toma de nodriza y hace muy bien; nada más hay que tener eso como única idea, sin llegar á encariñarse con aquella hasta declararla madre, porque entonces todo se pierde. Nada, señor Quiñones; os claro que madre joven no puede tener hijos con barbas: somos niños, estamos en la época de la lactancia.

No dejó de picarme aquella primera vez el discursillo de Pepe; más á poco, cuando hube conocido su humor y su chispa, era una de mis más agradables distracciones oir de su boca los largos párrafos filosóficos, políticos, científicos ó literarios que traia siempre en la tetilla de la lengua.

Pero nada me agradaba tanto como pedirle informes de algún personaje del poder, pues sobre instruirme en materia de tanta entidad para mi, por la fidelidad del pincel con que retrataba, añadia á sus figuras ciertos rasgos caricaturescos de mucho nervio y gracia.

Un dia le pregunté qué clase de persona era el Secretario particular; mi inmediato jefe; y Pepe desató el hilo y echó el ovillo á rodar de la manera siguiente.

—¿Miguelito Labarca? ¡Oh! es un muchacho simpático y agradable. Fué mi condiscípulo y recibió el título de abogado hace cinco meses. ¿Bonita estampa, verdad? Con su ancha frente, sus ojos pardos más francos que penetrantes, el bozo de colegial y su gallarda apostura, parece que nació para diputado. Ya ve vd. que lo es antes de tener la edad que la ley exige. Ha sido muy precoz. De quince años hizo unos versos muy malos y los leyó en la noche de un quince de Setiembre; pero como el auditorio era peor que los versos, los aplaudió frenéticamente. Al siguiente año los volvió á leer en la misma solemnidad y parecieron mejores. Después publicó sonetos eróticos por el estilo del de Julián, y al cabo llegó á ser el improvisador de todas las comilonas y el niño mimado del bello sexo, que ha sido siempre muy fuerte en literatura. Agregue vd. que el señor su papá le conseguía en el colegio medallitas de cobre dorado

para la solapa, y vendrá vd. á comprender cómo nos hemos visto todos en el caso de confesar que es muchacho de mucho talento. Y como esta buena gente crea una cosa, ya se puede contar con que se extenderá á cinco mil disparates. Convenido y acordado que Miguelito es poeta, se infiere que es orador, que es buen abogado, que es sagaz, que es profundo, que es valiente, y por último, que es político. Todo eso se lo cree él mismo de buena fe.... Y vea vd., si tuviera más talento del mediano que posée, no serviria. No hay cosa que más estorbe que el talento claro y firme; porque no consiente conformidad con los tontos. Miguelito es capaz de pensar algo bueno; pero se puede acordar facilmente con los necios más acabados.

Sobre el fondo oscuro de esta palabrería, veia yo destacarse con perfecta claridad la figura del jóven diputado, así como ejercitado lápiz hace aparecer entre toscas rayas una fisonomía conocida con extraordinaria semejanza.

Pepe continuó:

—No crea vd. por lo que digo, que Miguel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Labarca es un farsante de oficio ni de malos sentimientos. No, señor; cree de buena fe lo que todo el mundo dice. Sus sentimientos han sido naturalmente nobles; pero algo los encanalló el bueno de su papá con las medallitas del colegio, enseñándole con ellas que existe en el mundo la venalidad, y que es bueno aprovecharla. Me consta que cuando era estudiante se indignaba al saber cualquiera infracción de nuestras leyes; pero eso nada tiene de particular puesto que no era todavia político y le faltaba mucho mundo; ahora que le hicieron diputado á los veinticuatro años, la razón política le parece superior á todo. Niñerías: ya sabemos que entre los buenos principios y la política hay la misma distancia que entre el derecho y un expedientazo de dos mil hojas de papel sellado. Ahora sí está en camino de llegar á maestro, porque gracias siempre á los buenos oficios de su padre, además de ser diputado ha conseguido como encargo honorífico el de escribir la correspondencia privada del Sr. Don Sixto Liborio Vaqueril, de ese hombre que con tanto acierto guia la nave del Estado en el mar

de la política. Cuando el tal Don Sixto oyó las pretensiones del viejo Labarca dejó caer la baba; porque jamás había imaginado cosa tan peregrina; y eso de tener un abogado poeta y orador para escribir sus cartas le ofuscó los turbios ojos del entendimiento y aceptó los gratuitos servicios de Miguel. Desde entónces figura este en primera línea entre los hombres de influencia y porvenir: así lo creen todos y él tambien. Dentro de poco él no lo creerá pero procurará que los demás no dejen de creerlo. Queda encargado el Sr. Don Sixto Liborio de enseñar á Miguelito como maestro de práctica, y yo le aseguro á vd. que Miguelito aprenderá, aunque haciéndole justicia hay que confesar que se resiste á las primeras lecciones.

Tal era en realidad mi guapo jefe, á quien después llegué á conocer tanto como aquel estudiante original.

———

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Vaqueril y familia.

No siempre las espadas han sido triunfos en mi Estado natal; algunas ocasiones ha tocado su vez á los oros, y aún ¡guardénos Dios! á las mismas copas. En la época á que mi narración se refiere, para no dejar fuera de juego ninguno de los palos de la baraja, parece que dominaban los bastos.

No podía en efecto, serlo más el Señor Don Sixto Liborio Vaqueril, que sin saber cómo ni cómo nó, se dió el día menos pensado un tropezón con el sillón del Gobierno, se sentó en él sin darse cabal cuenta de lo que le acontecía, y acostado la noche anterior en su cama, como simple Vaqueril amaneció con el águila de la República posada sobre la coronilla. Observóse desde entonces, al decir de Pepe Rojo, que su tez, bastante anochecida, adquiría ciertos reflejos del amanecer; sus ojos hundidos bajo cavernosa bóveda sombreada por cejas ásperas, tomaron fulgores de inteligencia; el hablar fué menos gangoso; los movimientos más desembarazados, menos mal llevado el vestido, y un punto menos arrugada la piel, por virtud de algún medro de las escasísimas carnes.

¡Extraordinaria virtud la del encumbramiento inesperado! Aun la misma Señora Doña Eulalia Sequedal de Vaqueril, llamada *la Gobernadora*, hubo de sentirla en su organismo, puesto que dulcificó su carácter en cuanto este fenómeno era posible. Disminuido el hueco de las encorbadas clavículas, matado el filo de la mandíbula inferior, y algo redondeadas las puntas de los pómulos, acudió la señora al cabello, prematuramente escarchado (según decía á las de confianza), con alguna tintura de buena clase que, emborronando las cifras, ponía en duda si los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

años de la gobernadora eran cuarenta ó cincuenta.

En veintidos años de conllevar las penas de la vida, habían tenido varios chicos que prometian ramoso árbol genealógico al linaje Vaqueril. Tenía veinte abriles Candelarita, que no podía negar el entronque, según se asemejaba á Doña Eulalia física y moralmente; diez y ocho Conchita, muchacha simpática y no fea, aunque sin la belleza que por natural hipérbole se la atribuía; después seguía Sixto Liborio, hijo, con cuatro años menos que su hermana, por haber habido entre uno y otro algunas fallas inevitables, y terminaban la familia José María y Panchito, este último con siete años, muchas majaderías y muy poca educación.

El Sr. Vaqueril era un buen sujeto, *hombre de orden* y adicto al Gobierno general, condiciones sobradas para ser mantenido en su elevado puesto. A decir verdad, el Estado no le quería mal, aunque tampoco bien; y se contentaba con no hacerle caso. Y como no gobernaba, se cuenta que un ministro dijo alguna vez á un diputado:

—Vaqueril es un buen gobernador.

Dos personas le habían amargado un poco la vida: su mujer y el Lic. Pérez Gavilán. La primera con su celosa manía, no del todo infundada, porque aquel modelo de hombres públicos tenía la debilidad de gustar demasiado de lo bello á pesar de sus cincuenta y seis años. El segundo con su oposición sistemática, manifestada unas veces en un empleo federal, después en un periódico llamado *La Conciencia Pública*, y últimamente en una insurrección que, aunque de poca monta, afligió mucho al prudente gobernador, y dió por resultado una transacción, que trajo al Congreso del Estado y á otros empleos á varios amigos del revoltoso Gavilán.

En este Congreso que acababa de reunirse, figuraba el joven Labarca, quien además de las instancias de su padre al Gobernador, tuvo en su pró el dictamen de Doña Eulalia y el apoyo vergonzante de Candelarita. Miguel era, además, ahijado de bautismo de D. Sixto Liborio, y en fuerza de tantas y tan favorables circunstancias, no sólo llegó á diputado sino que además, su padrino le encomendó el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

despacho de su correspondencia privada. No devengaba sueldo alguno por este trabajo pues aun no estaban en uso los secretarios particulares, que hoy han llegado á ser indispensables aun para los mismos prefectos; pero Miguel, tomando á pechos su carácter de consejero extraoficial, se creyó que había de influir en los negocios del Estado, y que estos no podrían menos que caminar admirablemente.

No era Miguel un vanidoso insufrible, aunque tenía la idea de su talento más encumbrada que el talento mismo; y baste para demostrar lo primero, que muy á poco de trabajar á su lado, me tuvo más que por un empleado subalterno, por amigo de cierta confianza. Y como que yo no pretendía valer nada, las bondades y aun confidencias del joven me sedujeron de tal manera, que tenía que hacer un grande esfuerzo para soportar los frecuentes discursos que Pepe me enderezaba en cada comida referentes á mi jefe. Un día que me acaloré algo en la defensa de Miguel, el estudiantón acabó por decirme mirándome fijamente y con aire de lástima:

—Voy creyendo que es vd. un muchacho de esperanza.

Y me derrotó.

En mi oficina era yo el único escribiente, y sólo en casos graves se llamaba en mi ayuda á Clemente. Cuando el diputado me dictaba, realmente se ponía algo serio, paseándose pesadamente á lo largo de la oficina; atizaba el puro con frecuencia; se pasaba la mano por la frente, apartando los grandes rizos, y se detenía frente á mi mesa, apoyábase sobre ella con las manos y frunciendo ligeramente el ceño, seguia con la vista los rasgos de mi pluma.

A las nueve de la mañana, llegaba el Sr. Gobernador, tomaba asiento frente á una mesa, y colocado junto á él, el joven recogía de memoria las instrucciones de aquèl para contestar la escasa correspondencia. Con frecuencia no habia cartas que contestar, y ambos charlaban sobre esto ó lo otro, sin cuidarse de mí, fiados no en mi discreción sino en mi nulidad.

Si en aquel momento un mozo de aseo se acercaba á Miguel para decirle que Don Fu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lano deseaba hablar con él, el joven contestaba gravemente:

—Diga vd. que *estamos en acuerdo.*

Y más de una vez me decía á mí: *estamos proyectando, hemos pensado, tenemos algunas dificultades*, etc., etc., tropo muy usado entre periodistas y dependientes de mostrador, que jamás hablan en singular, el cual ha ido haciéndose común entre todos los que aspiran á representar algún papel que no es el suyo.

Para mí iba siendo mi nueva posición toda de vida y dulzura, y así lo fué durante algunos dias.

Cierta mañana, después de contestar dos cartas en que otros tantos sujetos solicitaban algún empleillo, recibí la agradable sopresa de ser visitado en mi oficina por el Oficial Mayor del Congreso y Clemente, sin poder de pronto explicarme el motivo de aquella honra inesperada. Pero el Oficial Mayor no me dejó cavilar mucho tiempo, pues tras breve saludo, me presentó ¡oh asombro! una circular suscrita por todos los señores Diputados, sin faltar uno, en la cual se invitaba á los

amigos sinceros del Sr. Gobernador á que contribuyeran con algún donativo para el banquete que debía darse en obsequio de *aquel hombre ilustre*, el día de San Liborio que estaba próximo.

Creo que me puse pálido, y apenas recuerdo que en la tal circular se enumeraban algunas de las muchas virtudes del Sr. Vaqueril. Sin duda dije alguna necedad por contestar algo; pero al fin pude fingir una sonrisa de amabilidad, y el jefe de la comisión encargado de *correr* la circular, me presentó una lista ya algo grasosa y gastada de las esquinas, en que con toda clase de caracteres estaban escritos los nombres de casi todos los empleados, y al margen una cifra por cada nombre, con la palabra *pagó* la mayor parte.

Comprendí lo que significaba aquella telaraña, escribí mi nombre, y consultando el bolsillo y avergonzado de no ser de los más adivosos, puse al margen el número entero que preside á la Aritmética, agregué la anotación aquélla, y *pagué*, aunque hasta hoy no me explico cómo se usa de este verbo cuando no se debe nada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando la comisión se retiró, volví en derredor la vista, y los muebles, los tapices y las cartas, objetos todos con los cuales me iba encariñando, como buen oficinista, me causaron cierta repugnancia. Parecióme también que toda la ciudad me había visto dar aquella moneda, y no sé por qué me dieron ganas de esconderme detrás de una cortina.

Dos ó tres días después, comenzaron á celebrarse juntas á que asistian solamente los empleados de cierta categoría, y en las cuales se trataba del banquete. Nombráronse las comisiones necesarias, como las de ornato, de invitación, de *menu*, etc.; y de algunas se dijo que habian sido solapadamente solicitadas ó ganadas con maña por ciertas personas, ignoro con qué objeto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

San Liborio.

Nunca había yo imaginado regocijo tan grande ni demostraciones tan entusiastas como las que el día veintitres de Julio sorprendieron mi candidez *pedreña* y asombraron mis sentidos. El orden del programa no difería esencialmente del que cada año se observaba en mi pueblo el diez y seis de Setiembre: pero el ruido, el barullo, el ir y venir, el cuerpo en general de todas las cosas y de todos los actos, crecía en la capital

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando la comisión se retiró, volví en derredor la vista, y los muebles, los tapices y las cartas, objetos todos con los cuales me iba encariñando, como buen oficinista, me causaron cierta repugnancia. Parecióme también que toda la ciudad me había visto dar aquella moneda, y no sé por qué me dieron ganas de esconderme detrás de una cortina.

Dos ó tres días después, comenzaron á celebrarse juntas á que asistian solamente los empleados de cierta categoría, y en las cuales se trataba del banquete. Nombráronse las comisiones necesarias, como las de ornato, de invitación, de *menu*, etc.; y de algunas se dijo que habian sido solapadamente solicitadas ó ganadas con maña por ciertas personas, ignoro con qué objeto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

San Liborio.

Nunca había yo imaginado regocijo tan grande ni demostraciones tan entusiastas como las que el día veintitres de Julio sorprendieron mi candidez *pedreña* y asombraron mis sentidos. El orden del programa no difería esencialmente del que cada año se observaba en mi pueblo el diez y seis de Setiembre: pero el ruido, el barullo, el ir y venir, el cuerpo en general de todas las cosas y de todos los actos, crecía en la capital

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del Estado, en la misma proporción que ésta guardaba con respecto á San Martín de la Piedra.

Hubo, como había en en San Martín, música al amanecer, sazonada con disparos de cañón; después del desayuno recepción en la casa del Gobernador, á la cual ningún empleado dejó de asistir, distinguiéndose los jefes de oficina por el discursillo leido en nombre de cada grupo; hubo muchos cohetes á toda hora, muchas salvas de artillería y mucha música militar con bombo y redoblante.

Yo estaba allí desde muy temprano, pues los empleados de la Secretaría del Gobierno entre los que yo me colé bonitamente, quisieron ser los primeros en felicitar al Gobernador; y á decir verdad, estaba yo animado y contento.

En el amplio salón no cabían á las once de la mañana las personas presentes, y aun faltaban las de más alta esfera, que aguardaban para asomar, á que llegara la hora de las visitas de *guante blanco*. Yo me coloqué en un rincón para no correr el riesgo de tener

que ceder mi asiento á gentes de calidad, envidiado por los muchos empleados que tenían que permanecer en los corredores ó agrupados en las puertas.

Vaqueril estaba radiante. La satisfacción se revelaba en su semblante acartonado y le salía por todos los poros del cuerpo. En aquel momento se sentía más gobernador que nunca. Paseaba la turbia mirada por todo el salón, satisfecho y sonriente, con la fruición deliciosa que debe de sentir el avaro que contempla su tesoro; y cuando Panchito entraba corriendo y se echaba de bruces sobre sus rodillas, le acariciaba pesadamente la cabeza con estudiada formalidad y señorío.

El rumor de los cuchicheos llenaba el salón cada cual hablaba en voz baja con el vecino, sin descuidar la atención que merecían las importunas entradas y salidas de Panchito, para quien cada concurrente tenía una mirada ya de asombro, ya de cariño. Sólo el señor Vaqueril y los que con él hablaban, tenían el privilegio de hacerse oír, circunstancia que yo trataba de aprovechar para escuchar algo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bueno, pero apenas pude percibir frases comunes y corrientes.

—¿Qué edad tiene el niño? preguntó el Contador de la Tesorería, inclinando el cuerpo y alargando el pescuezo hacia el Gobernador.

—Siete años, contestó Vaqueril; está mudando dientes.

—¡Caramba! exclamó el interpelante ¡si representa diez!

—¡De veras que sí! dijo el Administrador de Alcabalas; está muy desarrollado.

El muchacho se miró las pantorrillas, enseñó los dientes al Contador y echó á correr.

Una carcajada general acogió aquella grosera gracia, y de todas partes salía esta exclamación unánime:

—¡Es *muy vivo!*

—Realmente, dijo Don Sixto Liborio, poniendo en sus labios una sonrisa de gobernador; es muy vivo, es el más vivo de todos.

—Pues mire vd. que Sixtito.... observó el alcabalero.

—Cada año se lleva tres premios, dijo otro.

—Sí, es verdad, concluyó Vaqueril; pero este es el más vivo. Este sacó la *viveza* de su mamá.

—¡Ah!

La Comisión del Tribunal Superior vino á interrumpir la plática. Dos magistrados vestidos de rigurosa etiqueta se presentaron en el dintel de la puerta, y todo el mundo se puso en pié. Uno de ellos dirijió al Gobernador la arenga de costumbre; pero con tan menguada voz y tan frecuente tosecilla seca, que nada pude oir, sino fueron las palabras: *excelsas virtudes*, *patricio*, *nave del Estado*, y alguna otra proporcionada al asunto y al personaje.

Moderada sonrisa, dos inclinaciones de cabeza y el ademán de ofrecer asientos, fueron como en todos los casos análogos anteriores, la elocuente contestación del Sr. Vaqueril.

Los cuchicheos comenzaron otra vez, alguna de las bandas de música tocó *una* mazurca, y Panchito entró de nuevo, para ver de cerca á los magistrados.

La conversación reanudada entre el Gobernador y sus vecinos, no podía llegar á mis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

oidos en aquel momento. Las interrupciones se sucedían, y era mayor el tiempo que teníamos que permanecer en pié que el que gozabamos de descanso. El Juez del Registro Civil pronunció su discurso; el Jefe de Hacienda habló en nombre del Fisco; el General Baraja, Jefe político del Centro, en nombre de su Distrito; un maestro de escuela leyó versos, y un catedrático recitó un soneto acróstico que se repartió impreso, y que decía con las iniciales de los versos *Sixto L. Vaqueril.*

A las doce en punto, las músicas lanzaron por sus anchas bocas de latón una marcha de honor que entonces privaba en la ciudad, y todos los concurrentes, menos yo, comprendieron la alta significación que tenía. Pusímonos en pié, abrió ancha valla la gente agrupada en la puerta, y penetró en el salón la comisión del Congreso. Tres diputados la componían: Miguel Labarca, como orador; el Coronel D. Mateo Cabezudo, como hombre de gran reputación militar, y el alto y enjuto Don Simplicio Sequedal, hermano de *la Gobernadora*, como pariente cercano.

Miguel se detuvo con su natural gallardía á tres pasos del Gobernador, quedando entre sus dos compañeros; serio, desembarazado y con noble entonación dirigió á Vaqueril una felicitación decorosa, y pronunciada con la soltura que sólo sabe mostrar el que improvisa seguro de que no ha de atársele la lengua. Le tenía yo mucha ley, y me habría seducido completamente su alocución, si no hubiera yo notado en el arqueo del brazo derecho y en la manera de tirar del puño de la camisa, ciertos indicios de vanidad mal contenida.

La presencia del Coronel Cabezudo me desconcertó y aturdió de pronto, pues teníamos pendiente cierta cuentecilla, y desde mi llegada á la capital sólo le había visto de lejos. Sentáronse todos, y repuesto yo de aquella impresión primera, pude notar el cambio prodigioso obrado en el Coronel por la cultura de la ciudad.

La barbería había tomado en ello parte muy principal y notoria; pues recortados los cabellos y domada un tanto su rebelde elasticidad á influjo de pegajosa pomada, asen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tados y mejor dirigidos los asperos bigotes, y bien rapada la barba, el aspecto de Don Mateo se había modificado, adquiriendo su semblante cierta benignidad de fiera amansada. Las prendas de vestir, aunque de acuerdo con la moda, le caían malísimamente; pues le faltaba eso que se llama *saber llevar* un traje. Parecía que la levita evitaba, alejándose, el contacto de aquel corpachón; la corbata caía relajada sobre el pecho, y el cuello de la camisa permitía á la pletórica garganta más holgura de la que demandaba el buen parecer.

Paseaba Don Mateo los taimados ojos por todas las filas de concurrentes, y al fin llegó á detenerlos sobre mí. Nóté su sorpresa y su enojo en el breve instante que soporté su mirada, y apartando la mía, quedé inquieto y nervioso mientras permanecí en el salón.

Las copas que preceden al almuerzo comenzaron á circular. Los asistentes se limitaban á alzar la suya, dirigiéndola á Vaqueril, y á inclinar la cabeza antes de apurar el contenido: cada cual reservaba su brindis para la hora oportuna temiendo gastar en salvas la pólvora apercibida para el combate. El *cognac* fué ganando terreno en los cerebros, que era ganarle también la confianza y la expansión; de suerte que á la una del día, era aquella sala indescriptible por lo mismo que era inentendible.

La atmósfera estaba opacada por el humo de cien cigarros, y encendida por la traspiración de doscientos cuerpos humanos; los cuchicheos habían subido de punto, en términos de no faltar quien diese de gritos para hacerse oir. Panchito, que entraba con frecuencia atragantándose con un carnero de almendra, extraido de las *cuelgas* recibidas, desesperado porque su padre no le oía, se colgaba de la levita de éste dando chillidos agudos y penetrantes. Vaqueril hablaba de proyectos administrativos con los diputados y el Tesorero, pero con calor y entusiasmo; dos empleados federales le elogiaban á pocos pasos, alzando la voz para ser oidos; un juez y dos catedráticos discutían un punto de Derecho de grande importancia actual, y la gente menuda platicaba en diversos grupos, no ya sentados y con compostura, sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aun tomándose la libertad de volver la espalda al Gobernador.

En este momento, ví que el redactor de "El Orden Constitucional," periódico oficial del Gobierno, miró su relox y apuntó algo en una cuartilla de papel. Supongo que tomaba nota, pues al día siguiente, en su *Revista del Banquete*, decía: "A la una, la más franca y cordial expansión reinaba entre aquella escogida concurrencia."

V

Los Brindis.

Ya estaban todas las orejas coloradas y todas las pupilas húmedas, cuando los concurrentes se trasladaron al corredor occidental, trasformado en comedor para dar cabida á larga mesa de sesenta cubiertos. Entre uno y otro pilar de la galería se habían colocado hojosas ramas para refrescar el sitio, y muchas guirnaldas y coronas de flores adornaban pared y techo.

Sentóse Vaqueril en una cabecera de la mesa, y en este momento apareció en la escena la Gobernadora, prendida y ataviada con lujo, negro más que nunca el cabello, y

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aun tomándose la libertad de volver la espalda al Gobernador.

En este momento, ví que el redactor de "El Orden Constitucional," periódico oficial del Gobierno, miró su relox y apuntó algo en una cuartilla de papel. Supongo que tomaba nota, pues al día siguiente, en su *Revista del Banquete*, decía: "A la una, la más franca y cordial expansión reinaba entre aquella escogida concurrencia."

V

Los Brindis.

Ya estaban todas las orejas coloradas y todas las pupilas húmedas, cuando los concurrentes se trasladaron al corredor occidental, trasformado en comedor para dar cabida á larga mesa de sesenta cubiertos. Entre uno y otro pilar de la galería se habían colocado hojosas ramas para refrescar el sitio, y muchas guirnaldas y coronas de flores adornaban pared y techo.

Sentóse Vaqueril en una cabecera de la mesa, y en este momento apareció en la escena la Gobernadora, prendida y ataviada con lujo, negro más que nunca el cabello, y

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con leve sonrisa en los labios, que si todos acogieron como afable, á mí me pareció de altivez. Un murmullo de admiración se levantó de todas partes, y durante algunos momentos no pudo verse quién la saludaba ni quién no, según fué el remolino apretado y movible que formaron los comensales.

—¿Nos honra vd. con su presencia?

—¡Celebro mucho.....!

—¿Las niñas buenas?

—¿La salud.....?

—Juanita le manda recados.

—Mi señora me encargó.....

—¡Cuánto me complace.....!

Tomó asiento la Señora á la derecha del Sr. Vaqueril, y en el extremo opuesto, por mandato de Doña Eulalia, se colocaron un Magistrado y el Coronel Cabezudo. A Miguel le tocó la derecha de la Gobernadora.

Hago gracia al lector de los pormenores de la mesa, que bien pudiera referir menudamente, según están frescos en mi memoria. Vaqueril hablaba con el Secretario del Despacho, que estaba á su izquierda, y con dos ó tres personas más que se hallaban

próximas á él; el Secretario, no hablaba con nadie más que con el Gobernador; Cabezudo y su compañero se entendían solos, y los de más conversaban con el vecino, menos el señor de Sequedal, que sobre tódo procuraba engullir á prisa. La Gobernadora mimaba á Miguel con pláticas relativas á sus últimos versos; pero debo declarar que el joven, si bien recibía con agrado los elogios, contestaba á Doña Eulalia con decoroso respeto y finura.

Vaciáronse varias botellas de lo más fino que pagaba alcabala, con la única fórmula de alzar el vaso invitando á beber ya á Vaqueril, ya á Miguel, ya á la misma Gobernadora; y cuando plato tras plato, llegó su vez á los postres, un taponazo ruidoso anunció que el *champagne* reclamaba la voz de los oradores y la lira de los poetas. Más de un cuerpo sintió súbito escalofrío.

El *champagne* perdió en las copas su espuma enmedio del silencio. Nadie se atrevía, aunque la mayor parte reventaban por hablar. El Contador hizo una mueca de inteligencia al Juez del Registro Civil, pero

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

este movió la cabeza, haciendo una señal negativa. El Magistrado de la cabecera fingía distracción, amasando bolitas de pan; el Jefe de Hacienda pretextaba animada conversación con el Oficial Mayor del Gobierno, y Miguel afectaba indiferencia. Solo el Redactor del periódico oficial, avanzaba la cabeza cuanto podía, ansioso de ser designado por algún imprudente para comenzar.

El Secretario dió término á aquel momento embarazoso, poniéndose en pié copa en mano. Habló largo y cansadamente; su brindis me pareció un informe sobre la tranquilidad pública, rendido á fin de mes por un jefe político. Terminó "deseando mil felicidades al ilustre ciudadano que llevaba las riendas del Gobierno, y á su apreciable familia." Y se sentó aturdido por el unánime aplauso de los presentes.

En el grupo de espectadores á que yo pertenecía, había tal cual afilada lengua que comentaban los brindis; sin embargo, yo echaba de menos la autorizada y magistral voz de Pepe Rojo, que habría recogido allí material para hablar quince dias sin interrupción.

—Tiene la palabra el Sr. Carriles, gritó alguno.

Y en seguida se levantó de su asiento éste, miembro del Congreso, pequeñito y atildado, de voz aguda y vibrante, con la cual recitó una cuartilla de papel, hablando de Licurgo y Demóstenes, de Catón y Marco Aurelio, deteniéndose alguna vez para engañar mejor al auditorio. Carriles estaba reputado por hombre de talento, y aquél día ganó mucho más en la opinión de las gentes.

A continuación el General Baraja ofreció la última gota de sangre por el ilustre patricio que presidía la mesa; el Redactor atrapó una ocasión, y como Carriles, habló de memoria, pues no habiendo en la capital un solo taquígrafo, no me explico de otra manera el hecho de publicarse al siguiente día en el periódico oficial los brindis de los dos.

Con excepción de Miguelito, que habló con naturalidad y nobleza, todos los demás reñían con una de estas cualidades ó con ambas juntamente. Don Simplicio Sequedal recordó á su auditorio el parentesco que le ligaba con Vaqueril, y brindó "por su hermano;" un ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tedrático comparó á éste con Cincinato porque tenía un molino en arrendamiento; otro sacó del bolsillo un pliego de papel y leyó durante diez minutos una letanía de elogios á Vaqueril y esposa; y llegada su vez al Coronel Cabezudo, no supo hacer más que copiar á su compañero Baraja, y ofreció como él "la última gota de sangre por el Gobernador y su apreciable familia." Cuando le ví sentarse sin haber echado un *¡canasto!* dí gracias al cielo; tenía yo frías las puntas de los dedos.

Los brindis continuaron mientras se tomaba el café, empapados en cognac y otros espirituosos. Doña Eulalia estaba tan afectuosa y expansiva con Miguel, que éste trastornado también por el licor, perdía su anterior gravedad respetuosa y hablaba con ella con familiaridad y confianza; dato importantísimo, que no podía pasar inadvertido para el catedrático de la comparación de Cincinato. Notarlo y ponerse de pié fué todo uno:

—Señor Gobernador, dijo; teneis entre vuestras elevadas ideas de gobierno, una que es superior á todas y que modestamente callais; pero vuestros amigos la sorprenden y

la revelan á los demás para que la aplaudan; esa idea es la de levantar á la juventud. La juventud es la esperanza de la Patria; los jóvenes son los hombres del porvenir, y los que han de sucedernos en las tareas del gobierno. Vos sois el maestro que les enseña la gran ciencia, y sabeis sacar discípulos aventajados. Ahí está ese joven, como ejemplo. Ya se levanta á grande altura; pero él con vuestra enseñanza llegará á la cúspide de la verdadera grandeza. Por vos que sois el maestro y por ese noble y distinguido discípulo.....!

Y apuró su copa.

Doña Eulalia inició el aplauso; es, pues, inútil agregar que fué el más ruidoso, el más prolongado y el más entusiasta de todos.

La franca y cordial expansión de que después habló el periódico oficial, fué tomando creces durante la tarde. Mientras los empleados y amigos de segunda clase, se sentaban á la mesa, refrendados los platillos, los que acababan de abandonarla volvían al salón en parte, y en parte se acercaban á las demás habitaciones no cerradas para los amigos, en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

donde las niñas y Sixto Liborio, hijo, permanecieron recatados.

Sólo puedo dar razón de que había ruido y algazara y brindis por todas partes, predominando siempre las protestas de adhesión á Cincinato y de alto respeto y cariño á su familia. Eran las seis de la tarde y aquello habría seguido adelante con gran contentamiento de todos, si no fuera porque á las nueve de la noche había de comenzar el baile con que Vaqueril obsequiaba á sus amigos, y era preciso ir á casa para que la familia se alistara, y dejar á la del Sr. Gobernador algunas horas de descanso.

Salía yo uno de los últimos, cuando Miguel me tocó el hombro y me detuvo en el portal. Había estado largo rato entre Candelarita y Concha, quienes probablemente le obligaron á brindar más, pues su *expansión* estaba un tanto subida de punto. Sin embargo, bajó la voz para hacerme esta pregunta:

—¿Dígame, Juanillo, conoce vd. á la Cabezudita?

—¿La Cabezudita? repetí yo asombrado.

—Sí, hombre, la hija del Coronel; una *pedreña*.

No pude mentir.

—La conozco, contesté con voz ahogada.

—Bien. Pues va vd. á hacerme un favor. No falte vd. al baile; á las nueve en punto; le necesito mucho.

—Vendré.

—Pero, hombre; continuó sacándome por un brazo á la calle y echando á andar ¿conoce vd. criatura más linda que esa? Ayer que salí en la *comisión de convite* la ví en casa de su papá y me quedé de una pieza delante de ella. ¡Qué ojos, Juan! ¡qué boca! ¡qué hermoso color! ¡qué cuerpo y qué garbo, sobre todo! Todas estas tísicas juntas no valen lo que un brazo de esa muchacha! Y dígame vd. ¿no es tonta? Yo no lo creo, porque eso se conoce á las tres palabras. Me pareció tímida; pero me pareció también lo más lindo que conozco.

Sofocado, irritado y nervioso, acompañé á Miguel hasta la puerta de su casa, y me dirigí á la mía, maldiciendo mi estrella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

El baile.

Los más contrapuestos sentimientos se juntaban dentro de mí, manteniéndome desasosegado y lleno de turbación, cuando á las nueve de la noche franqueé los umbrales de la casa del Gobernador, y seguí la callejuela de ramas que conducía del portal al salón de baile. La tímida cortedad me recordaba que aquel era mi estreno en la sociedad culta, y me inspiraba el temor de incurrir á cada paso en torpezas *pedreñas*; los saltos del corazón me decían que después de muchos

meses iba á ver de cerca á la dulce niña que era para mí el único afecto íntimo que tenía sobre la tierra; y cuando esta idea predominaba en mi espíritu con mayor imperio, veníame á la memoria el caluroso elogio que de Remedios me había hecho aquel joven tan apuesto, tan inteligente y tan bien reputado, superior á mí en todo, si no era en querer á Remedios, en lo cual no podía yo tener rival ninguno.

Penetré á costa de mil esfuerzos en el grupo de *gente que no baila* apiñado en la puerta, y levantado sobre las puntas de los piés, recorrí con la vista el salón no lleno aún. Tenía sobrado *quorum* el Congreso, cosa que en las sesiones no solía ser frecuente; había Tribunal pleno, y no faltaba uno solo de los empleados federales. Una parvada de cuervos me hizo adivinar el sitio que ocupaba la Gobernadora con sus hijas, y en el lado opuesto noté que D. Sixto Liborio agasajaba á dos niñas que en el sencillo traje daban muestras de humilde condición. De pronto creí que era esto una virtud.

Liborito recorría el salón de uno á otro ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tremo, luciendo un trajecillo estrenado aquel día, y como queriendo demostrar á los concurrentes que estaba en su casa, que era día de su santo y que podía entrar y salir por todas partes; José María procuraba imitarle, y Panchito, solicitado por señoras y caballeros, recogía de aquí y de allí una caricia, un elogio, un mimo cualquiera, que no pocas veces pagaba con su desdén de niño malcriado.

El grupo de la puerta se movió estrujándome fuertemente, y una voz imperiosa dijo á mis espaldas:

—Con permiso de ustedes., que pasan las señoras.

Al dejar mis acompañantes el paso libre, me estrecharon contra la puerta obligándome á quedar inmóvil y como incrustado en ella. Llegaban tres damas apoyadas en el brazo de otros tantos miembros de la comisión encargada de recibir á los invitados. Pasó rosándome la primera, mujer de un pariente de Vaqueril; después su hija, que con gesto de asco procuró evitar mi contacto, y por último la tercera, alta, morena, radiante de hermosura, sol de belleza deslumbradora, que

heló la sangre en mis venas y la encendió súbitamente en mi corazón, dejándome mudo y tembloroso. Era Remedios, la Cabezudita de que hablaba Miguel, mi reina, mi paloma pedreña, mi todo. Miróme al pasar, deteniendo sobre los mios sus grandes y apasionados ojos; turbóse como yo, y en el leve movimiento de sus encendidos labios, adiviné que quiso saludarme.

Arrastrado por irresistible instinto, atraido por aquella hermosura, que me inspiraba un amor como no he conocido otro ni en el mundo ni en las novelas, olvidé la timidez montaraz que me dominaba y dí un paso para seguir á Remedios; pero una mano brusca y pesada como un guantelete cayó sobre mi hombro y me repuso en mi sitio de un empujón.

—Hagáse á un lado; me dijo D. Mateo Cabezudo, clavándome sus ojos irritados, como de tigre hambriento.

Y al quedar yo otra vez en mi primera posición, oí las risas sofocadas de mis vecinos que se burlaban de mí. Disimulando el bochorno,

me levanté sobre las puntas de los piés, y seguí con la vista á la pedreña. Ví entonces que el caballero que la acompañaba era Miguel, y por primera vez sentí el aguijón más doloroso clavado en mi corazón y desgarrarle: los celos.

¡Qué hermoso me pareció Miguel entonces y qué gallardo! ¡qué facilmente flexibles sus miembros, y en sus movimientos! ¡qué airoso y desembarazado! ¡Con qué maneras tan finas la acomodó en escojido sitio, entregando á Concha, que salió á recibirlos, el abrigo de la joven, que él mismo la ayudara á desprenderse de los hombros! ¡Qué frases tan bonitas la diría! ¡Qué talento demostraría en su conversación! ¿No sería natural que despertara vivas simpatías en el tierno corazón de aquella niña, sólo acostumbrada á las rudas espresiones de mi lengua? ¿No llegaría á verle como el hombre más hermoso y el mejor de cuantos había conocido? ¡No llegaría, por último....

¡No llegaría á nada! La luz de luna de sus ojos que me buscaban en el grupo de la puerta hirió los miós. ¡Bendita seas! Empujé sin

miramiento á los que me interceptaban el paso, y entré resueltamente, pisando la alfombra que me parecía tener encima una capa gruesa y estorbosa de lana cardada.

No sé que habría hecho una vez dentro del salón, si Miguel no saliera á encontrarme, cuando se retiraba dejando acomodada á Remedios. Me estrechó la mano fuertemente y apartándome á un extremo me dijo:

—Estuve alerta en el zaguán para introducirla yo. Tuve que fingirme distraido para que mis compañeros de comisión dieran el brazo á esa señorona y su hija; pero parece que ellas lo notaron, porque me han puesto una cara de demonios. No me importa. Tengo un mal síntoma, Juanillo: estoy muy tonto cuando hablo con la Cabezudita, y parece que la lengua se me pega en los dientes. Al sentarse allí, se la enredó el fleco del abrigo en un botón de mi levita, y me dijo: "Dispense vd." y yo, con esta inexplicable torpeza, la contesté: "Mil gracias." Por eso no me quedé platicando con ella; me avergoncé mucho.

El más grave síntoma que presentaba el joven abogado, era aquella verbosidad en que

todo se revolvía, como en los enamorados sometidos á una impresión viva se revuelven sentimientos é ideas á primera vista inconexas.

—Vea vd. con cuánta frecuencia dirige para aca la vista, continuó; pero creo que es á vd. á quien mira, ¿vd. la ha tratado? ¡Mire, mire que ojos! El Coronel es su papá ¿verdad? ¿Que no? Ah! es su tio. Me alegro porque ese hombre me es antipático· ¿No es vd. su pariente? Le aseguro que jamás me había impresionado una mujer tan profundamente como esta criatura, ni mucho menos. Pero hay razón para ello. Otros buscan la alcurnia, la familia, la posición; eso es indigno y vergonzoso; yo busco algo que llene, que satisfaga las altas aspiraciones de mi alma; algo ideal y superior á todas estas mezquindades que nos rodean y nos ensucian constantemente con su saliva. Una mujer pura, dulce y amorosa para entregarla mi corazón enteramente, hacerla dueña absoluta de mi alma y compartir con ella las dichas de la vida que ahora me sonríe. Todos me dicen que soy hombre de porvenir, que puedo alcanzar

grande altura en las letras, en el foro y en la política; todas las esperanzas se conjuran para halagarme y tengo fe en mis fuerzas.

Pero ¿qué son las glorias ni los triunfos si no hay una mujer querida á quien ofrecerlos? El hogar es la recompensa de la honradez y el trabajo; el hogar en que nos espera una mujer cariñosa y tierna, y en que quizá se mece suavemente una cuna blanca, es un remedo de la gloria de los fastos. Yo he de conquistar eso, Juan; á eso aspiro, y por eso al ver á esta niña en cuyos ojos se lee la pureza del alma, y que reune además tanta hermosura, me he sentido subyugado y atraido de una manera irresistible.

Templábase el encono que el amor de Miguel encendía en mi alma, con la honradez y nobleza de sus ideas, que generosamente admiraba yo y aplaudía en mi interior. Al oirle hablar así, sentía yo juntamente la necesidad de aborrecerle y la obligación de estimarle más que antes.

¡Qué contrariedades las mias! Mis ilusiones veniau por tierra; mi tranquilidad desa-

parecía; mi conformidad con la situación y estado en que vivía, se cambiaban súbitamente en una ambición que me espoleaba con agudos aguijones; y soñaba yo engrandecerme, distinguirme, ser superior á todos y en todo, principalmente á Miguel. ¡Y Miguel había sido hasta entónces mi esperanza para lo porvenir!

—Le rogué á vd. que no dejara de venir, prosiguió el jóven, por esto; por hablar con vd. de ella, informarme de sus antecedentes, de su familia, para que me diga vd. que es tan buena como lo revelan sus ojos. Quiero hablar de ella con un amigo como vd., que me quiere sinceramente y que además la conoce.....

—¿Miguelito? dijo á nuestras espaldas una voz de mujer.

—Perdone vd., dijo Miguel á una señora obesa y emperejilada, que respiraba con dificultad; no ví cuando ustedes se sentaron aquí y estábamos dándoles la espalda.

Las niñas que acompañaban á la matrona saludaron á Miguel melosamente, y se balancearon en los asientos.

—Dígame vd., dijo la mamá; ¿quién es esa muchacha que se sigue de la Carriles?

—Es la sobrina del Coronel Cabezudo.

—¡Ah! ¿Esa es la Cabezudita?

—Justamente.

—¿Esa? dijeron las niñas estirando el pescuezo hasta adelgazarle.

—Pues no me parece tan bonita como me habian dicho; añadió la señora.

—¡Psh! hizo la hija mayor.

—Es regular, cuando mucho, observó la menor.

—Eso es una heregía; dijo Miguel picado. ¿Pues no son hermosísimos esos ojos? ¿Y esa boca es fea? ¿Y ese cuerpo?

La orquesta colocada en la pieza inmediata, anunció una polka, y Miguel abandonó á las damas para ir en busca de Candelarita, la cual le había bonitamente comprometido á bailar con ella todas las piezas de ese género.

Todos los pisaverdes se movieron á la vez, y tres se dirigieron á Remedios para invitarla. El primero en llegar fué el agraciado, miéntras los otros, haciendo una curva rápi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da, trataron de disimular su intento y fueron á invitar á otras jóvenes que aceptaron aunque con gesto de orgullo ofendido.

Momentos después, las parejas recorrían el salón en rápido vuelo, con excepción de algunas que giraban torpemente sobre su eje sin salir de un lugar, y tales eran la de Vaqueril y una de las jóvenes de aspecto humilde con quienes antes platicaba; la de Sequedal y una hija escuálida del Secretario, y la de Don Mateo que sólo sabía bailar el zapateado de *la tierra*, y que en aquel momento tenía en un potro á la pobre Conchita.

El adusto Secretario se dejaba guiar por Doña Eulalia; la cual por vía de broma y travesura, se empeñaba en perseguir á Miguel, obligando á su galán á sacar fuerzas de flaqueza, para competir en agilidad con el jóven diputado.

Los galancetes estaban en su elemento, demostrando cuánto tenían cultivada la lijereza de los piés. Volar haciendo rápidos círculos en la alfombra; sofocarse, detenerse después, dando el brazo á la señora y abriendo la boca para tragar mucho aire; pasarse

el pañuelo por la frente sudorosa, y decir á la compañera: "Baila vd. divinamente" para que conteste: "Gracias á vd. que me lleva;" tal era allí la suprema aspiración de los que no tenian motivo para aspirar á más.

La rapidez de la polka contentaba mi deseo, pues mediante ella, Remedios pasaba junto á mí con frecuencia, dirigiéndome siempre una de aquellas dulces miradas que me enloquecían.

Así curaba el mal que me hacía verla en brazos del tonto que bailaba con ella.

—¡Que delicioso debe de ser llevarla así! ¡Y luego que parece una pluma! Si yo pudiera, si el Coronel no hiciera una de las suyas, la diría mil cosas que tengo aquí dentro, al compás de la música y apretando su mano y estrechando su cintura. Ya me lo dice con los ojos; pero eso no me basta; quiero que me diga con su vocesita de paloma que siempre soy su única esperanza de felicidad, que me quiere lo mismo que en San Martín, y que no ha de olvidarme jamás. Todos estos mequetrefes pueden bailar con ella, y ella aceptará aunque sea con repugnancia; sólo yo no

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

puedo tocarla, ni hablarla y hasta para mirarla debo andar con cuidado.

Esto pensaba yo, y como de costumbre, mis propios pensamientos fueron calentándome la sangre y extremando mi deseo, hasta el punto de determinarme á buscar el medio de satisfacerle.

Calló la música, y los galanes condujeron á la señoras á sus sitios respectivos, retirándose los más á los ángulos del salón, puertas y otros puntos desocupados, mientras algunos permanecían frente á las damas agasajándolas y divirtiéndolas con esa frivolidad que es la cualidad más apreciada por la mayor parte del bello sexo, y la más codiciada de los pisayerdes. Miguelito quedó preso entre la familia Vaqueril, que le ató con mil hilos de conversación; y pude notar por las miradas de las señoras, que se hablaba de Remedios.

La matrona sofocada, que tenía hambre de hablar, dijo á una de sus hijas:

—Pues vaya con la tal cabezona! Han dado todos en decir que es de una belleza in-

comparable, y creo que hasta ella lo va tomando por lo serio.

—¡Y viste con qué calor comenzaba á defenderla Labarca?

—Novelerías, asentó la menor; una belleza de pueblo. Mira, mamá, si ni sentarse sabe.

—Tiene el abanico en la mano y no se atreve á abrirlo por temor de romperlo; dijo la mamá desplegando el suyo con garbo.

—Grande, gorda y colorada; eso es todo. Ya lo creo; como que en el pueblo iría por agua á la fuente y lazaría toros.

Me alejé de aquel lugar porque me venían á la lengua y me repicaban en los dientes algunas frases que no debía decir; pero no bien me hube detenido en el ángulo opuesto, cuando oí que un mequetrefe decía á una polla almibarada.

—Yo no soy de ese coro, Pepita; yo prefiero las manos delicadas de la *aristocracia*, perfumadas desde la cuna, á las que todavía traen el olor de los corrales de ganado.

La risa que esta agudeza produjo entre hombres y señoras, les impidió ver el ade-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mán irresistible que hice, á tiempo contenido, de agarrar á aquel charlatán por el cuello. Iba á cambiar de sitio otra vez; pero al ver que enfrente de mí una señora flaca y de plegado rostro, miraba á Remedios con un ojo, al través de los lentes cerrados, hablando al mismo tiempo con alguna otra y sonriendo con aire de burla, llegada al colmo mi irritación, traté de huir y pasé á la pieza contigua, opuesta á la que los músicos ocupaban.

Era esta una amplia habitación, que aderezada para el caso convenientemente, mostraba desde luego ser la destinada para el ambigú y gaudeamus de la media noche. Dividíala una mesa larga y angosta, sobre cuyos manteles veíanse ya colocados con simetría multitud de platillos con todo género de golleríias; botellas de diversas formas, colores marcas, y de trecho á trecho altos floreros con grandes ramilletes.

Ya andaban por allí las comisiones destapando botellas y apercibiendo copas para obsequiar á las damas; y tal cual viejo goloso, se paseaban á lo largo de la mesa, con

malicia y recelo, calculando la estrategia más conveniente para el merodeo disimulado.

Hice poco caso de estas menudencias, y procuré buscar un sitio desde donde pudiera mirar á Remedios y ofrecerme á sus ojos.

Continuó el baile animándose cada vez más. La atmósfera impregnada del aroma de flores, pañuelos y cabezas, fué haciéndose pesada y sofocante; las conversaciones sonaban en alta voz y las risas eran repetidas y francas; muchos eran ya los que entraban en el comedor improvisado y salian de él llevando botellas y copas; cada cual se comportaba como si estuviese en su casa propia; las mamás estaban sordas, los papás ciegos y sus hijas resueltas; en una palabra, la *expansión* del periódico oficial había traspasado por todos los vientos las fronteras del encogimiento atildado que impone la sociedad culta.

Allí el que no estaba embriagado por el licor, sentía la enagenación del contento; y el viejo que no se sentía agobiado por el sueño, estaba ahito de pastelillos y dulces, que tanto dá. En aquella estancia, mientras más loco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que todos, me bañaba yo en la luz de los divinos ojos de Remedios, oí cien brindis de cajon, ponderando la amistad y despreciando el dinero; cien en que se protestaba adhesión y se derramaba la sangre del orador como quien derrama un vaso de agua sin mojar á nadie; cien de admiración á la sabiduría de Vaqueril, al talento de Miguel y al pulso político del Secretario del Despacho. Las palabras *fraternidad*, *confraternidad*, *lealtad*, *sinceridad*, *libertad*, y otras mil de igual terminación, amontonadas en cada boca, disputaban sobre cual había de salir la primera, y más de una vez oí decir como una gran cosa, aquella frasesilla, tabla de salvación en naufragios oratorios, de que "el silencio es muy elocuente" y "vd. sabe cuanto quiero decirle."

Vaqueril dijo al fin el suyo: aquel que escribió tres días antes Miguelito y que no llegó el alto magistrado á tomar bien de memoria. ¡Como le aplaudimos!

Pasaba de media noche, cuando las señoras, invitadas por los galantes caballeros, in-

vadieron el comedor y rodearon la mesa, no con más orden y silencio del que hasta allí mantuvieran; pues atentos los papás y mamás á las carnes fiambres y á las menudencias esparcidas por cuanto eran manteles, dejaban ancho espacio para el desenvolvimiento de la confianza y la cordialidad de las niñas.

Vaqueril conservaba la afectada sonrisa en los labios y la mirada perversa en los ojos, pues había limitado el vino á lo que podía consentir el decoro de su alta magistratura. Las niñas humildes á quienes antes atendía, le miraban desde lejos, quejosas de su inconstancia, pues las había repentinamente abandonado. Miguelito servía á Doña Eulalia é hijas, dirigiendo á Remedios miradas furtivas, en tanto que la Gobernadora, de mal talante y con grosera insistencia no quitaba los ojos de la hermosa pedreña.

Cuando las parejas volvieron al salón y Remedios se alejó de mí, el afán de bailar con ella me tenía desesperado en términos que me sentía capaz de invitarla en los bigotes mismos de Don Mateo. ¡Y cómo no, si la ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bía visto en brazos de Carriles, del Redactor, y aun en los de Miguel, á quien sorprendí alguna vez hablándole al oído?

Miguel se me puso delante y me dijo:

—¡Ya bailé con ella, Juan! Lo hace como ninguna de estas. Le hablé, pero ¡lo creerá vd. hombre! he tenido miedo, he temblado y creo que le dije puras simplezas. Ya platicaremos. Voy á bailar con Candelaria esta pieza. ¡Me carga esa fea!

De la puerta regresó para decirme estas palabras que me helaron la sangre:

—Don Mateo ha rogado al Gobernador hace un momento, que le despida á vd., y le arrancó el compromiso de que lo hará muy pronto. Mañana veremos que se puede hacer.

De un solo golpe vinieron á mi imaginación todos los males que este alevoso ataque me causaría, y al pensar que tendría que huir de la ciudad por falta de un miserable sueldo, que no vería ya á Remedios, y que humillado y abatido, debería renunciar á levantarme á más alta esfera, sentí que flaqueaban mis fuerzas, y me apoyé en la pared. En mi exaltada

imaginación me pareció ver á Remedios que fijaba en mí sus ojos llenos de ternura y de lágrimas, y brotaron las mías, quemándome el rostro como plomo derretido.

Una voz dulcificada trabajosamente y que me pareció maullido de gato, interrumpió mis imaginaciones que eran cada vez más amargas.

—¿Quiñones?

Levanté la cara, disimulando mi pena, y quedé asombrado al ver delante de mí al Señor Gobernador, que me miraba con interés.

—¿Porqué está vd. tan solo, hombre? ¿No le gusta bailar?

—Señor.., tartamudeé tímidamente.

¡Vamos! Y creo que ni una copita ha tomado vd. Venga por aquí, hombre; venga por aquí, que hoy no consiento que nadie esté triste.

Y caminando de asombro en asombro, seguí al Señor Vaqueril, el cual, en llegando á la mesa, llenó una copa de cualquier licor y me la puso en la mano. Yo bebí y quedé esperando que Don Sixto me manifestara con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más ó menos claridad que no debía volver á la oficina; pero lejos de eso, comenzó por preguntarme qué tal me iba de trabajo, y si Miguel me recargaba de quehacer. Contesté lo que era del caso, manifestándome agradecido de sus bondades; y llena la mente de las más intrincadas confusiones, me turbaba más y más, mientras Don Sixto extendía por mayor espacio la amable conversación.

¿Qué me parecía el baile? No era gran cosa, á su entender; á mi podría parecerme muy bueno porque era el primero á que asistía en la capital.

¿Hacía mucho que había llegado á ella?..

Y así fué resbalando, resbalando, hasta esta pregunta que ya me dió en que pensar, porque él estaba enterado de mi procedencia.

—¿De donde es vd.?

—Señor, de San Martín de la Piedra.

—¡Hombre! Es vd. paisano de Cabezudo.

—Sí, señor.

—Yo estuve en San Martín una vez; pero hace ya muchos años. Todavía Cabezudo no sonaba por allá, y vd. sería una criatura. Y á propósito, hombre; vd. ha de conocer á esta

muchacha que tiene como hija; esta que llaman la Cabezudita.

Cortóseme en aquel momento la respiración, sentí un baño de agua hirviendo, y quise decir que no, dominado por la indignación más viva; pero tuve un rayo de luz que me iluminó la mente, y dominando el primer movimiento, contesté que sí, y me dispuse á entrar en batalla.

Don Sixto siguió resbalando, resbalando, y yo allanando el camino, por más que la vergüenza estuviera quemándome el rostro. Cuando me sentía débil para aquella lucha, traía á la memoria las palabras de Miguel, y pensaba en la suerte que cabría á Remedios abandonada por mí entre aquella gente, y como el gigante de la fábula, cobraba fuerzas al tocar el lodo en que tenía puestos los piés.

Según Vaqueril, la Cabezudita era una muchacha que le inspiraba gran simpatía; desearía ser presentado á ella de una manera amistosa y familiar; no como lo había hecho Cabezudo; desearía también que un amigo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dida por el Coronel, embargaba á Remedios; después, dejándose arrastrar por los sentimientos que mis palabras despertaban en su corazón, quedó atenta á mi voz; y llevada su viva imaginación por los campos que juntos habíamos recorrido en otro tiempo, al sólo conjuro de mis enamoradas expresiones, la niña con acento de tierno é íntimo cariño, murmuró muy bajito:

—¡Qusiera volverme á San Martín!

¡Cuánta elocuencia en tan breve frase! Sí; yo esperaría á las diez de la mañana en la esquina del portal para verla salir de misa y decirla adiós al pasar junto á mí. Por la tarde montaría yo á caballo para recorrer la calle repetidas veces y verla sentada á la ventana; y después de la merienda iría á buscarla á la serenata en la plaza, donde de seguro la encontraría y quizá platicaríamos un momento..!

¡Vaya si perdimos el tiempo en asuntos como éste! Hube de notarlo al fin, y puse remedio hablándole de la manera de comunicarnos. ¿Quién se acordaba de celos en aquel

instante? Y si me acordara ¿podía atreverme á lastimar su delicado amor, siquiera diciéndole que había quien la encontrara hermosa?

La dulce y antigua confianza se restableció; abandonóse en mis brazos sin coquetería ni artificio, y aunque sobria siempre en palabras, aun en los momentos en que su noble corazón se encendía y agitaba, díjome tanto en cada frase y tanto me hizo adivinar, que no acertara á explicarlo la lengua más expresiva y elocuente.

Ella iba á misa á la iglesia del Refugio todos los domingos á las siete de la mañana. Salía pocas veces; pero de allí adelante trataría de que Don Mateo la llevara á las serenatas los jueves; iría con frecuencia á casa de una familia conocida, calle de las Peras, y saldría al balcón con las niñas, por si yo pasaba; pues no convenía que pasara yo por su propia casa.

¡Que breve fué aquella pieza! Cuando terminó, la familia del Secretario tomaba sus abrigos, y no hubo poder humano que la detuviera, ni mamá que no se creyera obligada á marcharse también. Cundió la voz de reti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ella la hiciera entender que él la estimaba mucho, por sus cualidades y por ser sobrina ó más bien hija de un amigo tan bueno como el Coronel. En una palabra, el quería que Remedios le tuviese por uno de sus buenos amigos, y aun le contase entre los de confianza.

Procuré yo que no extendiera á más la suya el Gobernador, y le aseguré que Remedios tenía un carácter agradable y sencillo, y que no podría menos que acoger con gratitud aquellos sentimientos. Don Sixto cayó en la red, y de repente me preguntó:

—¿Y por qué no baila vd. con ella, hombre? ¡Teniendo una paisanita tan linda se está vd. aquí lleno de timidez!

Me expliqué. Don Mateo había tenido graves cuestiones con un tío mío sobre límites de tierras; yo había sido auxiliar de mi tío en sus trabajos, y como este ganara al fin el pleito con costas, el Coronel me había declarado un odio mortal.

No necesité más. Cuando la orquesta anunció la pieza siguiente, el Coronel, en medio

de un grupo capitaneado por el diputado Roquete (merecedor de alguna tinta que en él gastaré), oía brindis inacabables con la boca abierta, puesto en el colmo de la estupefacción por el relato de hazañas que se le atribuían en la guerra y la política, de que así era autor como de la *Suma teológica*.

Maldígame el cielo si sé ni supe qué pieza fué la única que bailé aquella noche. Temblaba aprisionada en la mía la mano húmeda y helada de Remedios; su cintura se apoyaba en mi brazo, en el cual no pesaba la mitad de lo que yo quisiera, y al inclinarme para hablarle al oído palabras cortadas por las vivas emociones de mi corazón, sentí más de una vez, estremeciéndome de gozo, que rosaba mis mejillas su aliento agitado y ardiente. Debo de haber tropezado mil veces con las otras parejas; debo de haber desgarrado algunas faldas y causado muchas desazones á los demás. Yo no lo sé, ni entonces quise saberlo, ni ahora me importa recordarlo. ¡Cómo han de haberse burlado de mí los tontos que tan bien sabían bailar!

Primero el natural temor de ser sorpren-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rarse y hubo allí grandísima confusión de sombreros, abrigos, paraguas y bastones.

Temiendo una interpelación de Vaqueril, gané en tanto la puerta, sin poder explicarme si sentía yo el corazón ensanchado por la alegría ú oprimido por el recuerdo de aquel breve momento de placer.

VII

Lecciones orales.

A contar de aquella noche, no hubo semana en que yo no viera alguna vez á Remedios, ya en la serenata, ya al salir de misa, ya en fin en la calle de las Peras. Ignoro cómo se las compuso Vaqueril para excusarse con Cabezudo por no cumplir la palabra empeñada; pero mientras tanto, Miguel me dió á entender que su influencia había prevalecido en el ánimo del Gobernador,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rarse y hubo allí grandísima confusión de sombreros, abrigos, paraguas y bastones.

Temiendo una interpelación de Vaqueril, gané en tanto la puerta, sin poder explicarme si sentía yo el corazón ensanchado por la alegría ú oprimido por el recuerdo de aquel breve momento de placer.

VII

Lecciones orales.

A contar de aquella noche, no hubo semana en que yo no viera alguna vez á Remedios, ya en la serenata, ya al salir de misa, ya en fin en la calle de las Peras. Ignoro cómo se las compuso Vaqueril para excusarse con Cabezudo por no cumplir la palabra empeñada; pero mientras tanto, Miguel me dió á entender que su influencia había prevalecido en el ánimo del Gobernador,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y que no sería yo despedido de mi empleo. Fingí creerlo y le dí las gracias.

Mi situación, sin embargo, estaba llena de dificultades, que á cada momento me ponían en verdaderos apuros. Procuraba yo á toda costa no estar solo con Vaquerín, temiendo no me hablara de la Cabezudita y tratara de avanzar más en sus confidencias conmigo; y para conseguirlo me servía á maravilla la afición que me tomó Miguel, quien no se hartaba de hablarme de Remedios y de contarme cuanto pensaba y soñaba, cuanto intentaba y hacía.

Recuerdo que en los primeros días de Agosto, como Miguel tardara un poco en llegar á la oficina, adelantándosele Don Sixto Liborio, hubo de encontrarme solo; y después de entregarme algunas cartas dándome explicaciones ú órdenes sobre ellas, que no acostumbraba comunicarme nunca, tomó como pretexto á Don Mateo para llegar á esta pregunta:

—Hombre, ¿y su sobrina? hace tiempo que no la veo.

—Tampoco yo; contesté.

—Vaya con vd. hombre, ¡siendo su paisano!

Sixto Liborio le miraba con expresión de lástima y plegando maliciosamente los labios.

—Mire vd. Miguelito, le dijo; haga vd. lo que he dispuesto, y modere sus tendencias, si quiere llegar á ser algo. Ya se lo he dicho muchas veces. Ustedes los jóvenes, salen del colegio muy satisfechos de sus teorías y se creen capaces de gobernar el mundo; pero en la práctica se estrella todo eso... se estrella todo eso. Aquí es necesario hacer lo que conviene y nada más; aquí no venga con las leyes, porque no se puede gobernar con las leyes, sino que muchas veces es preciso hacer otra cosa; sí, señor, hacer otra cosa, ¿me entiende? Bueno, pues ahí tiene vd. á Baraja, que siempre ha sido mi enemigo y hombre malo; pues yo no quería darle la Jefatura; pero Don Vicente, el Secretario, me llamó la atención y me aconsejó que le diera la Jefatura, y se la dí; porque Don Vicente es muy práctico en esto. Trajimos á Gavilán al Congreso poco después, y con esas dos medidas muy oportunas, ya ve vd. cómo esto parece una balsa de aceite.

Miguel había apoyado la frente en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mano, vuelto á su asiento, y oía en silencio la cansada disertación de Vaqueril.

—Vamos, continuó éste ¿y qué sacariamos con quitar á este Recaudador? Nada: que entrarían al erario algunos fondos de poca importancia, y tendriamos un enemigo que vale un distrito entero. Esto será muy legal; pero no es político, y la política es lo primero. ¿Me entiende? la política es lo primero. Por eso dice Don Vicente que ustedes los jóvenes traen aquí sus teorías; pero que las teorías se estrellan en la práctica; que después de que reciben su título, necesitan la segunda enseñanza, que es la del mundo. Usted es todavía muy niño y muy bisoño. Yo no soy hombre de letras; pero tengo mucho mundo y soy práctico..... soy práctico. Déjese de arrebatos de colegio, hombre, y siga mis consejos; porque al fin, yo he visto ya muchas cosas y vd. sólo las ha leído, que es diferente, porque hay cosas que nadie las escribe. Usted es muchacho de porvenir, pero es preciso que aprenda y que escarmiente en cabeza agena. Conque no hay remedio: contéstele de conformidad.

Y pasaron á otra cosa.

Miguel tenía las orejas como dos tomates, y hablaba lo menos que podía, breve y secamente. Hizo alguna nueva observación; pero sin insistir, y con mal modo; y Vaqueril, después de algunas palabras que no oí bién, añadió como razón suprema:

—Es empeño de Eulalia.

El joven levantó la cabeza y miró al Gobernador, como si no pudiendo refrenar la lengua fuese á decir algo; pero Vaqueril le salió al encuentro con su acostumbrado punto final.

—No hay remedio.

Cuando el acuerdo concluyó, Don Sixto creyó conveniente añadir algunas explicaciones al exaltado joven.

—No está vd. bien enterado de la política, le dijo; y por eso no comprende mis actos. Ya yo sé que es mejor el orden, la moralidad, la ley, que dar pasos como estos; pero es preciso atender á las circunstancias, y obrar según lo quieran los tiempos.

Bajó un poco la voz y continúo:

—Voy á hacerle á vd. confianza que debo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hacerle; porque es vd. buen amigo mío y está identificado con los intereses de la *administración*. Por supuesto que son de la mayor reserva.

Miguel abrió los ojos cuanto pudo y miró fijamente á Vaqueril.

—La cosa anda mal por *allá arriba*, prosiguió éste misteriosamente.

—¡Que anda mal!

—Bastante mal. Desde hace un mes estoy recibiendo cartas como estas que me llegaron por el último correo. No he dado á vd. conocimiento del asunto, porque sus escrúpulos no se prestan para estas cosas esencialmente políticas. Pero me empeño en que sea vd. hombre ya; quiero formarle, y es preciso que vaya vd. conociendo el mundo..... conociendo el mundo.

Mientras esto decía, registraba un revuelto montón de papeles sacados de la bolsa; de entre los cuales separó al fin dos ó tres que Miguel leyó para sí, murmurando de vez en cuando:

—¡Qué atrocidad...! ¡Parece increible!

—Ya ve vd., pues, que el asunto es grave.

Necesitamos, por lo mismo, tener esto arreglado; quitar estorbos, cualesquiera que sean; contentar á los enemigos y tenerlos interesados en la suerte del Gobierno.

—Es verdad, murmuró Miguel como penitente humillado. Pero supongo que vd. habrá rechazado y combatirá estas ideas.

—¿Está vd. loco, hombre? exclamó Vaqueril casi enojado ¿Le parece á vd. prudente meterse uno á quijotear á estas horas? Cinco Estados de acuerdo, ¡y qué Estados! Luego, todo lo que surge después; por eso Don Vicente me ha dicho que hay que manifestarles simpatías, pero sin adquirir compromiso; y esto es muy bien pensado; es muy bien pensado. Así lo hemos hecho; y no crea vd. que aquí haya nada de incoveniente por tratarse de *los de arriba*. Hombre, si esto ya es la manifestación de la voluntad de la República. En fin, piense sobre esto y ya hablaremos; porque yo quiero que vd. tome parte en todo lo del Gobierno para levantarle ¿me entiende? para formarle á vd., hombre!

Hablaron algo más, guardóse sus cartas; y un cuarto de hora después, el Gobernador

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasó al despacho oficial, dejándonos solos á Miguel y á mí.

El joven arrojó las cartas sobre la mesa en que yo escribía, y paseándose á lo largo de la oficina, murmuraba entre dientes palabras que yo no podía entender. Detúvose después frente á mí y con voz colérica me dijo:

—Juan, yo no sirvo para esto. Yo no entiendo cómo por intereses de partido ¡qué partido! por intereses personales, pueden sacrificarse la justicia y la conveniencia pública. Entónces, esto no es gobierno, puesto que no tiene por objeto gobernar, sino andar en los enredos que quieren llamar política, para halagar á todo el mundo y no tener descontentos á tres ó cuatro pillos. Si el cargo de juez tiene por objeto hacer justicia, yo no me explico que pueda conferirse con más mira que con la de que haga justicia. Si el catedrático está pagado para enseñar, no consiento en que pueda nombrársele sino con el fin de que enseñe. Pero aquí se nombra un juez para que su familia tenga de qué vivir; un catedrático para que Baraja no se pronuncie; un jefe político, para que vaya á cambiar aires, y un recaudador para que se haga rico. No sirvo, no puedo yo servir para esto.

Retiróse Miguel á su mesa y miéntras él permanecia pensativo y cabizbajo, emprendí mi tarea de contestar las cartas según lo mandaban las notas.

El diputado volvió á acercarse á mi mesa, media hora después, y más que preguntándome, hablando consigo mismo, dijo pausadamente:

—¿Y qué participio querrá Don Sixto que yo tome en ese asunto?

Otra vez recorrió la estancia de extremo á extremo y se sentó después, quedando pensativo. Comprendí que sus cavilaciones tomaban rumbo nuevo.

Entró el Gobernador á las doce, firmó las cartas y me dijo:

—Quiñones: hágame favor de ir á mi casa y decir á mi esposa que me voy á comer con Cabezudo, que ha venido á invitarme.

El corazón me dió un salto y sentí qué toda la sangre acudía á mis pies; pero procuré serenarme y salí acompañado de Miguel que se retiraba á su casa.

El jóven había pensado mucho y por rumbos antes no explorados sin duda, puesto que en el corto espacio que fuimos juntos me dijo:

—Pensando bien, comprende uno las dificultades que encierra en nuestro país la ciencia de gobernar. No podemos condenar por la sola inspiración de la honradez, por las teorías, sin exponernos á ser injustos. Es cosa de volverse loco. Si el Gobierno necesita como base absolutamente indispensable, el mantenimiento de la paz; si la paz solo se logra y sostiene contentando á tres ó cuatro revoltosos..... pues, la verdad que esto es menos malo que andar metidos en una bola eterna.

Le miré la cara, y me pareció que el mal humor desaparecía de su semblante franco y simpático; aunque en aquel momento me lo pareció menos.

Encontré en su mirada un no se qué vulgar.

VIII

La Gobernadora.

PUESTO en presencia de la Gobernadora por oficios de una criada que salió á recibirme, dije á la señora lo que Vaqueril me había encargado; y aunque al hacerlo tratara de manifestar la mayor naturalidad y desembarazada cortesía, no dejó de estorbarme el expedito uso de la lengua, uno como rubor que me asaltó súbitamente al trasmitir aquel recado, el cual por proceder de una invitación del Coronel y por venir á la Gobernadora, era para mí dos veces humillante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El jóven había pensado mucho y por rumbos antes no explorados sin duda, puesto que en el corto espacio que fuimos juntos me dijo:

—Pensando bien, comprende uno las dificultades que encierra en nuestro país la ciencia de gobernar. No podemos condenar por la sola inspiración de la honradez, por las teorías, sin exponernos á ser injustos. Es cosa de volverse loco. Si el Gobierno necesita como base absolutamente indispensable, el mantenimiento de la paz; si la paz solo se logra y sostiene contentando á tres ó cuatro revoltosos..... pues, la verdad que esto es menos malo que andar metidos en una bola eterna.

Le miré la cara, y me pareció que el mal humor desaparecía de su semblante franco y simpático; aunque en aquel momento me lo pareció menos.

Encontré en su mirada un no se qué vulgar.

VIII

La Gobernadora.

PUESTO en presencia de la Gobernadora por oficios de una criada que salió á recibirme, dije á la señora lo que Vaqueril me había encargado; y aunque al hacerlo tratara de manifestar la mayor naturalidad y desembarazada cortesía, no dejó de estorbarme el expedito uso de la lengua, uno como rubor que me asaltó súbitamente al trasmitir aquel recado, el cual por proceder de una invitación del Coronel y por venir á la Gobernadora, era para mí dos veces humillante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Doña Eulalia no miraba en pequeñeces para dejar correr por sus naturales corrientes su irritable carácter; y así fué que á medida que yo hablaba, á ella se le iba un color y otro le venía, contrayéndose nerviosamente sus trémulos lábios, allá por los límites de las adobadas mejillas.

—Muy bien; me dijo al cabo, con una sonrisa de cólera (que sí las hay). Por supuesto que Roquete se fué también con el Gobernador á casa de Cabezudo.

—No sé, señora.

—Sí, sí; ya comprendo de qué se trata. Roquete no puede faltar allí. Entre vd. pase á sentarse.... Entre vd. le digo y déjese de excusas.

Y me cogió por el brazo, mientras gritaba:

—¡Candela! Ven acá, que aquí está Quiñones.

—¡Voy! contestó la hija desde su alcoba.

—Siéntese vd., continuó la Gobernadora, mientras yo estupefacto no sabía donde poner el sombrero. ¿Vd. sabe quién es Roquete? Pues Roquete es un desgraciado, que

cuando mi esposo andaba en sus negocios de comercio, antes de ser gobernador, tenía una barbería de mala muerte en el barrio de Cochinitos, y sólo los domingos se ponía una chaquetita de dril. Le hizo no sé que trampa á Don Vicente Torvado, quien despues influyó en mi marido para que fuera algo en el Gobierno, con el fin de cobrarse de los sueldos la suma que Roquete le debía. Vaqueril le nombró oficial de policía, solo por el tiempo necesario para que Don Vicente se cobrara; pero cuando esto quedó concluido, ya este bribón se había colocado muy bien en el ánimo de Vaqueril, por sus buenos servicios, y fué electo diputado á la Legislatura. Ahí tiene vd. á Roquete, ni más ni menos.

Perfectamente: ahí tenía yo á Roquete, sin punto ni coma de más ni de ménos. Ya me sabía yo todo eso, y aun lo misterioso de sus servicios, todavía no bien definidos por la opinión pública, no obstante que la tal es muy ducha y fina para esto de aclarar misterios. Pero todo aquello no me sacaba de mi estupefacción, sino antes bien me empujaba por ella adentro, al verme tratado con tal con-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fianza por la Gobernadora, como visita muy usada y frecuente.

—¡Candela! volvió á gritar.

—¡Voy mamá! contestó la voz de Candelarita.

—Pues no le quepa duda que Roquete acompañó á Vaqueril, dijo la Gobernadora. Y dígame vd. ¿este Cabezudo es muy animal? A mí me parece que sí; pero vd. que es su paisano debe de saberlo mejor.

—Pues, señora. . . . murmuré yo sin saber que decir, y enrojecido el semblante, porque iba ya comprendiendo algo.

—Claro, hijo; claro hable vd. y sin rodeos.

—Me parece algo tonto; pero. . . .

—Pero lo es mucho ¿verdad? Así me lo he figurado siempre; y como á mi me parece mejor tratar con fieras que con asnos, no es este Coronel de mi devoción. No; no me puede entrar. Sin embargo, vea vd., su sobrina me parece otra cosa; es niña que me simpatiza y que encuentro hermosa.

De tal modo trató doña Eulalia de mostrar naturalidad al decir esto, que comprendí inmediatamente que sabía mi inclinación

á Remedios ó quizá mis relaciones con ella. Algo más se me aclaró entonces la vista.

—¿Y Miguel? preguntó con intención dolosa muy manifiesta.

—Se retiró á su casa, respondí.

Sonrió maliciosamente la Gobernadora y dijo.

—Es natural.

Candelarita entró en la sala, y yo me puse en pié y salí á su encuentro para saludarla, aunque todas aquellas cortesías me ponían colorado y tembloroso, como que no estaba acostumbrado á salas con alfombras ni á familias de gobernadores.

—Se queda vd. á comer con nosotras, me dijo Doña Eulalia.

Y cuando iba yo á urdir alguna excusa torpemente, según lo imprevisto de mi situación, la Gobernadora me cerró la boca con estas palabras:

—Se queda vd.

No necesitaria más el hombre menos avisado, para comprender que todo aquel embolismo venía de trastienda oscura y sospechosa; y yo, echado á fuerza por tal camino,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hube de resolverme á usar de la más fina y refinada malicia que pudiese alcanzar un ingenio poco ejercitado en el oficio.

No tardó en asomar por allí Conchita, y á poco rato Panchito, quien se me quedaba mirando con impertinente atención, que tuve desde luego por preliminar de confianzas cargantes y fastidiosas. Sixtito y José María se habían quedado á comer en casa de un catedrático que los quería mucho, por talentosos y aplicados.

La copita anunciadora de la sopa y la sopa misma, me supieron á rejalgar, según estaba de cortado y afligido. Recuerdo haber volcado algún trasto con el codo, amén de otras torpezas por el estilo.

Durante la comida, cargó la conversación sobre el baile, aunque quisiera yo que más bien cargara sobre mis huesos; porque me temía que llegara á donde por fin hubo de llegar: á Remedios. Pero continuó aquí lo extraordinario; que no lo fué poco para mí oír á Candelaria poner por las nubes la belleza de la pedreña, admirar su natural garbo y magestuoso porte, y decir no sé cuantas co-

sas más, que daban al traste con mis propósitos de mantenerme malicioso y desconfiado. Concha me miraba con timidez y como á hurtadillas, sin despegar los labios, si no era para consentir en lo que su hermana decía apoyándose en su opinión.

Cuando nos levantamos de la mesa, sentí un mareo que me dió á entender que Doña Eulalia me había menudeado las copitas de vino, más de lo que mi sensatez era capaz de resistir. Y en efecto, recuerdo que elogié con algún calor á Remedios y que tuve la debilidad de dar á entender que era antigua conocida y amiga mía; esto con tono un poco inflado y vanidoso.

Concha estaba seria y se retiró á su cuarto; pero en cambio, la Gobernadora y Candelaria demostraban grandísimo contento:

—Vamos, Quiñones, me dijo la primera, con acento de amable confianza; confiéseme vd. una cosa.

—¿Cuál señora?

—Pero me lo confiesa vd.

—Diré la verdad.

—¿Palabra de honor? añadió Candelaria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Palabra de honor.

—Vd. está enamorado de la Cabezudita.

Ya sabía que esta sería la pregunta, y estaba yo deseando que me la hicieran; pero al oirla, tuve un momento de lucidez para comprender que aquella confesión era tan indiscreta como necia. Lo negué; hubo protestas, exigencias, risas y regaños; pero seguí negando y nadie me movió de allí.

—Está bien, dijo al fin la Gobernadora; pero por más que vd. lo niegue, yo estoy segura y nadie me lo quita de la cabeza. Y puesto que esto ha de serle indiferente, va vd. á hacerme el favor de ir en este momento á casa de Cabezudo.

—¡Yo! exclamé espantado.

—Ya sé que no le quiere, hombre; pero va vd. en nombre mío y esto le halagará.

—Pero, señora. . . .

—Nada; me dijo con voz imperiosa y poniendo cara de Gobernadora; vaya vd. y dígale de mi parte, que mañana le esperamos á comer.

No pude replicar y me despedí de ambas señoras, quienes me recomendaron que las visitara con frecuencia, pues querían contarme entre sus amigos, etc., etc.

En el zaguán de la casa del Coronel me detuve. El corazón me saltaba hasta cortarme el aliento, y tomé la precaución de formular el recado y repetirle tres veces para estar expedito en el momento supremo. Hice un esfuerzo de voluntad y entrando por el patio, subí la escalera, que me sofocó mucho. Un criado me condujo hasta la puerta de la sala, y sin la precaución del anuncio, que poco se usa por allá entré á tiempo que Roquete decía al Coronel:

—El asalto de San Martín es el hecho más brillante de vd.

Remedios saltó del sillón en que estaba sentada, y fijó en los mios sus espantados ojos; Vaqueril, que hablaba con ella en voz baja y acercándosele demasiado, levantó la cabeza; y otro tanto hicieron el Coronel y Roquete que platicaban á buena distancia de la pareja, sobre las campañas de Cabezudo.

—¿Qué busca vd. aquí? me gritó éste con voz de trueno ¡A qué viene vd!

Y echando chispas por los ojos, avanzó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacia la puerta, en donde yo había quedado como una estátua de rígido y frío.

No sé como expuse la invitación de Doña Eulalia; no sé qué me contestó el Coronel, aunque recuerdo que se inclinó delante de mí toscamente tres ó cuatro veces. Saludé y di dos pasos atrás ocultándome del Coronel, y desde el corredor dirigí una mirada á Remedios que debe de haber brillado con fulgores infernales, si es que asomó á mis ojos algo de lo que sentía en el corazón.

IX

Tonterías.

VAGUÉ por las calles de la ciudad al acaso y sin advertencia de lo que hacía; en tanto que en mi mente se sucedían en confusión y con rapidez extraordinaria los pensamientos más extraños y las más tristes imaginaciones. Sin darme cuenta de ello, un nudo me apretaba la garganta, y sentía yo necesidad de llorar, de gritar ó de cometer un desatino cualquiera con el primer tran-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacia la puerta, en donde yo había quedado como una estátua de rígido y frío.

No sé como expuse la invitación de Doña Eulalia; no sé qué me contestó el Coronel, aunque recuerdo que se inclinó delante de mí toscamente tres ó cuatro veces. Saludé y di dos pasos atrás ocultándome del Coronel, y desde el corredor dirigí una mirada á Remedios que debe de haber brillado con fulgores infernales, si es que asomó á mis ojos algo de lo que sentía en el corazón.

IX

Tonterías.

VAGUÉ por las calles de la ciudad al acaso y sin advertencia de lo que hacía; en tanto que en mi mente se sucedían en confusión y con rapidez extraordinaria los pensamientos más extraños y las más tristes imaginaciones. Sin darme cuenta de ello, un nudo me apretaba la garganta, y sentía yo necesidad de llorar, de gritar ó de cometer un desatino cualquiera con el primer tran-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seunte que encontrara al paso; respiraba yo con toda la fuerza de mis pulmones; andaba á prisa y agitaba los brazos más de lo natural; medidas todas á que se acude por instinto, cuando se quiere reprimir una pasión próxima á desahogarse en lágrimas ó de otro modo cualquiera.

No sé á qué hora dí con mi cuerpo en el vacilante y movible catre, mudo testigo de mis ensueños y esperanzas; pero sé decir que allí, envuelta la cabeza en la almohada, tanto pensé y tan confusamente en una hora, que pude darme cuenta de lo que pasa en la descompuesta imaginación de un loco.

¿Que había pasado? Nada en verdad. El viejo aquél estaba sentado junto á Remedios y hablaba con ella. ¿Cómo estaban sentados? Pues estaba la niña en el sofá y él en un sillón, bastante cerca. Vaqueril inclinada la cabeza, sonreia de un modo que él quería mostrar dulce; ella se puso en pié al parecer asustada. Ya sabía yo que había de asustarse al verme en su casa; nada tenía eso de particular. Pues esto no era cosa para mucho. Sin embargo, yo había sentido un movimien-

to interior de repugnancia, de aversión y desamor, y le seguía sintiendo con igual ó mayor fuerza. Remedios no era ya la misma para mí, ni podía serlo nunca; el polvo de la calle entrando por los balcones, había opacado sus relucientes cabellos y oscurecido la limpidez de su frente. ¡Qué me importaba que no tuviera ella la culpa!

No puedo explicarme, porque el lenguaje es obra vulgar que no tiene medio para decir sino lo que todos sienten, y habría yo menester sobre doscientas palabras que no existen en diccionario ninguno; pero si me es dado acudir al lenguaje de la poesía, encanallado ya entre los copleros, diré que Remedios era para mí un ángel á quien habían arrancado las alas para convertirle en mujer. Yo no había aprendido el amor en novelas románticas, sino en los ojos de Remedios y en la delicada sencillez de mi corazón; y aquel amor tenía los propios caracteres de la tierra en que naciera, único elemento de poesía en que mi imaginación inculta podía buscar el adorno y embellecimiento del ser amado. Llevaba yo en el corazón todo el fuego de la

tierra caliente, y mi dulce niña me parecía una azucena del campo, de esas blancas y púdicas flores que abren su broche al perderse el último rayo de sol en las cumbres de las montañas de oriente, y le cierran al alba, como temerosas de ser sorprendidas por el astro del día. Me parecía otras veces una exhalación de verano, meteoro pasajero que huye por no deslumbrar, dejando una huella luminosa y efímera; y mirando el cielo de la noche salpicado de estrellas, buscaba yo como su propia imágen, la más pequeñita, la menos brillante, la que parecía querer ocultarse detrás de las otras para no dejarse ver del mundo.

De repente todo esto se desvanece, y Remedios se presenta á mis ojos como simple mujer, merced á un vejete loco que se encarga de demostrarme que he sido poeta sin saberlo, y sobre poeta, soñador rematado. Como si vagando embebecido por los bosques vírgenes de mi tierra, escuchando el rumor de los arroyos y el canto de los pájaros, aspirando el aroma de las flores silvestres y gozando de la sombra de los cedros y las caobas, súbitamente se tornasen aquellas poéticas soledades calle de populosa ciudad, cruzada de coches de alquiler, vendedores de periódicos y carros de mercancías; como si un ramillete de azucenas se trocase en mis manos en billete de lotería; así fué para mi alma aquella repentina transformación, no debida á Remedios, sino á mí mismo; pero que no era por esto menos dolorosa sin duda.

Ya avanzada la noche, abrí mi baul y saqué de él una cajita en que mi madre solía guardar sus pobres alhajas, y que entonces encerraba las mías; aseguré la puerta de mi cuarto, puse la luz á la cabecera, me eché en el catre, y revisé mi tesoro, como debe de ver el suyo el tenedor de billetes de un banco que acaba de quebrar.

Una flor seca. ¡Parece que conserva aún el aroma del primér día! Paseando á orillas del arroyo de San Martín, cogióla Remedios y la prendió en los cabellos de mi madre: yo la tomé después y la guardé cuidadosamente. Todavía entonces ignoraba ó sólo adivinaba la joven cuánto la quería yo. Despues

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una hoja de un libro de oraciones: es la que yo arranqué del de Remedios, aquel día que la ví llorar en la iglesia del pueblo. Cuando más tarde le dije que yo la había guardado, tomándola, después de la misa, en su propia casa, adonde fuí con un pretexto, se rió y me llamó tonto. Por más que ella lo niegue, estoy seguro de que esta fué la hoja en que cayeron sus lágrimas.

¡Una cinta roja! Se le cayó de la cabeza un día que estaba en cabello después del baño. Ya nos entendiamos; me exigió que se la volviera pero yo no accedí y la guardé; mas como pusiera semblante de verdadero desagrado, tomóla aún mayor el mio y devolví la cinta sin decir palabra. La niña me miró con ojos de aflicción y cariño, y me dijo con voz dulce, bajando los ojos: "Quédate con ella."

Algunas cartas. Bien pocas son y las sé de memoria, hasta con una que otra falta de ortografía en que incurrió la esmerada pluma que pintó cuidadosamente esos finos perfiles.

Después un pañuelo. Es el mío, el que me sirvió aquella noche horrenda y hermosa

á la vez, en que la saqué de San Bonifacio, para vendar la herida que recibió en el brazo izquierdo. Me acuerdo muy bien del arroyo en que nos detuvimos, de su desmayo, y aunque trato de evitarlo, me acuerdo también de su hombro desnudo, redondo y turgente. ¡Ah, si entonces nos hubiera atravezado á los dos la misma bala! Estas manchas negruzcas son de su sangre, de aquella sangre que yo habría enjugado de rodillas con mis labios.....!

Lo último del tesoro es un cuadrito de raso bordado de oro y pendiente de un cordón de seda. Es un escapulario...! Dos tenía mi madre sobre el pecho al rendir el alma á Dios. Uno se fué con ella como prenda de la que ya tenía por hija y por consuelo único mío; el otro es este que yo guardé como recuerdo de mi madre y de Remedios que le había enviado los dos, como la medicina postrera y para preservación del alma.....!

Cerré los ojos inundados en lágrimas, dejé caer la cabeza en la almohada, oprimiendo con mis labios el escapulario, y algo pasó en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi cerebro que no ha pasado jamás! No sé cuánto tiempo pasó; no sé tampoco....

¿Pero qué tiene que ver todo esto con la gran ciencia de que he ofrecido tratar? Perdone el lector que así me detenga en bagatelas que no pueden interesarle. ¡Está visto que no puedo bablar de Remedios sin desbarrar lastimosamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

X

La mutualista.

EL aborrecimiento que cobré á Vaqueril desde aquél día, sólo puede compararse al que gradualmente me fué inspirando Miguel, si no en naturaleza, sí en intensidad. No acierto á explicarme por qué la honradez del amor de éste á la pedreña, su pureza y su fogosidad, me causaba tan vivo encono como la afición torpe y grosera del elevado funcionario; y aunque á pesar de todo, Miguel no me parecía repugnan-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi cerebro que no ha pasado jamás! No sé cuánto tiempo pasó; no sé tampoco....

¿Pero qué tiene que ver todo esto con la gran ciencia de que he ofrecido tratar? Perdone el lector que así me detenga en bagatelas que no pueden interesarle. ¡Está visto que no puedo bablar de Remedios sin desbarrar lastimosamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

X

La mutualista.

EL aborrecimiento que cobré á Vaqueril desde aquél día, sólo puede compararse al que gradualmente me fué inspirando Miguel, si no en naturaleza, sí en intensidad. No acierto á explicarme por qué la honradez del amor de éste á la pedreña, su pureza y su fogosidad, me causaba tan vivo encono como la afición torpe y grosera del elevado funcionario; y aunque á pesar de todo, Miguel no me parecía repugnan-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te, algo bueno habría dado por anonadarle y destruirle.

¿Por qué no huí de aquella ciudad para siempre? Porque á despecho de mi desengaño no podía dejar de querer á Remedios como un loco, aun cuando no fuese para mí lo que antes era; porque necesitaba yo verla y vivir cerca de ella, no obstante que esto me hiciera daño y que mis sentimientos hubiesen cambiado subitamente de rumbo y naturaleza.

Las hablillas comenzaron á llegar á mis oídos, ora con la sospecha de que el Gobernador visitaba al Coronel con más frecuencia de la que mandaba la cortesía; ora con la relación de alguna plática indiscreta de Miguel, que demostraba su inclinación decidida á Remedios; ya diciendo que Roqúete tendía hábiles lazos; ya pintando escenas entre Vaqueril y Doña Eulalia, por celos graves de ésta, no enteramente infundados.

Si no llegué á oír esto con indiferencia, pude á lo menos llegar á sufrirlo con valor; y aunque conservando en mi alma aquél amor inextinguible y vehemente, la dulce, la ideal

Remedios fué apareciendo á mis ojos como la más hermosa de las mujeres, y nada más. Y sin embargo, tenía yo la certidumbre de su inocencia; que á no ser así, mi corazón siempre honrado no la habría amado un minuto más.

La oficina era para mí un potro de tormento; pero no quería abandonarla, ni quizá podía; porque allí buscaba yo las pruebas de la inocencia de Remedios, que un día había yo de presentar á la sociedad que la calumniaba y que ya daba muestras de tomar, aparentando despreciarla, el desquite de su hermosura.

Vaqueril no perdía ocasión de decirme algo muy afectuoso para la joven, con la esperanza de que yo se lo trasmitiera al pié de la letra; Miguel, ignorando las pretensiones de su superior, me contaba cómo el Coronel le admitió en su casa por excelente amigo, cómo Remedios le aceptó de igual manera, tratándole cada día con más confianza, y cómo la había ido dando á entender poco á poco y tímidamente el amor que sentía por ella. Remedios guardaba silencio al oír sus indirectas manifestaciones, bajos los ojos y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frente algo encendida; por donde podía, según Miguel, inferirse, que aquello no iba mal.

En el periódico oficial y acompañado de la correspondiente gacetilla encomiástica, Miguel publicó varias poesías dedicadas á *Marina* que algunos traducían por *Candela;* pero que él mismo revelaba ser Remedios.

Por supuesto que los propagadores de los chismes y enredos, tanto se cuidaban de no decirlos al gran sol Don Sixto Liborio, como á aquel joven que era la mejor esperanza para lo futuro, estrella de primera magnitud, hombre de porvenir y también de presente, con el cual nadie quería estar en mal predicamento.

Otros rumores comenzaron á circular por entonces, que dieron pasto á las imaginaciones inquietas, esperanzas á los descontentos y amenidad á las tertulias. Frente al poder supremo de la Nación se levantaba un gran partido, que por medio de zapa nocturna y cautelosa iba minando, minando, y tejía una trama habilísima por lo invisible y enredada, todo lo cual habría de dar por resultado el abatimiento repentino del partido personalista reinante; y todo por puras maniobras políticas, sin derramarse una gota de sangre, ni alterar, sino por breves días, el orden constitucional que nos regía felizmente.

Bien pronto supe yo á qué atenerme, y dominado por los diabólicos sentimientos qué sin yo advertirlo me invadían, guardaba mí secreto como un tesoro, y enfrenaba la lengua, que en alguna ocasión quiso dejarse llevar por la vanidad y dar á entender que estaba al cabo de todo.

En efecto; tratándose un día en consejo entre Vaqueril y Miguel, sobre la pretensión de Pérez Gavilán, de que un sobrino suyo fuese nombrado algo para lo cual era notoriamente inútil, argumentó Miguel, diciendo que el tal era ebrio consuetudinario. Vaqueril le enseñó una carta que dijo proceder de un Estado importante y añadió cuando el joven la hubo leido:

—Tenemos que seguir la corriente; ya se lo he dicho á vd.; ya se lo he dicho á vd.... Esto no tiene remedio, y es preciso ganarse á los pocos que puedan alterar las cosas y traernos dificultades. Ya he hablado mucho

con Don Vicente sobre este negocio, y Don Vicente es hombre muy entendido en la materia; como que ha sido secretario de cinco gobiernos seguidos.

Y como Miguel replicara, hablando algo de deberes y de gratitud, Vaqueril le hizo callar con un largo sermón, dicho con la voz lenta de costumbre y las pesadas repeticiones con que pretendía dar más autoridad á su sabiduría práctica.

—No hombre, deje vd. sus teorías de colegio. La paz pública, la conveniencia pública, la tranquilidad pública, el orden constitucional antes que nada. Ya se hace necesario un cambio; ya se hace necesario. El pueblo se cansa ¿me entiende vd? y mejor es darle gusto que obstinarse en mantener el mismo orden de cosas; y como este movimiento es general y lo más importante de la Nación, los mejores Estados, los mejores cuerpos del ejército están comprometidos, es una temeridad ponerse contra la corriente general, sí, señor; es una temeridad. Por esto es que dice Don Vicente. . . .

Y cuando salimos de la oficina, Miguel me dijo:

—Pensándolo bien, puede ser que el Gobernador tenga razón. . . .

De esta suerte fueron pasando los días, sin que en su trascurso ocurriese cosa digna de especial mención; puesto que no la merecen las fiestas cívicas del día de la patria, el 16 de Setiembre. De ese día sólo consta en mis apuntes que se inauguró la *Sociedad patriótica mutualista de obreros liberales*, imaginada, organizada y presidida por el Licenciado José I. Pérez Gavilán, que aunque no era ni obrero ni patriota, se interesaba mucho por *las clases trabajadoras*.

Singularmente me llamó la atención que se me invitara para entrar en la sociedad, y como de pronto me resistiera, el mismo Gavilán me llamó á su casa y me convenció de la utilidad de la institución, destruyendo mis escrúpulos con el incontestable argumento de que si entonces no era yo obrero lo podía ser más tarde.

Con toda pompa y regocijo se instaló la sociedad; contando desde luego con unos cien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miembros, que quince días después eran en realidad sólo treinta; pero que en los registros pasaban de trescientos. Se fundó un periódico que era órgano de la *patriótica mutualista*, con el nombre de *El Taller Libre;* y las niñas del Colegio Hidalgo bordaron el estandarte, que era de raso verde, con hilo de plata. El mote decía: *Libertad y Trabajo.*

¡Vaya con la dichosa sociedad, y cómo me entusiasmó! Era la primera en que yo me metía, y soy de disculpar si la tuve por importantísima y trascedental, al extremo de ir creyendo poco á poco que Gaviláu era hombre útil y desinteresado como ninguno. Pero mi satisfacción no tuvo límites, cuando fuí nombrado segundo secretario, por ausencia del que desempeñaba este oficio.

No tenía la *mutualista* más activo agente que yo, pues por todas partes ensalzaba sus propósitos y enaltecía su objeto, logrando llevar á su seno algunos individuos tan abonados y tan obreros como Clemente y Julian. Pero en vano traté de seducir á Pepe, el cual se contentó con explotar aquel filón con su

afilada lengua, dirigiéndonos cada discurso que nos ponía colorados y mohinos.

—Jóvenes, nos decía; somos aves de corral, y no es bién que asistamos á juntas que congrega una ave de rapiña.

Yo tenía sin duda en la frente la estrella de la mañana, pues todo el que me conocía me trataba no sólo con aprecio, sino hasta con mimo. Primero Don Sixto Liborio, después Doña Eulalia y Candela, y ahora el Sr. Diputado Perez Gavilán, que me quería como á las niñas de sus ojos, lamentaba que tan humilde empleo desempeñara quien tan grandes aptitudes tenía, y se proponía interponer su influencia para alzarme á una altura digna de mis alientos y cualidades. El me hizo secretario de la mutualista; debí á su empeño el ser miembro de varias comisiones importantes; á su pluma un párrafo de gacetilla honroso que en mi favor publicó *El Taller Libre*, y á sus contínuos elogios el que Julian y Clemente comenzaran á verme como un hombre superior. Pero mi asombro, á la vez que mi gratitud, se colmaron un día que me dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Me intereso tanto por vd., que aun á riesgo de parecer indiscreto, quiero decirle que ha tenido vd. el mejor ojo del mundo al fijarse en la Cabezudita para hacerla más tarde su esposa. ¡Vamos, muchacho, no se ruborice vd.! Ya sé que Cabezudo no le quiere, porque le considera muy abajo; pero no se apure: tengo entre manos una gran *combinación*, y si dá buen resultado, como lo creo, vd. subirá tanto que Cabezudo será poco. No crea vd. esos chismes que andan por ahí. La muchacha es una perla y debe vd. estar tranquilo. Ya hablaremos, ya hablaremos. Guarde silencio y espere, que yo le respondo. Ya hablaremos. Le tengo á vd. cariño desde la bolita de San Martín, pues sé lo que pasó allá con todos sus pormenores. Mi combinación es segura, y despues de realizada, vd. subirá y se casará con esa muchacha que tanto le quiere. Mientras tanto, no la abandone, hijo; escríbala, si no puede hablar con ella; ya hace mucho tiempo que se contenta vd. con sólo verla de léjos, y de algunos días á esta parte, hasta eso le escasea.

¡Aquel hombre sagaz lo sabía todo! ¡Con-

que no todos creían las hablillas! ¡Qué alivio sintió mi alma y cuanta gratitud y afecto hacia Gavilán! Había una *combinación*, que realizándose me elevaría y me colocaría arriba de Don Mateo.... ¡No necesitaba yo más para ser partidario de esa combinación y del grande hombre que la traía entre manos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

Confidencias.

PARECE que los aires de Octubre no son del todo saludables en aquella ciudad, porque nadie dejaba de estar en la ocasión á que aludo, nervioso y agitado. La Gobernadora más inquieta y singular que nunca, mostraba, lo mismo que Candelarita, una exacerbación de sus achaques de nervios, que la ponía intratable. Llamábame á su casa más á menudo de lo que yo podía llevar en paciencia, muchas veces para nada, y algunas para instarme con escaso disimulo á que estrechara mis relaciones con Remedios, sin hacer caso del Coronel. Su primogénita gastaba un humor de los demonios, y apoyando las instancias de la Gobernadora, solía hacer despreciativos gestos al hablar de la *famosa* hermosura de San Martín. Conchita no hacía más que asomar, y luego que oía el nombre de Remedios, volvía las espaldas y se metía en su cuarto.

Miguel demostraba una profunda preocupación, y en sus conversaciones conmigo, mezclaba en confusión extraña á Remedios con los Estados del *interior*, y los intereses públicos que había aprendido á traer siempre en la boca, con la declaración franca que pensaba hacer á Don Mateo de su amor á la pedreña. Resueltamente, opinaba como Vaqueril en el asunto aquél de política trascendental, y así lo manifestó al Gobernador en uno de tantos días de aquellos en que hablaban durante largas horas, enseñando el uno y aprendiendo el otro los principios de la gran ciencia.

Vaqueril estaba igualmente preocupado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y no pudiera ser de otro modo, puesto que el tiempo se venía con gran prisa, y graves acontecimientos tenían que suceder, que perturbarían, aunque fuese por breve espacio, la sosegada corriente de su mansa gobernación. Toda la elocuencia de Don Vicente Torvado había sido insuficiente para calmarle y poner tranquilidad en su espíritu: Vaqueril era hombre de pacífica condición, y si entraba en la danza era porque las circunstancias le necesitaban á elegir entre los dos extremos. En su aturdimiento, que en él reemplazaba á lo que puede llamarse preocupación, hablaba mucho con Torvado para aprender, con Miguel para enseñar, y con Roquete para divertir su atención de tan graves asuntos, y enderezarla á otros que, aturdiéndole menos, le interesaban más.

Pero lo más singular es que aquella agitación nerviosa se propagaba en todas direcciones, y hubo al fin de cundir entre los miembros de la *patriótica mutualista*, de lo cual dieron muestra en diversas sesiones, tamando la palabra hombres que siempre debieron dejarla quieta, no ya para proponer la concesión de un auxilio á un compañero enfermo, ni para disculpar al ausente, sino para elogiar calurosamente á Pérez Gavilán, sin qué ni para qué, lastimando la modestia del sencillo abogado. ¿Que no quería? Pues á despecho de todas sus protestas no hubo remedio, y tuvo que aceptar una medalla que la sociedad le decretó y la declaración de ser benemérito de la *clase obrera*. Yo estaba arrebatado de entusiasmo, y mis compañeros Clemente y Julián, pasmados de admiración, abrieron la boca cuando al concluir la sesión en que todo aquello fué aprobado, Gavilán me dijo, dándome un estrecho abrazo:

—La mitad de estos honores le corresponden á vd., que es el mejor auxiliar de esta nobilísima institución.

Al despedirse de mí, me habló bajito:

—Venga á casa mañana en la noche. Tenemos que hablar.

El recuerdo de aquella noche me avergüenza; pero á fuer de historiador imparcial y pecador contrito, he de apurar el recuerdo y he de escribir lo que quisiera más bien olvidar Gavilán se encerró conmigo en su escritorio,

y dándome una prueba irrecusable de confianza ilimitada y paternal cariño, me reveló importantísimos secretos de política, con el sólo fin de hacerme un favor y ponerme sobre aviso.

Vaqueril tenía la convicción de que Remedios era una lugareña vulgar y fácil, pues aunque él ninguna prueba hubiera recogido de tal juicio, ni la conducta de la joven lo hiciera sospechar, Roquete lo aseguraba con datos clarísimos. Naturalmente, Roquete mentía para adular la torpeza de Vaqueril. No; no había que creer una sílaba de tales calumnias. Pero Don Sixto lo creia, y tenía para sí que con alejar á Don Mateo, y quedando sola Remedios, todas las dificultades serian destruidas de un solo golpe. Estaba, pues, Vaqueril, determinado á valerse de cualquier medio para alejar á Cabezudo, y había discurrido uno que consistía en enviarle con una comisión importante, que se inventaría, á la capital de la República ó á cualquiera parte en que pudiera dilatar un mes ó dos; todo sin que el Coronel lo comprendiera, para que dando al asunto calidad de

urgencia, no tuviese tiempo de llevarse á Remedios. Pero había una dificultad para poner por obra el proyecto, y era que según una ley del Estado, no podía concederse á los diputados, durante el período de sesiones, licencia para ausentarse de la capital; y tal era el empeño de Vaqueril en el asunto, que por iniciativa suya, se discutiría en la sesión próxima la derogación de esa ley.

Gavilán sabía todo esto, porque Roquete mismo le había dicho la mitad, y la otra él la adivinaba.

—Resumiendo, concluía el abogado; Don Mateo saldrá de aquí violentamente; su sobrina quedará sola, acompañada de criadas fáciles de ganar, y Vaqueril, inducido y engañado por Roquete, será capaz de cualquier desatino, que por moderado que sea, bastará para echar en el fango la honra de esa pobre niña.

¿Cómo había yo de contener mi indignación, mi despecho y mi rabia en aquel momento? ¿Cómo guardar reservas al hombre que acababa de demostrarme tan clara y ampliamente el cariño que me profesaba?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pues sí; era verdad: quería yo, adoraba yo á Remedios, aunque aquel hombre infame se empeñara en mancharla, siquiera sólo fuera con sus impuros pensamientos. Yo velaría por ella, y antes mataría á todos los Vaqueriles y gobernadores del mundo, que consentir en que tocara su sombra.

—No, muchacho; me interrumpió Gavilán con su acento golpeado y breve; no habrá necesidad de recursos supremos si andamos listos y mi combinación se realiza pronto. Pero necesito saber cosas que importan para ponerlo en planta y.... Verá vd; es obra de una semana; en una semana todo queda concluido; y vd. mucho más alto que ese tonto de Cabezudo. Todo depende de un dato que no puedo conseguir. ·Hombre! ¡Qué diantre! Me ocurre que quizá vd. lo sepa, y ando como un loco, buscando este dato por todas partes.

—¿Cuál es? pergunté con ansiedad.

—Vd. sabe que hay preparativos para una revolución, que aunque que parece pacífica, puede llegar facilmente á las vías de hecho.

—Sí, señor; lo sé.

—Sabe vd. también que el Gobernador ha recibido cartas de los jefes del movimiento, y también otras de los que forman el gobierno actual

—Sí, sí; también.

—Que hay gobernadores, generales y cuerpos del ejército comprometidos....

—Sí, sí; todo.

—Bien ¿Qué partido abraza el gobierno?

—El de la revolución.

—¡Magnífico! gritó Gavilán dando un salto en su asiento ¿Ha visto vd. las cartas?

—No; pero he oído hablar de ellas al Gobernador y á Miguel Labarca. Un día....

Y hablé media hora sin parar, examinando los más oscuros rincones de mi memoria para no dejar de decir ni aun lo insignificante. Mi propia relación me embriagaba; las pasiones exaltadas me enloquecían, y mi lengua repicaba sin consentir puntos ni comas. Sentía yo un extraño deleite en hacer aquella delación, y para saborearla bién, la prolongaba con minuciosidades inútiles y aun quizá con exageraciones falsas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando concluí, Pérez Gavilán me dió un abrazo y me dijo:

—Muy bién, muchacho, muy bién; quedo enterado de cuanto necesitaba saber para poner en práctica mi combinación, y antes de quince días la verá todo el mundo. Por ahora mucha discreción y mucha reserva. Dentro de poco tiempo estará vd. mucho más alto que Cabezudo, y le envidiará; y esa niña será de vd. como ambos merecen. Pero vaya vd. á buscarla, véala, háblele, ó por lo menos, escríbale unos renglones. Ahí está Pepa que le ayudará.

Salí de la casa de Gavilán, todavía embriagado por mis vehementes pasiones.

—¡Pepa! pensé.

Y corrí á la casa de Remedios.

XII

Un lance.

PARA aquella ciudad, la hora era avanzada, aunque faltara más de una para llegar á la media noche. Estaba el tiempo lluvioso y destemplado, como suele en el mes de Octubre, y si la oscuridad no era tan densa que cegara, impedía sí la distinción de los objetos, esfumados sobre un fondo casi negro. El viento frío y húmedo azotó mi ardiente cabeza cuando salí de la casa del diputado; mis pasos resonaban en la calle desierta con los ecos lúgubres de la soledad, y tan abstraido caminaba yo, en el confuso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando concluí, Pérez Gavilán me dió un abrazo y me dijo:

—Muy bién, muchacho, muy bién; quedo enterado de cuanto necesitaba saber para poner en práctica mi combinación, y antes de quince días la verá todo el mundo. Por ahora mucha discreción y mucha reserva. Dentro de poco tiempo estará vd. mucho más alto que Cabezudo, y le envidiará; y esa niña será de vd. como ambos merecen. Pero vaya vd. á buscarla, véala, háblele, ó por lo menos, escríbale unos renglones. Ahí está Pepa que le ayudará.

Salí de la casa de Gavilán, todavía embriagado por mis vehementes pasiones.

—¡Pepa! pensé.

Y corrí á la casa de Remedios.

XII

Un lance.

PARA aquella ciudad, la hora era avanzada, aunque faltara más de una para llegar á la media noche. Estaba el tiempo lluvioso y destemplado, como suele en el mes de Octubre, y si la oscuridad no era tan densa que cegara, impedía sí la distinción de los objetos, esfumados sobre un fondo casi negro. El viento frío y húmedo azotó mi ardiente cabeza cuando salí de la casa del diputado; mis pasos resonaban en la calle desierta con los ecos lúgubres de la soledad, y tan abstraido caminaba yo, en el confuso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enredo de mis pensamientos y mis pasiones irritadas, que el centinela del cuartel inmediato, tuvo que gritar tres veces para que yo contestara el *¡quién vive!*

Pocos minutos necesité para entrar en la calle donde vivía Remedios, y á la cual me había dirigido más encomendado á la casualidad que á ninguna cuerda reflexión, puesto que no era fácil que á tales horas topara con la criada de confianza de la joven. Oía yo á mis espaldas el ruido de pasos que me seguían; pero como fuera á distancia que no permitía distinguir nada, quise dejar el paso al importuno para estar enteramente solo; además de que pudiera ser Don Mateo que volvía á su casa ó alguna persona conocida de quien debiera ocultarme.

Detúveme ántes de llegar frente á la casa del Coronel, y parándome en el umbral de una puerta cerrada, me oculté cuanto pude en su oscuro cuadro. El transeunte, al entrar en la calle, pasó á la acera opuesta, y retardando el paso poco á poco, siguió adelante hasta pasar frente á mi escondite. Me estremecí de piés á cabeza, al notar la gallardía

de aquella sombra, su paso ágil, naturalmente desembarazado, y su elegante ademán; porque en todo ello reconocí á Miguel.

—Pasará sin detenerse; va á otra parte.... no hay duda. ¡Como ha de detenerse!

Y mi alma estaba pendiente de aquella sombra que, al alejarse lentamente de mí, iba acercándose á la puerta del Coronel; pero por la cuenta no había de llegar nunca á ella, pues los pasos se hacían cada vez más cortos y lentos. Al fin la sombra pasó más allá; respiré y aun iba á salir de mi escondite, cuando deteniéndose el transeunte, y después de quedar un momento inmóvil, volvió con atentados pasos á la puerta. Debió de llamar á ella muy suavemente, puesto que nada oí si no fué el ligero ruido de los goznes que giraron; apareció una sombra más visible, que tuve por mujer, dadas su forma y lo blanco de su vestido; pero no llegué á cegarme en términos de desconocer por los desgarbados contornos que era una criada.

Pasó un minuto, que fué para mí de inexplicables congojas; la sombra blanca desapareció, y la primera, desandando aún algunos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasos, echóse á la mitad de la calle y arrojó alguna cosa al primer balcón, que movió los cristales produciendo un ruido suave. Creí que sería un ramillete.

Incapaz ya de contenerme, dí un paso adelante; mirando fijamente las puertas del balcón, que se abrieron sin ruido, dejando ver un hilo de luz. El amante, al verme, alejóse por la calle adelante, con lentitud que demostraba su deseo de ver el éxito del reclamo. Con rápido movimiento asomó en el balcón parte de un cuerpo á la altura de la barandilla y como ocultándose tras ella; quizá recogió el ramillete, desapareció en seguida apagóse el hilo de luz.

¡Pero yo la conocí sin verla! Toda la sangre afluyó á mi cabeza, zumbáronme los oidos, sentí cosas que no es posible explicar, y como aquella noche fatal todo conspiraba á arrastrarme á las más viles acciones, salté á la mitad de la calle, tomé del suelo una piedra, y con tal tino la lancé, que un vidrio se hizo pedazos, saltando hasta la calle con ruidoso estrépito. Rompiendo el silencio de la noche, aquel ruido se dilató por la calle solitaria, como blasfemia en templo vacío; mientras yo, frente al balcón, permanecía en pié, inmóvil, como desafiando á alguien que debiera alzarse delante de mí, amenazándome con la muerte.

Pero el ataque fué por la espalda. Volvíme violentamente y no pude reprimir una exclamación de gozo infernal, que se escapó de mis lábios, al ver á Miguel ó adivinarle en medio de la oscuridad. Detuve en el aire el brazo que iba á descargar con fuerza sobre mi cabeza, y sujetándole con mis dedos de acero por los hombros, le arrojé violentamente hacia atrás, con tan irresistible energía, que el joven perdió el equilibrio y dió consigo en tierra cerca de la pared.

Allí le habría matado, ahogándole entre mis brazos, si el joven no fuera tan ágil y no se pusiera en pié rápidamente. Evitó después con ligeros movimientos mis ataques, que llevaban la ruda torpeza del toro embravecido, y cuando yo con más furia me eché sobre él, sonó una detonación y me deslumbró un fogonazo.

Algunos agentes de la inútil policía noc-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

turna comenzaron á aproximarse con temor al lugar de la riña, y la menguada luz de sus linternas sirvió, ya que no para alumbrar la calle, para ahuyentar las tinieblas de mi cólera. Miguel no me había reconocido sin duda, puesto que no tenía sospecha alguna de que yo frecuentara la calle. Debía yo evitar la luz de las linternas, y así fué como al acercarse los que las llevaban, retrocedí, dejando el campo al joven; el cual, seguro de la inmunidad que le aseguraba su posición social y política, esperó sin cuidado. Yo seguí retrocediendo, y á cada segundo comprendía más y más el peligro en que me hallaba; apresuré mi retirada, gané la esquina, y cuando los agentes de policía reconocieron á Miguel y quisieron darme alcalce, era tiempo en que ni con galgos lo lograran.

Al día siguiente ¿quién no sabia lo ocurrido? ¿quién no lo exornaba con alguna invención peregrina, para ensayo de la imaginación propia y mayor regalo del oyente? Quién dijo que el desconocido rival de Miguel había recibido la bala en el hombro; quién que había disparado cinco tiros sobre el diputado;

uno aseguraba que los había oído, y tal hubo que juró haber presenciado todo el lance.

Riquísimo hueso aquél para roido en corros, tertulias y todo género de reuniones, y sabroso manjar para una sociedad que, falta de cultura y de medios de distraerse agradablemente, aburrida de la monotonía de su rutinaria vida, se apacentaba en el escándalo con satisfacción y deleite.

Vaqueril tuvo el descaro de regañar paternalmente á Miguel, dirigiéndole miradas de lástima y aun creo que de burla. Más que celoso al saber la inclinación del jóven, me pareció satisfecho del escándalo que amenguaba la reputación de Remedios y llamaba la atención pública hacia su protegido; pero como sobre todo le dominaba la manía de enseñar y de proponerse por modelo de buen pensar y juicioso proceder, no desperdició aquella soberbia ocasión, y enderezó á Miguel uno de sus más sustanciosos discursos, y como el joven revelara sus nobles sentimientos al tratarse de la pedreña, Vaqueril terminó la plática diciendo:

—En todo ha de ser vd. el mismo: siem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pre quijoté, siempre quijote. Yo no digo que deba vd. vivir encerrado, no señor; al fin es vd. hombre y eso basta; pero á su edad no es natural ni conveniente pensar en cosas formales ¿me entiende? Es decir, por ejemplo: rompieron un vidrio del balcón; bueno ¿y á vd. que le importa? ¡Hombre! Sólo que se quiera vd. casar con esa muchacha!

Soltó Vaqueril una risotada franca y sincera y continuó:

—Es hermosa y alabo el gusto; pero una muchacha de pueblo, ordinaria y con educación de Cabezudo, está bueno que le guste á uno ¿me entiende? pero ¡hombre! sería un disparate que vd. la quisiera deveras.

¿Por qué al oir esto arrojé el tintero al suelo, poniéndome pálido y tembloroso? ¿Por qué cuando Vaqueril me preguntó qué me sucedía, no pude contestar y estuve á punto de caer? ¿Por qué, si aborrecía yo á Remedios, sentía yo tanta ira y tanta rabia?

XIII

Gavilan.

Así señor; aquella situación era insoportable, y urgía salir de ella á la mayor brevedad posible. Remedios.... ¡psh! debía yo olvidarla enteramente, alejarme de ella, portarme de tal modo, que entendiera con claridad que me inspiraba un profundo desprecio; no, ni eso siquiera; porque para despreciar es preciso acordarse de algo, y yo no había de acordarme de nada, de nada absolutamente. ¡Querría irme de aquella ciudad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pre quijoté, siempre quijote. Yo no digo que deba vd. vivir encerrado, no señor; al fin es vd. hombre y eso basta; pero á su edad no es natural ni conveniente pensar en cosas formales ¿me entiende? Es decir, por ejemplo: rompieron un vidrio del balcón; bueno ¿y á vd. que le importa? ¡Hombre! Sólo que se quiera vd. casar con esa muchacha!

Soltó Vaqueril una risotada franca y sincera y continuó:

—Es hermosa y alabo el gusto; pero una muchacha de pueblo, ordinaria y con educación de Cabezudo, está bueno que le guste á uno ¿me entiende? pero ¡hombre! sería un disparate que vd. la quisiera deveras.

¿Por qué al oir esto arrojé el tintero al suelo, poniéndome pálido y tembloroso? ¿Por qué cuando Vaqueril me preguntó qué me sucedía, no pude contestar y estuve á punto de caer? ¿Por qué, si aborrecía yo á Remedios, sentía yo tanta ira y tanta rabia?

XIII

Gavilan.

Así señor; aquella situación era insoportable, y urgía salir de ella á la mayor brevedad posible. Remedios.... ¡psh! debía yo olvidarla enteramente, alejarme de ella, portarme de tal modo, que entendiera con claridad que me inspiraba un profundo desprecio; no, ni eso siquiera; porque para despreciar es preciso acordarse de algo, y yo no había de acordarme de nada, de nada absolutamente. ¡Querría irme de aquella ciudad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

maldita! ¿Y sería esto muy difícil? No por cierto. En cualquiera parte encontraría un pedazo de pan ganado con mi trabajo, y en cualquiera sufriría ménos. Pero si me iba, Miguel y Don Sixto quedarían dueños del campo, no encontrarían las dificultades que yo podía oponer, y aunque ella fuese una mujer indigna de ocupar el lugar que tenía en mi alma, yo no podía consentir ¡eso nunca! en que fuera juguete del uno ó legítima posesión del otro, que aun persistía en sus honrados sentimientos. ¡No, mil veces no! Remedios me pertenecía, como al marido la mujer despreciada, de quién sin embargo tiene celos aquél, aun cuando llegue á aborrecerla. Me quedaría yo, sí que me quedaría, no para reconquistar un amor arrastrado por el lodo; sino para impedir que otro gozara la dicha que yo había perdido.

Echado por este camino, mis pensamientos debían ir subiendo sin esfuerzo ni fatiga, empujados por mis encendidas pasiones.

Resueltamente, me quedaría, y no así como quiera; sino en actitud hostil, y trabajando sin descanso para hacer todo el mal posible á aquellos de quienes los recibía á puñados. Mientras tanto ¿cuál era mi posición? ¿como debía comportarme con mis jefes? ¿qué diría á Doña Eulalia cuando me dirigiese sus impertinentes preguntas?

Tanto me devané los sesos por resolver estas cuestiones, que hube de llegar á felicísima conclusión: consultar á Perez Gavilán; á aquel hombre que de un modo tan desinteresado y generoso se interesaba en cuanto me concernía, y me aconsejaba como el mejor amigo.

En verdad que no tenía parcial más adicto el famoso agitador del pueblo; pero dígase si no era grandemente simpático aquel hombre moreno, de buenas proporciones, ojos vivos, faz afilada y movible, boca maliciosa y lampiña, locuaz y ágil, listo siempre lo mismo para saltar por un balcón que para urdir un enredo ó inventar un subterfugio.

No me detuve en pensarlo: la idea era tan buena y oportuna que sobraba la reflexión.

Todo lo sabía, por supuesto; sabía que yo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

había descalabrado á Miguel, que este me disparó su pistola, que luego me puse en cobro, temiendo ser reconocido. El cómo y el por qué le faltaban, y yo lo dije sin alarde, modestia ni vergüenza.

—Miguel no sospecha nada, me dijo el abogado sonriendo; nadie lo sospechará tampoco, á no ser la Gobernadora, que es mucho más perspicaz y lista que Vaqueril. ¿La ha visto vd.? Pues véala, para que se declare sobre el asunto; pero con cuidado. Si no hay solidez en sus sospechas, cállese; en caso contrario, cuénteselo todo de pe á pa; vale más así, y mire que puede ser una buena ayuda. Doña Eulalia está enamorada de Miguel.

—¡De Miguel! exclamé espantado.

—Sí, señor; pero con amor de suegra. Si Miguel no se casa con Candelaria, á la Gobernadora le va á dar algun mal grave. Candelaria quiere simplemente casarse con Miguel.

De aquí se infiere que la Gobernadora se interesa en que vd. prospere en sus amoríos con esa muchacha; á fin de chasquear al novio

y atraerle hacia su hija. En cuanto á lo que Vaqueril pueda intentar, francamente, á Doña Eulalia le importa poco; una infidelidad más ó menos, no es cosa que la preocupe; pero sí quisiera verle descalabrado por castigo y para burlarse de él.

Rodando por aquí la conversación, iba yo descubriendo charcas que antes ó me eran desconocidas ó sólo presentía vagamente mi desconfianza; y en medio de las punzantes frases de Gavilán, me parecía ver á Remedios pasar de charca en charca empujada por manos torpes y rudas. Fué exaltándose mi rencor, avivando mi imginación los colores del cuadro, y derramándose en mis venas la hiel que solía envenenarme y enloquecerme.

—Estoy resuelto á huir de aquí; dije á Gavilán con voz trémula. Yo no puedo vivir aquí si no es haciendo todo el mal que pueda á Vaqueril, á Miguel, á Doña Eulalia, á sus hijas, á todos. Necesito salir de esta ciudad, del Estado, irme muy lejos y no oir nunca el nombre de ninguno de ellos.

Tal vehemencia había en mi voz y tan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amarga desesperación en mis palabras, que Gavilán se cortó de pronto; pero su perplejidad fué, como todos sus gestos, un relámpago; y con modo á la vez burlón y afectuoso me llamó chiquillo, quijote y tonto, concluyendo por afirmar que yo leía sin duda una novela cada noche. Pero mi imaginación era caballo desbocado que me llevaba de precipicio en precipicio, y por primera vez me resistí á la persuasiva palabra del abogado. Me iría y mucho que me iría, sin perder tiempo ni pensarlo más; y contra tal determinación no valían nada ni la defensa que Gavilán hacía de Remedios calurosamente, ni los deseos de venganza que alentaba en mi corazón, bastante inclinado á buscarla y deleitarse con ella, ni las promesas vagas de un mejoramiento próximo en la posición que ocupaba.

El astuto intrigante parecía haber agotado los recursos de su fecundo ingenio, y buscaba con visible afán la manera de persuadirme de que debía permanecer en mi puesto; caviloso y agitado, procuraba encontrarme el flaco para vencer mi obstinación, y hería ó

halagaba unas veces mi vanidad, otras mis celos, y algunas también mi encono.

Tomó al fin una resolución suprema y encarándose conmigo de repente, me dijo con su voz golpeada y rápida:

—No sea vd. loco, muchacho. Sabe vd. que tenemos entre manos una gran combinación que ha de dar el más completo resultado antes de dos meses, y sabe también que para entonces las cosas cambiarán de tal modo, que Vaqueril se meterá en su molino y Miguel quedará reducido á cero. Bien conoce vd. que yo le quiero de veras y estimo sus cualidades, y bajo la nueva administración, que ha de formarse de la manera más conforme con los intereses públicos, los hombres honrados serán los que se levanten y figuren. Pues bien; si esa muchacha prefiere á Miguel, es porque Miguel aparece en una posición elevada, con influjo en el Gobierno, querido por el Gobernador y distinguido por él. Váyase v. . . y Vaqueril echará por el lodo á esa joven, ó Miguel se casará con ella, atrayéndose más cada día su admiración y su cariño, dejará vd. el triunfo á los que le hacen daño, para que pri-

mero se aprovechen de su cobardía y después se rían de vd. y se glorien de haber alcanzado en pocos días lo que vd. no logró en años enteros. Pero quédese, y las cosas cambian por completo: Vaquerí dentro de dos meses, (durante los cuales vd. no dejará de cuidar de la Cabezudita) estará en el molino, con una causa pendiente en el Congreso; Miguel se retirará á su casa tan insignificante y nulo como cuando salió de ella, y vd. Juan... ¡vamos! yo le respondo de que será diputado y secretario del Gobernador, con tantas distinciones como goza ahora ese abogadito de tres al cuarto.

Abrí desmesuradamente los ojos, y no dando crédito á mis oídos exclamé:

—¡Yo diputado!

Gavilán comprendió que estaba yo mal herido y continuó:

—Sí, hombre, vd. ¿Pues le parece que no tiene tamaños para serlo? Don Mateo será lo que vd quiera; yo no haré respecto á él sino lo que á vd. se le antoje. Le haremos general si vd., quiere con tal que...

—No, señor; que no sea diputado, ni coronel, ni nada.

—Corriente; pues que se vaya á San Martín.

—No, señor; que se quede aquí; dije exaltándome cada vez más. Quiero que vea que yo también puedo encumbrarme, y que lo vea ella..

—Se quedará; se quedará. Le repito que Cabezudo estará donde y como vd. quiera que esté.

—¿Y seré secretario de vd.?

—Lo será, sí señor; no como Miguel, sino disfrutando de consideraciones sin límites, como se hace entre amigos verdaderos. En una palabra: tomará vd. una parte importante en la nueva administración.

—¿Y eso será pronto?

—Muy pronto. Ayúdeme vd. en todo lo que pueda. Tiene vd. en este asunto un papel importante; pero en primer lugar es indispensable que no haga vd. locuras. El que se filia en un partido político es hombre que no se pertenece como antes, y debe ceder siempre á lo que exijen los intereses del partido mismo. Nos conviene que Miguel no descu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bra á su rival; nos interesa que siga enamorado de esa muchacha. No me pregunte por qué. En política no se pregunta el por qué de las determinaciones del jefe. Yo me encargo de cuidar de la Cabezudita durante unos días; mientras tanto, puede vd. escribirle si quiere; pero no vaya de noche á su calle.

Aunque la Cabezudita no me importaba y aun comino, no sé por qué me disgustó aquella orden; sentía yo deseo de volver á encontrarme con Miguel en medio de la oscuridad, para hacerle algún daño de más trascendencia.

Cuando salí de la casa de Pérez Gavilán, después de revelarle cuanto pasaba en mi oficina y él quiso saber, trataba yo de estar tranquilo, pues así me parecía que debía ser, supuesto que ya no quería á Remedios. Pero mis pensamientos no podían encaminarse á otro asunto.

¡Diputado! ¡Secretario! Tendría yo un caballo mejor que el de Miguel y un traje más elegante, y los domingos por la tarde, pasaría por la calle de Remedios, sin verla, sin demostrar interés, ni enojo, ni nada; comple-

ta distracción, como si no la conóciera..... ¡Demonio! ¡ya metido en la política desde aquel momento! ¡Y en el corazón de la política y tomando parte activa y principal! ¡Si ella hubiera sabido que ya tenía yo importancia!

¡Siempre ella por término de todas mis imaginaciones! Sin embargo, estaba yo seguro de que no la quería ya, y aún de que la aborrecía cordialmente.....

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

Una comisión importante.

No sé como pude, durante más de una semana, cumplir la orden de mi jefe de no pasar por la calle del Insurgente (la de Remedios), ó ya que la cumplí, como no me enfermé por el esfuerzo que para ello tenía que hacer desde la caída de la tarde hasta que lograba conciliar el sueño á hora bien avanzada.

—Tenga vd. confianza en mí, solía decirme Don José I. Pérez Gavilán.

Y la firmeza de su palabra y el desenfado del gesto, obraban en mi espíritu un efecto maravilloso, aunque no duraba más de dos horas.

Mientras tanto los nervios de Doña Eulalia iban encrespándose en términos de no ser sufridos ni por ella ni por ninguno de los que tenían, por su mala estrella, necesidad ú obligación de tratarla. No pasaban dos días sin que no tuviese algo que ordenarme, según el recado que yo recibía de pasar á su casa; pero una vez sentado frente á ella y Candelaria, me decía cualquier cosa de Miguel y terminaba por despedirme sin comunicarme orden ninguna.

Una tarde me mandó llamar, y comprendí que algo grave había sucedido, pues en el zaguán tropecé con Roquete, que salía con las orejas coloradas y el semblante descompuesto.

No bien me presenté en la sala, cuando la Gobernadora, que mucho procuró serenarse, me dijo con voz trémula aún y que salía á borbotones intermitentes de su boca.

—Todos son lo mismo, señor Quiñones, to-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dos son Roquetes; y si vd. no toma una actitud digna en esta ocasión, será el más *roquete* de todos. Ya vd. me entiende!

¡Y vaya si entendí aquél singular, pero expresivo lenguaje!

—Pero yo.... Murmuré con turbación.

—Sí, señor, vd. Pues qué ¿ignora vd. que el Congreso, que los diputados todos han dado una ley para que ese salvaje de Cabezudo se vaya de aquí y deje á su sobrina? ¿Pues no sabe que Cabezudo se va mañana no sé á donde con una comisión, y que todo eso se hace con el fin de dejar sola á la sobrina? Se necesita ser Cabezudo para tragar ese hueso, lo mismo que para ignorar que el que le rompió la cabeza á Miguel la otra noche, fué Corrales, el oficial de policía que acompaña al Gobernador en sus aventuras. Todo el mundo lo sabe, menos Cabezudo y quizá vd. que debiera saberlo antes que nadie.

—¡Yo, señora! exclamé, exaltándome á mi pesar, con las palabras de la Gobernadora.

—Vd. que está enamorado de esa muchacha.

—Yo no estoy enamorado de nadie.

—Sí, señor; no me venga vd. con embustes que son inútiles conmigo.

—Repito que no la quiero.....

—¡Quiñones! gritó Doña Eulalia con enojo; ó se engaña vd. por miedo, ó es vd. el *roquete* más desvergonzado de todos!

Estas palabras fueron un latigazo que me cruzó la cara. Acudió á ella toda mi sangre, se me oscureció la vista, y á no ser mujer quien tal agravio me hacía, le habría dado la respuesta á puño cerrado.

Retrocedí dos pasos, dirigiéndome á la puerta, sin poder articular palabra; pero la Gobernadora, que á la cuenta se proponía sacar ventajas de mí, me agarró por un brazo y echando á reir, me empujó violentamente hacia el sofá, obligándome á sentarme.

—No se enoje, muchacho; me dijo; le hablo así porque hay confianza entre nosotros y de propósito para picarle un poco. ¿Por qué me quiere engañar? Vamos, sea vd. razonable y tenga confianza en mí, que verdaderamente le estimo.

Mucho trabajo costó á la Gobernadora de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cir esto con entono dulcete y afectado, como boticario que trata de envolver en jarabe el amargor de una medicina. Y tras estas frases vinieron otras y otras más, y después de una respuesta mía, nueva réplica suya; y se exaltó de nuevo, se le agitaron los nervios, se le secó la garganta, y al cabo de algunos minutos me volvió á llamar *roquete*, y en poco estuvo no me sacara los ojos en uno ú otro de los rápidos movimientos de sus brazos.

Oí pasos en el corredor y me tuve por salvado de aquél conflicto; pero andaba yo aquél día con mala fortuna, pues ví entrar en la sala, precedido de Candelarita, ni más ni menos que al Sr. Coronel Cabezudo.

Al verme, se apagó en sus labios la cortesana sonrisa con que venía obsequiando á la primogénita de Vaqueril, é incapaz de ocultar sus impresiones, manifestó sorpresa y disgusto tan claramente como si lo hubiera dicho. Hasta creí ver que los poblados bigotes se echaban hacia las orejas, con el movimiento especial que hacían cuando el Coronel lanzaba su interjección favorita, que yo, afeitando el vocablo, trasformo en *¡canasto!*

Después de cuatro ó cinco cortesías, exajeradas y repetidas que dirigió á la señora, miróme de soslayo y tomó asiento sin saludarme, en tanto que yo, perplejo y turbado, no sabía que hacer; pero la Gobernadora me hizo una señal y obedeciéndola me senté.

Doña Eulalia procuró de nuevo dulcificar el anguloso semblante y suavizar el gesto, domando la rebeldía de los nervios excitados; mientras Don Mateo, armado otra vez de su sonrisa, que él debía de tener en grande estima para aquellos casos, trataba de darme la espalda cuanto la posición de las señoras lo permitía. Y comenzó á hablar con más dificultad que nunca, puesto que había de evitar la muletilla del *canasto*, sin la cual casi no podía mover la lengua.

Iba allí con dos objetos: el primero, recibir las últimas órdenes del Sr. Gobernador, pues al día siguiente se ponía en camino para San Martín, á donde iba á desempeñar una comisión muy secreta y muy difícil; pero que él cumpliría á satisfacción del Gobierno ó se echaría en una barranca de cabeza; porque ¡can, . . .! él era muy amigo del Sr. Vaqueril

y no *de boca*, sino de veras. En segundo lugar; iba para saludar á la señora y las niñas y recibir también sus ordenes, porque él las estimaba mucho y les quería servir en todo lo que pudiera. Ya por ahí andaban algunos diciendo que el Gobierno por aquí y el Gobierno por allá; pero todos eran no más envidiosos y descontentos, porque la *administración* no los ocupaba.

Acongojado y con fatiga terminó Don Mateo el discurso que tenía de antemano listo para aquella ocasión, logrando mediante un cuidado esquisito, si no evitar su interjección predilecta, á lo menos cortarla á la mitad, acudiendo á sujetar la lengua con toda la energía de que podía echar mano.

Pocas veces, si alguna, pudo la Gobernadora calmar su enojo y exaltación, como aquella, puesto que cuando el Coronel concluyó, la risa le retozaba en la boca y animaba singularmente sus ojos. Burlándose con Don Mateo, hubo de descender á la familiaridad que las burlas requieren, lo cual complacia por extremo al buen hombre, que no podía menos de imaginar que aquella confianza,

tras tal comisión, le ponía sobre los cuernos mismos de la luna. Candelaria se mordía los labios, y hasta yo tuve gana de reir, y á punto estuve de hacerlo en más de una ocasión, oyendo las pullas de la Gobernadora y las sandeces del otro.

¡Caramba! peligrosilla debía de ser la tal comisión, cuando se recurría á un coronel tan famoso para desempeñarla ¿Y no le daba miedo? De seguro que habría necesidad de disfrazarse algunas noches, ó de poner emboscadas, ó de sorprender á conspiradores reunidos y armados. No, señor; era preciso que el Coronel se cuidara mucho. Se decía que *las cosas* iban poniéndose mal; circulaban rumores de revolución, y los rencores estaban despertando. ¡Mucho cuidado y mucha astucia! Bien que el señor Coronel era astuto y listo, y nada podía temerse por esa parte. Además, su prestigio en el distrito y el temor que infundiría su sola presencia, bastarían para amedrentar á todos los pedreños.

Don Mateo sonreía con natural complacencia, mirando á la Gobernadora compasiva-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente, y sin comprender la burla, contestaba con monosílabas, como hombre á quien la modestia impide dar la respuesta que quisiera. Continuó por allí la conversación, y Don Mateo siendo blanco de las pullas de Doña Eulalia y motivo de diversión para Candelarita y yo; y cuando la maleante señora hubo agotado la materia por aquella parte, resbaló bonitamente hasta tratar de cómo quedaba Remedios.

Movióse el grueso Coronel en su asiento y me volvió las espaldas casi completamente, y lleno de embarazo, inquieto y mal humorado, conteniendo á duras penas los ternos que á la boca se le venían como por natural corriente, dijo que Remedios se quedaba en su casa, sola con sus criadas, lo cual nada tenía de nuevo para ella.

No quería más Doña Eulalia para entrar en el asunto con su crueldad de costumbre; y lastimando adrede los sentimientos del Coronel y los mios, dijo á Don Mateo que aquello era una imprudencia, supuesto que la muchacha era hermosa y muchos había que se morían por ella. Y la terrible señora se

extendió con extraordinaria locuacidad sobre aquel tema, sin lástima de mí ni del Coronel, que se movía en su asiento como toro maniatado; hasta que al fin, como demostración de la verdad y buena fé de sus consejos, Doña Eulalia recordó al Coronel el suceso del vidrio roto y el tiro disparado á la puerta de su casa.

—¡Canasto! gritó Cabezudo sin poder refrenar la lengua. Eso no fué más que una casualidad, ó el despecho de algún tonto á quien he de arrancar las orejas!

La Gobernadora y su hija me miraron sorprendidas por la novedad de la idea, seguras de que la alusión era para mí. En tanto Don Mateo, despeñado por la cólera que súbitamente le invadió, habló cuanto quiso y terminó diciendo:

—Tengo ya arreglado ese asunto, y mi sobrina quedará pronto libre de majaderos; á mi regreso se casará: es negocio concluido á mí satisfacción y á su gusto.

—¡Se casará! exclamaron las señoras.

—¿Con quién?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Con una persona muy estimable y reputada: con Miguelito.

La venganza de Don Mateo no pudo ser más completa. La Gobernadora palideció hasta ponerse cadavérica; le temblaban los lábios y no podía mantener quietos los ojos. Candelaria comenzó por demudarse y concluyó por meterse en su cuarto, pues dió en saltarle un brazo, síntoma precursor del ataque de nervios que solía padecer en las ocasiones graves.

La llegada del Sr. Vaqueril vino á sacarme de aquella horrible y peligrosa situación. ¡Cuando me ví en la calle creí haber salido del infierno!

XV

El discípulo.

En efecto, el Congreso unánime había derogado la embarazosa ley, retorciendo los motivos que habían servido para dictarla, y pasados algunos días, con todo encarecimiento rogó el Gobierno á los representantes del Estado, le permitiesen emplear los servicios del Coronel Cabezudo en una grave é importante comisión, que á nadie sino á él podía confiarse. Como pretexto para la sociedad, fué nombrado Don Mateo para trasladarse á San Martín y dirimir una con-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Con una persona muy estimable y reputada: con Miguelito.

La venganza de Don Mateo no pudo ser más completa. La Gobernadora palideció hasta ponerse cadavérica; le temblaban los lábios y no podía mantener quietos los ojos. Candelaria comenzó por demudarse y concluyó por meterse en su cuarto, pues dió en saltarle un brazo, síntoma precursor del ataque de nervios que solía padecer en las ocasiones graves.

La llegada del Sr. Vaqueril vino á sacarme de aquella horrible y peligrosa situación. ¡Cuando me ví en la calle creí haber salido del infierno!

XV

El discípulo.

En efecto, el Congreso unánime había derogado la embarazosa ley, retorciendo los motivos que habían servido para dictarla, y pasados algunos días, con todo encarecimiento rogó el Gobierno á los representantes del Estado, le permitiesen emplear los servicios del Coronel Cabezudo en una grave é importante comisión, que á nadie sino á él podía confiarse. Como pretexto para la sociedad, fué nombrado Don Mateo para trasladarse á San Martín y dirimir una con-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tienda entre dos pueblos que se disputaban las aguas de un arroyo; negocio viejo y archivado, como todos los administrativos que caian en la papelera de D. Vicente; como pretexto para el Coronel, Vaqueril, en instrucciones privadas, le manifestó que dos ex-jefes políticos llamados Soria y Coderas, tramaban por allá algo como una revuelta, la cual solo podía ser sofocada al nacer, por un hombre de prestigio en el distrito y de valor reconocido.

Desde entónces yo no me dí momento de reposo, agitado como estaba mi espíritu por los sentimientos más vivos y por las preocupaciones más violentas; fuera de que había de estar en todas partes cada día, trabajando, alistando ó simplemente oyendo. En la oficina por la mañana, en donde las cartas mepudeaban más y más, conforme el tiempo avanzaba; por la tarde en casa de Gavilán para imponerle de cuanto sabía de nuevo; á las siete de la noche en la Mutualista, que había acordado tener sesiones diarias; y á las once, infringiendo las órdenes de Gavilán, en la calle del Insurgente.

Y no era yo el único que llevaba aquella vida agitada é inquieta. Vaqueril se apretaba las manos en la oficina y movía la cabeza frecuentemente de uno á otro lado, como muda lamentación de su alma tímida, al verse en la necesidad de elegir algún camino, cosa que no había hecho jamás. Por fortuna tenía á su lado á Don Vicente Torvado, ducho en la gran ciencia de ganar siempre, que en mi tierra se llama política; y tanto lo era, que según decía Vaqueril, había servido de secretario á cinco gobernadores consecutivos, que subían al poder y bajaban rompiéndose unos á otros la cabeza.

—Es indispensable ponernos de acuerdo con Pérez Gavilán, decía Torvado un día á Vaqueril.

—¡No, Don Vicente! exclamó éste; no nos metamos con ese hombre enredador y chismoso.

—Pues es indispensable; repitió el secretario.

Se acomodó los anteojos y tomó un expediente, que fingió leer. Yo hice que escribía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y desde mi mesa lanzaba furtivas miradas á la secretaría del Gobierno.

Vaqueril recorrió dos veces la estancia, apretándose las manos, y de nuevo se acercó á Don Vicente.

—Vea vd., dijo; Gavilán es capaz de engañarnos á vd. y á mí, y de vendernos y de traicionarnos.....

—¿Engañarme á mí? preguntó Torvado sonriendo con modo despreciativo.

—¿Y cómo hemos de ponernos de acuerdo, si lo que quiere es ser gobernador?

—Que vaya al congreso general.

—¡Pero Don Vicente! ¿hemos de mandar á la capital de la República esa víbora para que allá nos trabaje en contra?

—Pues hagámosle tesorero, que con eso se conformará.

—¡Imposible! Pondrá mil dificultades en cada caso; no podremos caminar; se servirá de los fondos para ganarse medio Estado.

—Pues es indispensable; concluyó el adusto secretario, tomando otra vez su expediente.

De esta manera vencía siempre á Vaqueril, y en aquella ocasión lo consiguió enteramente.

No debían, por la cuenta, ser muy favorables á la revolución las últimas noticias recibidas, bien que en tiempos tales las buenas y las malas se suceden cada hora, poniendo en confusión á los hombres más despejados y listos.

—Para todo evento, decía después Torvado, es preciso cubrirse las espaldas, señor Gobernador; este Pérez Gavilán es el único capaz de comprender desde ahora que nos inclinamos en favor del movimiento, y de sacar partido de un fracaso. Es indispensable tenerle con nosotros.

Vaqueril convino en que Torbado pulsase el ánimo de Gavilán; pero no por esto dejó de mover la cabeza ni de demostrar en el semblante su profunda preocupación ó en una palabra, su miedo. En vano el secretario se esforzó en convencerle de que aquello no era más que una sabia precaución, puesto que nada había que temer: Vaqueril continuó con su cara compungida y revelando el desasosiego que le consumía.

No cambia con más rapidez la decoración de la escena en drama patibulario, que aquella vez el gesto de Don Sixto Liborio al ver entrar en la Secretaría á Corrales. Contestó apenas el saludo Don Vicente, y tomó de nuevo su legajo, como para no ver cosas desagradables.

Pasaron el Gobernador y el oficial de policía á mi oficina, y guiando el primero hacia un rincón, preguntó con vivo interés:

—¿La viste?

Corrales movió la cabeza para dar á entender que estaba yo presente, y pude en seguida traducir una escena de gestos y ademanes que significaban:

—No importa.

—Y mucho.

—Pues pasemos á la pieza inmediata.

¿Y qué se me daba á mí de cometer una acción baja sobre las muchas á que me habían empujado? Me levanté; cerré la puerta de la Secretaría para que Torvado no me viese, y de puntillas me acerqué á la puerta por donde Vaqueril y Corrales acababan de desaparecer.

—Esta noche, decía el segundo á media voz, no espera ninguna visita.

—Muy bueno; entonces iremos á eso de las nueve.

—Corriente; es la hora convenida.

—¿Y Miguel?

—He hecho que le llegue alguna noticia de esto para que deje de locuras.

No quise oir más. Volví á mi mesa trémulo, ahogándome con algo que me cerraba la garganta, y me dejé caer en la silla, presa de dolores horribles que me despedazaban el corazón. ¡Remedios, al poner los piès en el fango, imperaba más que nunca en mi alma enamorada y loca!

Pero pasaron los primeros minutos en que siempre era yo sencillo y débil, y reponiéndome con menos dificultad que otras veces, cobré pronto energía y valor para sufrir aquél rudo golpe; fueron encendiéndose mis mejillas, y cuando Vaqueril y Corrales pasaron junto á la mesa que yo ocupaba, la indignación y el rencor habían reemplazado al dolor y la debilidad.

Al llegar Miguel, nada pudo revelar á sus

ojos el infierno que yo encerraba en mi pecho. Noté que traía el semblante singularmente descompuesto por un mal humor que no trataba de ocultar; y quise saborear el placer de lastimarle.

—¿Qué hay de nuevo por el mundo, Juanito? me preguntó, como lo hacía casi siempre al entrar.

—Algo muy bueno, contesté; pero que puede ser nuevo para todos menos para vd.

—¿Sí? ¿Y qué es ello?

—Se trata de un matrimonio concertado desde hace unos diez ó quince días entre un joven diputado y la sobrina de un coronel.

—¿Y vd. ha creído esa simpleza? preguntó Miguel con tono áspero.

—Perdone vd., repliqué; nada tiene de inverosímil, puesto que vd. mismo me ha declarado muchas veces que quiere á esa joven y aun que iba á formalizar sus pretensiones dirigiéndose á Don Mateo.

—Es verdad; pero en pocos días puede aprenderse mucho. Mire vd. en dos meses he cambiado mis teorías de colegio por las prácticas de la vida pública, y ahora me asombro

de haber rechazado estas prácticas alguna vez. Pues de la misma manera, voy aprendiendo las prácticas de la vida común, y sustituyendo con ellas las teorías románticas que de niño aprendí en las novelas.

En boca de Pepe Rojo, estas palabras me habrían hecho reir; pero en la de Miguel helaron mis venas y provocaron mi indignación.

—¿Qué quiere vd. decir? pregunté con un tono que, mal mi grado, llevaba algo de agresivo.

—Juanito, repuso el joven; me parece que vd. tiene aprecio á esa muchacha por paisanaje ó amistad; pero yo debo decirle á vd. para que también aprenda á tener juicio, que al fin y al cabo, una muchacha de pueblo, educada por Don Mateo y moralizada por él, solo puede aceptarse como mujer hermosa; pero no como buena; y á mi no me basta la belleza para amar; pero ¡qué diantre! la hermosura no debe despreciarse porque esté desprovista de adornos morales, y no despreciaré ciertamente esto que se me viene á las manos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Noté, á pesar de la turbación que la ira me producía, que en las palabras de Miguel había más despecho que verdad, y quise herirle en lo más vivo.

—Quizá tenga vd. razón, dije; y puede vd. estar seguro de que no me lastiman sus nuevos juicios respecto á esa muchacha. Esta noche va á visitarla el Gobernador, por cita que de ella ha recibido....

—¡Qué dice vd! exclamó Miguel, poniéndose pálido de coraje.

—Lo he oído hace un instante.

—¡Pues miente quien lo ha dicho!

—No creí, dije con sorna, que la noticia le hiciera á vd. tanta impresión.

—Ciertamente; repuso el jóven reprimiendo su enojo; me impresiona vivamente, porque aunque ya sabía yo por Perez Gavilán lo que pasa, y algo me dijo ayer Carriles, no he creido que Remedios haya descendido hasta ese punto.

¡Pérez Gavilán se lo había dicho! Un rayo de luz, fugaz como el que penetra por una rendija al brillar un relampago, iluminó mi mente; pero la oscuridad reinó otra vez en

seguida. Miguel, sofocado y descompuesto continuó:

—Aunque yo creyera á esa mucha enteramente indigna de un amor honrado, me bastaría para interesarme en su conducta haber puesto en ella los ojos y haber revelado á su tio mi inclinación. ¡Mañana ,dirán si yo no lo impido, que la que yo pretendía para esposa es la querida del Gobernador! Y aunque la juzgara enteramente buena, bastarían las pretensiones de Vaqueril para que yo desistiera de amarla honradamente. En verdad, creo calumnioso cuanto se dice, aun lo que vd. acaba de oir; pero eso me importa poco, puesto que creo posible que se convierta en realidad. Para mi no hay más que un camino por donde salir airoso y evitarme las burlas: hocer mía la presa antes que Vaqueril adelante en su conquista. No quiero más romanticismo ni más necedades; la muchacha me quiere y aunque sea con escándalo y ruido, mostraré que no me dejo burlar.

—¿Y el compromiso que ha contraído vd. con su tio? exclamé fuera de mí.

—No me importa.

—Abusará vd. pues, del cariño que ha llegado á conquistar y de la confianza que le dispensa.

—Y qué?

—¡Que eso no es honrado!

—¡Y á vd. que le importa!

No sé que respuesta inspirada por la rabia llegó hasta mis labios contraidos y trémulos; pero venció en mí el deseo de tomar alguna venganza cierta y terrible de todos los ultrajes que había recibido mi corazón, y pude dominar la ira, sobreponiéndome á mis naturales inclinaciones.

—Me apena por vd., dije hipócritamente, cuando pude hablar; porque además, en cierto modo falta vd. á lo que debe al Sr. Vaqueril.

—¿Lo que le debo? repuso Miguel bajando la voz; pero siempre con enérgico entono. ¿Y que le debo?

¡Al fin Vaqueril había conseguido que su discípulo aprendiera algo, y que se dejara para los discursos y las odas las teorías del Colegio!

XVI

El angel.

La copa estaba llena hasta los bordes, y sólo faltaba para derramarla una gota más de amargo veneno. Yo llegué con mi corazón honrado y puro á aquella ciudad, lleno de esperanzas, ageno de envidias, excento de ambiciones, como no fueran las nobles que estimulan y alientan para adquirir por medio del trabajo la felicidad que no saben conseguir ni la falaz fortuna ni la aventurera audacia; pero todo conspiraba á malear mis sentimientos, y si gracias al cielo, mi corazón no llegó á corromperse irreme-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Abusará vd. pues, del cariño que ha llegado á conquistar y de la confianza que le dispensa.

—Y qué?

—¡Que eso no es honrado!

—¡Y á vd. que le importa!

No sé que respuesta inspirada por la rabia llegó hasta mis labios contraidos y trémulos; pero venció en mí el deseo de tomar alguna venganza cierta y terrible de todos los ultrajes que había recibido mi corazón, y pude dominar la ira, sobreponiéndome á mis naturales inclinaciones.

—Me apena por vd., dije hipócritamente, cuando pude hablar; porque además, en cierto modo falta vd. á lo que debe al Sr. Vaqueril.

—¿Lo que le debo? repuso Miguel bajando la voz; pero siempre con enérgico entono. ¿Y que le debo?

¡Al fin Vaqueril había conseguido que su discípulo aprendiera algo, y que se dejara para los discursos y las odas las teorías del Colegio!

XVI

El angel.

La copa estaba llena hasta los bordes, y sólo faltaba para derramarla una gota más de amargo veneno. Yo llegué con mi corazón honrado y puro á aquella ciudad, lleno de esperanzas, ageno de envidias, excento de ambiciones, como no fueran las nobles que estimulan y alientan para adquirir por medio del trabajo la felicidad que no saben conseguir ni la falaz fortuna ni la aventurera audacia; pero todo conspiraba á malear mis sentimientos, y si gracias al cielo, mi corazón no llegó á corromperse irreme-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diablemente, llegó si á enfermarse, y heridas recibió de que aun conserva las rugosas cicatrices. ¡Quizá por esto parece como que encuentro disculpas en mi conciencia!

¡Calumnias todo lo que de Remedios se decía! Miguel podía creerlo, puesto que no tenía las pruebas de su engaño, como yo; pero cuando su primera falta consistía en amar á Miguel ó fingirlo ¿qué duda podía yo alimentar como esperanza?

Faltaba una gota y aquella misma tarde cayó en el vaso. Llevóme mi mala fortuna á la calle del Insurgente, que tenía poder de atraerme como abismo, y llevóme en momentos en que mi cabeza ardía hecha un horno á influjos de las noticias de la mañana, mil veces repasadas en la mente con los colores que sabía darles mi vivaz imaginación. Pienso que estuve entónces á punto de perder el juicio, si ya no es que se rompió pasajeramente el concierto de mi razón; ello es que al verme frente á la casa de Remedios, la puerta de par en par, tranquila y callada en lo interior, y allá en el fondo del patio la escalera sola y como invitándome á subir por

ella, sin preguntarme el objeto ni tener cuenta con lo que hacía, entré, subí y avancé por un corredor adelante.

Una criada me detuvo, preguntándome á quien buscaba.

—A la niña, contesté.

—Está acostada, me dijo.

—Dígala vd. que Juan Quiñones desea hablarle un momento.

—No puedo avisarle, repuso la criada; me ha dicho que la deje descansar.

—Esperaré á que se levante, pasaré á la sala.

La criada no se movió,

—No se puede, me dijo.

—Pues esperaré aquí, repuse impaciente y colérico.

La mujer se puso inquieta y miró hacia la puerta de la sala como temerosa.

—Señor, dijo bajando la voz, tengo órden de no dejar entrar á vd.

—¡Orden! exclame retrocediendo ¿orden de quien?

La mujer se turbó y después de dirigir otra mirada á la puerta, contestó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—De la niña.....

Seguí retrocediendo....llegué á tomar la escalera y me puse en la calle.

El resto de la tarde y las primeras horas de aquella noche, son un borrón negro en el libro de mi memoria; y no pudiera ser de otro modo, puesto que tengo para mí que anduve duranté tales horas fuera de toda razón y ageno á racional discurso. Puedo apenas recordar que recorrí calle tras calle, la mayor parte de las de la ciudad, que fuí á mi cuarto un instante, que tropecé con algun conocido á quien no hice caso cuando trató de detenerme, y en fin que estuve en movimiento incesante, sin objeto ni propósito, hasta las doce de la noche, hora en que me encontré frente á la casa de Remedios.

Me parece; al escribir estas líneas, como que siento aún el viento de aquella noche de Noviembre, azotándome el rostro abrasado por la fiebre, y llevando á mis ojos el polvo sucio de la desierta calle. Zumbaba en las rejas de las ventanas con triste rumor, cada bocanada de aire que pasaba como estrechándose y encogiéndose entre los muros de los

edificios; y á lo lejos se oian, ya los golpes de alguna muestra suspendida sobre la puerta de un establecimiento, ya el ladrido monótono y tenaz de un perro, ya las pisadas de uno que otro agente de policía que de tarde en tarde se movían perezosamente de su sitio. La luna en menguante derramaba sobre la ciudad una luz descolorida y enferma, en los cortos intervalos que la descubrian las densas y encadenadas nubes, que arrastradas del viento, cruzaban el cielo con rapidez fantástica.

Apoyadas en la pared las espaldas, miraba yo fijamente un rayo de luz que se escapaba por las entornadas puertas del balcón de Remedios, y así permanecí algunos minutos, pensando ó dejando quizá vagar mi imaginación al impulso de sus poderosas alas. Al fin dí un paso adelante, y la pisada resonó en el suelo lúgubremente, sobresaltándome de un modo extraño, y produciéndome nervioso escalofrio que recorrió todo mi cuerpo. ¿Tenía yo miedo? ¡Miedo aquella noche! ¡Miedo cuando estaba mirando como última demostración de la vergüenza de mi

ángel, el balcón aun abierto, y aun no muerta la luz de su cuarto á hora tan avanzada! Sin embargo; no sé porqué el ruido de mis pasos me infundía uno como terror, y para llegarme á la ventana que estaba bajo el balcón, anduve atentada y cautelosamente. Subí por la reja, y haciendo un peligroso y rapido movimiento logré alcanzar la barandilla, por donde, gracias á mis fuerzas ejercitadas en los arboles más altos de los bosques de San Martín, pude en breve trepar al balcón. Al poner en él los piés, una ráfaga violenta de aire polvoroso y frío llevóme el sombrero de la cabeza á la calle, derramando sobre mi frente el cabello desordenado La respiración agitada y ansiosa me sofocaba, quizá por la fuerza gastada en la ascensión; pero más probablemente por los innumerables temores que asaltaban á mi corazón, tal vez fundidos con algo de esperanza vaga, débil é inconociente!....

Empujé una hoja de la puerta, que cedió sin ruido, y entré cerrándola tras mí. ¿Por qué me detuve á dos pasos del balcón, sintiendo emoción tan nueva y temor tan singular é insólito? ¿Porqué mi entereza y mis rencores flaquearon cobardemente ante un lecho, un sencillo tocador y algunos muebles que decoraban el cuarto? Aquel lecho parecía el nido que una paloma blanca forma con sus propias plumas; las tersas almohadas, mostraban en leve hundimiento el sitio en que solía más á menudo descansar la cabeza de la niña; las caladas colgaduras pendientes del techo, caían en anchas ondas como celosas de velar la pudorosa desnudez, y las sábanas recogidas por la cabecera, parecían esperar con impaciencia el tibio cuerpo que acariciaban y envolvían en sus delgados pliegues. El dulce olor que yo sentía y me embriagaba poco á poco, no era el perfume de tocador derramado adrede sobre la alfombra para embriagar el sentido: era la fragancia que brota del cáliz de una flor abierta; pero de una flor desconocida, superior á las azucenas de mis campos, y con más suave aroma que los bosques verdes de mi niñez, que juntan en el arroyo las de todas las cortezas, ojas y florecillas que cubren á los frondosos arboles.

A deshora, formando desapacible contras-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te, ví dentro de un marco pegado á la pared, una cara descompuesta, de ojos extraviados y torvos, el pelo á la frente, contraidos los lábios, fea y temerosa. Eché atrás el cuerpo con instintiva repugnancia, y al moverse también la imagen, reconocí que era la mía, retratada en el espejo del tocador. Llevéme la mano á la frente para apartar el cabello, y sentí el deseo, la necesidad de serenarme, de estar hermoso, de no sé qué más: creo que de ser bueno mientras permaneciera en aquella alcoba.

De tal suerte me dominó este temor extraño, este respetuoso sentimiento, que ni me dí cuenta de él, ni pretendí tampoco sofocarle. Quizá habría llegado á intentarlo y aun á conseguirlo si para ello tuviere tiempo; pero aun no vencido mi estupor, la puerta de la sala se abrió y Remedios apareció en el dintel, mientras yo, por un movimiento instintivo, retrocedí como en fuga. Lanzó ella un grito ahogado, y echándose atrás cerró la puerta con violento golpe; pero sin duda me había reconocido, pues muy en breve ví detrás de los vidrios sus ojos azorados que

me miraban con asombro de hito en hito Así permanecimos un instante; ella temerosa y como resistiéndose á creer lo que veía; yo trémulo, quizá avergonzado, sin atreverme á hacer el menor movimiento.

Al fin la puerta volvió á abrirse, y la jóven asomó la linda cabeza sin soltar la hoja que con ambas manos detenía:

—¿Juan?. . . . murmuró en voz baja y temblorosa.

—Yo soy, respondí mirando la alfombra.

—¿Tú?. . . . ¿pero qué haces aquí?

No encontré qué contestar y Remedios, avanzando un paso y presentándose á mis ojos con toda su gallardía, me preguntó con más viveza.

—¿Por donde entraste?

—Por ahí, contesté débilmente, señalando con ligero movimiento el balcón.

La niña retrocedió de nuevo, como si esta vez tuviera miedo de mí, y agarrando la hoja abierta

—¿Pero á que has venido? me dijo con desconfianza.

Su actitud, su semblante y su acento, de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mostrándome claramente el temor que le inspiraba mi presencia, me lastimaron el corazón. ¡Era la vez primera que Remedios me tenía miedo!

Atrevíme á dar un paso, y con voz cariñosa le dije:

—No te asustes; vengo á buscarte, porque necesito verte y hablar contigo, aunque sólo sean unas cuantas palabras. ¿Porqué desconfías de mí?

La joven no contestó; entró en la alcoba con franco y natural paso; pero al llegar á un silloncito colocado junto al tocador, se dejó caer en él, oprimiéndose el pecho con las manos. La tranquilidad que le infundieron mis palabras, habían destruido la nerviosa y falsa energía que la sostenía en pié.

—¿Estás mala? pregunté, sintiéndome dominado por el dulce sentimiento que siempre me embargaba en su presencia. ¿Quieres que me vaya?....

—No es nada, respondió la jóven procurando sonreir. Es que me has asustado.... ¡Esto no está bueno, Juan!

Bajé los ojos al oir tan sencillo reproche,

y no encontrando reparación más adecuada.

—Me iré, le dije.

—¿Pero por donde? Te verán salir por allí....¿Te verían subir Juan?

—Nadie; te juro que nadie.

—Pues dime en dos palabras lo que quieres decirme, y vete en seguida; pero que no te vean, por el amor de Dios!

—No me veran.

—¿Pero estabas loco, cuando subiste?

—Creo que sí, contesté.

Y sentí que una nubecilla parda, pero ligera, oscureció mi mente.

—¿Porqué me dices eso? Sólo algún motivo muy grave pudo haberte traido de este modo. Podías escribirme, sabes què ahora mi tio no está aquí. Ha de ser muy grave lo que te hace cometer esta falta....

—Sí; es muy grave; afirmé, á tiempo que una nube más espesa asombraba mi espíritu. Tan grave que no se puede escribir, y que me ha trastornado las ideas. Hoy he padecido mucho, mucho!

Mi voz tenía ya resonancias sombrías. Remedios inclinó la cabeza y murmuró:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Así lo he creido, y esto es lo que más me ha hecho llorar.

—¡Tú has llorado! exclamé entre irritado y confuso.

—Mucho, Juan; contestó la niña.

Y al levantar ella la cabeza, ví que brillaban sus ojos, humedecidos por las lágrimas, y que tenía los párpados hinchados y enrojecidos.

—¿Crees que olvido á los que he amado? continuó con acento de dulce reproche. Pues no lo creas. Esta mañana fuí á misa con Pepa, que te quiere mucho, y pensando cuánto habrías de llorar hoy, la mayor parte de mis oraciones fueron para pedirle á Dios que te diera valor y conformidad. No he querido distraerme ni un momento durante el día, para no estar tranquila mientras tú padecías con tantos y tan tristes recuerdos. En la noche sí me remordió la conciencia no pensar más que en tí, y llamé á Pepa y nos pusimos á rezar; por eso no me había acostado todavía; pero esta vez sí hice lo que debía, pues hemos rezado dos horas por ella y sólo por ella.

—¡Por ella! repetí maquinalmente.

—Nada más, dijo Remedios; siempre será para mí el más triste día del año este catorce de Noviembre!.....

Sentí que los muebles giraron en mi derredor, que flaquearon mis rodillas, y apoyándome en el respaldo de un sillón para no caer, bajé la cabeza abatida á una por la vergüenza y el dolor.

—¡Mi madre! murmuré.

Y como si al conjuro de aquél nombre, todos mis sentimientos mezquinos cedieran el lugar á los más nobles y puros, y se abrieran las fuentes de mis ojos, corrieron en abundancia mis lágrimas y ensanchóse mi corazón como en mejores tiempos. Todos los sentimientos, todas las ideas, todos los reproches de mi conciencia despertaron juntos para agobiarme y herirme, en confusión tal, que fuí presa de pronto del mayor aturdimiento. ¡Mientras yo, enfangándome en el lodo de pasiones ruines, ideaba ruines proyectos, olvidaba el aniversario de la muerte de mi madre! ¡Y Remedios rezaba por ella, mientras yo asaltaba como ladrón el santua-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rio de su pureza virginal!..... ¡De aquél angel había yo desconfiado! No era más limpia y pura ¡miserable de mí! la blanca nube, que después de un día lluvioso, se levanta al nacer el sol, en la falda de los montes.

Quizá olvidé el sitio en que me encontraba y aun la presencia de Remedios, aturdido por tantas ideas que llenaban mi mente, y tantos dolores que laceraban mi corazón. Volví á la vida real con nervioso estremecimiento, al sentir la mano de la joven que me tocó el hombro, y oir su voz suave y afectuosa que decía muy cerca de mí:

—Hice mal en decirte esas cosas que renuevan tus pesares ¿verdad? Perdóname..... ¡Soy tan tonta!

Alcé la cabeza y miré breve instante los ojos de la pedreña, abrillantados por las lágrimas; tomé entre las mías su mano y tibia, y ahogada la voz en mi garganta, sin poder contestar á aquellas dulces palabras, puse silenciosamente mis labios en sus rosados dedos, sobre los cuales cayeron dos gotas ardientes de mis ojos. Sin susto ni precipitación retiró la joven su mano; pero yo no la

solté, y como obedeciendo á un pensamiento que me dominaba.

—¿Me quieres todavía? le pregunté.

—¡Que si te quiero! exclamó Remedios.

Y reveló su acento y mostró su semblante tan ingenuo asombro, que me avergoncé de haberle hecho tal pregunta.

—Lo sé, dije con arrebato; lo sé muy bien, ¡cómo que eres tan buena!

—El bueno eres tú, Juan. Si supieras! en días pasados me contaron que ibas á casarte con una hija del Gobernador que se llama Concha.

—¡Yo! Y creiste....

—¡Cómo había de creerlo, si sé que eres tan bueno y que me quieres tanto!

—¡Mucho! exclamé avergonzado y vencido por completo. ¡Eres mejor que los ángeles!

El viento empujó las vidrieras del balcón y ambos nos sobrecojimos.

—¿Qué tenías que decirme? me preguntó con inquietud.

—No sé....., respondí acongojado; no recuerdo..

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Tenías tanto interés!

—Pues no recuerdo.. Te lo diré después. ¿Me perdonas?

—¡Tonto! pero no vuelvas á hacerlo.

—¿Me lo perdonas todo?

—¿Cómo no si te quiero?

—¡Bendita seas! Adios!

—Adios....

Solté su mano, apagué la luz, y al descolgarme por el balcón oí sobre mi cabeza la voz de la niña que decía asustada:

—¡Ten cuidado!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVII

Un conocido viejo.

DESDE aquella noche quedé tan cierto de la inocencia de Remedios, que no me hicieran vacilar un punto si me presentaran mil pruebas en contrario más claras que la luz; y creí que tanto se había facilitado mi percepción política, que sudarían en vano para engañarme todos los Gavilanes del mundo. Mi juicio moral fué más limpio, puesto que al ausentarse la oscura noche en que había vivido, lo primero que se presentó á mis ojos fueron mis propias manchas; pero dominando en mi voluntad la necesidad de

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Tenías tanto interés!

—Pues no recuerdo.. Te lo diré después. ¿Me perdonas?

—¡Tonto! pero no vuelvas á hacerlo.

—¿Me lo perdonas todo?

—¿Cómo no si te quiero?

—¡Bendita seas! Adios!

—Adios....

Solté su mano, apagué la luz, y al descolgarme por el balcón oí sobre mi cabeza la voz de la niña que decía asustada:

—¡Ten cuidado!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVII

Un conocido viejo.

DESDE aquella noche quedé tan cierto de la inocencia de Remedios, que no me hicieran vacilar un punto si me presentaran mil pruebas en contrario más claras que la luz; y creí que tanto se había facilitado mi percepción política, que sudarían en vano para engañarme todos los Gavilanes del mundo. Mi juicio moral fué más limpio, puesto que al ausentarse la oscura noche en que había vivido, lo primero que se presentó á mis ojos fueron mis propias manchas; pero dominando en mi voluntad la necesidad de

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salvar á Remedios de los peligros en que su decoro se encontraba, las manchas me parecieron menos oscuras, y aún pretendí aquietar mi conciencia, justificando con sofismas mi conducta.

Fuéme forzoso entrar en el movimiento activo de todas las intrigas y de todas las tramas, y procuré obtener por industria las noticias que antes debía sólo á la casualidad. Visité á la Gobernadora y adulé á Candelarita; escuché las conversaciones de Vaqueril y Torvado y fuí afectuso con Roquete; asistí á la casa de Pérez Gavilán y me ofrecí á ayudarle en el despacho de su correspondencia que era ya bien abundante; averigüé chismes, inquirí noticias, propagué cuentos, y en una palabra, me metí en la política.

De todo esto, entre noticias, pláticas, gestos y suposiciones, vine á deducir que la situación era la siguiente. Había hablado Don Vicente con Pérez Gavilán, y este manifestó que siempre sería amigo leal del gobierno de Vaqueril; pero mientras tanto, la *Sociedad patriótica mutualista de Obreros liberales*, se convertía en verdadero *club* demagógico,

en donde ya no se hablaba sino de la tiranía del Gobierno, de su rapacidad, de su torpeza, y *El Taller Libre* publicaba las actas con comentarios, que dictaba el Presidente, amén de los párrafos de gacetilla en que se hacía una constante burla de los hombres públicos de Vaqueril abajo. Baraja gozaba de una licencia que no había pedido; lo mismo sucedía con tres ó cuatro empleados más. Cinco oficiales habían sido dados de baja; tres escribientes destituidos; un portero encausado y seis mozos de aseo echados á la calle. Luego la cosa andaba mal.

¡Y tan mal! De once diputados presentes, seis eran gobiernistas testarudos; y cinco eran *gavilanistas* conocidos, contándose en el primer grupo Miguel y en el segundo el mismo Don José I. Pero como entre la mayoría hubiese uno que alguna vez combatió un proyecto del Gobierno, Vaqueril no las tenía todas consigo, y necesitaba llamar á Cabezudo para cualquier conflicto. Por su parte Gavilán necesitaba dos más, y había puesto los ojos, como hombre versado en la materia, nada menos que en el mismo Don Mateo, úni-

co, según se decía, que era posible hacer cambiar, por medios que él se sabía; y de aquí su empeño en hacer regresar al Coronel.

Aunque yo no fuera maestro, ni cien codos menos, en la ciencia profundísima y abstrusa de entendér y encauzar tales enredos, noté que la política que á mí me importaba, no llevaba la mejor vía; pues era claro que si Don Mateo venía á resolver el conflicto en favor de Gavilán, había de quedar en pié, y aun más alto que antes; lo cual daba al través con todos mis proyectos y esperanzas. Esta idea, y la que me lastimaba constantemente de que mis oficios de averiguar en Palacio para informar á Gavilán, no eran del todo limpios, me empujaron á casa del jefe revolucionario, al cual clara y resueltamente expuse mis temores por lo primero y mis asco por lo segundo.

¡Cómo se rió Don José I. cuando me oyó!

No, señor, Don Mateo le serviría probablemente; pero cuando más se le mandaría otra vez de Jefe Político á San Martín. De todos modos yo sería diputado y secretario de Gavilán, y el me respondía (¡palabra de

honor!) de que con mi encumbramiento y su influencia, un mes después del triunfo yo estaría casado con la Cabezudita.

—En cuanto á sus escrúpulos, continuó el diputado, no me llaman la atención en un muchacho que empieza á conocer el mundo, pero le advierto que son una majadería. Cualquiera se reiría de vd. si le oyese. Además, yo soy su jefe; está vd. comprometido y no se pertenece ya. Tendrá vd. una brillante posición, adelantará en su carrera pública y se casará con esa muchacha; esto sobre todo. Pero tales ventajas no se obtienen así no más; son la compensación de los servicios políticos, y así tiene vd. la obligación de prestarlos. ¡Hombre! No se acobarde en la mejor ocasión. ¡Escrúpulos con Vaqueril! ¿Pues no sabe vd. que está traicionando al Gobierno general, á quien debe el ser lo que tan inmerecidamente es? ¡Quite vd. hombre! En política no hay escrúpulos que valgan y la gran ciencia es no perder, no caer. Y como terminara su discurso hablándome de Remedios, de sus peligros y de mi casamiento, que podía celebrarse antes de concluir el año, me

encendió la sangre y la imaginación, y concluí por contarle cuanto aquel mismo día había oído en mi oficina.

Le renové calurosamente mis protestas de adhesión, y él, estrechándome la mano, otra vez me repitió sus promesas y me llamó su *brazo derecho*, sin el cual le sería imposible llevar á cabo su magna empresa; de suerte que yo quedé convencido de mi verdadera importancia en la revolución y de que no podía ménos que cumplirme lo ofrecido al pié de la letra.

De repente me ocurrió una idea horrible, que no pude callar y la expuse sin rodeos:

—¿Y si perdemos?

—¡Si perdemos! exlamó Pérez Gavilán, sonriendo con presunción. No sucederá; pero en caso de que sucediera, nada tengo que temer ni vd. tampoco.

Daremos el golpe, cuando sea seguro; y si las circunstancias lo exigen, lo daremos al contrario.

—No entiendo; repliqué.

—No importa; fie en mí, que no me he de

echar por un voladero. ¡Mucho ojo, mucha oreja, y no deje de venir.

No; pues si Don Juan Francisco Camacho y Fernandez me hubiese visto entónces, no me habria tirado de las orejas por falta de aplicación ni sobra de pereza. Entre los discípulos de Gavilán, pocos, si algunos, pudieran igualarme, según me tornè de listo, averiguador y malicioso. Entendí que no me convenía asistir á las sesiones de la *Patriótica mutualista*, ni en la tarde y con luz á casa de Gavilán; á la cual concurría noche á noche, para escribir cartas, y leer las que podía haber á la mano. Y quiso la suerte que una de estas fuera de cierta letra uniforme y angulosa que en el acto reconocí con súbito escalofrío, semejente al que produce la vista de una víbora interpuesta en el camino.

Leí de ella á hurtadillas lo que pude, temeroso de ser sorprendido por Perez Gavilán, y cogiendo de aquí una línea y de allá tres palabras logrè, comprender que, envuelta en mil adulaciones y en términos vagos y embozados, se daba al diputado la noticia de que Don Mateo se resolvía á regresar, no por la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noticia (que no creía) de que su sobrina corriese peligro con un alto personaje, sino porque el autor de la carta, mañosamente le había dado informes sobre lo bien que aprovechaba su ausencia cierto jóven pedreño, calentando los cascos á la sobrina y poniendo en peligro de desbaratarse el concertado matrimonio con Labarca.

La carta, fechada en San Martín, estaba suscrita por Don Abundio Cañas, sugeto advertidísimo y fecundo para todo aquello que requiriese malicia, desvergüenza y maldad, y de quien todo podía yo temerlo, desde que conocí su perversa índole, durante la bola de San Martín.

Nada pude decir sobre esto á Gavilán, puesto que habría tenido que revelarle mi indiscreción; y me retiré de allí inquieto y caviloso, presintiendo los males que aquel hombre podía hacerme, después del que ya me causaba para hacer regresar al Coronel.

Aquella misma noche escribí una carta á Remedios, después de romper cinco borradores que me parecieron inconvenientes. Mi objeto era ponerla al tanto de algo de lo que

ocurría; hacerle comprender por lo ménos que corría peligros, y que se tramaban planes infames que podían perjudicarla, todo con la mira de impedir que la condujera la inocencia á ser tenida por fácil ó despreciable; precaución tanto más necesaria, cuanto que yo sospechaba que había dentro de su propia casa algún criado vendido á los que la amenazaban. Pero no había manera de decir tales cosas, que las expresara sin ofender la inocente sencillez de la niña, y cada palabra del borrador me parecía el más grosero despropósito. Rompí los cinco uno tras otro, y al fin aprobé el que solo decía lo mismo de siempre: "te quiero con toda el alma."

No me costó poco trabajo ni escasa paciencia, esperar en la calle del Insurgente á Pepa y atraparla un momento para confiarle mi carta; pero al fin lo conseguí á la siguiente noche, y pude saborear el dulce placer de hablar de Remedios con aquella buena mujer que sabía quererme porque amaba entrañablemente á la niña. Roguéle yo que la cuidara asiduamente, y ella á mí que siempre la quisiera; callé mis temores; pero con maña

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conduje la conversación de tal manera, que Pepa, agena á mis propósitos, me contó cuanto deseaba yo saber, ya no por desconfianza, sino por curiosidad y para conjurar los peligros.

Según ella, el Gobernador había visitado dos veces á Remedios, durante la ausencia de Don Mateo; la primera acompañado de Roquete, para ofrecerle sus servicios puesto que estaba sola; la segunda con Corrales; el catorce del mes; pero Remedios, que había llorado mucho durante todo el día, pretextó una indisposición para no recibirle. Miguel había tratado de verla; pero la jóven, sabedora de que se decía que estaba enamorado de ella, excusaba recibirle, valiéndose de cualquiera invención.

Estas noticias fueron aclarando las leves sombras que quizá quedaran antes en mi espíritu; pero las últimas palabras de Pepa, como explicativas de algo que por inexplicable no quería yo recordar, llenaron mi corazón de un gozo inmenso.

—Todos los ramilletes, me dijo, que vd. tira al balcón, los conserva la niña muy bien

guardados. Al principio se negaba á recogerlos; pero por fin Andrea, la criada, le dijo que vd. los mandaba, y ella se puso muy contenta.

Era aquel un cabo del hilo, que podía conducirme al descubrimiento de la intriga vil de que Remedios y yo eramos víctimas ¡Fuera pereza y encogimiento! ¡Fuera temores y sospechas! Y cuenta que para desenredar una maraña hecha por Gavilán y Vaqueril, Roquete y Miguel, Doña Eulalia y Candelarita, había yo menester malicia y cautela de muy fina calidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVIII

Ex.

EL Tribunal Superior de Justicia, amigo mio, se niega á recibirme el examen profesional de abogado, y en verdad que es cosa extraña, porque importa esto un acto de verdadera justicia. Es el primero que le conozco.

Esto me decía Pepe Rojo, comenzando á tomar la infame sopa que nos preparaba la malhumorada cocinera que nos servia.

—Necesito emigrar, continuó, á un país más civilizado, en donde la libertad haya sido mejor comprendida y practicada, y desde hoy pido á vd. sus respetables órdenes.

—¿Deveras? preguntó Clemente.

—¿Tengo cara de burla? Entiendan ustedes que yo he de ser abogado pese á quien pese, tanto más cuanto que de ménos se hacen los hombres ilustres; por ejemplo: mi estimado condiscípulo Miguel. No me riña el señor Don Clemente por esta franca manifestación de mi juicio respecto á su ídolo.

—No, por cierto, replicó el aludido; eso allá con Juanito.

—No, señor; Juanito es un muchacho de quien he llegado á formarme mala opinión. Veo que ya no gusta de defender á Miguel, y voy creyendo que no sirve para maldita la cosa. Y luego que ha dado en echarla de taciturno y reservado, que no parece sino que él va á resolver el conflicto Pérez Vaqueril. Le recomiendo, señor Quiñones, que por correo extraordinario me comunique á la capital de la República, para donde marcharé en breve, el resultado de esta trabajosísima evolucion del progreso de los pueblos, no sin decirme la tajada que á vd. le quepa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se hablaba de Miguel, de sus amoríos y de los de Vaqueril, con poco miramiento á Remedios, á quien no podía yo defender, y tenía yo las orejas bien coloradas y ardorosas, cuando Julián entró sofocado, diciendo desde la puerta:

—¡Grandes noticias!

—Veamos. ¡Habla, hombre!

Julián se sentó; y entre una y otra cucharada, hablaba, ahogándose algunas veces con el caldo y otras con sus propias atropelladas palabras.

—Don Mateo llegó ya de San Martín, mañana asistirá á la sesión, y como con él tiene mayoría el Gobierno, se presentará acusación contra Perez Gavilán y su cuñado López y López; serán encausados y llamados los suplentes.

El auditorio quedó un instante perplejo, mientras cada cual preparaba un comentario. Sólo Clemente lanzó una exclamación de alegría.

—¡Soberbio! ¿Pero será verdad?

—Ni duda cabe, todos lo dicen.

—Luego es falso, dijo Pepe.

—No, señor, yo subí al Congreso y oí á Don Mateo que decía á Carriles: "¡Esto es una picardía de esos bribones!"

—¡Magnífico! No hay duda.

—Pues hay más que saber.

—¡Más!

—Miguelito, que cada día se dá á conocer mejor como caballero intachable, ha sabido lo del Gobernador con la Cabezudita.

—¡Huy! Eso es grave.

—¿Y ya no se casa?

—Se casa dentro de cinco días, vota con el Gobierno y renuncia la Secretaría privada.

—¡Renuncia! exclamó Clemente abriendo desmesuradamente ojos y boca.

—Por dignidad, concluyó Julián.

A mí se me oscureció la vista, me mordí los lábios; pero pude guardar silencio. Los comentarios tomaron poco á poco calor y extensión entre los dos escribientes, que recíprocamente se aprobaban cuanto decían. Pepe lanzaba de vez en cuando una frase mordaz y oportuna y yo callaba, dispuesto siempre á dar crédito á las malas noticias.

Los escribientes no sofrenaban ni la ima-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ginación ni la lengua, adelantando siempre cuanta suposición podía enaltecer al Gobierno y al jóven diputado, por el cual tenía todo el mundo una predilección tan especial como injustificada. Y cuando ambos se encontraban más acalorados, Pepe, con aquella palabra que tenía virtud de callarlos é imponerse, les dijo:

—Poco á poco, niños; no vayan tan aprisa, que nadie nos urge. Convengo, en nombre de las nobles tendencias del corazón humano, en que ustedes podrían tener razón; pero ustedes no han asistido á los colegios y por lo mismo no saben latín, lengua muerta que por algo se estudia, aun cuando no se aprenda, en nuestros institutos literarios. Dos letras hay que unidas forman una partícula fatal: la e y la equis. *Ex* debiera ser en nuestro idioma partícula inseparable; pero á algún desalmado político le dió la gana de separarla y vino á ser entre nosotros ya un sustantivo ya un adjetivo, que en el mundo de la política tienen significaciones terribles. Como sustantivo, vale tanto como abismo oscuro y sin fondo, del cual no suelen salir los que en él caen, ó si salen es con la cabeza inclinada para siempre; á veces significa purgatorio, y las más infierno. Como adjetivo, expresa lo mismo que despreciable, indigno de estimación y de saludo, y en muchos casos, tanto como muerto. No, señores; el *ex* es un epíteto infamante que nadie acepta; un símbolo de lo pasado que tenemos siempre á la vista para tormento de lo presente, y por añadidura es un mote ridículo que provoca la risa y el desprecio de los demás. Estas acepciones de la voz *ex* son muy nuestras. En España, (que aunque muy adelantada en política no nos iguala), suele usarse como honorífica la tal voz, y el que no puede llamarse ministro, se llama ex-ministro, como si dijeramos *gran cosa;* pero entre nosotros, *ser* es la última expresión de lo sublime, y *haber sido* es buenamente una vergüenza. Sentemos como segunda premisa que Miguelito es muchacho de talento y que sabe latín, y concluyamos, ¡así la Lógica nos bendiga! que antes se someterá á las más duras pruebas, que consentir en que á su nombre acompañe la infamante partícula.

Ni las risas de mis amigos ni la inquietud

que me embargaba impidieron que yo escuchara á Pepe con atención, desentrañando la verdad que había en sus confusas expresiones. Pero apenas concluyó, agitado y cuidadoso salí de allí y me eché á la calle, ansioso de inquirir noticias sin saber en donde.

La vuelta de Don Mateo me causaba sobresalto y temor, puesto que apresuraba la resolución de todos los asuntos que me interesaban. La caída de Perez Gavilán no me parecía imposible, y el medio referido por Julián tenía verosimilitud.

Sin pensarlo fuí á meterme en la casa del revoltoso abogado, y sin reflexión le referí lo que sabía. Rióse Gavilán de buena gana, y me contestó:

—No sea vd. niño, Juanito; Vaqueril no me hará nada: me tiene miedo. No se ausente mucho de la secretaría, porque ahora es vd. más importante que nunca. Miguel está arreglando su matrimonio para dentro cinco días.

—Pero si él me ha dicho.....repuse.

—No crea vd. lo que le diga, no sea vd. niño.

XIX

El toro y el gato.

AQUELLA noche no pude dormir. Pepa me dijo en el breve instante que logré detenerla al entrar en la casa del Coronel, que Remedios estaba llorando y Don Mateo de malísimo humor, y que ella había oido en su boca frases que daban á entender que la reprendía ásperamente, previniéndole además, que acatara su voluntad sin lágrimas ni objeciones.

¡Si me habría engañado Miguel, fingiendo despreciar á Remedios! No; tal suposición era absurda, considerado el carácter y las

que me embargaba impidieron que yo escuchara á Pepe con atención, desentrañando la verdad que había en sus confusas expresiones. Pero apenas concluyó, agitado y cuidadoso salí de allí y me eché á la calle, ansioso de inquirir noticias sin saber en donde.

La vuelta de Don Mateo me causaba sobresalto y temor, puesto que apresuraba la resolución de todos los asuntos que me interesaban. La caída de Perez Gavilán no me parecía imposible, y el medio referido por Julián tenía verosimilitud.

Sin pensarlo fuí á meterme en la casa del revoltoso abogado, y sin reflexión le referí lo que sabía. Rióse Gavilán de buena gana, y me contestó:

—No sea vd. niño, Juanito; Vaqueril no me hará nada: me tiene miedo. No se ausente mucho de la secretaría, porque ahora es vd. más importante que nunca. Miguel está arreglando su matrimonio para dentro cinco días.

—Pero si él me ha dicho.....repuse.

—No crea vd. lo que le diga, no sea vd. niño.

XIX

El toro y el gato.

AQUELLA noche no pude dormir. Pepa me dijo en el breve instante que logré detenerla al entrar en la casa del Coronel, que Remedios estaba llorando y Don Mateo de malísimo humor, y que ella había oido en su boca frases que daban á entender que la reprendía ásperamente, previniéndole además, que acatara su voluntad sin lágrimas ni objeciones.

¡Si me habría engañado Miguel, fingiendo despreciar á Remedios! No; tal suposición era absurda, considerado el carácter y las

ideas del jóven. Sin embargo, yo no podía tranquilizarme, puesto que todo lo adverso para mí, me parecía posible y aun probable.

Salí á la calle apenas levantado el sol, y ya los habitantes de la ciudad iban y venían por plazas y aceras, al olorcillo de las noticias que corrían, impulsadas por trasnochadores y madrugadores; pues el correo de la capital había llegado á media noche cargado de periódicos, cartas y paquetes de correspondencia oficial. De la gente que había en las calles, el que no andaba á caza de noticias, corría y se sofocaba con el único fin de darlas. Estaban en los periódicos con letras de molde, bien visibles y puestas allí para enterar á todo el mundo; pero sin embargo, se referían á media voz y encargando el secreto. ¡Oh! y había razón para ello, fuera de que las nuevas sin secreto no tienen sabor; y la razón consistia en la gravedad de las tales noticias. Un Estado de mucha consideración había arrojado el guante al Gobierno, desconociendo su autoridad por ilegítima y atentatoria á los derechos del pueblo, y sostenía su dicho con tres mil soldados. En

otro, el Gobernador disolvía el Congreso que le era hostil y declaraba el *estado de sitio*, apoyado en un cuerpo del ejército nacional que se revelaba contra el Gobierno de la República. En otro más, la guardia nacional ponía en fuga al gobernador, y su jefe tomaba por asalto el palacio de los Poderes. En otro y muchos..... Los periódicos declaraban que el Gobierno de la Nación era impotente para sofocar aquel general movimiento.

El *Diario Oficial* y algun otro papel que se recibía en el Estado, no decian una palabra de todo esto, y vagamente daban la noticia de un desorden ocurrido en tal parte y una gavilla organizada en alguna otra.

Más temprano que solia me presenté en mi oficina, ansioso de oir una palabra, de sorprender un gesto, de ver las caras y adivinar en su expresión la verdad de todo aquello, y quedé en entrando atónito, al ver que ya estaban en su puesto Vaqueril, Torvado y Miguel, hablando á media voz, con agitación y viveza. El Gobernador, pálido y ojeroso, demostraba no haber pegado los ojos en toda la noche, y apretándose las manos, murmu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

raba palabras de lamentación y abatimiento; el Secretario miraba á Miguel por encima de los anteojos, con semblante tranquilo y satisfecho, haciendo al hablar, graves y reposados ademanes; y el diputado, con calor y entusiasmo, hablaba sin cesar, moviéndose y gesticulando nerviosamente, como quien se deja dominar por vivo contento.

—La revolución pierde, pensé.

Y fingiendo trabajar en mi mesa, agucé el oido para recoger algunas frases.

—Es muy grave, murmuraba Vaqueril; de todos modos es muy grave, gravísimo.

—El golpe se da á la vez y con extraordinaria uniformidad, dijo Torvado; la cosa es hecha.

—¡Ya lo creo que es hecha! exclamó Miguel. Secundarán el movimiento los otros; en este instante ya lo hicieron sin duda...

Las voces se confundieron y bajaron el tono; de suerte que yo sólo podía oir la de Vaqueril que decía balbuciente.

—De todos modos es gravísimo. Nos comprometen.....nos ponen en mil dificultades.....

—La revolución gana; pensé yo, asombrado de oir á Miguel, que decía:

—Es preciso hacer algo, tomar parte en esto. Si señor; pero pronto.

Oí alguna vez el nombre de Perez Gavilán; pero de fijo daban grandísima importancia á lo que se refería al jefe de la oposición, pues tan suavemente hablaron qué nada pude escuchar, aunque puse atentísimo oido.

Alguna frase que Miguel me dijo después, tal órden comunicada al Gefe político, y tal acuerdo al Redactor, para escribir un artículo que ocupó una plana del periódico sin decir absolutamente nada, me dieron la certidumbre de que, en efecto, la revolución triunfaría.

Yo no sabia sino que tal victoria lo era para Vaqueril, para Miguel y para Don Mateo, y no había menester alcances más avazados, puesto que mi política no veía más fin qué la conquista de la calle del Insurgente. Cada vez con mayor desasosiego y menos cordura, salí de mi oficina, recorrí calles, platiqué en corrillos, y por aquí y por allá, en tonos altos y bajos, á grandes y chicos oí dar las mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas nuevas que me traían medio loco y sin tino: la revolución triunfará; Miguel se casa.

Arrastrado por la fatalidad que no me daba punto de reposo, sin saber porqué ni para qué, aunque pienso que por cierto instinto que suele conducirnos á malos pasos, me entré en casa de Vaqueril al caer la tarde; y no bien me divisó la Gobernadora, cuando mé arrojó encima una lluvia de frases y palabrillas sueltas, preñadas de mala intención, y de rabia. Y luego que resonó mi voz, acudió al reclamo Candelarita, que hizo el duo á su madre con incomparable puntualidad, al compaz del sacudimiento histérico que agitaba desde su hombro izquierdo hasta la cadera del mismo lado.

En vano protesté, negué afirmé y dije cuanto sin orden ni concierto me vino á la boca. No, señor, yo era un títere á quien se quitaba la novia como una mota de la solapa; Miguel se casaría con la Cabezudita, se reiría de mi, y todo el mundo le haría coro con la mejor voluntad.

Loco de rabia y jurando ya sin embozo que no lo consentiría, gané la puerta sin

despedirme, á tiempo que Doña Eulalia decia con colérico acento:

—¡Qué mal sientan á veces los pantalones!

Imposible que después de esta escena y de tanto oir la misma noticia del matrimonio, repetido con las propias palabras, recordara yo las que Miguel me habia dicho, refiriéndose á Remedios, algunos dias atrás. No tuve ya la más ligèra duda de que el matrimonio se concertaba contra la voluntad de la joven y de que á su pesar llegaría á realizarse, si antes no lo impedían los acontecimientos políticos ó un acto de valor ó un despropósito mio.

No bien cerró la noche, me encaminé á casa de Perez Gavilán, resuelto y determinado á hablarle claro, muy claro sobre todo aquello, y á exigirle que me dijese lo que pensaba, lo que haría, para conjurar sus peligros y los que á mi me amenazaban.

El diputado estaba inquieto y agitado como nunca; despachando algun correo; y luego que contestó mi saludo, me hizo sentar frente á una mesa, me dictó dos cartas, dió órdenes despues al mozo que partía, ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bló en el corredor con dos ó tres que le esperaban, volvió á entrar, me preguntó lo que habia oido de nuevo en la secretaría, y ya me disponía yo á entrar en materia con más energía que nunca, cuando oimos en el patio la voz de Don Mateo qne preguntaba por Gavilán á un criado.

Me puse en pié, sintiendo un escalofrio que me hizo temblar; el diputado me empujó hacia la pieza contigua, en la cual entré de un salto y al mismo tiempo el membrudo Coronel apareció en el dintel de la puerta.

Parecióme la conversación que en seguida escuché, la lucha singular de un toro con un gato. Don Mateo, que no sabía mentir, ni tampoco lo creía necesario, llamó á las cosas por sus nombres, diciendo que lo que Pérez Gavilán procuraba era buenamente una picardía, una deslealtad, que el Coronel ¡canasto! no solo no apoyaría, sino que combatiría en el Congreso y aun con las armas en la mano. Cerraba yo los ojos y apretaba los dientes al oir aquellas verdades como puños; pero el listo agitador debía de estar muy acostumbrado á tales lances, cuando no desistía de su intento, y ni siquiera se alteraba su voz.

Hablaba el abogado de los intereses públicos, de la paz general obtenida al corto precio de un voto, de los deberes del ciudadano, de la traición de Vaqueril, de las obligaciones del Estado para con el Gobierno general; pero Don Mateo, escudado con su lealtad y protestando que con no hacer nada no faltaba á sus deberes ni traicionaba á nadie, se mantenía firme, arrojando *canastos* por la boca, irritado como ofendido y á punto de amenazar á Gavilán con los puños, y de proferir las más duras palabras.

En la trabajosa lucha, el gato se encogía, se extendía, saltaba, clavando en la ternilla del toro sus cortantes uñas; mientras la torpe fiera bufaba rabiosa, buscando inútilmente á su ágil competidor, con toscos movimientos, para hundirle el cuerno.

El astuto abogado abandonó su primer sistema de ataque y embistió por punto más débil. ¿Qué le debía el Coronel á Vaqueril? Sus grados habían sido ganados en los campos de batalla; la Jefatura de San Martín,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fué debida á la habilidad política de Don Mateo, y el puesto de diputado al voto espontáneo del distrito en que gozaba de tan señalado prestigio. El Coronel no cedió, y dando por cierto cuanto Gavilán decía, se limitó á bramar de nuevo contra la deslealtad de los enemigos del Gobierno. ¿Y cómo pintar, cómo explicar la cólera que le invadió y estalló en su boca con mil ternos, cuando Gavilán le dijo, que por el contrario, mucho debía quejarse de la conducta de Vaqueril durante su ausencia, con respecto á su sobrina? ¡No! ¡canasto y recanasto! eso no era más que una invención miserable de los enemigos del señor Gobernador, que trataban de levantarle enemigos y mala reputación. En cuanto á su sobrina, era un ángel incapaz de dar lugar á semejantes abusos, y todos los que dijeran ó sospecharan ó pensaran cualquier cosa desfavorable á ella, eran esto y lo otro y algo más todavía.

Fué aquel un desbordamiento de palabrotas, una erupción de ternos para taparse los oidos, que en poco estuvo no diera al traste con todos los propósitos de conquista del discretísimo Gavilán; y fué preciso que este gastara un cuarto de hora bien corrido, para lograr que el colérico Coronel, á medio calmar, le oyese, si no en silencio, siquiera limitado á lanzar bufidos al compás de su fatigosa respiración.

—Le cité á vd., oí decir á Gavilán, para algo que le interesa mucho, según dije en mi recado, y vamos á ello.

La voz del abogado sonó tan apagada y confusa, que no pude oir lo que decía, y esto era, sin duda, lo que Gavilán procuraba. Y debía el asunto de ser, en efecto, de mucho interés para el Coronel, cuando lanzó con verdadero asombro estas palabras:

—¡Yo!....¿Deveras?....¡Yo!

Gavilán continuó hablando bajo, y sólo podía yo escuchar las respuestas y exclamaciones del Coronel. Oi como el ruido de un pliego que se desdobla y extiende, y luego la voz siempre confusa de Gavilán, que leía algo, segun la monotonía que noté y lo corrido de la frase.

—Esta es una honra muy grande, decía Don Mateo, con tan distinto tono del que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

antes había usado, que me llenó de admiración y me puso en mil perplejidades.

—Muy alta honra, repetía, que yo..... pues yo, la debo agradecer y aceptar. Si, señor, la acepto con mucho gusto.

No quiero (ni hay para qué), repetir aquí todas las frases que dijo Don Mateo, y que en verdad yo no me explicaba. Recuerdo que habló algo de los límites que tiene la *amistad política*, de deberes superiores, de que segun los datos que Gavilán le daba, Vaqueril faltaba á sus compromisos con los que le habían elevado; y por último, de los deberes militares, los deberes del soldado que éstan por cima de cuantas obligaciones pueden existir en el mundo. Siguiéronse despues frases que daban á entender conformidad de opiniones entre ambos, conformidad de propósitos y acuerdo en la acción; luego sonaron las sillas, arrastradas sobre el piso al ser retiradas por los interlocutores que se pusieron en pié, y al fin la voz de Pérez Gavilan, entera y melosa dijo:

—Hasta mañana Señor General.

¡No, no podía ser! Había yo oido mal, sin duda.

La voz del abogado volvió á sonar en seguida.

—Buenas noches, señor General.

¡General Don Mateo! ¡Todo lo comprendí! ¡Aquel hombre había vendido su opinión y su decantada lealtad por un pliego de papel!

Remedios se alejaba mas de mí, y bien lo merecía quien había consentido en ser juguete vil de un ambicioso intrigante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

Una celada.

AMANECIÓ otro día que me sorpendió sobre mi catre, las ropas revueltas y las almohadas por el suelo. Tenía yo los ojos ardorosos, la cabeza mareada, y profundos surcos denunciaban en mis mejillas el insomnio de dos noches y las agitaciones de dos dias. Ya no era sólo la esperanza fallida lo que lastimaba mi corazón, sino tambien la buena fé burlada tan miserablemente por intrigas de mala ley á quienes servía mi candor sin advertirlo.

Tal proceder autorizaba y justificaba una venganza, cualesquiera que fuesen los medios que para alcanzarla adoptara mi despecho; y yo, resuelto á tomarla, no ocupe en otra cosa el pensamiento, durante aquella noche que me prestó siete largas horas para meditarla bien.

Por un instinto de antipatia, había yo rechazado hasta entónces la amistad de la Gobernadora, y evitado que me propusiera un acuerdo para aunar nuestras fuerzas en pro de nuestro común deseo. Pues bien; ahora era preciso buscarle; ahora que mi política, sin dejar de tener el mismo fin, exigía medios contrarios.

Antes el triunfo de Gavilán era mi savación; pero desde aquella noche, mi salvación consistía en la derrota del abogado, que tambien sería la del nuevo general, que se quedaría, á todo rigor, tan coronel como el primer día. En cuanto á Miguel, derrotado Cabezudo, era indudable que no querría insistir en un matrimonio *impolítico*.

Si va á decir verdad, confieso que la Gobernadora me pareció ménos antipática, y

aun pensé que sus desapacibles tonos y su carácter feroz tenían una naturalidad que era casi graciosa y agradable. Iba á recibirme con gritos y pullas de punto muy alto; me lastimaría cuanto pudiera; pero yo procuraría permanecer sereno, dejaría pasar el primer chubasco, y despues, ya calmado, nos entenderíamos perféctamente. Yo tambien tenía en parte la culpa ¡no sabía reportarme ante ella! ¡no refrenaba mi genio naturalmente impetuoso y altanero! Pero ahora sí que lo haría con tanto modo, que Doña Eulalia iba á quedar encantada. Eso sí, de la primera andanada no escaparía yo!

En la oficina encontré ya reunidos á los tres hombres del Poder Ejecutivo, que hablaban con más calor y misterio que nunca. La palabra "mañana" llegó repetidas veces á mi oido, y tantas que hube de parar en ello la atención, procurando adivinar lo que para entonces se aplazaba; y el arrebato imprudente de Miguel, que no consentia media voz, sirvió para enterarme de lo que me importaba: al dia siguiente iba á darse el golpe.

¿Qué golpe era este? Desde luego presumí que el que debía aplastar para siempre á Gavilán, y un contento indefinible me llenó el corazón, mientras en mi imaginación siempre viva veía yo rodar al famoso general desde su encumbrado puesto hasta las más profundas barrancas de su hacienda de San Bonifacio. Hice la cuenta de los diputados: con Don Mateo, Gavilán podía reunir seis votos, y aun esto era dudoso; mientras Vaqueril tenía de su parte por lo menos siete

Puesto que mi objeto se reducía á que el Coronel y yo estuviésemos á un nivel, lo mismo me daba encumbrarme que abatir á Don Mateo.

Eché por este camino mis suposiciones, con el atrevimiento de costumbre, y no sé hasta donde llegaran, si no me hubiese interrumpido un criado que de parte de la Gobernadora llegó á llamarme con urgencia. Parecía que la señora adivinaba mi propósito de ir á visitarla, y no me hice esperar.

Al llegar á la puerta hice por vigésima vez el ánimo de sufrir impasible el chubasco que ya sentía sobre mi cabeza, y quedé lleno de asombro al ver que la Gobernador salía á mi

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

encuentro con la sonrisa en los labios y la mano extendida para estrechar la mía. Sonreía tambien del mismo modo Candelarita, y solo noté que Concha hizo al verme un gestecillo de repugnancia y enojo.

Carriles, aquel diputadejo de cinco cuartas, que había tenido siempre el buen juicio de apoyarse en Doña Eulalia para todas sus pretensiones, me soludó muy afectuosamente, y lo mismo hicieron otros dos amigos de la señora, que en la calle ni siquiera se dignaban mirarme.

El objeto de aquella reunión, en la cual solo Miguel faltaba, y otro amigo de la Gobernadora que no dilataría en llegar, era la celebración de un recuerdo feliz: el del día en que Candela había vestido de largo por vez primera. Feliz idea y justo motivo de regocijarse, según los presentes; pero que á mí me pareció pretexto para echar una cana al aire, inventado por Doña Eulalia, quien gustaba de vez en cuando de improvisar alegrías en el comedor.

Hubo que entretener el tiempo con conversaciones en que yo tenía poca parte, mientras

los otros dos convidados llegaban. ¿Quién era el segundo? Un antiguo amigo de la casa, que vivía desde años atrás metido en un poblacho distante, y que ahora pretendía venir á establecerse á la capital. La Gobernadora le aseguraba que le conseguiría de su esposo un empleo decente de todo en todo. Y bien lo merecía, porque era hombre de buen talento, vivo y astuto, y sobre todo excelente amigo y honrado á toda prueba. Vamos, que á todos se nos abrió el deseo de conocerle.

Me impacientaba no poder hablar desde luego con Doña Eulalia; pero supimos por ella que Vaqueril comería con Torvado, y consideré que después de la comida tendría yo sobrado tiempo y mejor ocasión para entenderme con ella.

La maligna señora me miraba á menudo dirigía luego luego la vista á su hija mayor, y ambas sonreían de un modo especial, que no me dejaba del todo tranquilo. Su semblante y el de Candelaria mostraban cierta frescura y despejo que sólo suele dar la alegría; su conversación era jovial y frecuentemente interrumpida por franca y natural

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

risa. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Porqué se impacientaban las señoras tan visiblemente por la tardanza de Miguel y el incógnito convidado?

Haciéndome estas y otras semejantes preguntas, fueron despertando en mi espíritu sospechas y temores tales, que al sonar en el corredor los pasos de Miguel me sobrecogí sin poderlo remediar. Y no bien hubo el jóven tomado asiento é informádose del motivo de la fiesta, cuidando de mostrarse más preocupado de lo que realmente estaba con los acontecimientos políticos, cuando Doña Eulalia, mirándome con inexplicable malicia me dijo:

—Muy cortado veo á Juanito; y la verdad que me llama la atención, pues es vivaracho y exaltado aun cuando sea para hablar del calor y del frío.

Por supuesto que Carriles y los otros dos convidados, encontraron justa y atinada la observación.

—Mosca muerta, dijo Candelaria mirándome de reojo con aire zalamero.

Todos echaron á reir, y yo, que no había

menester tanto para aturdirme, no logré concertar una frase medianamente racional.

—Por algo dice vd. eso, observó Carriles, bailando en su asiento como títere, y dirigiendo á Candelaria miradas zalameras.

—¿Por algo? No, señor: por mucho, contestó la muchacha.

—¡Oiga! exclamó uno.

—¿Conque así? preguntó otro.

Miguel, atento á lo que se decía, me miró con indiferencia, en tanto que yo, presintiendo algo muy desagradable, trataba de conjurar el peligro con forzadas sonrisas y palabras sin ilación.

—¡Si ustedes supieran! apuntó la gobernadora.

—Señora....dije yo acongojado; se ha propuesto vd. darme un mal rato?....

Una risa general acogió mi reproche. No había remedio: hablando la Gobernadora, todos tenían que aplaudir, asi me diera á mi una fiebre, y por más que las palabras de Doña Eulalia fueran otras tantas majaderías vedadas por la buena crianza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Se pone colorado ¡mala señal!

—Quiere decir que la conciencia le acusa.

—No, Juanito, no se enoje vd., dijo la señora con implacable impertinencia; por el contrario envanezcase de haberse reido, ranchero y todo, de todos los pollos almibarados de la culta capital. Además, la muchacha es guapísima y merece la pena.

—¡Qué chasco les ha dado á los tenorios! exclamó Candela.

Y como los presentes estuvieran de acuerdo, todos los ojos se volvieron á Miguel, que se puso súbitamente pálido, tomando á poco un color encendido. Doña Eulalia comprendió que había llegado al punto que buscaba, y con la satisfacción del tigre hambriento que desgarra á su presa, continuó:

—Vaya, hombre, no se enfade por esto, que es una bonita aventura. En medio de una revolución en que se peleaba sin cuartel, al saber que la novia estaba amenazada, correr en su auxilio y salvarla de sus enemigos entre las balas, desafiando la muerte; y luego tomarla en los brazos, montar á caballo

y correr con ella por campos y bosques, durante una noche y un día.

—¡Carambola!

—¡Eso parece novela!

—Pues es verdad.

—Señora, dije yo irritado y aturdido á la vez; eso no es cierto.

—Estamos entre amigos de confianza que guardarán el secreto, contestó ella riendo.

Negué con energía y corage, y ella afirmó con viveza, amenazándome con presentar pruebas irrecusables. Yo sudaba de congoja: me sentía sofocado por la ira, y revolviéndome en mi asiento, no me atrevía á mirar á la terrible Gobernadora. En tanto Carriles y sus compañeros habian reparado en el descompuesto semblante de Miguel, y temerosos de incurrir en su desafecto, no sabían qué decir ni qué hacer. Conchita se retiró á su cuarto; Candela reía nerviosamente, amagada ya del acostumbrado ataque, y Doña Eulalia, lanzando á Miguel miradas furtivas de reojo, no cesaba en sus imprudentes declaraciones.

—¿Qué les parece á vdes. el rancherito?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Repito, señora, que eso no es cierto.

—Vamos, hombre ¿y porqué Don Mateo le aborrece, si no es porque vd. le enredó á la Cabezudita?

Al sonar este nombre, Carriles bajó la cabeza, huyendo el compromiso, y Miguel hizo un movimiento súbito que sin duda no pudo reprimir. La Gobernadora, atenta á todos los pormenores de la escena, y resuelta á llevar adelante su propósito de humillar á Miguel, se encaró con los tímidos, é interrumpiendo la enérgica protesta que yo hacía.

—¿Saben ustedes preguntó, cuántos y cuán distinguidos son los burlados?

Carriles tartamudeó una frase sin sentido, que le habría costado cara, si Miguel, rompiendo su silencio no hubiera hablado.

—Si cree vd. que yo soy uno de ellos, dijo con acento de cólera, se equivoca completamente.

—No he dicho tal cosa; pero. . . .

—¡Mamá! gritó Candelaria espantada, y tratando de evitar un disgusto serio.

—No es posible que Miguelito. . . . logró decir el diputado.

—De mí no se ha burlado nadie, dijo Miguel.

—Sin embargo, replicó la Gobernadora, vd. no ha sido indiferente á las gracias de esa niña. . . .

—¡Mamá!

—Bien, dijo Carriles; pero Miguelito no llevó el chasco. ¡Ya me figuro que él, que es un poco calavera, como todos los jóvenes guapos y de talento. . . .!

Y dejó adivinar en un gesto algo que no quiso decir, y que acabó de encenderme la sangre, cegándome por completo.

—¡Eso, eso! exclamaron los otros tímidos.

—Justamente, afirmó Miguel, encontrando en la calumnia su salvación.

—¿Deveras? preguntó Doña Eulalia con cierta malicia y como satisfecha de que Miguel hallara salida. Pero algo trató vd. de poner por obra, cuando cierta noche alcanzó un porrazo en la cabeza.

—¡Sí! exclamó Miguel con rabia, y mirándome con terribles ojos; pero alcancé también por mí mismo la prueba de que esa muchacha

no es más que una desgraciada, que aun como pasatiempo me mancharía.

Quise echarme sobre él y cerrar aquella boca de un puñetazo; pero al ponerme rápidamente en pié, Carriles, ágil como una ardilla, se colgó á mi brazo, con el cual le hice en seguida rodar por la alfombra.

Doña Eulalia y Candelarita gritaban; los dos convidados mudos trataban de detenerme, y Miguel parado frente á mí, me miraba como desafiándome.

—¡Es vd. un miserable, sin pudor ni vergüenza! exclamé.

—¡Salga vd. de aquí! gritó Doña Eulalia; y me señaló la puerta, imitando á las actrices que había visto en el teatro.

Quise contestar algo muy terrible á aquella maldita mujer; pero Carriles y socios me empujaron groseramente hacia el corredor, á tiempo que Miguel sujetaba entre sus brazos á Candelarita, que saltaba como epiléptica.

Salí de allí como si todo el infierno me persiguiera, y al pasar el zaguán, oí una voz melosa, que con tono de alegría me gritó:

—¡Juanito, hijo mio!

Por toda respuesta, descargué un cachete que resonó ruidosamente....

Era el convidado que se esperaba: Don Abundio Cañas.

¡El era el culpable!

—

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXI

La fiebre.

SIN tino ni conciencia de haberle perdido tan rematadamente, no busqué ya en mi enloquecida imaginación manera de justificar á Remedios ni de desmentir las infames suposiciones que se hacían respecto de su conducta. Una sola idea dominó con absoluto imperio en mi voluntad y mi razón: matar á Miguel. ¿Para qué? No me hice tal pregunta, que puede contestar el asesino de oficio, mas nó el que va al crímen empujado por una pasión vehemente. ¿Cómo le mataría? De cualquiera manera, con tal que quedara bien muerto y que fuera cara á cara. Yo no tenía arma ninguna, pero ni siquiera reparé en ello, quizá porque estaba yo convertido en fiera, y las fieras no necesitan más instrumento que sus propias garras.

Voy á esperarle á la puerta de su casa, que al fin tarde ó temprano tiene que volver de la del Gobernador; pero me es imposible mantenerme en un lugar diez minutos. Voy por el camino que tiene que llevar para dirigirse á su casa; vuelvo al punto de partida, y cuando creo andar á paso lento, me resulta que recorrí el largo trecho en seis minutos, atropellando á los transeuntes y tropezando con frecuencia. Gasto en idas y venidas más de una hora, y me fatigo en vano, pues no encuentro á Miguel. Me acerco á la casa de Vaquerín, y aunque escucho atentamente, no oigo ningún ruido; la comida concluyó desde hace mucho rato y los convidados deben de haberse marchado ya. En efecto, al ver salir á un criado le pregunto por Miguel: se fué antes que ninguno hace más de media hora.

¡Torpe! Es claro que, estando preocupado con motivo de los acontecimientos que para

el siguiente día se preparan, debe de haberse ido á reunir con Vaqueril y Torvado en la casa de este. Pues voy allá. Espero media hora, subiendo y bajando por la calle, y nadie asoma. No puedo esperar más; llamo á la puerta, resuelto á enviar un recado al joven para obligarle á salir; pero mi deseo se frustra por segunda vez: el criado dice que el Sr. Labarca no ha llegado en todo el día.

¡Así pasó aquella tarde lenta y pesadamente, á medida que me invadía una como horrible fiebre, llena de pesadillas!

Sin duda la fatiga de aquel andar sin término me llevó instintivamente á mi casa después de entrada la noche; pues sin que en ello interviniese mi voluntad, me encaminé allá, y solo pude notarlo, cuando entrando en el patio, ví á Pepe que con una vela en la mano examinaba atentamente á un caballejo flaco y de mal aspecto, que sin mover pié ni mano se dejaba reconocer impasible.

—¿Qué le parece á vd. este animal? me preguntó mi amigo.

—Muy bueno, le contesté, dirigiéndome á mi cuarto.

—Más que de espuelas voy á necesitar de paciencia durante el viaje, dijo Pepe; pero eso no cuesta dinero. ¡Qué diantre! sobre más triste caballería se lanzó Don Quijote en busca de más peligrosas aventuras. Me voy pasado mañana.

No contesté una palabra, y me eché en el catre á descansar. Algunas horas permanecí inmóvil en la oscuridad, sin atender á la charla que poco después de mi llegada emprendieron Pepe y los escribientes, tal vez hablando del viaje del estudiantón, ó de lo que por las calles se decía ya de los graves sucesos que se anunciaban para el día siguiente.

Serían las diez cuando Clemente entró en mi cuarto apresuradamente, y acercándose á tientas me dijo en voz baja:

—Le busca á vd. una mujer.

—¿Una mujer? pregunté, poniéndome en pié de un salto.

—Sí; está esperando en la calle.

Salí precipitadamente, y en el zaguán encontré á Pepa que entre asustada y llorosa me dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—La niña está muy afligida y llena de miedo. . . .

—¿Qué sucede?

—El Sr. Labarca fué á casa esta tarde.

—¡Miguel! exclamé lleno de ira.

—Sí, señor; habló mucho con Don Mateo, se acaloraron y disputaron mucho, y cuando Don Miguel salió, el señor habló con la niña y la regañó y echó mil maldiciones. Le dijo lo que nunca le había dicho, y hasta creo que tenía ganas de pegarle.

—¡Pegarle á ella!

—Y todo porque el Sr. Labarca fué á decirle que ya no se casa con la niña, porque lo quiere á vd. desde San Martín, y Don Mateo dice que ya era asunto arreglado, y que vd. es un títere que no sirve para nada.

¡Miguel había encontrado el pretexto que sin duda buscaba para romper el compromiso!

—Don Mateo, continuó Pepa agitada, ha jurado que vá á mandar á la niña con su padre, pero lo que más la aflige es que ha ofrecido matarlo á vd.

—¡A mí!

—Dijo que esta noche misma vendría á

buscarlo, á la hora que saliera de no sé que junta á donde tenía que ir. La niña le manda rogar á vd. por el amor de Dios que no se quede en su casa esta noche. Que se esconda vd.

—Está bien; respondí maquinalmente.

—Le diré que se tranquilice, que va vd. á esconderse.

—Sí, dile lo que quieras.

Pepa se marchó, y yo volví á mi cuarto. En medio de la oscuridad, mi imaginación veía grotescas figuras que luchaban á muerte, abrazándose, retorciéndose, golpeándose hasta saltarse los sesos. Don Mateo, Miguel y yo nos encontrábamos frente á frente, con igual deseo de destruirnos y acabarnos; en los tres semblantes se veia pintado el encono, y las manos crispadas denunciaban la rabia de que estábamos poseidos. De pronto me arrojaba yo sobre uno de ellos y de un golpe le ensangrentaba horriblemente la cara; el otro me asestaba un puñetazo; pero agarrándole yo la garganta, daba con él en tierra, y apretando, apretando con extraordinaria fuerza y sin compasión ninguna, veía con fe-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

roz satisfacción amoratarse, ennegrecerse el rostro de mi víctima. Acudía el primero al ataque, y entonces todos tres nos confundíamos, formando un solo cuerpo echo un nudo de miembros, primero agitados y convulsos, y después ceñidos y vigorosos, como serpiente que ahoga á su presa. Oía yo las respiraciones sofocadas y angustiosas que se dificultaban por la presión terrible de seis brazos nervudos, vigorizados por la sed de venganza. Algunos quejidos leves se escapaban al más débil de los tres, que iban haciéndose á cada instante ménos perceptibles; algún brazo cedía al cansancio ó al dolor, ó se rendía á la muerte; y sin embargo, yo apuraba el vigor de mis músculos de acero para ahogar sin lástima. Las respiraciones eran ya estertores de moribundo. Los oidos me zumbaban, cegaban mis ojos, mi cerebro se entorpecía... pero aun sentía yo la vida en el deseo implacable de matar!

XXII

¡Asesino!

No hallé en aquel dormir el descanso que habían menester mis extenuados miembros, ni el reposo que necesitaba mi espíritu. Desperté al amanecer en medio de horrible pesadilla, cuyas sombras me parecía ver en los ángulos de mi cuarto aun después de abrir los ojos.

Sentí de pronto un malestar inexplicable sin recordar que durante veinticuatro horas no había tomado alimento ninguno; pero me bastó traer á la memoria los sucesos del día anterior, para que, haciéndome cargo otra vez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

roz satisfacción amoratarse, ennegrecerse el rostro de mi víctima. Acudía el primero al ataque, y entonces todos tres nos confundíamos, formando un solo cuerpo echo un nudo de miembros, primero agitados y convulsos, y después ceñidos y vigorosos, como serpiente que ahoga á su presa. Oía yo las respiraciones sofocadas y angustiosas que se dificultaban por la presión terrible de seis brazos nervudos, vigorizados por la sed de venganza. Algunos quejidos leves se escapaban al más débil de los tres, que iban haciéndose á cada instante ménos perceptibles; algún brazo cedía al cansancio ó al dolor, ó se rendía á la muerte; y sin embargo, yo apuraba el vigor de mis músculos de acero para ahogar sin lástima. Las respiraciones eran ya estertores de moribundo. Los oidos me zumbaban, cegaban mis ojos, mi cerebro se entorpecía... pero aun sentía yo la vida en el deseo implacable de matar!

XXII

¡Asesino!

No hallé en aquel dormir el descanso que habían menester mis extenuados miembros, ni el reposo que necesitaba mi espíritu. Desperté al amanecer en medio de horrible pesadilla, cuyas sombras me parecía ver en los ángulos de mi cuarto aun después de abrir los ojos.

Sentí de pronto un malestar inexplicable sin recordar que durante veinticuatro horas no había tomado alimento ninguno; pero me bastó traer á la memoria los sucesos del día anterior, para que, haciéndome cargo otra vez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de mi desesperada situación, dejara de sentir las molestias del cuerpo.

—Hoy, pensé, he de encontrar á Miguel de todas maneras.

Y haciendo un esfuerzo de voluntad, esperé á que el día avanzara.

—Tiene vd. una cara de los demonios, me dijo Pepe, cuando me vió salir de mi cuarto. Se conoce que es vd. partidario del gran Vaqueril y que ya ve vd. perdido el pleito. ¿Está vd. enfermo?

En seguida me refirió las noticias que Julián había recogido durante la noche, y traido á casa á las seis de la mañana.

Un correo que llegó en la madrugada había sido portador de importantísimas novedades. La Legislatura disuelta del Estado X, había sido apoyada por el Gobierno general con un grueso cuerpo de ejército, y el gobernador revelado huía por los distritos. El gobernador derrocado del Estado Z, iba á ser repuesto en su empleo merced al esfuerzo incontrastable de tres mil bayonetas. El "Diario Oficial" daba la nueva de que la *gavilla* de marras había sido disuelta por una

fuercecita federal; lo que traducido al lenguaje de la verdad significaba que las tropas *pronunciadas* habían sido derrotadas completamente por las del Gobierno.

—Ya ve vd., concluyó Pepe, que ha tenido razón el Sr. Vaqueril para mandar echar á vuelo las campanas al amanecer ¡celebra el triunfo del Gabierno nacional!

No sentí ya indignación ni enojo. ¡Qué me importaba á mi todo aquello! Remedios enviada á su padre, Remedios deshonrada ante la opinión pública: eso era todo para mí.

No reparé en que Pepe me observaba atentamente, miéntras yo me paseaba con inquietud y agitación en el patio. Me resistía á tomar el desayuno, y el estudiante me obligó á beber una taza de leche. Clemente, que había salido á caza de chismes, entró sobresaltado y nos dijo:

—He oido hablar algo á dos diputados gobiernistas. Los repiques no significan nada; pues Gavlián no quiere quedar chasqueado y hoy habrá campaña en el Congreso. ¡Pobre revoltoso! eso le va á costar caro; porque parece que el Gobierno le lanzará de la Le-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gislatura, en lo que hará muy bien. La ciudad está alarmada, y todo el mundo anda en la calle. No hay motivo para tanto ¡que demonio! el Gobierno cuenta con ocho votos seguros contra cinco que tiene Gavilán. Y figurense ustedes esos ocho diputados dirigidos por Miguelito, que es su gefe.

—¡Ya lo creo! exclamó Pepe.

—Y á propósito de Miguel continuó Clemente ¿qué disgustó tuvo vd. con él, Juan?

—¿Yo? Nada....cualquiera çosa....

—Dicen que fué por la Cabezudita.

¡Hola! gritó Pepe, mirándome con interes ¿Como está eso?

—Dicen, prosiguió el escribiente, que vd. está celoso porque Miguel.....No; que Miguel está furioso porque vd. se ha burlado de él. En una palabra que vd. es el único que sabía que esa muchacha era cualquiera cosa.....así.....

—¡Calle vd., charlatan! grité fuera de mi y poniéndome en pié.

Pepe me detuvo asustado.

—¿Qué es esto, Juan? me preguntó en tono de reprensión afectuosa.

—Es, respondí, que Miguel es un miserable calumniador, que toma venganza de esa niña porque ha sido rechazado por ella. Es que los necios como éste, se convierten en eco de cuanto oyen decir; sin advertir que con ello manchan la virtud más limpia y la pureza inmaculada.

Trató Pepe de calmarme, y el pobre Clemente se excusó con timidez; pero bastó la breve escena para que el caliente rescoldo del día anterior ardiera con llamas. Todo el mundo estaba ya enterado de lo sucedido en casa del Gobernador. Es decir, que todos juzgaban ya á Remedios como una mujer vulgar y desgraciada, de cuyas faltas había pruebas indudables....¿Qué podría yo hacer sino matar á Miguel?

Pepe notaba en mi semblante que algo muy grave pasaba en mi interior, y la escena entre Clemente y yo fué para el astuto estudiante una revelación. Trató de entretenerme en casa; pero al fin, exasperado é impaciente, tomé mi sombrero y salí. PeroPepe, fingiendo una curiosidad que no tenía, me

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acompañó so pretesto de inquirir noticias y ver lo que sucedía.

Parecía que era aquel un día de grande regocijo según hormigueaba la gente en la plaza principal y calles próximas. Con frecuencia éramos detenidos por alguna persona que daba ó pedía noticias, y Pepe se complacía inventándolas á cual más escandalosa y alarmante, con la muletilla de saberlas de buena tinta. Yo me impacientaba cada vez más y extendía la vista por cuanto podía abarcar buscando á Miguel.

Al fin, cerca ya de las diez, recorriendo el trayecto de la casa del jóven á la plaza, y en sitio no distante de mi habitación, encontramos al joven que caminaba con la cabeza inclinada al suelo y muy de prisa. Casi lancé una exclamación de gozo, y á tiempo que Pepe me decía en voz baja. ¡Prudencia, Juan! detuve á Miguel por un brazo.

—¿Qué quiere vd? me preguntó con disgusto.

—Hablar dos palabras, respondí.

—No puedo detenerme.

—Pues se detendrá vd.

—Tengo prisa.

—Diga vd. que tiene miedo.

—¡Juan! exclamó, poniéndose lívido.

—¡Sígame vd! le dije, sin hacer caso de las palabras que Pepe me dirigía.

—Nos veremos después: hoy no puedo.

—Pues le abofetearé en la calle, dije sordamente, estrujándole el brazo.

El jóven hizo un movimiento rápido y se desprendió de mis dedos; Pepe me detuvo. Algunos transeuntes se pararon á mirarnos y el jóven con ademán de ira me señaló el camino.

—Vamos á la casa de vd., me dijo, que está cerca.

Uno de los transeuntes, tomó precipitadamente el camino de la plaza, sin duda para ir á dar el aviso á Vaqueril, y yo comprendí que había que apresurarse.

Llegamos á la casa, entramos en el estrecho comedor, y yo empujando á Pepe hácia fuera, cerré la puerta, encerrándome con Miguel.

—Lo que haya vd. de decirme; que sea pronto y en pocas palabras, dijo Miguel con voz dura y altiva.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Muy pocas, respondí. Quiero matar á vd. ó quedar muerto en este sitio.

—¡Está vd. loco! exclamó el jóven, palideciendo al comprender la resolución que mis palabras mostraban.

—Lo estoy sin duda. Vd. ha quitado con sus acciones y sus palabras la honra á una mujer que es lo único que tengo para amar la vida. No se excuse vd., porque no hay remedio. Si lleva pistola ármese y máteme; si no, tome vd. una silla, un tenedor: con cualquier cosa se mata á un hombre.

—Yo no puedo asesinar .....

—No; este es un duelo como cualquier otro.

—No lo admito.

—Pues yo sí.

El jóven se acercó á mí con los brazos cruzados y me dijo secamente:

—Puede vd. asesinarme.

Vacilé ante aquella inesperada actitud. Agarré después por un hombro al jóven y le hice retroceder hasta un ángulo del cuarto.

—¿Y si le doy á vd. una bofetada? dije ahogándome de cólera

—Haga vd, lo que quiera, me contestó; estoy en su casa, encerrado alevosamente.

—Vd. ha querido venir á ella.

—Para hablar con vd., no para ser asesinado.

—¡Y á mi que me importa!

—Pues hágalo vd.

Me sentí humillado en aquel terreno, y no sé qué desesperacion suprema é inconcebible me hizo saltar las lágrimas á los ojos y puso en mis lábios secos y temblorosos esta frase, en tono de doloroso ruego:

—Miguel. . . .¡cásese vd. con Remedios!

—¡Casarme yo! exclamó el jóven estupefacto.

—Sí; cásese vd., y yo me ausentaré de aquí para siempre; nunca oirá vd. mi nombre, ni ella tampoco; será vd. felíz, porque ella es buena como los ángeles del cielo. Cásese vd., porque así reparará el mal que le ha hecho, y le devolvera la honra que le ha quitado. . . .

Llamaron fuertemente á la puerta y Miguel quiso dirigirse á ella, pero le detuve.

—Vienen á llamarme, me dijo; se me necesita mucho en el Congreso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dígame vd. que sí se casa y le dejo ir.

—Mi voto es indispensable para decidir las cuestiones que hoy se tratan.... dijo el joven con impaciencia.

—¡Ofrezcame casarse!, repliqué volviendo á montar en cólera.

—No sea vd. necio, dijo resueltamente el jóven, ni haga vd. comedias ridículas conmigo.

—¡Qué dice vd!

—Que quiere vd. casarme con su antigua querida; con la querida actual del Gobernador; con una muger despreciable que es casi una.....

El frasco estaba sobre la mesa y de allí le tome. El ruido de los pedazos de cristal que cayeron por el suelo, ahogó el grito que lanzó Miguel al rodar á mis piés bañado en sangre.....!

No sé como se las compuso Pepe para obligarme á huir; miétras el enviado del Gobernador salió á todo correr en busca de médicos y de policía. Quizá mi estupor y atolondramiento me hicieron ser dócil á sus ordenes.

Recuerdo que anduve por azoteas y casas agenas que me eran desconocidas, y que al cabo de mil vueltas llegué á la casa del Padre Quebradillo, á tiempo qne tomaba la copita de las doce. Recuerdo que se horrorizó al verme ensangrentado; que me despidió enérgicamente; y que cuando iba yo á salir me detuvo, y lanzándome mil anatemas mé encerró en la despensa.

Largas y horribles horas pasé en aquel encierro, asustándome como un niño con cada rata que corría de una á otra caja del abundante repuesto del Padre. La imagen de Miguel con la cara llena de sangre, los ojos extraviados y expresando una agonía dolorosa, se presentaba delante de mí constantemente; su grito sonaba en mi oido con estridor horripilante, y en mi alma el que mi conciencia repetía con espantable voz: ¡Asesino!

No sé cómo no perdí para siempre la razón, metido en aquel cuarto húmedo sombrío y pestilente, que me parecía á ratos negro calabozo en el cual había de expiar mi crimen. Cayó la tarde, y entónces para mí cerró la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noche; una noche llena de visiones y de angustias.....

De pronto la puerta se abrió; la luz que el padre Quebradillo llevaba en la mano iluminó mi prisión, produciéndome el espanto que al condenado á muerte la del día del suplicio, y Pepe Rojo, entrando con precipitación, me sacó por un brazo hasta el patio y con voz rápida é inperiosa me dijo:

—¡Monte vd!

Monté en el escuálido caballejo que Pepe me presentaba, y al salir á la calle oí la voz del estudiante que decía:

—¡A la derecha!; ¡por la izquierda viene la policía!

Corrí con toda la velocidad que la cabalgadura pudo dar de sí; pero aun me alcanzaron los gritos de mis perseguidores que me mandaban hacer alto.

Los vecinos comenzaban á colgar farolitos de colores sobre puertas y ventanas, como en fiesta nacional. Al llegar al Calvario quise tomar por una calle que me conduciría más brevente fuera de poblado; pero hube de retroceder y echar por otro rumbo, por

que una procesión de hombres con hachas encendidas desembocó por aquella. Al perderme en la oscuridad de la calle adyacente, oí un clamor ronco que decía:

—¡Viva el Licenciado Pérez Gavilán!

Era la *Sociedad patriótica mutualista de Obreros liberales*, que acudía, subitamente; engrosadas sus filas, á felicitar por su triunfo al nuevo Gobernador del Estado.

———

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

XXIII

Una carta.

QUERIDO jóven:

Desde el día fatal en que vd. se lanzó por el camino del crímen, no me dejan paz el juez, el secretario y el mozo del juzgado que me trae una cita cada diez minutos, ya para declarar, ya para ampliar mi declaración, ora para preguntarme donde está vd., ora para amenazarme con meterme en la cárcel. De todo esto he sacado una ventaja: aprender el Derecho penal, en que estaba yo atrasadito.

¡Que chasco ha llevado, amigo mio, su vanidad de asesino! Miguel á las dos horas del descalabro, abrió los ojos, y tan bien los abrió, que vió con perfecta claridad cuanto era menester para no extraviar el camino de su conveniencia. Había en el Congreso una pelotera de los demonios, porque pasado á las filas de Gavilán el famoso General Cabezudo, no podía resolverse nada, puesto que los votos se equilibraban. El desventurado Vaqueril hizo que Miguel fuese conducido con todo mimo á la Cámara, para obtener el triunfo; pero el joven, que está ya muy aprovechado en su carrera,..... votó contra el Gobierno, y decidió la caida de Don Sixto Liborio. Este buen hombre debe envanecerse como maestro.....!

Roquete, Carriles y aun creo que el mismo Sequedal, dejaron de ser partidarios de Vaqueril en seguida, convencidos de que un gobernador que se deja derrocar, no puede hacer la felicidad de los pueblos. Roquete se duele en el cambio, de que Gavilán no se deje llevar como su antecesor, de aquí para allá en busca de supuestas aventuras urdidas por él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto se regenera, y camina á paso veloz hacia la mayor grandeza. Cuando ví á los miembros de la *Patriótica mutualista* pasar frente á los balcones del palacio, aclamando á Gavilán y agitando sus hachas, no pude menos que exclamar: "¡Qué hermoso espectáculo el de un pueblo que conoce y ejercita sus derechos!"

Vaqueril y familia han ido á esconder la vergüenza del *ex* en los bosques del molino.

Envié noticias de vd. á la blanca paloma pedreña y me puse á sus órdenes para lo que guste mandar; pero la familia de la Calle de las Peras, se la llevó á una hacienda, porque la chica está mala y desmendrada á consecuencia de los últimos sucesos.

En cambio de todas estas noticias hágame el favor de mandarme mi rocín (si es que no está vd. prendado de su andadura), pues su falta me ha hecho suspender un viaje de que tanto espero yo, y que ha de redundar en provecho del género humano, á quien me propongo ser utilísimo.

Le quiere su amigo.

Pepe.

Leí esta carta en la casa del cura de San Martín, mientras su sobrina, cantando alegremente, sacudía los muebles del cuarto que la criada acababa de barrer.....

Pero basta por hoy. Me duelen las espaldas, y tengo cansados los ojos, por estos malditos vidrios que necesito ya para pintar la enredada letra en que se ha trasformado aquella de gallarda forma y delicados perfiles.

Buenas noches.

ERRATAS NOTABLES.

En la página 17, línea 19 dice *tetilla*, debiendo decir *telilla*. En la página 57 línea 11 dice fastos, debiendo ser *justos*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto s
hacia la
miembro
sar frent
mando á
pude m
espectác
ejercita
Vaqu
vergüen
Envié
dreña y
te mand
Peras,
chica es
cia de
En
me el
que no
pues s
je de
redune
quien
Le

INDICE.

Capitulos.	Paginas.
I. La caligrafía	3.
II. Pepe	12.
III. Vaquepil y familia	22.
IV. San liborio	31.
V. Los brindis	41.
VI. El baile	50.
VII. Lecciones orales	77.
VIII. La gobernadora	91.
IX. Tonterias	101.
X. La mutualista	109.
XI. Confidencias	120.
XII. Un lance	129.
XIII. Gavilan	137.
XIV. Una comision importante	148.
XV. El discipulo	159.
XVI. El angel	171.
XVII. Un conocido viejo	187.
XVIII. Ex	198.
XIX. El toro y el gato	205.
XX. Una celada	218.
XXI. La fiebre	232.
XXII. Asesino	239.
XXIII. Una carta	252.

BIBLIOTECA CEN
U. A. N. L.

Esta publicación deberá s
antes de la última fecha
cada.

.c.

c

